





Fidel  
DE BIRÁN  
A CINCO PALMAS







# Fidel: DE BIRÁN A CINCO PALMAS

Eugenio Suárez Pérez y Acela A. Caner Román



Casa Editorial Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2006



Edición: *Olivia Diago Izquierdo*  
Diseño: *Lamas*  
Realización de cubierta: *Osmel Barreto Prieto*  
Corrección: *Virginia M. Martínez Bastida*  
Realización computarizada: *Enrique Zafra Armengol*

© Eugenio Suárez Pérez  
Acela Caner Román, 2006  
© Sobre la presente edición:  
Casa Editorial Verde Olivo, 2006

ISBN: 959-224-206-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación  
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,  
en ningún soporte sin la autorización por escrito  
de la editorial.

Ediciones Verde Olivo  
Avenida Independencia y San Pedro  
Apartado 6916. CP 10693  
Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana

## Presentación

El máximo dirigente de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz, es conocido mundialmente por su espíritu de rebeldía, su pensamiento claro y profundo, su verbo vibrante, su vasta cultura, su sinceridad absoluta y su generosidad y solidaridad sin límites. Fidel es, como dijera Ernesto Che Guevara, “un líder de alcance mundial a alturas pocas veces vistas por la historia”.

Por todo ello, acercarse a su vida y obra no solo significa ponerse en contacto con las ideas y las acciones más nobles y revolucionarias del mundo actual, sino también, con momentos de la historia de Cuba y de América que, en ocasiones, parecen salidos de una fabulosa novela de aventuras: es conocer a un hombre de principios; es conocer a un hombre excepcional.

*Fidel: De Birán a Cinco Palmas* –segunda edición en español– es un libro con pasajes apasionantes, que nos asoma a la vida fecunda del presidente cubano y nos despierta el interés por investigar, aún más, sobre este hombre tan sensible como revolucionario. Tal es, en definitiva, el supremo objetivo de la presente obra.

Fruto de una acuciosa búsqueda y selección bibliográfica, este título recoge fragmentos de entrevistas realizadas al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana y a sus más cercanos compañeros de estudio y de armas, los que le ofrecen un tono íntimo y coloquial a la obra. En sus páginas se incluyen, además, fragmentos de cartas, discursos, denuncias, defensas y acusaciones realizadas por Fidel, junto con notas de prensa, investigaciones de reconocidos intelectuales, testimonios de colaboradores y de humildes trabajadores y campesinos a los cuales ayudó en difíciles circunstancias.

Toda la memoria documental que aquí aparece ha sido publicada, y sus referencias se encuentran recogidas a pie de página, para que el lector interesado pueda acudir a las fuentes y profundizar en el conocimiento de diferentes etapas o facetas de la vida de Fidel.

Se ha respetado la redacción y ortografía que, originalmente, tienen las obras consultadas. Para facilitar la lectura y favorecer la comprensión, los autores hemos elaborado breves textos que aparecen en letra cursiva y sirven de enlace a los materiales recopilados. Por las características propias de estos y porque no estamos en presencia de una obra completa y acabada, los sucesos históricos que se narran no tienen en todos los momentos un ordenamiento cronológico riguroso, aunque han sido organizados con cierta orientación en el tiempo.

En tal sentido este libro, que abarca las primeras tres décadas de la vida de Fidel, se inicia con detalles de su nacimiento el 13 de agosto de 1926, en Birán, un punto casi perdido en la geografía de la antigua provincia oriental; recorre diferentes facetas relacionadas con su niñez y adolescencia, con sus estudios y su azarosa vida de combatiente revolucionario. Concluye en la fecha que marca el encuentro con su hermano Raúl en Cinco Palmas después de la dispersión en Alegría de Pío, el 5 de diciembre de 1956, donde Fidel, optimista y confiado en la fuerza de sus ideas y en la dignidad de los cubanos, aseguró que siete fusiles eran suficientes para ganar la revolución.

Al disfrutar estas páginas que nos conducen, de la mano de Fidel, por la ruta gloriosa de Birán a Cinco Palmas, iniciamos la lectura del primero de seis libros, cuyos autores en unión de la Dirección Política de las FAR y la Casa Editorial Verde Olivo, han querido homenajear con ellos al Comandante en Jefe en su ochenta cumpleaños.



Fidel Castro no ha caído del cielo. El encarna el último episodio de un proceso político que va en ascenso.

JUAN BOSCH, expresidente de la República Dominicana



# LOS PRIMEROS AÑOS



## ***Nací guerrillero***

*Birán, una finca situada en la antigua provincia de Oriente, no muy lejos de la bahía de Nipe, es el punto geográfico donde, en el verano de 1926, Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González vieron aumentar su familia con el nacimiento del tercero de sus hijos al que nombraron Fidel Alejandro.*

*Muchos años después, siendo un reconocido estadista, Fidel Alejandro Castro Ruz se refiere a su nacimiento y a su vida en aquel apartado lugar:*

Yo nací en 1926, en el mes de agosto, el 13 de agosto; si quieres saber la hora, creo que fue como a las 2:00 de la madrugada. Parece que la noche pudo haber influido después en mi espíritu guerrillero, en la actividad revolucionaria; la influencia de la naturaleza y de la hora del nacimiento. Habría ahora que ver más cosas, ¿no?, cómo fue ese día, y si la naturaleza tiene alguna influencia también en la vida de los hombres. Pero creo que nací de madrugada –si mal no recuerdo, me dijeron alguna vez–, así que nací guerrillero, porque nací ya de noche, alrededor de las 2:00 de la madrugada.<sup>1</sup>

Mi padre era hijo de un campesino sumamente pobre allá en Galicia. Cuando la última guerra de independencia de Cuba, iniciada en 1895, lo envían como soldado español a luchar aquí. Aquí estuvo mi padre, muy joven, reclutado por el servicio militar como soldado del ejército español. Después de la guerra se lo llevan de regreso a España. Parece que le agradó Cuba, y una vez, entre los tantos emigrantes, salió también para Cuba en los primeros años de este siglo y, sin un centavo y sin ninguna relación, empezó a trabajar.

Era una época en que hubo importantes inversiones. Los norteamericanos se habían apoderado de las mejores tierras de Cuba, empezaron a destruir bosques, construir centrales azucareros, sembrar

<sup>1</sup> Frei Betto: *Fidel y la religión*, pp. 96-97.



caña, inversiones grandes para aquella época, y mi padre trabajó en uno de esos centrales azucareros.

...  
[...] Después parece que organizó a un grupo de trabajadores, empezó a ser jefe de un grupo de trabajadores, y ya hacía contratas a la empresa yanqui con un grupo de hombres subordinados a él. [...] Así, posiblemente, empezó a obtener ya alguna plusvalía, como organizador de aquella empresa con un grupo de trabajadores. Es decir que, indiscutiblemente, era un hombre muy activo, se movía mucho, era emprendedor y tenía una capacidad natural de organización.<sup>2</sup>

Mis abuelos maternos eran muy pobres también, de familia muy pobre. Mi abuelo era carretero, transportaba caña en una carreta de bueyes. Había nacido en occidente, en la provincia de Pinar del Río, igual que mi madre. En aquella época, en los primeros años del siglo, se trasladó con toda la familia a la antigua provincia de Oriente, a mil kilómetros de distancia, en una carreta, y fue a parar allá por aquella zona.

[...] Otros hermanos de mi madre también trabajaban allí como carreteros, dos hermanos eran carreteros.<sup>3</sup>

[...] mi madre prácticamente aprendió a leer y a escribir siendo ya adulta [...]

Así que ella era prácticamente analfabeta, aprendió a leer y a escribir sola. No recuerdo que alguna vez hubiera tenido maestro, nunca la oí hablar de eso; sino que ella misma, con gran esfuerzo, trató de aprender. Realmente, tampoco oí decir que hubiese ido a la escuela.<sup>4</sup>

También mi padre aprendió a leer y a escribir por sí mismo y con grandes esfuerzos, exactamente igual que mi madre.<sup>5</sup>

### ***Sin estirpe de terrateniente***

[...] Yo nazco en el seno de una familia de terratenientes, pero no tenía una estirpe de terratenientes. ¿Qué quiere decir esto? Mi padre era un campesino español de familia muy modesta, que viene a Cuba a principios de siglo como emigrante español.

<sup>2</sup> Ibídem, pp. 92-94.

<sup>3</sup> Ibídem, p. 105.

<sup>4</sup> Ibídem, pp. 89-90.

<sup>5</sup> Ibídem, p. 92.

Comienza a trabajar en condiciones difíciles. Era un hombre emprendedor, se fue destacando, llegó a ocupar cierta posición dirigente en los trabajos de principios de siglo. Fue acumulando algún dinero y fue adquiriendo algunas tierras. Es decir, tuvo éxito en los negocios y llegó a ser propietario de unas cantidades de tierra, si mal no recuerdo alrededor de mil hectáreas. Cosa no muy difícil en los primeros tiempos de la República. Después arrendó otras tierras. Y cuando yo nazco, realmente nazco en el seno de una familia que pudiéramos llamar terrateniente.

Ahora, por otro lado, mi madre era una campesina muy humilde, muy pobre. Por eso no existían las tradiciones de lo que pudiéramos llamar una oligarquía en el seno de mi familia. Pero no obstante, objetivamente, la posición social nuestra en ese momento era de una familia que tenía recursos económicos relativamente abundantes. Era propietaria de tierras y tenía todas las comodidades –pudiéramos decir– y los privilegios propios de una familia terrateniente en nuestro país.<sup>6</sup>

No había una sociedad burguesa o feudal en Birán, no existían 20 terratenientes, 30 terratenientes, que se reunieran entre sí con sus familias, siempre juntos el mismo grupo. Mi padre era un terrateniente aislado, en realidad; de vez en cuando algún amigo iba por allá, rara vez nosotros hicimos una visita: no salían mis padres como norma, no iban a visitar a otras familias en otra parte; estaban todo el tiempo trabajando allí, y nosotros estábamos todo el tiempo allí en relación única y exclusiva con los que allí vivían. Nos metíamos en los barracones de los haitianos, en sus chozas; a veces nos regañaban por eso, mas no porque fuéramos allí, sino porque nos poníamos a comer maíz seco tostado que cocinaban los haitianos. Por comer con ellos nos buscábamos a veces problemas, críticas, no por cuestiones sociales sino por cuestiones de salud. Nunca en la casa nos hicieron un señalamiento: no te juntes con este o con el otro, ¡jamás! Es decir que no había una cultura, como te dije, de familia de clase rica o terrateniente.<sup>7</sup>

[...] La escuela era una escuela laica, pequeña; allí irían 15 o 20 niños más o menos. A aquella escuela me enviaron porque no había círculo infantil. Yo era el tercero de los hermanos y el círculo infantil mío fue la escuela; me enviaron a ella desde muy chiquito, no tenían dónde ponerme y me mandaron allí con mis otros dos hermanos mayores.

<sup>6</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: la acción*, pp. 5-6.

<sup>7</sup> Frei Betto: Ob. cit., pp. 153-154.



De modo que yo mismo ni recuerdo bien cuándo aprendí a leer y a escribir, porque sé que me sentaban en un pupitre pequeño, en la primera fila, y allí yo veía la pizarra y escuchaba todo lo que se decía. Así que se puede decir que aprendí en el círculo infantil, que era la escuela. Allí me parece que aprendí a leer, escribir y sacar las primeras cuentas, todo. ¿Cuánto tendría de edad? Cuatro años, tal vez cinco.

No había enseñanza religiosa en la escuela. Allí enseñaban el himno, la bandera, el escudo, algunas de aquellas cosas; era una escuela pública.<sup>8</sup>

### *Vida de pobre*

Antes de que me bautizaran me enviaron a la ciudad de Santiago de Cuba. La maestra le hizo creer a mi familia que yo era un alumno muy aplicado, le hizo creer que era despierto, que tenía capacidades para el estudio, y con esa historia, realmente, me mandaron para la ciudad de Santiago de Cuba cuando tenía alrededor de 5 años. Me sacaron de allí, del mundo aquel donde vivía sin dificultad material alguna, y me llevaron a una ciudad donde sí viví vida de pobre, pasando hambre.<sup>9</sup>

[...] Puedo decir así que pasé hambre, que me quedé prácticamente descalzo, que tenía yo mismo que coser mis zapatos cuando se me rompían.

Y estuve en esa situación algo más de un año. Se puede decir que en esa ocasión conocí la pobreza.

¿Puede haber influido eso en mí? Realmente no sé, no puedo asegurarlo.<sup>10</sup>

Vida de pobre porque, en realidad, la familia de aquella maestra era pobre, tenían únicamente el salario de ella. Era la época de la crisis económica de los años 30, en el año 1931 o 1932. Eran dos hermanas y el padre; una sola trabajaba de los tres, y los sueldos a veces no se pagaban, o se retrasaban considerablemente; cuando la gran crisis económica de los primeros años de la década del 30, no se pagaban muchas veces ni los sueldos, y vivían muy pobremente.

Yo voy para Santiago, para una casita pequeñita de madera, que cuando llovía se mojaba toda, completa. Todavía está allá, se conserva esa casa. La realidad es que la maestra seguía dando clases en Birán en el período escolar; la hermana tenía que vivir del sueldo

<sup>8</sup> *Ibídem*, p. 102.

<sup>9</sup> *Ibídem*, p. 108.

<sup>10</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: la acción*, p. 6.

ese. De mi casa mandaban 40 pesos para mi sostenimiento, que tendrían el poder adquisitivo hoy de 300 o 400. Éramos dos, mi hermana mayor y yo. Y, en realidad, dentro de aquella situación de pobreza, que no cobraban el sueldo y además querían ahorrar, en aquellas circunstancias los recursos que había para alimentarse eran pocos. Allí tenían que alimentarse cinco personas y después seis, porque meses después llegó también mi hermano Ramón, que era el segundo. Y se recibía una pequeña cantinita con un poco de arroz, de frijoles, de boniato, plátano, algo de eso. Iba por el mediodía una cantina, de la que tenían que comer, primero cinco y después seis personas, por la mañana y por la tarde. Entonces yo creía que tenía un enorme apetito, la comida me parecía de sabor maravilloso, y realmente lo que tenía era hambre. Vaya, pasé bastante trabajo.

Pero bien, después la hermana de la maestra se casó con el Cónsul de Haití en Santiago de Cuba, y como yo estaba allí y mi padrino rico no acababa de aparecer por ninguna parte, ni se efectuaba la ceremonia del bautizo y yo tenía ya como cinco años y era –como decían– “judío”, porque no estaba bautizado, y ni siquiera sabía qué quería decir eso, había que buscar una solución al problema. Pienso que el calificativo de “judío” está relacionado también con ciertos prejuicios religiosos, de los cuales podemos hablar después. Entonces me bautizaron y mi padrino fue el Cónsul de Haití, que estaba casado con la hermana de la maestra, Belén, una buena y noble persona, que era profesora de piano aunque no tenía empleo ni alumnos.<sup>11</sup>

En ese período de que te hablé, cuando me enviaron muy pequeño a Santiago de Cuba, pasé mucha necesidad y mucho trabajo. Alrededor de un año después mejoró un poco la cosa. Un día en mi casa se dieron cuenta de aquellas dificultades, protestaron, me llevaron de nuevo para Birán, pero después de las protestas, las explicaciones de la maestra y de la conciliación subsiguiente, me enviaron otra vez para su casa en Santiago; aunque ya, desde luego, la situación después del escándalo no fue tan difícil. ¿Cuánto tiempo pasé allí en total? Debo haber pasado no menos de dos años en eso.

El hecho es que al principio no me enviaron a ninguna escuela y la madrina era la que me daba clases; las clases consistían en ponerme a estudiar las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir que estaban en el forro de una libreta. Me las sabía de memoria, creo que me las aprendí tan bien que nunca más se me han olvidado. A veces yo

<sup>11</sup> Frei Betto: Ob. cit., pp. 108-109.



saco cuentas casi con la rapidez con que las puedo sacar en una máquina computadora.<sup>12</sup>

[...] Casi todos los hombres de nuestra historia tuvieron un maestro destacado, un profesor destacado, alguien que fuera su preceptor. Yo tuve que ser, desgraciadamente, preceptor de mí mismo a lo largo de mi vida. Y cuánto le hubiera agradecido a alguien que me hubiera ayudado, desde que tenía doce, catorce, quince años; cuánto le hubiera agradecido que me hubieran enseñado de política; cuánto habría agradecido que me hubieran inculcado las ideas revolucionarias.<sup>13</sup>

Entonces, allí eso era así. No había libro de texto, solo la libreta y algunos dictados. Y claro, aprendí a sumar y todo eso, a leer, a seguir un dictado, a escribir; debo haber mejorado mi ortografía un poco, debo haber mejorado también la caligrafía, y el hecho es que allí pasé como dos años creo que perdiendo el tiempo. Lo único útil fue el saldo de un período de la vida dura, difícil, de trabajo, de sacrificios. Creo que fui víctima de cierta explotación, por el ingreso que significaba para aquella familia la pensión que pagaban mis padres por tenernos allí.<sup>14</sup>

### ***Debí haber sido músico***

*En una de sus conversaciones con Frei Betto, evocando los días de su infancia, Fidel le cuenta al conocido religioso brasileño pasajes de su más inocente niñez:*

Y recuerdo los Reyes Magos. Una de las manifestaciones de las creencias que le inculcaban a uno a esa edad de cinco, seis, siete años, era el Día de los Reyes.

[...] Tal vez tendría tres o cuatro años la primera vez que apareció un Rey Mago. Recuerdo las primeras cosas que me pusieron los Reyes, fueron algunas manzanas y algún carrito, cositas de esas, y unos caramelos.

El día 6 de enero era el Día de los Reyes Magos; nos enseñaban que los tres Reyes Magos, que habían ido a saludar a Cristo en el momento de su nacimiento, todos los años venían a ponerles juguetes a los niños.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 115.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 156.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pp. 115-116.



Recuerdo que allí pasé yo con esa familia tres Reyes. Entonces, deben haber sido no menos de dos años y medio los que en total pasé allí.

...  
No, en Cuba no existía [se refiere a la figura capitalista Papá Noel por la que le indaga Frei Betto] eran los Reyes Magos que viajaban en camellos. Los muchachos tenían que escribir una carta a los Reyes Magos: Gaspar, Melchor y Baltasar. Recuerdo mis primeras cartas cuando tendría cinco años; le escribí al Rey Mago, y le pedía de todo: carros, locomotoras, máquinas de cine, de todo. Les hacía grandes cartas a los Reyes Magos el día 5, buscaba la hierba, la ponía con agua debajo de la cama, y después venían las desilusiones.

*Ante la curiosidad de su interlocutor por la hierba y el agua, Fidel le explica:*

Como los Reyes venían en camellos, había que ponerles hierba y agua a los camellos en un vaso debajo de la cama.

...  
Sí, la hierba y el agua mezcladas o muy cerca una de la otra.

...  
Había que darles a los camellos agua y comida, sobre todo si usted tenía esperanzas de que los Reyes le trajeran grandes regalos, todo lo que les había pedido en la carta.

...  
Bueno, los Reyes no sé qué comían. Nadie se acordaba de darles de comer a los Reyes, tal vez por eso no fueron muy espléndidos conmigo. Los camellos se comían la hierba y se tomaban el agua, pero apenas me dejaban algún juguete a cambio de eso. Recuerdo que lo primero que me dieron fue una cornética de cartón, y solo la puntica era de metal, como de aluminio. Una cornética del largo de un lápiz, de este tamaño, fue lo primero.

Tres años consecutivos, tres veces me pusieron una corneta. Debí haber sido músico, es lo que yo digo, porque realmente (... ) El segundo año de Reyes, me pusieron otra corneta, mitad de aluminio, mitad de cartón; la tercera vez, tercera corneta, con tres teclitas, era ya de aluminio completa.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> *Ibíd.*, pp. 116-117.



### ***Mi primera rebelión***

Cuando ya voy externo a la escuela, hay allí una enseñanza sistemática, pero sobre todo la mejora material y ambiental fue notable al tener profesores, clases, compañeros con quienes jugar y otras muchas actividades, de las que no disfrutaba cuando era un solitario alumno estudiando aritmética en la carátula de una libreta. Esa nueva situación duró hasta que yo mismo tengo que llevar a cabo mi primera rebelión a esa temprana edad.<sup>16</sup>

*Al preguntarle Frei Betto sobre los motivos que lo impulsaron a tomar esta decisión, el líder de la Revolución Cubana le responde:*

Sencillamente porque me cansé de aquella situación. De vez en cuando en la casa también daban su nalgada como represión; y si no me portaba estrictamente bien, me amenazaban con mandarme interno. Hasta que un día me di cuenta de que me convenía ir interno, y que estaría mejor interno que en aquella casa.<sup>17</sup>

Bueno, aquella gente tenía una educación francesa, realmente, porque sabían hablar francés perfectamente. Entiendo que de ahí vienen también las relaciones con el Cónsul. No recuerdo bien las causas por las cuales aquellas dos hermanas habían recibido una educación francesa; no sé si habían estado en Francia, o en un colegio de Haití. Sabían hablar francés y tenían una esmerada educación formal. Todos esos modales me los enseñaron desde temprano, por supuesto. Entre otras cosas, no podía pedir. Recuerdo que algunos muchachos muy pobrecitos tenían, sin embargo, un centavo para comprar un rayado o granizado, como le llamaban, o un durofrío, y yo no podía pedirles nada, porque estaba prohibido según las normas de educación francesa, y si se me ocurría decirle a un muchacho: dame algo, enseguida los muchachos, con su egoísmo propio de la edad y la desesperada pobreza en que vivían, sabían cuáles eran las reglas a las que yo debía atenerme y decían: ¡ah!, estás pidiendo, lo voy a contar en tu casa.

Aquella familia tenía todos sus modales; bien, no critico eso. Había que hacer esto, lo otro, y lo otro, muy disciplinadamente todas las cosas. Había que hablar con mucha educación, no se podía

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

levantar la voz. Por supuesto, no se podía decir una sola palabra indebida. Y cuando me doy cuenta de aquellas amenazas de enviarme interno, estoy cansado; ya había tomado conciencia hacía tiempo de lo que había pasado anteriormente, ya yo tenía, incluso, conciencia del período en que había estado pasando hambre y en que fui objeto de injusticia –no te he contado todo esto en detalle porque no es el objetivo hacer una autobiografía aquí, sino entrar un poco en los temas que tú abor das– y, entonces, un día lle go de la escuela y deliberadamente incumplo todo, desacato todas las órdenes, todos los reglamentos, toda la disciplina, hablo en voz alta, digo todas las palabras que me parecía que estaban prohibidas decir, en un acto consciente de rebeldía con el objetivo de que me mandaran interno para la escuela. Y así la primera rebelión mía, y no fue la única, empezó en el primer grado; máximo de edad 7 años; habría que ver con precisión en algún archivo.<sup>18</sup>

### ***Un violento enfrentamiento***

*En el diálogo con Frei Betto, Fidel le expone sus criterios sobre los cuatro años que permaneció interno en el colegio de La Salle:*

Me mandaron interno a la escuela. Empecé a ser feliz cuando hicieron eso conmigo. Es decir que para mí enviarme interno a una escuela fue una liberación.

...  
[...] Estuve la segunda mitad del primer grado, segundo grado, tercer grado, y de tercer grado, por buenas notas, salto a quinto grado y recupero un año de los que había perdido en aquel período.<sup>19</sup>

*Sin embargo, aunque en esa escuela la organización de la enseñanza no era mala, surgieron serios conflictos y Fidel protagonizó su segunda rebelión.*

[...] Aquella gente no tenía la preparación que tenían los jesuitas; además, practicaban a veces un método realmente muy censurable. Algunos profesores o autoridades de la escuela tenían la práctica de pegar ocasionalmente al alumno. Mi conflicto allí fue por eso, debido a un incidente con otro alumno, una pequeña

<sup>18</sup> *Ibíd.*, pp. 119-120.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 120.



reyerta de las que solían ocurrir entre estudiantes a esa edad. Tuve ocasión de observar lo que hoy se diría que son malos métodos pedagógicos, como es utilizar la violencia contra un alumno. Esa fue la primera vez que me golpeó el hermano inspector, encargado de los alumnos, con bastante violencia. Me abofeteó bruscamente en ambos lados de la cara. Era algo indigno y abusivo. Yo estaría en tercer grado. Me quedó aquello por dentro. Más tarde, estando ya en quinto grado, en dos diferentes ocasiones me pegó un coscorrón; la última vez no estuve dispuesto a soportarlo y aquello terminó en un violento enfrentamiento personal entre el inspector y yo. Después de aquello, decidí no volver a esa escuela.<sup>20</sup>

### ***Mi batalla por estudiar***

Yo empecé externo en la escuela, después de las vacaciones de Navidad, y también después de discutir duro en mi casa. Tuve que discutir en mi casa y exigir que me mandaran a estudiar. Digamos que di en esa ocasión mi batalla por estudiar. Tuve que dar la batalla, porque en la escuela anterior habían informado a mis padres que nos habíamos portado mal, y habían influido con tales informes arbitrarios en la actitud de la familia. Yo dije: no acepto que me dejen sin estudiar. Yo, que sabía cuál era el problema y cuál era el motivo del conflicto, originado en un acto de abuso, un acto de violencia, de castigo físico contra un alumno, creo que tenía ideas muy claras sobre la cuestión. Sea por instinto o por ciertas nociones de justicia y de dignidad que iba adquiriendo, quizás porque desde muy temprano empecé a ver cosas mal hechas que eran injustas, y de las que fui víctima, empecé a adquirir algunos valores determinados. Aquellos valores los tenía muy presentes, y tuve que exigir en la casa, exigir muy resueltamente, que me mandaran a estudiar, tal vez no tanto por amor al estudio como por la convicción de que cometían conmigo una injusticia. Y me mandaron a estudiar. Mi madre me apoyó; la convencí primero a ella, ella después convenció a mi padre, y me enviaron otra vez a Santiago, pero me pusieron externo [...]

Así, llega el verano; ya en el verano me dejaron allí, porque tenía una hermana mayor que estaba estudiando. Ahí sí apareció una profesora que le daba clases a mi hermana, una profesora negra, de Santiago de Cuba, muy bien preparada, la profesora Danger se

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 125.

llamaba; entonces ella se entusiasma, porque yo, que no tenía otra cosa que hacer en ese período de vacaciones, iba a las clases de mi hermana, que se preparaba para ingresar en el Bachillerato, y contestaba todas las preguntas de todas las materias que explicaba la profesora, lo cual provocó en ella sincero entusiasmo. Yo no tenía edad para ingresar en el Bachillerato, y ella empezó a hacer un plan para que yo estudiara el ingreso y el primer año de Bachillerato al mismo tiempo, y cuando adquiriera la edad que hiciera los exámenes. Fue la primera persona que conocí que me estimuló, que me puso una meta, un objetivo, y generó en mí un impulso; logró entusiasmarme con el estudio en esa temprana época, porque yo digo que a esa edad se puede entusiasmar a la gente con un determinado objetivo. ¿Qué edad tendría? Tendría 10 años, tal vez 11 años.<sup>21</sup>

Cuando ya en quinto grado voy para la casa de esta familia de un comerciante, no puedo decir que eran malos, no podría afirmar eso; pero no era la familia de uno, no podían tener el mismo interés, y aplicaban ciertas normas rígidas, arbitrarias incluso. Ellos, por ejemplo, no tomaban en cuenta si yo había tenido dificultad en la anterior escuela, como la que expliqué, y que pasé a otra escuela de más rigor; no tenían en cuenta los factores psicológicos, la adaptación de una escuela a otra, de unos profesores a otros, a una institución más exigente que la otra, y entonces querían que sacara el máximo de puntos, lo exigían; si no sacaba el máximo, entonces ni lo más mínimo de la semana, que eran diez centavos para ir al cine, cinco centavos para comprar un helado el fin de semana después del cine y cinco centavos los jueves para comprar unos muñequitos [...] que llegaban de Argentina, en una tirada semanal llamada *El Gorrión*. Ahí leí yo algunas novelas, *De tal palo, tal astilla* fue una de ellas. ¡Cinco centavos! El gasto era, realmente, 25 centavos semanales, lo que uno debía recibir normalmente; si uno no tenía el máximo de notas, no se lo daban. Arbitraria la medida aquella, injusta por completo, porque no tenían para nada en cuenta las nuevas circunstancias; no era una psicología adecuada para tratar a una persona de 11 años.<sup>22</sup>

[...] Decidí crear una situación en que no tuvieron otra alternativa que enviarme a la escuela como alumno interno. De modo que yo, entre el primer grado y el sexto grado, he tenido que librar tres luchas para resolver tres problemas.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, pp. 128-129.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pp. 127-128.



Cuando entro interno en sexto grado, alcanzo ya excelentes notas, y en séptimo grado quedo entre los primeros lugares del aula. También allí ganaba mucho, porque estaba a mi alcance el mundo del deporte y de las excursiones al campo y las montañas. Me interesaban mucho los deportes: practicaba, sobre todo, el básquet, el fútbol y la pelota.<sup>23</sup>

Ahora, ciertos factores contribuyeron a desarrollar en mí un cierto espíritu de rebeldía. Pudiéramos decir que me rebelé en primer término contra las condiciones injustas en la casa de la familia adonde me llevaron a los cinco años. En las propias escuelas adonde me enviaron sentí también un impulso de rebeldía contra ciertas injusticias en la escuela. Podemos decir que durante el período de mi infancia, aproximadamente tres veces sentí la sensación de cosas que me parecían injustas y que estimularon en mí un sentimiento de rebeldía. Esos factores pudieron haber contribuido a desarrollar un carácter relativamente rebelde. Ese espíritu de rebeldía puede haberse manifestado también después en mi vida ulterior.

Mis relaciones sociales de muchacho, en las vacaciones en la escuela, eran con los niños muy pobres del lugar donde yo vivía.

Puedo decir que a pesar de la situación económica de mi familia, siempre –en el campo donde yo nací– me relacioné con los hijos de las familias más humildes, porque no había una tradición aristocrática en mi familia. Tercero, que el proceso de mi niñez y mi adolescencia me llevó más de una vez a adoptar una actitud de oposición y de rebeldía contra cosas que creía que eran injustas. Aunque recibimos esa educación propia de esos colegios particulares, también hubo en la formación nuestra, la preeminencia de ciertos principios de rectitud.

Ahora, en toda esa fase de mi vida tal vez se fue desarrollando un carácter, se fue desarrollando un espíritu, pero no adquirí ninguna conciencia política. La conciencia política que me ayudó a interpretar la vida, me ayudó a interpretar el mundo, me ayudó a interpretar la sociedad y me ayudó a interpretar la historia, la adquirí como estudiante universitario. Principalmente, cuando entré en contacto con la literatura marxista, que ejerció en mí una extraordinaria influencia, y me ayudó a comprender las cosas que de otra forma no habría comprendido jamás.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 129-130.

De modo que yo puedo decir que la conciencia política mía la adquirí por estudio, por análisis, por observación; no por origen de clase. Pero no creo de ninguna manera que el origen de clase sea un factor insuperable, creo que la conciencia del hombre se puede elevar por encima de su origen de clase.<sup>24</sup>

### ***Con los jesuitas de La Habana***

*Fidel rememora detalles de su vida estudiantil mientras afirma:*

De aquel colegio yo decido, por mi cuenta, ir a la escuela de los jesuitas de La Habana. Allí no había tenido conflictos; tengo éxito total en los estudios, en el deporte, no tengo dificultades ni en el sexto grado, ni en el séptimo, ni en el primero, ni en el segundo año de Bachillerato, pues allí estuve hasta concluir este curso. Yo decido de manera consciente buscar nuevos horizontes. Pude haber estado influido por el prestigio de la otra escuela en La Habana, los catálogos de la escuela, los libros sobre aquella escuela, los edificios de aquella escuela, y me sentí motivado a salir de aquella escuela y pasar a la otra; tomo la decisión, lo propongo en mi casa y me aceptan el traslado a la otra escuela.<sup>25</sup>

El colegio de Belén, de los jesuitas de La Habana, que era la mejor escuela de los jesuitas en el país, y quizás la mejor del país como escuela en general, por la base material, la instalación; una gran instalación, un centro de gran prestigio, donde estaba la flor y nata de la aristocracia y la burguesía cubanas.<sup>26</sup>

[...] Entonces, yo ingreso en el equipo de básquet y de otros deportes, en la categoría de 16 años. Empiezo a participar activamente en los deportes y logro destacarme en el básquet, en el fútbol, en el beisbol, en campo y pista, en casi todos los deportes, desde que llego allí. Es decir, que llegué y me encontré un amplio campo en que mi actividad fundamental era el deporte y la exploración. Yo seguía con mi viejo gusto por las montañas, por el campismo, por todas esas cosas, que por mi propia cuenta seguía desarrollando. Ya allí había un grupo de exploradores; parece que en las primeras excursiones que hicimos, los profesores estimaron

<sup>24</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: la acción*, pp. 6-7.

<sup>25</sup> Frei Betto: Ob. cit., pp. 140-141.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 141.



que yo me había destacado y me ascendieron, hasta que un día me hicieron jefe de los exploradores de la escuela, general de exploradores, como le llamaban.<sup>27</sup>

Estando yo en esa escuela, escalé la montaña más alta de occidente. Tuvimos tres días consecutivos de vacaciones y yo mismo organicé una excursión a la provincia de Pinar del Río con tres compañeros más. Solo que en vez de tres días tardó cinco días la expedición, porque la montaña estaba por el norte, y yo no sabía muy bien dónde estaba ubicada con exactitud. Salimos a buscarla, iba a explorarla. Viajamos por ferrocarril, que iba por el sur, y la montaña estaba al norte. Iniciamos el recorrido de noche y caminamos tres días hasta que dimos con la montaña, el Pan de Guajaibón, bastante difícil de subir. Lo subimos, pero regresamos dos días más tarde, cuando las clases se habían reanudado [...]<sup>28</sup>

*Muchos años después, Fidel expresa sus opiniones sobre las enseñanzas que recibiera como alumno de los jesuitas:*

[...] les estoy muy agradecido porque me enseñaron algunas cosas que me ayudaron en la vida, sobre todo, a tener cierta fortaleza, un cierto sentido del honor y determinados principios éticos, que ellos, jesuitas españoles –aunque muy distantes de las ideas políticas y sociales que pueda tener yo ahora– les inculcaban a sus alumnos.

Pero de allí salí deportista, explorador, escalador de montañas y entré políticamente analfabeto a la Universidad de La Habana, sin la suerte de un preceptor revolucionario, que tan útil habría sido para mí en aquella etapa de mi vida.<sup>29</sup>

### ***¿Era buen estudiante?***

Yo tenía algunas responsabilidades en la escuela. Porque se asignaban a los alumnos determinadas tareas: usted se encarga del aula tal o de tal salón de estudio; es el que tiene, además, que apagar las luces, cerrar las ventanas y puertas. Yo era el responsable del salón central de estudio, donde permanecíamos un tiempo después de

<sup>27</sup> *Ibíd.*, pp. 142-143.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 143.

<sup>29</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela”, *Una revolución solo puede ser hija de la cultura y las ideas*, p. 49.



comida y antes de irnos a dormir. Cuando llegaban los períodos de exámenes, yo, que debía ser el último en salir, me quedaba en aquel estudio dos, tres y cuatro horas repasando las materias. Aunque no era totalmente correcto, ellos me lo toleraban, quizás porque no perjudicaba a nadie con eso. En ese período de examen, estudiaba todo el tiempo: antes de almuerzo, después de almuerzo, en todos los recreos.

Entonces todo lo que no había aprendido de matemática, ni de física, ni de química, ni de biología, lo estudiaba por los libros; fui autodidacta de todas esas materias, y de alguna manera me las arreglé para entenderlas –parece que desarrollé cierta habilidad para desentrañar los misterios de la física, la geometría, la matemática, la botánica, la química– solo con los textos. Y cuando llegaban los exámenes solía obtener excelentes notas, muchas veces por encima del primer expediente [...] <sup>30</sup>

Bien, entonces venían los exámenes, iban los profesores y ponían su examen, por lo general duro. Y la especialidad mía, al parecer, eran estos exámenes que ponían los profesores del Instituto, donde en muchas ocasiones los mejores alumnos y los mejores expedientes se turbaban y no respondían de manera adecuada. Yo saqué muchas veces el máximo de puntos en asignaturas consideradas difíciles. Recuerdo que en un examen de Geografía de Cuba, el único sobresaliente fue el mío, con 90 puntos. Entonces, en la protesta de la escuela contra los profesores del Instituto, preguntaban por qué esas notas tan bajas, y les decían: “Porque ese texto en que ustedes estudiaron no es muy bueno”. Y entonces nuestros profesores respondían: “Bueno, pero hay un alumno que con ese mismo texto sacó 90 puntos”. Es que yo usaba un poco la imaginación, hacía un esfuerzo por explicar el problema. La prueba del examen era para mí una cuestión de honor.

Es decir, que en aquel período hacía mucho deporte, exploración, todas esas actividades, y el estudio en la fase final, pero con buenas notas.

En ese período también me relacioné mucho con los estudiantes, hice bastantes amistades, y sin que yo me diera cuenta, ni me lo propusiera, fui adquiriendo cierta popularidad entre ellos, como deportista, como atleta, como explorador, como escalador de montañas y como el individuo que, al fin y al cabo, sacaba buenas notas. Ahí

<sup>30</sup>Frei Betto: Ob. cit., pp. 145-146.



tal vez, en ese período, se fueron manifestando algunas cualidades políticas inconscientes.<sup>31</sup>

¿Era buen estudiante? No, no era buen estudiante, yo debo empezar a decirles a ustedes que no me puedo presentar ante esta generación como buen estudiante. Iba a clases, es cierto, y, como les contaba hoy el profesor Delio –no sin desagrado por su parte, porque él quisiera que yo hubiese sido un modelo en todo–, el profesor estaba en mi aula por aquí y yo con la mente estaba por allá. Se lo explicaba, que estaba yo sentado allí con todos los demás, el profesor explicaba una materia y yo estaba pensando quién sabe en cuántas cosas, o en montañas, o en el deporte, o en cualquier otra de las cosas que a veces piensan los muchachos, y las muchachas. Luego, me convertí en un estudiante finalista, que es la peor recomendación que se le podría dar a cualquiera; ahora, era un buen finalista. Creo que en eso tal vez podía competir con Ana Fidelia en esa última carrera en que ganó el campeonato mundial, porque los demás iban delante y yo, al final, dedicando todo el tiempo al estudio: recreo, almuerzo, comida, como autodidacto.

Le contaba al profesor que, incluso, Matemática, Física y asignaturas de ciencias, las estudiaba por mi cuenta cuando llegaba el fin de curso donde, por último, obtenía buenas notas, muchas veces por encima de los primeros expedientes del curso. Ese era mi esfuerzo final. Los profesores jesuitas me aplaudían mucho en época de campeonato, me lo perdonaban todo y me criticaban al final de curso, cuando escribían a mi casa y auguraban un fracaso seguro del curso.

No se me olvida un profesor de mucho carácter, era inspector, y ese fue el que me llamó una vez y llamó a un señor que era representante mío por acá, o representante de mi padre, y allí le dijo que yo perdía el curso. Ni me acuerdo, de los tres, si sería el segundo curso que tenía allí en la escuela. Dio las quejas. Yo estudié como hacía siempre, y recuerdo un día que saliendo del comedor el inspector aquel severo me dice: “¿Sabes cuánto sacaste en Física?”, con un acento español. Yo me hago el bobo así y digo: “Algo hay aquí que él viene con esa pregunta”, pero yo sabía que había hecho un buen examen, y le digo: “No”. Dice: “¡Cien!”. La primera excelencia había sacado 90, el hombre brillante de la escuela había sacado 90 cuando tenía que ir al Instituto a examinarse o iban los profesores del Instituto allí a examinar.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 147.

...

A mí no lograron inculcarme el hábito de estudiar todos los días, y, ya digo, me consentían todo por las medallas deportivas, me trataban mejor que al equipo Cuba. Las críticas al final. No me enseñaron el hábito realmente de estudiar todos los días.<sup>32</sup>

Por lo demás, la vida se desenvolvía en la escuela bien para mí por los deportes, las exploraciones, las excursiones, todas esas cosas. Tenía buenas relaciones con los demás muchachos, excelentes relaciones, de eso me pude dar cuenta el día que finalizó el curso, realmente por la forma en que recibieron el momento en que me entregaban el título de graduado de bachiller en la escuela. Yo mismo no podía imaginarme que tenía tantos amigos en la escuela. Creo que era el resultado del tipo de relaciones que tenía con los demás, sin hacer política, ni mucho menos; pero cuando entro en la universidad, ¿qué puedo conocer de política?

¿Qué había traído de la escuela, qué había traído tal vez de mi casa, qué había traído? Un profundo sentido de la justicia, una ética determinada que se va adquiriendo. Debe tener preceptos cristianos esa ética, inevitablemente, la que uno aprendió de una forma o de otra, la que uno aprendió luchando contra injusticias desde muy temprano, luchando contra abusos desde muy temprano, con un sentido de igualdad en mi relación con todos los demás desde muy temprano y, además, indiscutiblemente, de un temperamento o de un carácter –como se quiera llamar– rebelde. Reaccionaba, no me resignaba jamás al abuso ni a la imposición por la fuerza de las cosas.<sup>33</sup>

### ***De política sabía muy poco***

Debo decir que cuando ingresé en la universidad, de política sabía muy poco, muy poco. ¿Qué sabía yo de política en aquella época? Lo más que recuerdo es que tuve un hermano, o un medio hermano, postulado para representante por el Partido Auténtico, allá por la provincia de Oriente. Recuerdo que en aquel momento eran 42 representantes por Oriente, y que cada partido llevaba sus candidatos. Yo tendría tal vez unos 14 años, y andaba enseñando a votar, estaba con unas boletas por allá recorriendo los bohíos y las casas de Birán, en-

<sup>32</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado en el Aula Magna de La Universidad de La Habana con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y sus 50 años de vida revolucionaria”, *En esta universidad me hice revolucionario*, pp. 17-19.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 20.



señando a votar por Pedro Emilio Castro. No recuerdo el número exacto que estaba en la boleta, pero yo tenía que darle la explicación a aquella gente, que era analfabeta casi toda, el lugarcito, el partido y todo, donde tenía que marcar la cruz.

Pero no se vayan a pensar ustedes que yo era revolucionario a los 14 años, o que yo era político a los 14 años y había hecho una opción política determinada, sino que el otro era mi hermano y me había ofrecido un caballo si ganaba las elecciones. En realidad fue una campaña –sí, sí eso fue como en el año 1939– muy poco desinteresada la que hice. Pero él me hablaba, él tenía aquella amabilidad de tratarme; siempre a los muchachos les gusta que los traten, que los tomen en cuenta, y me dio la tarea aquella que estuve realizando hasta el día de las elecciones, y todo mi esfuerzo se vino abajo, llegó la guardia rural y no dejó votar a nadie.<sup>34</sup>

### ***Lamento no tener toda mi vida para leer y estudiar***

He leído cuantos libros he podido en mi vida y siento el dolor de no disponer de más tiempo para leer. Sufro cuando veo las bibliotecas, sufro cuando reviso una lista de títulos de todas clases, y lamento no tener toda mi vida para leer y estudiar.

He leído todo tipo de literatura.

Mis primeras lecturas, las que más me atrajeron, fueron lecturas de historia: historia de Cuba, historia universal y muchas biografías; casi todas las biografías fundamentales, clásicas, las he leído. Ya en la escuela, en el propio bachillerato, tuve contacto con la literatura, fundamentalmente con los clásicos de la literatura española.

Entre mis obras clásicas no falta la Biblia, por supuesto. Cualquiera que analiza mi terminología se encontrará que hay palabras bíblicas, porque estudié doce años en colegios religiosos, como el de los Hermanos de La Salle y fundamentalmente con los jesuitas: del primero al quinto grado estuve con los Hermanos de La Salle, y desde el quinto grado hasta que me gradué de bachiller estuve con los jesuitas. Ellos me pusieron muy en contacto sobre todo con la literatura española, no tanto con la literatura universal. Es más adelante cuando tengo más contacto con la literatura universal y, por supuesto, tuve oportunidad de leer muchas obras; también

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 14-15.

después cuando estuve preso. Cuando dispuse de mayor tiempo para leer fue en los casi dos años que estuve en prisión entre 1953 y 1955.

Déjame expresarte que siempre mantuve la afición por la historia de Cuba, por todo lo que se refería a los luchadores por nuestra independencia, en primer lugar Martí y todo lo que se refería a las obras de Martí.

De lo primero que yo me empapo mucho, profundamente, es de la literatura martiana, de las obras de Martí, de los escritos de Martí; es difícil que exista algo de lo escrito por Martí, de sus proclamas políticas, sus discursos, que constituyen dos gruesos volúmenes, deben ser unas dos mil páginas o más, que no haya leído cuando estudiaba el bachillerato o estaba en la universidad. Luego, las biografías de nuestros patriotas: Máximo Gómez, Céspedes, Agramonte y Maceo, todo lo que se refería a aquellos personajes, ¡yo bebía de toda esa literatura! Diría que mi primera formación política la obtuve leyendo la historia de Cuba, todavía como estudiante; pero, aún después de que me gradué, leía mucho siempre. Siempre me gustó y todavía me gusta leer, y me fanatizo con cualquier literatura que se refiere a nuestras guerras de independencia, a los personajes de nuestra lucha por la independencia.<sup>35</sup>

### ***En las vacaciones***

*De los tiempos que sugieren esparcimiento, recreación y hasta horas de ocio, Fidel rememora:*

En las vacaciones a mí me hacían trabajar, incluso; cuando era adolescente me llevaban a la oficina, a veces me hacían trabajar en la tienda. Tenía que invertir en ello parte de las vacaciones y hacía un trabajo que no era muy voluntario pero no me quedaba otro remedio. De mi mente no podrán borrarse nunca las imágenes de tantas humildes personas que allí llegaban a buscar una orden para comprar en la tienda, descalzos, andrajosos y hambrientos [...]<sup>36</sup>

*Muchos de los vecinos de Birán guardan innumerables recuerdos de los tiempos en que Fidel iba de vacaciones a su tierra. Entre*

<sup>35</sup> Tomás Borges: *Un grano de maíz*, pp. 265-266.

<sup>36</sup> Frei Betto: Ob. cit., pp. 160-161.



*ellos, un fornido hombre de estatura excepcional, Gilberto Suárez, más conocido por Llana, relata:*

En cierta ocasión estaba él en la valla con un grupo de muchachos que casi siempre se reunían desde temprano para celebrar peleas. Al llegar allí, Mongo me llamó: “Oye, hace falta que te pongas los guantes con Fidel”. Entonces yo le dije: “Bueno, chico, yo veo que las peleas son muy largas y yo no puedo estar mucho tiempo aquí; si fuera un ratico sí, pero no mucho, porque a Fidel le gusta siempre alargar las peleas”. Mongo, que actuaba de *second* de Fidel, me convenció diciéndome que no me preocupara, que iba a ser un ratico nada más.

Me puse los guantes, pero él observó que no me los amarré. Vino para donde yo estaba y me dijo: “Amárrate los guantes”, y yo le expresé: “No, chico, yo no lo voy a hacer, porque cuando quiera quitármelos, puedo hacerlo, y cuando se amarran uno se demora mucho peleando”.

Yo vi que Fidel se cuadró con intenciones de hacer una buena pelea conmigo. Empezamos a llavearnos. No sé cómo fue que me sorprendió y me dio un golpe fuerte. Ahí empezamos a darnos hasta que le conecté en la cabeza. Fidel tendría unos 15 años y yo 20.

Mongo, rápidamente, sujetó a Fidel en su esquina y le dijo: “Ya está bueno”, y él le respondió: “¿Está bueno de qué?”, y con la misma se volvió para donde yo estaba y ahí fue cuando yo me fui corriendo de allí, y detrás de mí todo el mundo, porque en ese tiempo él andaba con rifles y esas cosas y pensábamos que nos iba a matar.

Un día en la tienda, siento que alguien iba subiendo las escaleras y cuando vengo a darme cuenta veo que son Fidel y Lina. Enseguida fui a esconderme, pero el bodeguero, que es amigo de Fidel, lo llamó y le dijo: “Oye, chico, ¿qué te pasó con Llana?”. “No me digas nada Bartolo, este moreno promete, tiene una pegada fantástica, me dio un golpe aquí que todavía me duele”, le contestó Fidel y recostó la cabeza a un bloque de hielo que llevaban para la tienda. Después dijo: “Yo me lo voy a llevar para La Habana; allá en el Vedado lo voy a preparar para que boxee de verdad”.

Ese combate entre Fidel y yo fue un jueves cerca de las cuatro y media de la tarde. Realmente la pelea se dio porque Mongo sabía que si no encontraba un peleador, tenía él que volver a ponerse los

guantes con Fidel, lo que hacía constantemente. Eran días en que Fidel estaba de vacaciones en Birán.<sup>37</sup>

*Acerca de un juego en el que Fidel contribuyó a realizar un triple play, un periodista interroga al propio Llana, quien gustosamente revela:*

Yo no jugué en ese desafío, pero lo recuerdo bien, porque muchos de nosotros fuimos a ver el encuentro. Fue un batazo grandísimo, que creo que lo conectó el gallego Iglesias. Ganaba el equipo de Mongo 1 x 0 en el noveno inning, sin out, cuando el conjunto rival logró llenar las bases. Todo quedó listo para la sensacional jugada: aquel hombre sonó un señor “palo” que se metió de flay por entre los arbustos, me parece que de una mata de guásima. Al instante salió Fidel de entre aquellas matas con la pelota en el guante, tiró rápido y lo demás es fácil de imaginar: triple play y victoria para Birán.

En otra ocasión Fidel demostró sus cualidades de lanzador. Mi hermano Felipe fue el receptor de ese juego en que él ponchó a catorce bateadores.<sup>38</sup>

### ***Fidel tiene madera y no faltará el artista***

Desde el grado quinto de primaria hasta el segundo año de Bachillerato, René Fernández Bárzaga y Fidel Castro Ruz compartieron las inquietudes gratas de años infantiles y juveniles en el plantel religioso perteneciente a la orden jesuita; con ellos, entre otros muchachos, Balbino Pérez Suárez, hijo de un próspero hombre de negocios, dueño de El Encanto, de Puerto Padre. En aquellos tres adolescentes brotó y se desarrolló una firme amistad que aún perdura.

Fidel, René y Balbino se reencontraron hace cuatro años en Las Tunas, en la fábrica de envases de vidrio. Balbino mostró al jefe de la Revolución Cubana una foto que capta el instante de una excursión campestre y en la cual aparecen ellos junto a compañeros de la escuela santiaguera.

Fidel, con lúcida precisión, fue identificando a los integrantes del colectivo, niños en aquella época: Mastrapa, Prada, Martínez, René, Balbino (...) quienes con el andar del tiempo emprendieron pasos

<sup>37</sup> Reinaldo López Rodríguez: “El gigante que boxeó con Fidel”, Periódico *Ahora*, 2 de septiembre de 1990.

<sup>38</sup> *Ibidem*.



hacia rumbos diversos; Fidel y su hermano Raúl, ambos alumnos del colegio Dolores, echaron suerte con los pobres de su tierra.<sup>39</sup>

Afirma René que Fidel fue precursor del alpinismo y campismo en Dolores y en Santiago de Cuba, muestra una foto donde Fidel y otros alumnos vistieron el uniforme de explorador y nos relata:

“Una de nuestras primeras exploraciones fue en Puerto Boniato, después en El Cobre, El Caney (...) Fidel escalaba la montaña más alta; era el primero en emprender el ascenso y el último en regresar; a veces el ómnibus que nos conducía al campo demoraba dos o tres horas su regreso a Santiago porque Fidel permanecía en la montaña”.

Fernández Bárzaga, tras una pausa añade:

“En todo el grupo el alpinista por excelencia era Fidel. Palpitaba de emoción y alegría cada vez que íbamos de excursión a un paraje montañoso”.<sup>40</sup>

René y Balbino destacan también el papel de Fidel en los deportes, ya jovencito. En varias ocasiones fue proclamado el mejor atleta colegial del curso, principalmente en Belén. Hubo una ocasión que ganó en los 800 metros de competencias intercolegiales; en baloncesto demostró recias condiciones, practicó todos los deportes: fútbol, natación, beisbol.<sup>41</sup>

“¿Travesuras? Las propias de nuestra edad y origen de clases. A nosotros, pese a la disciplina que imponían los jesuitas, nos dispensaban algunas majaderías porque éramos los hijos de papá, y papá era un rico comerciante, terrateniente o político y pagaba bien por nuestros estudios.

”Hubo excepciones para modificar nuestras actitudes y al hermano Salgueiro se recuerda hoy con mucho cariño, pero sin olvidar que tenía mano dura ante cualquier indisciplina. Fidel, por ejemplo, contó que aprendió a dividir con gran velocidad porque el hermano Salgueiro en vez de líneas ponía cuentas de dividir con seis cifras en el dividendo y tres en el divisor, por lo general, y veinte cuentas en cada castigo.

”El profesor de nuestro cuento era español, de pequeña estatura, poseía un genio terrible, no soltaba palabrotas por respeto a su hábito; cuando se ponía de mal humor se fermentaba y vivía orgulloso de ello, pero era muy noble. Él estaba a cargo de los alumnos pupilos.

<sup>39</sup> Aldo Isidró del Valle: “Viaje al mundo de los recuerdos”, *Antes del Moncada*, p. 1.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 3.



”Salgueiro vive en República Dominicana desde hace años, aquí tenemos una carta de él donde nos evoca los días del colegio Dolores cuando ‘veinte cuentas’. Y de este episodio un poco de historia que Fidel ha relatado: ‘Una vez al regresar de vacaciones trajimos un perico de Birán al padre Prefecto que, por cierto, gustaba de esos animalitos, le preparó un aro en un pequeño jardín que estaba junto al salón de estudio donde el hermano Salgueiro nos vigilaba’.

”Amaestrado por los pupilos, lo primero que bien pronto aprendió a decir el perico fue ‘¡Salgueiro, veinte cuentas, veinte cuentas!’ Y no fueron pocas las veces que repetía ‘¡veinte cuentas!’ [...] Salgueiro no mataba al ave porque era del Prefecto. Por fin terminaron regalando el perico al asilo San José, y allí las monjitas hasta lo enseñaron a rezar, y de él se cuentan maravillas”.<sup>42</sup>

*En el colegio de los jesuitas de La Habana, donde cursó el bachillerato, Fidel se distinguió entre sus compañeros. En los anuarios Ecos de Belén, publicados entre 1942 y 1945, aparecen múltiples referencias al muchacho de Birán.*

*Al finalizar la crónica de la graduación de bachillerato del curso 1944-1945, el anuario del colegio jesuita inserta la caracterización de Fidel, escrita por el Padre Amado Llorente, que textualmente manifiesta:*

Fidel Castro Ruz:

Se distinguió siempre en todas las asignaturas relacionadas con las letras. Excelencia y congregante fue un verdadero atleta, defendiendo con valor y orgullo la bandera del Colegio. Ha sabido ganarse la admiración y el cariño de todos. Cursará la carrera de Derecho y no dudamos que llenará con páginas brillantes el libro de su vida. Fidel tiene madera y no faltará el artista.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> *Ibíd.*, pp. 7-8.

<sup>43</sup> *Ecos de Belén*. Año VII, junio de 1945.



# INICIOS EN LA VIDA POLÍTICA



## ***Ingresa Fidel en la universidad***

*En 1945, Fidel matricula Derecho en la Universidad de La Habana. En poco tiempo se perfila su vocación de político y revolucionario. Allí, desde el primer instante, experimenta la sensación de que se abre un campo nuevo para él.*

*Al cumplir cincuenta años de su ingreso en este alto centro de estudios Fidel, reunido con un grupo de estudiantes, cuenta:*

De modo que mis primeros meses en la universidad los estoy compartiendo un poco con el deporte, porque quería seguirlo practicando, y me inicio ya en actividades políticas. Pero no era una política que trascendiera todavía hacia el exterior de la universidad, sino que era política interna.

Entonces, me autopostulo candidato a delegado por la asignatura de Antropología. Esa era una asignatura especial porque era una materia en la cual se podía ayudar a los estudiantes de distintas formas, con informaciones sobre los días de las prácticas, con avisos sobre días de laboratorio y exámenes, porque había muchos estudiantes que no venían a la universidad, estaban matriculados pero no asistían, y también organizo la candidatura del primer curso. Naturalmente, ya había alumnos del segundo curso y del tercero que estaban tratando de captarnos para obtener la mayoría, porque, entonces, en las elecciones los delegados de las distintas asignaturas de un curso elegían al delegado de curso, y los delegados de curso elegían al presidente de la escuela de Derecho. Así fue.

Empecé en esas actividades en el primer año; claro, tenía que compartir eso con el deporte. No había pasado mucho tiempo y se demostró que eran inconciliables el tiempo que tenía que dedicarle al deporte y el que tenía que dedicarle a las actividades políticas. Indiscutiblemente que me incliné de manera total por las actividades políticas, en organizar la candidatura, en apoyarla, en buscar apoyo entre los estudiantes; trabajábamos bien. Nos encontramos



al frente algunos politiqueros que eran dueños de aquello, pero los métodos de trabajo nuestros dieron resultado.

Recuerdo que el día de las elecciones fueron a votar alrededor de doscientos y tantos alumnos. Yo saqué 181 votos y mi contrario sacó 33, y el partido nuestro ganó todas las asignaturas y todos los delegados del primer curso, completo –¿cómo fue en la última elección?–, fue voto unido; ganó la mayoría y me eligieron a mí entonces delegado del curso. Por ahí aparece que me eligieron después tesorero de la escuela. Realmente, si me eligieron tesorero la Escuela de Derecho no tenía ni tuvo nunca un solo centavo, así que sería un cargo honorífico, el tesorero de la nada. Así empezó, ese fue el primer año.

Ya empezaba a destacarme relativamente, empezaban a fijarse en uno, y ya, al mismo tiempo, el proceso de descrédito del gobierno avanzaba aceleradamente y los estudiantes nos manifestábamos contra aquel gobierno.

Casi coincidiendo con esa etapa surge la rebelión de Chibás con los ortodoxos, que termina con un partido llamado Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), en respuesta a la frustración que había significado el gobierno de Grau; y nosotros ya nos manifestábamos contra el gobierno. Los dirigentes aquellos de la universidad tenían puestos, “botellas”, cargos y todo en el gobierno, tenían todos los recursos del gobierno.<sup>44</sup>

### ***Mi lucha se hace más complicada***

De manera que mi lucha se hace más complicada en el segundo año, cuando la Escuela de Derecho se vuelve decisiva para la elección de la FEU [Federación Estudiantil Universitaria] entonces hice el mismo trabajo en el segundo curso –el curso que vino detrás, el primer año de la carrera–, seguí trabajando en el segundo y en el primero, realizamos la misma política. Pero hay que decir que en el segundo curso los adversarios no pudieron hacer candidatura, no encontraron gente para organizar candidatura, es la realidad. Y en primer año, con un método de trabajo similar, se logró otra victoria arrolladora. Ya teníamos los dos cursos y los más numerosos de la Escuela de Derecho, y ahí es cuando ya los intereses del gobierno se empeñan

<sup>44</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado en el Aula Magna de La Universidad de La Habana con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y sus 50 años de vida revolucionaria”, ob. cit., pp. 25 y 27.

en mantener la FEU de todas formas y a querer, primero, conquistarnos a nosotros, y, después, intimidarnos.

En la Escuela de Derecho, en ese segundo año, en esa segunda elección, mis adversarios a nivel de escuela, que no todos eran progubernamentales, tienen una fuerza, y había por ello una cierta división de fuerza. Pudo haber sido otro el resultado; pero uno de los individuos, el de cuarto año, al existir cinco cursos y tener un voto, se vuelve decisivo, por lo que resultó electo presidente de la escuela, aunque de carácter débil, con el compromiso de votar en la FEU contra la candidatura del gobierno. Creo que yo estaba actuando un poco precipitadamente y con mucha pasión dentro de la lucha interna de la escuela, porque con un poco más de experiencia habría buscado alguna fórmula para la elección de alguien más capaz y leal dentro de los adversarios internos, que todavía no estaban muy definidos en una posición o en otra, pero que eran necesariamente gubernamentales. Así que estuvimos los cursos inferiores y superiores divididos, y la división promovió a un individuo que tenía el compromiso solemne de votar contra la candidatura del gobierno en la FEU. Ese es el individuo que no cumple el compromiso de votar en la FEU por los que estaban en oposición al gobierno, y entonces nos vimos obligados a destituirlo, sencillamente reunimos una mayoría de cuatro y lo destituimos, porque los cuatro delegados de curso, primero, segundo, tercero y quinto, logramos coincidir en la cuestión de la candidatura de la FEU.

Se volvió así la Escuela de Derecho la manzana de la discordia y el voto decisivo en la universidad.

Hay que decir que en aquella época, y como consecuencia de una revolución frustrada –como explicaba anteriormente–, en el país había una serie de facciones llamadas revolucionarias, exaltadas en extremo por todos los medios de divulgación y generalmente aceptadas por una parte importante de la opinión pública, todas por algún antecedente, porque habían estado en esto o lo otro. Surgieron así una serie de grupos que empezaron siendo grupos revolucionarios; todos, desde luego, en relación con el gobierno, aunque con ciertas rivalidades entre ellos.

Yo estoy aquí solo en la universidad [...] cuando, de repente, en aquel proceso electoral universitario, me veo enfrentado a toda la mafia aquella que dominaba la universidad. Están decididos a impedir a toda costa la pérdida de la universidad: controlaban, dije, el rectorado, controlaban la policía universitaria, controlaban la policía



de la calle, lo controlaban todo, y deciden que la destitución aquella no era válida, con el argumento simplista de que como en los estatutos no se hablaba de la destitución, a pesar de que existían antecedentes importantes en sentido contrario aceptados por esas mismas autoridades; pues no, y deciden en el rectorado que no era válida la destitución del presidente de la Escuela de Derecho, y, por lo tanto, ese era el voto que decidía si la universidad seguía estando en manos de gente que apoyaba al gobierno o la universidad estaba en manos de gente contra el gobierno. Esa es la historia.

Aquello se tradujo para mí en una infinidad de peligros, porque el ambiente que yo observaba en la universidad, desde que llegué el primer año –aunque todavía era sostenible, nadie se ocupaba de nosotros– era un ambiente de fuerza, de miedo, de pistolas, de armas; y el grupo este que dominaba la universidad estaba estrechamente vinculado al gobierno, tenía todo el apoyo del gobierno y todos los recursos y armas del gobierno.

¿En qué sentido yo pienso que pude haberme precipitado un poco? Tal vez yo debía haber prolongado un poquito más aquella lucha o aquel enfrentamiento; sin embargo, no pude resistir los intentos de intimidación, de amenaza y entré en lucha abierta contra todas aquellas fuerzas, en lucha abierta, solo. Hay que decir que solo, porque no tenía nada, no tenía organización para enfrentar aquello, no tenía un partido que me diera un apoyo, así que es la rebelión contra aquel intento de avasallar a la universidad y de imponerse por la fuerza en la universidad.

...

[...] ya las presiones físicas sobre uno eran muy fuertes, las amenazas eran muy fuertes, se acercaban las elecciones de la FEU y fue el momento en que aquella mafia me prohíbe ingresar en la universidad, no puedo volver más a la universidad.<sup>45</sup>

### ***Una Browning con 15 tiros***

Más de una vez lo he contado a los amigos. No solo me fui a una playa a meditar, incluso lloré con mis 20 años, lloré, no por el hecho de que me prohibieran venir a la universidad, sino porque iba a venir de todas maneras a la universidad. Ni se sabe cuánta gente era, una pandilla aquella, todas las autoridades, todo lo tenían, y decido

<sup>45</sup> *Ibidem*, pp. 27-30.

volver, y volví armado. Se podía decir que era el comienzo de mi peculiar lucha armada, porque la lucha armada en aquella circunstancia era casi imposible. A un amigo de mayor edad y determinados antecedentes antimachadistas y antibatistianos le pedía que me consiguiera una pistola, me consiguió una Browning con 15 tiros. Yo me sentía superarmado con una Browning de 15 tiros porque, en general, era buen tirador; eso se lo debía a haber estado en el campo y a haber utilizado muchas veces los fusiles de mi casa sin permiso de nadie, los revólveres y todas las armas posibles, y dio la casualidad de que resulté un buen tirador.

Ahora, ¿por qué lloré? Lloré porque pensaba que me tenía que sacrificar de todas formas, porque cómo después de la lucha que yo venía librando en la universidad con el apoyo de los estudiantes universitarios, con el apoyo de la escuela, con un apoyo grande, casi total –me refiero a los alumnos de mi curso y de los cursos que venían detrás, aunque también alumnos de otras escuelas–, iba a aceptar la prohibición de volver a la universidad, y tomo la decisión, me consigo un arma –me dolía mucho pensar que tal vez nadie reconociera el mérito de aquella muerte, de que los propios enemigos serían los que escribirían la versión de lo que ocurriera aquí–; pero yo estaba decidido a venir y no solo a venir, sino a vender caro mi vida. No sabríamos cuántos serían los adversarios que tendrían que pagar junto conmigo aquel encuentro, y decido volver. Realmente no lo dudé nunca ni un segundo.

¿Qué es lo que impide que ese día yo muera? Realmente este amigo tenía otros amigos, y había distinta gente, distintas organizaciones y bastante gente armada por dondequiera, algunos eran muchachos jóvenes, valiosos, valientes, y él toma la iniciativa. Este era un amigo que tenía muy buenas relaciones con los estudiantes, y dice: “No te puedes sacrificar así”. Y convenció a otros siete u ocho a que vinieran conmigo, gente que yo no conocía, la conocí por primera vez ese día. Digo que eran excelentes. He conocido hombres, he conocido combatientes, pero esos eran muchachos sanos, valientes. Entonces ya no vine solo.

Hoy preguntaba yo por las dos escaleritas, y es que nos reunimos allí, donde había una cafetería –y debía seguir habiéndola aunque fuera en otro lugar, ya no hay nada–; se habían concentrado los guapos y la mafia por allí, por los alrededores de la Escuela de Derecho y en la Escuela de Derecho, y les dije a los demás: “Ustedes tres entran por el frente, tres de nosotros vamos a subir por una escalera desde



allí, otros tres por aquí”, y llegamos allí de repente, y aquella gente, que eran como 15 o 20, se pusieron a temblar. No consideraban ni siquiera que se podía realizar semejante desafío, a semejante poderío y a semejante fuerza. Pero esa vez no pasó nada, lo que hicieron fue temblar. Yo vine a la universidad y seguí viniendo a la universidad, pero ya venía de nuevo solo. Eso fue un día, venía ahora otra vez solo.

Tenía arma, sí, a veces tenía; pero entonces surgía otro problema en aquel enfrentamiento: ellos tenían la policía universitaria, la policía de la calle, todos los organismos represivos que mencioné antes, tenían los tribunales, tenían el Tribunal de Urgencia, y había una ley en virtud de la cual, si usted usaba un arma, iba preso. Entonces me encuentro con el tercer dilema: tengo que enfrentarme a aquella mafia armada y no puedo usar armas, porque si uso armas me sacan del juego y me meten preso. Aquellos tribunales eran muy rigurosos y a exhortación del gobierno sacaban a cualquiera de la circulación; entonces tuve que seguir aquella lucha contra aquella banda armada, desarmado casi siempre, porque había solo ocasiones excepcionales en que conseguía un arma, ¡un arma, no tenía nada más!; pero la mayor parte del tiempo estaba desarmado.

Toda aquella batalla alrededor de la universidad y de la posición de la universidad frente al gobierno tuve que librarla, podemos decir, desarmado. Por eso digo que era una lucha armada en condiciones muy peculiares, en que yo muchas veces lo que tenía era solo la piel. Y se cansaron de hacer planes de un tipo o de otro; el azar, la suerte (...) Hubo una ocasión en que salió el aula entera de Antropología y fue conmigo hasta el lugar donde yo residía, rodeándome porque yo estaba desarmado, y ellos, los adversarios, organizados y armados allí.<sup>46</sup>

### ***Récord académico***

Tengo un pequeño récord académico por ahí –no sé si será mucho, habrá que buscar un poco los detalles–, de las 47 asignaturas que examiné en año y tanto. Matriculé 20 ya por la libre –como se dice, estaba por la libre–, y me dediqué a estudiar, en medio de otras actividades, pero principalmente a estudiar, y en un año saqué 20 asignaturas; el otro matriculé 30. No era una manía de matricular asignaturas, tenía necesidad, porque quería sacar los cuatro títulos:

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 30-32.



Derecho, Derecho Diplomático, Derecho Administrativo y luego el de Doctor en Ciencias Sociales y Derecho Público. Me faltaban para ese último solo tres asignaturas que las sabía ya muy bien.

En aquel entonces estaba pensando disponer de una pausa para estudiar, y quería estudiar Economía Política; pero necesitaba una beca. Para ganarme la beca tenía que sacar aquellas 50 asignaturas, y lo habría logrado; pero en ese momento los acontecimientos se precipitaban en Cuba y cambié de planes, dejé de seguir aquel proyecto y me dediqué por entero ya a la lucha revolucionaria.

No me tomen por modelo, yo acepto los honores que me han dado como un acto de generosidad, de amistad, de cariño de todos ustedes; no me considero modelo, y mucho menos modelo de buen estudiante. Sí he tratado de ser un buen revolucionario, he tratado de ser un buen combatiente, y si a algunos se les ocurriera imitar un caso como el mío, les ruego que imiten mis pocos aciertos y se ahorren los muchos errores que pueda haber cometido.<sup>47</sup>

### ***Empiezo por ser un comunista utópico***

*En conversación con Frei Betto, el religioso brasileño, Fidel le confiesa que alcanza una formación marxista-leninista en la universidad, al ponerse en contacto con la literatura revolucionaria y le cuenta:*

Pero cosa curiosa, fíjate: antes de encontrarme con la literatura marxista, en realidad, y solo estudiando la economía política capitalista, empiezo a sacar conclusiones socialistas y a imaginarme una sociedad cuya economía funcionara de forma más racional. Empiezo por ser un comunista utópico. Viene a ser en el tercer año de mi carrera cuando yo tengo realmente contacto ya con las ideas revolucionarias, con las teorías revolucionarias, con el *Manifiesto comunista*, con las primeras obras de Marx, de Engels, de Lenin. Sobre todo, te digo la verdad, tal vez sea la sencillez, la claridad, la forma directa con que se plantea la explicación de nuestro mundo y de nuestra sociedad en el *Manifiesto comunista*, lo que hizo en mí un impacto tremendo.

Claro, yo antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano, lo voy siendo desde el Bachillerato: no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí. Yo fui siempre también un profundo y

<sup>47</sup> *Ibíd.*, p. 48.



devoto admirador de las luchas heroicas de nuestro pueblo por su independencia en el siglo pasado.

Te hablé de la Biblia, pero podía hablarte también de la historia de nuestro país, que es maravillosamente interesante, desde mi punto de vista, llena de ejemplos de valor, de dignidad y de heroísmo. Conforme la iglesia tiene desde luego, sus mártires y sus héroes, también la historia de cualquier país tiene sus mártires y sus héroes, forma parte también casi de una religión. Era algo así como veneración lo que sentíamos al escuchar la historia del Titán de Bronce, el general Maceo, que libró tantas batallas, que hizo tales cosas, o cuando te hablaban de Agramonte, o de aquel gran internacionalista dominicano y brillante jefe militar, Máximo Gómez, que luchó junto a los cubanos desde el primer día, o de aquellos inocentes estudiantes de Medicina que fueron fusilados en el año 1871, porque dicen que habían ofendido la tumba de un español. Entonces, tú estás oyendo hablar de Martí, de Céspedes, el Padre de la Patria, y había también en nuestra enseñanza, al lado de la historia sagrada de que hablábamos antes, otra historia sagrada, que es la historia del país, y de los héroes del país. Esa no me llega tanto por la vía de la familia, porque no había el nivel cultural suficiente para ello, como por la escuela, por los libros; ya uno va teniendo otros modelos de personas y de conductas.

Antes de ser marxista, fui un gran admirador de la historia de nuestro país y de Martí, fui martiano [...] <sup>48</sup>

### ***Cayo Confites: no me dejé arrestar***

Fidel tiene veinte años cuando forma parte activa del contingente internacionalista que se prepara en Cuba para apoyar a los dominicanos en su lucha contra el dictador Rafael Leónidas Trujillo.

*Cayo Confites, al norte de la región oriental, es el sitio escogido para establecer el campamento del ejército revolucionario compuesto por cubanos y dominicanos exiliados, capitaneados por Juan Rodríguez y Juan Bosch; pero, la traición de políticos inescrupulosos no se hace esperar. En el verano de 1947, la prensa destaca entre sus titulares: “Buques cubanos interceptan en la bahía de Nipe flota antitrujillista; arrestados tripulantes de los buques invasores”. “Fuerzas*

<sup>48</sup> Frei Betto: Ob. cit., pp. 158-159.

*combinadas del Ejército y la Marina conminaron a los sitiados a la entrega de sus armas”. “Maniobra la escuadra de Estados Unidos frente a Santo Domingo”. Recordando estos hechos, Fidel le cuenta al periodista colombiano Arturo Alape:*

[...] No quiero hablarte de aquella expedición, de los errores que cometieron sus organizadores, puesto que es otro tema, pero el hecho en sí es que yo era presidente de la Escuela de Derecho, era alumno oficial de la universidad. Allí para ser dirigente había que ser matrícula oficial. Los alumnos por la libre, como llamaban a una categoría de estudiantes que podían llevar asignaturas de distintos cursos, no tenían derecho a votar, pero yo en ese año de 1947 estaba terminando mi tercer año de carrera y me faltaban algunos exámenes [...]

Había un litigio, puesto que los que controlaban la mayoría de la universidad, asociados al gobierno de Grau, tenían interés en el control. En la escuela mía, que era la de Derecho, la mayoría de los delegados habían destituido al presidente, que estaba muy asociado al gobierno, y me habían elegido a mí. Las autoridades universitarias, controladas por el gobierno, no querían reconocer ese hecho. De manera que yo era vicepresidente de la escuela y además fui elegido en ese momento presidente de la escuela; pero yo era también en ese tiempo presidente del Comité Pro Democracia Dominicana en la Universidad de La Habana y cuando se organiza la expedición a Santo Domingo, más o menos ya a finales de curso, alrededor de julio, yo consideré que mi deber primero, aunque no estaba entre los organizadores de la expedición, pero tenía muchas relaciones con los dirigentes dominicanos, sobre todo con Rodríguez, que en aquella época era el principal y otros muchos dirigentes que habían estado en el exilio, era enrolarme como soldado en la expedición, y así lo hice.<sup>49</sup>

La expedición reunió unos mil doscientos hombres. Todo aquello estuvo muy mal organizado, puesto que había gente buena, muchos dominicanos buenos, había cubanos que sentían la causa dominicana, pero con un reclutamiento que se hizo apresuradamente incorporaron también antisociales, lumpen, de todo. Yo me enrolé en esa expedición como soldado [...]<sup>50</sup>

<sup>49</sup> Arturo Alape: “Fidel Castro y el bogotazo”, *Antes del Moncada*, pp. 70-71.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 71.



*Casi cinco décadas después, Fidel relata a un nutrido grupo de jóvenes estudiantes, algunos pasajes de su lucha en la Universidad de La Habana y de los acontecimientos de Cayo Confites.*

Ya esto es al final del segundo curso, la lucha está bastante intensa –sí, fue en 1945, 1946, y mediados de 1947–; ya me habían designado presidente del Comité Pro Democracia Dominicana, presidente del Comité Pro Liberación de Puerto Rico [...] estaba Albizu Campos en aquella época, protagonizó algunos de sus alzamientos, dio lugar a importantes manifestaciones.

No he mencionado dentro de todo esto, en la lucha contra el gobierno, la cantidad interminable de manifestaciones que se organizaron hasta Palacio. En algunas de esas fotografías que están por ahí yo estoy en el muro de Palacio, haciendo un discurso contra Grau, estaba allí frente a su oficina; entonces él quería recibir una representación, nosotros no quisimos tener ningún contacto. Era la crítica, la protesta por la muerte de un joven, no recuerdo exactamente las circunstancias, fueron varios casos como este.

Pero en medio de aquellas luchas que tenían altibajos, muy difíciles, aquella gente tenía cada vez más poder. Es la época de Alemán, el BAGA<sup>51</sup> famoso, robo desmesurado; este tenía ambiciones políticas, todos esos grupos que dominaban la universidad se unieron a Alemán, utilizaron la noble causa dominicana como una bandera de política revolucionaria.

Fue por la época en que se creían llegadas las condiciones para organizar la batalla final contra Trujillo y, realmente, los que organizaron la expedición de Cayo Confites, aparte de los dominicanos, era mucha de esta gente, y el que suministró los fondos, fundamentalmente, fue Alemán, ministro de Educación. Fue una de las cosas peor organizadas que he visto en mi vida: recogieron mucha gente por las calles de La Habana, sin atender a condiciones de cultura, a condiciones políticas, conocimientos, era organizar a toda velocidad un ejército artificial: reunieron a más de 1 200 hombres.

Yo, naturalmente, veo que se va a producir la lucha contra Trujillo, soy presidente del Comité Pro Democracia Dominicana, no lo pensé mucho, preparé las maletas y, sin decirle nada a nadie, me fui para Cayo Confites y me enrolé en aquella expedición.

<sup>51</sup> Maquinaria politiquera denominada Bloque Alemán, Grau, Alsina, dirigida por el ministro de Educación del gobierno de Grau, José Manuel Alemán.

Pero quizás lo más importante de todo eso es el hecho de que yo me enrolo allí donde está la inmensa mayoría de mis enemigos; cosa curiosa: me respetaron. Porque si algo pude aprender, como una lección, en todos estos años en que había que desafiar la muerte desarmado muchas veces y casi todos los días, es que el enemigo respeta a los que no le temen, el enemigo respeta a los que lo desafían, y aquel gesto de que yo me fuera a cumplir con mi deber que tenía como estudiante, inspiró respeto entre ellos, fue así.

Es estando allá, en Cayo Confites, en la etapa final, porque mientras Alemán era el zar del dinero, que suministraba todos los recursos para aquella expedición, Trujillo compró a Genovevo Pérez, que era el jefe del ejército, y entonces es cuando las pugnas se desatan abiertamente entre varios de aquellos grupos que se calificaban de revolucionarios. Y muchos se lo creían, honradamente se lo creían, porque, ¿qué era una revolución?, no lo sabían. ¿Quiénes podían ser o eran los abanderados de una revolución o expresaban las ideas revolucionarias? Los comunistas, los que defendían a los trabajadores, los que tenían una ideología, los que tenían una teoría revolucionaria, y fuera de eso, ¿cuál podía ser la teoría revolucionaria? Para muchos de ellos la revolución consistía en castigar a un esbirro de la época de Machado, o de la época de Batista, que había cometido crímenes contra la gente. En eso consistían muchas de sus concepciones de qué era ser revolucionario.

Pero todo eso fue degenerando, y es cuando se produce la matanza de Orfila. Este grupo que tenía todo el enorme poder de policía y represión, de todo, cuando en una casa de familia se forma un tiroteo, en un intento de capturar y matar a uno de los jefes adversarios, mata incluso a la señora de la casa, mata a aquella gente, y al ejército lo envían allí a ponerle fin a aquella batalla que había durado cuatro horas –nosotros estábamos en Cayo Confites.

Se hace famoso un periodista porque logra tomar película de todo aquello y se publica, un escándalo colosal. Es el momento que aprovecha Genovevo, el jefe del ejército, para liquidar la expedición de Santo Domingo, porque, lógicamente, veía en aquella expedición un adversario también dentro de la política interna, gente que significaba un peligro para él, en caso de obtener éxito en aquel movimiento de lucha de Santo Domingo. Eso es lo que les permite aprovechar la ocasión y liquidan, meten presos a muchos de aquellos jefes, les quitan todos los mandos que tenían en la Motorizada, en el Buró de Actividades Enemigas, en la Secreta, en



la Judicial, en la Policía Nacional; les quitan todos los mandos, perdieron todos esos mandos.

De modo que cuando se frustra la invasión de Santo Domingo –y ya nosotros nos íbamos para Santo Domingo con los que persistían– hubo desertiones, hubo de todo. Ya desde entonces yo tenía idea de la lucha guerrillera, ya me habían dado una compañía de soldados, aquello se veía que era caótico: falta de organización, falta de eficiencia, falta de todo. Yo dije: pero hay que ir. Y por poco yo comienzo la lucha guerrillera en Santo Domingo, porque ya a partir de las experiencias cubanas y de muchas cosas, que sería largo de contar, a partir de la convicción de que se podía luchar contra el ejército, ya desde entonces yo pensaba en la posibilidad de la lucha guerrillera en las montañas de Santo Domingo. Estoy hablando del año 1947.

Cuando regreso, que no caí preso, no me resigné a la idea de caer preso –también sería larga de contar esa historia–, me escapé de caer prisionero, logré salvar algunas armas que después se perdieron por una delación. Y cuando en La Habana todo el mundo creía que a mí me habían devorado los tiburones de la bahía de Nipe, el muerto se aparece por la escalinata universitaria y todo el mundo tenía los ojos así de grandes, porque yo había estado una serie de días sin contacto hasta que llegué aquí a La Habana.<sup>52</sup>

*El Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, refiriéndose a aquel entonces, narra:*

[...] Estuvimos varios meses en Cayo Confites, donde estaba entrenándose la expedición. A mí me habían hecho teniente de un pelotón. Al final tienen lugar acontecimientos en Cuba, se producen contradicciones entre el gobierno civil y el ejército, y este decide suspender aquella expedición.

Así las cosas, alguna gente deserta frente a una situación de peligro, y a mí me hacen jefe de una de las compañías de un batallón de los expedicionarios. Entonces salimos, tratábamos de llegar a Santo Domingo. Al final nos interceptan, cuando faltaban unas veinticuatro horas para llegar a aquella zona, y arrestan a todo el mundo. A mí no me arrestan porque yo me fui por mar, no me dejé arrestar más que nada por una cuestión de honor, me daba vergüenza que

<sup>52</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y sus 50 años de vida revolucionaria”, ob. cit., pp. 32-33, 35-36.

aquella expedición terminara arrestada. Entonces en la bahía de Nipe me tiré al agua y nadé hasta las costas de Saetía, y me fui.<sup>53</sup>

*Muchos años después, Fidel retorna a Cayo Saetía y allí recuerda pasajes de este episodio histórico con el viejo marino Lalo Guzmán, su amigo de aquellos años y guía del joven expedicionario cuando llega a tierra. Aldo Isidró, en su artículo “Lalo, el guardafaro de Cayo Saetía...”, expresa:*

Lalo, práctico de embarcaciones, atesoró aquel secreto durante veinte años. A nadie reveló la identidad y patriótica misión del joven revolucionario que después de fatigosas jornadas, llegó a su humilde vivienda en una madrugada del verano de 1947 y le dijo: “Te necesito”.

Aquel bisoño insurgente, uniformado, extenuado, mojada sus ropas, había caminado entre manglares y diente de perro y bosques, penetrado en trillos y guardarrayas negadas al paso del hombre, con sus cráteres de viejas aguas retenidas, turbias y ardientes [...]<sup>54</sup>

### ***Matriculé por la libre***

*Al regresar a la Universidad de La Habana, Fidel enfrenta nuevos contratiempos. Así lo recuerda ese 4 de septiembre en el recinto estudiantil:*

Pero, entonces, tenía un problema, que era el siguiente: como la expedición esta fue por junio o julio y se prolonga más allá de septiembre, yo tenía que examinar en septiembre algunas asignaturas que no había examinado, y cuando llego ya no hay tiempo de examen, y tenía que escoger –otro dilema–: matriculaba como alumno oficial para seguir trabajando dentro de las instituciones oficiales de la FEU en segundo año –tenía que matricularlo otra vez–, o me hacía alumno por la libre. Y esa fue una decisión muy importante, porque una de las cosas que yo repudiaba era el hecho de estudiantes sempiternos y de líderes sempiternos, que se matriculaban una vez y otra vez y otra vez, y yo había hecho muchas críticas de todo eso y no podía incurrir en aquello, y dije: Por poderosas que sean las razones, sencillamente me voy a matricular por la libre.

<sup>53</sup> Arturo Alape: “Fidel Castro y el bogotazo”, *Antes del Moncada*, pp. 71-72.

<sup>54</sup> Aldo Isidró del Valle: “Lalo, el guardafaro de Cayo Saetía: un hombre de palabra”, *Antes del Moncada*, p. 48.



Desde que me matriculé por la libre se vio la contradicción de un apoyo muy grande de los estudiantes, ¡muy grande!, y mi condición de estudiante por la libre, que no me permitía aspirar a cargos oficiales en la organización. Pero no vacilé en hacer eso, y me alegro y me satisface el haber hecho eso que hice en aquel momento.<sup>55</sup>

### ***La campana de la Demajagua***

Compañeros de la época juvenil de Fidel recuerdan que el propósito de las manifestaciones frente al Palacio Presidencial en 1947 era promover una situación de insurrección popular. La primera se produjo durante el entierro del estudiante Carlos Martínez, el 10 de octubre, justamente el mismo día que Ramón Grau San Martín cumplía su tercer año en la presidencia de la República. El joven Martínez había sido asesinado cuando los alumnos del Instituto No. 1 de La Habana manifestaban su repulsa a los participantes en una caravana propagandística del BAGA. Las arengas de un grupo de jóvenes liderados por Fidel, quien cursaba el tercer año de la carrera de leyes y contaba veintiún años de edad, lograron que el cortejo fúnebre desviara su ruta; en vez de seguir el trayecto más corto hacia el cementerio, los estudiantes orientaron la marcha del cortejo varias cuadras hacia el norte y pasaron con el féretro frente al Palacio Presidencial.

Cuatro días después, el 14 de octubre de 1947, se organizó una concentración estudiantil frente al Palacio Presidencial, durante la cual –parado en lo alto de los restos de unos muros de la antigua muralla de La Habana– Fidel dirigió la palabra a las enardecidas masas de jóvenes.

Similar proposición alentaba cuando un mes más tarde, en noviembre de 1947, consiguió traer desde Manzanillo la campana de la Demajagua,<sup>56</sup> que los veteranos de nuestra gesta independentista del pasado siglo habían negado al presidente Grau. Fidel pretendía utilizarla para llamar al pueblo a un grandioso acto de masas en la escalinata universitaria, y con el poderoso estímulo emocional de

<sup>55</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y sus 50 años de vida revolucionaria”, ob. cit., p. 37.

<sup>56</sup> Se refiere a la campana del ingenio Demajagua, con la cual Carlos Manuel de Céspedes anunció, el 10 de octubre de 1868, la libertad de sus esclavos y llamó a la lucha por la independencia de Cuba.



los sonidos de la simbólica campana arremeter contra el corrompido primer gobierno auténtico [...]”<sup>57</sup>

En los primeros días de noviembre de 1947, como vicepresidente de la Asociación de Alumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana, Fidel, junto a un grupo de sus compañeros, dirigentes de escuelas y de la FEU, se propuso rescatar aquel maravilloso símbolo de la dignidad nacional, que políticos inescrupulosos pretendían tomar como bandera en sus campañas antipopulares y demagógicas, durante el corrompido período presidencial de Ramón Grau San Martín, ensalzando para ello con hipocresía, a fin de comprometerlos a su favor, a grupos de veteranos de nuestras guerras de independencia, en cuya organización social los mismos politiqueros habían creado divisiones y hecho promesas incumplidas, en interés de sus planes electoreros.

La historia de este combate de Fidel por la reivindicación de una de las más preciadas reliquias de la patria tuvo sus antecedentes inmediatos un mes antes, en la ciudad de Manzanillo.

El 6 de octubre de 1947, llegó a la ciudad de Manzanillo, Alejo Cossío del Pino, ministro de Gobernación del régimen. Era domingo. La prensa calificó la reunión que habría de celebrarse inmediatamente en el Ayuntamiento de aquella ciudad oriental, de “espectáculo escandaloso”. El ministro de Gobernación aspiraba a materializar la iniciativa del gobierno de trasladar a La Habana la campana de la Demajagua, para ser utilizada en un acto politiquero que él llamaba “patriótico” con motivo del 10 de Octubre y del Día del Veterano.

Contactos previos, declaraciones ampulosas y promesas a los veteranos de una pronta devolución de la campana parecían haber garantizado la gestión de entrega de aquella reliquia histórica, con la aprobación del Ayuntamiento de Manzanillo.

Pero un concejal del propio Partido Auténtico, César Montejo, irrumpió en la Cámara Municipal, seguido de una multitud de manzanilleros y protagonizó una airada protesta. Gritaban: “¡Ladrones, la campana no! ¡Se lo han llevado todo y hasta la campana quieren llevarse! ¿Dónde está el dinero destinado a las obras de Manzanillo? ¡Este es un gobierno de piratas, no se llevarán la campana de la Demajagua, no se la dejaremos llevar (...) porque lo que harían con ella sería ultrajarla!”.

<sup>57</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. II, pp. 379-380.



Era una protesta vigorosa y justa.

Este hecho había sido el desbordamiento de los sentimientos del pueblo de Manzanillo, alertado por los factores más progresistas de la localidad y entre ellos, dirigentes de base del Partido Socialista Popular y del naciente Partido Ortodoxo.

Cossío del Pino tuvo que retirarse inmediatamente del lugar; hizo declaraciones a la prensa calificando aquel digno acto de “incivil” y a quienes lo promovieron, de “gavilla de gritones”; tomó un tren hasta Bayamo y de allí el avión rumbo a La Habana, derrotado.<sup>58</sup>

Un día de aquellos, Fidel hizo contacto con uno de sus compañeros dirigentes de la FEU, Alfredo Guevara, entonces secretario de la Federación Estudiantil Universitaria. Lo abordó en la cafetería de L y 27, hizo un aparte con él y le expuso su plan.

La idea de Fidel era que la FEU tomara en sus manos la situación sin pérdida de tiempo y que los estudiantes trajeran la histórica reliquia a La Habana, la colocaran en lo alto de la escalinata y se convocara a un gran mitin, se agitara a las masas y en un momento de máxima agitación política, en medio del clima de repulsa al gobierno y de contradicciones internas, incluso entre el presidente y el jefe del ejército, que caracterizaban esos días, se tocara la campana de la Demajagua, como se tocó para iniciar la Guerra de Independencia, y que con aquellas masas participantes, llenas de fervor patriótico, se marchara hacia Palacio para exigir la destitución de Grau y tras el derrumbamiento del régimen establecer un gobierno revolucionario.

El secretario de la FEU acogió con calor el proyecto reivindicativo de la campana y la Federación Estudiantil Universitaria acordó que fuera el propio Fidel quien viajara a Manzanillo para solicitar la reliquia a los veteranos que eran sus custodios. Para acompañarlo en esta gestión fue designado, a proposición de Guevara, el estudiante Lionel Soto, vicepresidente de la Escuela de Filosofía y dirigente del Comité del Partido Socialista Popular en la Universidad, quien integraba con él –militante secreto de la Juventud Socialista– y con otros estudiantes, un frente unido.

Fidel y Lionel se trasladaron en avión a Manzanillo.

“Recuerdo que fue la primera vez que monté en un avión” –nos dice Lionel–. El regreso a La Habana, en posesión de la campana, lo hicieron en el tren central.

<sup>58</sup> Marta Rojas: “Combate de Fidel por la reivindicación de la campana de la Demajagua”, *Antes del Moncada*, pp. 11-14.

Los veteranos y el Ayuntamiento de Manzanillo aprobaron la solicitud de la FEU expuesta por Fidel, y la Cámara Municipal nombró a un acompañante, Juvencio Guerrero, vicepresidente del Ayuntamiento, obrero tabacalero de militancia comunista. También viajaron con los estudiantes y Juvencio, el presidente de la Asociación de Veteranos y otras personas.

Hicieron escala en Bayamo y en Matanzas. Al llegar a La Habana los esperaba una multitud en la estación terminal.

Mientras los delegados de la FEU viajaron a Manzanillo, los estudiantes cumplieron las orientaciones de Fidel para el recibimiento y la protección del grandioso símbolo [...] <sup>59</sup>

Apoyarse en las masas para la custodia de la campana de la Demajagua, independientemente de la guardia estudiantil armada, fue la divisa de Fidel en todo momento. Pero sus seguidores no tenían el nivel organizativo ni la capacidad militar, ni un mínimo de experiencia para semejante combate, frente a fuerzas tan potentes e inescrupulosas como eran las que alimentaba el BAGA. <sup>60</sup>

*Al respecto declara Alfredo Guevara:*

Y lo cierto es que no fuimos capaces de cuidar la campana, porque hubo irresponsabilidad. Y yo puedo decir ahora, aunque pueda parecer el reconocimiento *a posteriori*, porque Fidel es quien es, que Fidel fue el único que tuvo la suficiente lucidez, porque la verdad es que si nosotros hubiéramos mantenido la guardia masiva y la guardia armada las 24 horas, esa campana no se la llevan o hubiera sido objetivo de una refriega, y no lo fue. <sup>61</sup>

¿Por qué lograron llevarse la campana? Porque hasta las cuatro de la mañana la reliquia estuvo, como dijo Fidel, masivamente custodiada por el estudiantado de la universidad, pero a las cuatro de la mañana comenzó a entrarle sueño a la gente y la campana realmente parecía estar segura, tras una especie de rejas (...) pero lo cierto es que después de esa hora la guardia bajó seriamente. Francamente demostramos no servir. Fidel había insistido en que mantuviéramos las masas allí, no solo a nuestra gente armada. Él tenía un nivel de intuición desde aquel momento, de cómo hacer las cosas, que prefiguraba al dirigente del Movimiento 26 de Julio unos años después.

<sup>59</sup> *Ibíd.*, pp. 16-17.

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 18.

<sup>61</sup> *Ibíd.*



Por la mañana, cuando Fidel se enteró de que había desaparecido la campana, muy molesto reprobó a sus compañeros no haber sido consecuentes con las ideas que él había defendido apasionadamente, entre ellas, de mantener no solo la guardia armada, sino la guardia de masas. A partir de ese momento se dio a la tarea de buscar la reliquia en compañía del secretario de la FEU.

Primero visitó la casa de Ovaes, con quien conversó largamente tratando de encontrar una pista; a la salida de la casa se cruzaron con el automóvil donde viajaba Eufemio Fernández con otros individuos; el auto estaba totalmente artillado. Fidel lo instó a bajar del carro y le dio a entender con suficiente claridad que por donde él estaba, “por su mundo”, era por donde estaba la campana robada; Eufemio lo negó hipócritamente, pero Fidel estaba convencido de que Eufemio era uno de los autores directos del robo.

Ya no tuvo duda de que el símbolo de la Demajagua estuviera escondido cerca de aquel lugar, probablemente en casa de Tony Santiago, dirigente de la juventud auténtica (que nada tiene que ver con el mártir revolucionario del mismo nombre y apellido).

La noticia del robo de la campana se regó como pólvora. Todos los periódicos y las estaciones de radio dieron amplias informaciones y suposiciones de dónde estaría la reliquia y quienes pudieron haberla robado. Los estudiantes y los diarios afirmaban que, al igual que el brillante del Capitolio, la campana aparecería en el Palacio Presidencial, y así ocurrió. De inmediato Fidel promovió las mayores protestas y encabezó una manifestación hasta la Jefatura de la Policía, donde fue formalizada la denuncia correspondiente.<sup>62</sup>

*Hechos posteriores demostraron que, efectivamente, el ejecutor del robo de la campana había sido el gángster Eufemio Fernández.*

Fidel condenó enérgicamente el robo de la campana, lo calificó de inaudito, como ultraje a la reliquia de la República: “para los apóstatas autores del hecho, nuestra repulsa y desprecio” –dijo. Agregó que “los que decían que el espíritu universitario ha muerto, mienten; a los que piensan que la conciencia estaba ahogada, venimos también a decirles que mienten”.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, pp. 18-20.

Acusó al gobierno del robo del hermoso símbolo, y de la defraudación del pueblo por el incumplimiento de las promesas del autenticismo: “hoy todo eso se ha derrumbado y para los años venideros se presagia miseria, se ha perdido la fe, pero ¡ay de aquellos que mataron la fe del pueblo, que este puede volverse airado!”.

“Nosotros –agregó–, para quienes fue más terrible la decepción, debemos proclamar que un pueblo joven nunca puede decir estoy rendido.

”Frente a la crisis actual –señaló–, la postura del estudiantado debe ser de oposición independiente, porque no podemos permitir que se nos confunda con los hombres de Machado y de Batista”.

Según la versión de prensa de donde se toman sus palabras, concluyó proclamando que la universidad está en pie para luchar junto con el pueblo a fin de evitar el mal gobierno.<sup>63</sup>

*El 12 de noviembre de 1947, el gobierno se vio obligado a devolver la campana de la Demajagua a la ciudad de Manzanillo.*

### ***Un joven como nosotros***

*En Artemisa, ciudad situada al oeste de La Habana, Fidel pronunció un patriótico discurso por el aniversario 76 del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, uno de los más horribles crímenes del colonialismo español.*

*Juan Miguel Carvajal Moriyón, joven que militaba en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), fue quien sugirió la idea de cursar una invitación a Fidel para que hablara allá sobre tan significativa efeméride.*

Juan Miguel obtuvo voto unánime de sus compañeros del Instituto artemiseño para invitar a Fidel Castro a la velada por el 27 de noviembre [de 1947]. Estableció comunicación telefónica con la FEU, supo dónde localizar a Fidel y partió para la capital. Los periódicos sacudían sus páginas con denuncias, quejas de la población, reseñas de atropellos, asaltos a sindicatos, crisis económica, guerras entre pandillas (aún se comentaban los sucesos de Orfila).

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp. 21-22.



El joven estudiante de la [también llamada] Villa Roja localizó a Fidel en una emisora de radio donde se trasmitían sus comentarios políticos. Explicó la razón de su viaje y Fidel quedó pensativo unos instantes para luego responder: “Agradezco la invitación de ustedes; tengo algunos compromisos, pero trataremos de asistir”.

Confiesa Juan Miguel su íntima satisfacción por aquel gesto del joven dirigente de la FEU en quien advirtió “madurez y fuerza de carácter, una personalidad muy definida”.

“Regresé a Artemisa y comuniqué a mis compañeros del Ejecutivo de la Asociación la posible asistencia de Fidel Castro, y comenté que se trataba de un dirigente distinto, un joven como nosotros, pero que habla otro lenguaje. La vida me dio la razón.

”Hago esta observación para explicar que con la presencia de Fidel en aquel acto rompimos una tradición, pues en ceremonias anteriores el Ejecutivo de la Asociación de Estudiantes se dirigía oficialmente a la presidencia de la FEU de la Universidad de La Habana y solicitaba la participación de un dirigente para que hablara en el acto. En esta ocasión, fuimos directamente a invitar al orador por el 27 de Noviembre.

”¿Por qué? Cabría preguntarse. Ya lo dije al principio, por la simpatía que sentíamos todos por Fidel [...]

”...  
”Nos produjo infinita alegría la presencia de Fidel; fuimos a su encuentro; habló con otros jóvenes artemiseños y fue el orador central en nuestra velada [...]

”Con ejemplos lúcidos denunció la demagogia de Grau, sus vicios y lacras, y anunció la forma de erradicarlos, elevando a papel trascendente la participación de la juventud en los cambios necesarios”.

En esa noche, tan cargada de premoniciones, Fidel conocería a un valioso grupo de artemiseños, jóvenes patriotas, radicales y decididos, que le acompañarían en la histórica gesta del Moncada.<sup>64</sup>

### ***Lucha por la democracia en América Latina***

*En 1948 se proyectó realizar una reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en la que Estados Unidos se proponía consolidar, aún más, su sistema de dominio en América Latina. Colombia sería la sede del evento.*

<sup>64</sup> Aldo Isidró del Valle: “Noviembre 1947: Artemisa por primera vez”, *Antes del Moncada*, pp. 56-58.

*Ante esta situación, Fidel concibe la idea de convocar una reunión de estudiantes latinoamericanos, basada en principios antimperialistas, para desarrollarla simultáneamente en el mismo país donde sesionaría la OEA. Años después, el jefe de la Revolución Cubana rememora en discursos y entrevistas:*

[...] Entonces fue cuando me di a la tarea de tratar de organizar un congreso latinoamericano de estudiantes en Colombia, que coincidiera con la famosa reunión de la OEA, donde iban a tomar no se sabe cuántos acuerdos reaccionarios. Logramos reunir gente, visité Venezuela, visité Panamá, había bastante efervescencia en esos lugares. En Colombia, en contacto con los estudiantes, me pusieron en relación con Gaitán, que resultó ser un líder de condiciones excepcionales, con un gran apoyo de masas y al que desafortunadamente, asesinan aquel 9 de abril, una hora antes de reunirse con nosotros por segunda vez. Estábamos nosotros haciendo tiempo para llegar a él cuando se produce el estallido de Bogotá.<sup>65</sup>

En cierto momento yo me había convertido, sin proponérmelo, en el centro de aquella lucha contra el gobierno de Grau. Eso tenía lugar en el año 1948.

Ya por aquella época yo también había participado y me había convertido, pues tenía relaciones con Albizu Campos y su familia y otros dirigentes puertorriqueños, en un activista proindependencia de Puerto Rico. De manera que yo era presidente del Comité pro Democracia Dominicana, había participado en la expedición, aunque esta no llega a realizarse, también tenía una activa participación en la lucha por la independencia de Puerto Rico, aparte de las actividades políticas internas en el país que se encaminaban fundamentalmente a la crítica y a la protesta contra el gobierno corrompido que existía en ese momento. Ya por aquella época nosotros sentíamos otras causas latinoamericanas, como la cuestión de la devolución del Canal de Panamá a Panamá.

Era una época de efervescencia estudiantil en Panamá, una época de efervescencia también en Venezuela, porque se había producido el derrocamiento de la tiranía y se acababa de elegir a Rómulo Gallegos como presidente de Venezuela.

Por aquella época existían ya las contradicciones fuertes entre Perón y Estados Unidos. Nosotros estamos pues en este movimiento que se circunscribe a los siguientes puntos: la democracia en Santo Domingo, la lucha contra Trujillo, la independencia de

<sup>65</sup> Fidel Castro: "Discurso pronunciado con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y sus 50 años de vida revolucionaria", ob. cit., p. 37.



Puerto Rico, la devolución del Canal de Panamá, la desaparición de las colonias que subsistían en América Latina.

Eran los cuatro puntos fundamentales, y esto nos llevó a establecer ciertos contactos, digamos tácticos, con los peronistas, que también estaban interesados en su lucha contra Estados Unidos y en su lucha por algunas de estas cuestiones, porque ellos también estaban reclamando las islas Malvinas, que eran una colonia inglesa.

...

Por esos días yo concibo la idea, frente a la reunión de la OEA en el año 1948, reunión promovida por Estados Unidos para consolidar su sistema de dominio aquí en América Latina, de que simultáneamente con la reunión de la OEA y en el mismo lugar, tuviésemos una reunión de estudiantes latinoamericanos, detrás de estos principios antimperialistas y defendiendo los puntos que ya he planteado: la lucha contra las tiranías en América Latina, no solo en Santo Domingo, sino también en otros países comprendidos en la lucha por la democracia en América Latina. La idea de la organización del congreso fue mía y de esta forma yo empiezo a hacer contactos con los estudiantes panameños, que por aquel tiempo tenían una posición muy activa en la lucha por la devolución del Canal, también con los venezolanos; yo conocía la posición y los intereses de los distintos países. Así concibo el viaje de esta forma: primero visitar Venezuela, donde se acababa de producir una revolución y había una actitud de los estudiantes muy revolucionaria; después visitar Panamá y después visitar Colombia. Les iba a plantear la idea a estas universidades, a pedirles la colaboración. A su vez, los argentinos se comprometían también a movilizar a los estudiantes de su país y digamos que se produce una cooperación en ese sentido con los argentinos, con los peronistas. Desde luego, los recursos para todo eso los movilizamos nosotros mismos. Teníamos muy poco dinero; para los pasajes exclusivamente.<sup>66</sup>

[...] Nosotros teníamos la idea de que los estudiantes debían estar organizados y participar activamente en las luchas por las banderas que ya te mencioné y contra el imperialismo. Creíamos que debía existir una organización, incluso teníamos idea de hacer una organización de estudiantes latinoamericanos. Yo di todos estos pasos y ya de hecho estaba organizado el congreso.

<sup>66</sup> Arturo Alape: "Fidel Castro y el bogotazo", *Antes del Mocada*, pp. 72-74.



...  
[...] Ocorre una situación: yo estaba de organizador del congreso y en todas partes aceptaron el papel que desempeñaba, pero entonces los dirigentes oficiales de la FEU en Cuba, cuando ven que el congreso es una realidad, quieren participar oficialmente y mandan entonces una representación en la cual incluyeron al que era secretario de la organización: Alfredo Guevara, y al presidente de la FEU. Cuando llega esta representación oficial de la FEU, en una de las primeras reuniones se plantea la cuestión de la representatividad; si yo podía representar a los estudiantes universitarios de Cuba o no. En una plenaria se discute eso; yo hablé con bastante vehemencia, expliqué todo lo que había hecho, cómo lo había hecho y por qué. Debo decir que prácticamente de una manera unánime los estudiantes me apoyaron, cuando hice la exposición un poco apasionadamente, como era de esperarse en esa época y a esa edad. De hecho yo estaba presidiendo aquella reunión. Yo dije que no tenía interés, que no estaba persiguiendo honores personales de ninguna clase, que lo que me interesaba era la lucha y el objetivo de esa lucha, que lo que me interesaba era el congreso y que yo estaba dispuesto a renunciar a todo cargo y a cualquier honor y que mi interés era que se llevara a cabo la lucha y el congreso. Los estudiantes aplaudieron mucho cuando yo hablé y apoyaron la idea de que yo continuara en el papel de organizador del evento.<sup>67</sup>

*Fidel recuerda:*

Después volamos a Panamá, ya con el apoyo de los estudiantes venezolanos revolucionarios, que era prácticamente toda la universidad (...) En Panamá nos reunimos con los dirigentes estudiantiles. En días recientes se había producido una de las tantas balaceras por las protestas contra la ocupación yanqui del Canal y había un estudiante panameño que había sido herido, quedando inválido. Era como un símbolo para todos los estudiantes. Yo hice contacto y lo visité. Los estudiantes panameños estaban muy enardecidos y estuvieron muy de acuerdo con la idea del congreso, la apoyaron y decidieron enviar una delegación a Bogotá. Ya teníamos dos países importantes.<sup>68</sup>

*El periodista colombiano Arturo Alape realizó una acuciosa investigación sobre la visita de Fidel a Panamá durante los preparativos de este evento.*

<sup>67</sup> *Ibíd.*, pp. 79-80.

<sup>68</sup> Arturo Alape: "Fidel en Panamá", *Antes del Moncada*, p. 61.



Le propongo [le dice Arturo Alape] a Álvaro Menéndez Franco, poeta y fogoso periodista panameño, que sacuda su memoria y recuerde sobre el paso por su país, en 1948, de un estudiante cubano llamado Fidel Castro, quien iba hacia Bogotá para participar en un Congreso Estudiantil Latinoamericano. El poeta y periodista expresa su memoria como si fuera una naranja. Cierra los ojos para recoger los pasos de la historia.

*Se estableció el diálogo entre ambos y Álvaro Menéndez Franco respondió:*

– [...] Lo recuerdo porque había una concentración de todos los capítulos de la Federación de Estudiantes de Panamá, en el antiguo local de la Universidad Nacional de Panamá, donde aún funciona el Instituto Nacional. Se había producido una gran lucha nacionalista, en diciembre de 1947, entre los días 12 y 17, que dio por resultado muchos choques con la antigua policía nacional, dejando un saldo de varios estudiantes heridos, uno de ellos, inválido de por vida, Sebastián Tapias.

”Y aprovechando ese clima de lucha, nosotros estábamos convocando esa noche de finales de marzo, una jornada para enfrentarnos a un nuevo convenio de aviación, que beneficiaba a Estados Unidos.

...  
”A los cubanos se les explica cuál es el contenido de nuestra lucha, qué es lo que estamos planteando, cómo estamos organizando una concentración para los primeros días de abril, en la Plaza Lesseps, donde hoy funciona el nuevo palacio legislativo, a pocos pasos de la antigua zona del Canal.<sup>69</sup>

–¿Y qué otras actividades realiza Fidel durante su estadía en Panamá?

–Lo que sí me consta es que uno o dos días después, Fidel va al hospital Santo Tomás, en compañía de Luis Carlos Noriega, a visitar al estudiante Sebastián Tapias, quien estaba en silla de ruedas, debido a una bala que nunca se le pudo extraer de la columna, a pesar de las veinte operaciones que le hicieron, ha quedado inválido de por vida [...] Un detalle más: Fidel baja del Hotel Central y encarga una corona de flores y la deposita en el busto del primer presidente de Panamá. Un detalle que no olvido.

<sup>69</sup> *Ibidem*, pp. 60-61.

—¿Cómo era físicamente el Fidel de aquella época?

—Bueno, a mí me impresionó el tamaño. Era un hombre fuera de lo ordinario en el tamaño. Era un hombre delgado, no tenía barba. Lo vimos como un estudiante de América que pasaba por el Canal.<sup>70</sup>

### ***El bogotazo: mi deber era quedarme***

*Treinta y tres años después de los sucesos del 9 de abril de 1948 en Santa Fe de Bogotá, el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana concedió una entrevista al periodista Arturo Alape sobre sus recuerdos del bogotazo, acontecimiento histórico que vivió intensamente junto al pueblo colombiano. Entonces Fidel Castro tenía apenas veintiún años y solo era un dirigente estudiantil con clara posición antimperialista. Al recordar aquellos días no olvida ni el más mínimo detalle:*

Ocurrió un incidente en los días en que nosotros estuvimos en Bogotá, ocupados en las reuniones con los estudiantes, los pasos organizativos del congreso y el encuentro con Gaitán; es el siguiente: Se dio una función de gala en un teatro por allá. No recuerdo el nombre, un teatro muy clásico y muy bonito, creo que la función de gala tenía que ver con las delegaciones de los gobiernos que participaban en la conferencia de la OEA. Entonces, jóvenes al fin, un poco inmaduros, nosotros, que habíamos impreso una proclama, no sé si quedará alguna por ahí, alguna de esas proclamas en algún lugar, una proclama en donde planteábamos todas las consignas del congreso: estaba la lucha por la democracia en Santo Domingo, la lucha por la independencia de Puerto Rico, el Canal de Panamá, la desaparición de las colonias en América Latina, la devolución de las Malvinas a Argentina y la lucha por la democracia. Nosotros llevamos los panfletos al teatro, en la función de gala, y los soltamos en la función. Quizás técnicamente habíamos estado cometiendo una infracción, no lo sé, pero no lo hicimos con la intención de violar las leyes ni mucho menos, sino de hacerle propaganda a nuestro congreso. Después caímos presos.<sup>71</sup>

[...] A decir verdad, quizás por el idealismo de uno, en el ardor de la juventud, nosotros les explicamos a las autoridades de allí quiénes éramos, qué estábamos haciendo, lo del congreso, cuáles eran nuestros propósitos en ese congreso, lo de Puerto Rico, lo del Canal de Panamá,

<sup>70</sup> *Ibíd.*, p. 63.

<sup>71</sup> Arturo Alape: “Fidel Castro y el bogotazo”, *Antes del Moncada*, pp. 84-85.



lo que estaba en el panfleto y las ideas con que nosotros estábamos organizando el congreso. A decir verdad, parece que tuvimos un poco de suerte en la conversación con las autoridades del detectivismo allí; la cuestión es que incluso yo saqué la impresión de que a algún responsable le gustó lo que nosotros estábamos planteando. Habíamos sido persuasivos con ellos. Tal vez se dieron cuenta de que nosotros no éramos una gente peligrosa ni mucho menos, ni nos estábamos inmiscuyendo en los problemas internos del país. Tal vez porque les gustaron algunas de las cosas que estábamos planteando, ignoro las razones, pero el hecho es que después de aquel interrogatorio, nos ficharon y nos pusieron en libertad. Quizás nosotros estábamos corriendo un peligro mayor de lo que nos imaginábamos, pero en ese momento no estábamos conscientes. Simplemente, después del interrogatorio y todo eso, nos fuimos para el hotel otra vez y continuamos muy tranquilos nuestras actividades.<sup>72</sup>

Nosotros teníamos con Gaitán a las dos de la tarde o a las dos y cuarto de la tarde una reunión. Nos habíamos citado para continuar conversando sobre el congreso y concretar lo relacionado con el acto que se iba a hacer al final del mismo, en el cual él iba a participar.<sup>73</sup>

Sería la una y cuarto, la una y media o la una y veinte, cuando nosotros salimos del hotel para ir acercándonos allá, dar unas vueltas hasta que llegara la hora de la entrevista, que creo, como te dije, que era a las dos o dos y cuarto de la tarde. Nosotros a la una aproximadamente salimos para ir caminando y acercándonos a la oficina de Gaitán, cuando vemos que empieza a aparecer gente corriendo como desesperada en todas direcciones. Uno, dos, varios a la vez por acá, por allá, gritando: “¡Mataron a Gaitán!” . “¡Mataron a Gaitán!” . “¡Mataron a Gaitán!” . Era gente de la calle, gente del pueblo, divulgando velozmente la noticia. “¡Mataron a Gaitán!” . “¡Mataron a Gaitán!” . Gente enardecida, gente indignada, gente que reflejaba una situación dramática, trágica, planteando lo que había ocurrido, una noticia que empezó a regarse como pólvora. A tal extremo, que nosotros, que habíamos caminado como dos cuadras más y llegamos a un parquecito, vimos en ese momento que la gente empezaba a asumir algunas actitudes violentas. Ya en ese momento, alrededor de la una y media, la gente estaba realizando actos de violencia.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 88.

Nosotros cerca de la oficina de Gaitán seguimos caminando por la [carrera o avenida] séptima y ya la gente se había introducido en algunas oficinas. Yo recuerdo un detalle en los primeros minutos al llegar a un parqucito, veo a un hombre tratando de romper una máquina de escribir que había sacado de algún sitio; está rompiendo una máquina de escribir, pero aquel furioso pasaba un trabajo terrible para romper con sus manos la máquina, y le digo: “Chico, dame”; lo ayudé, cogí la máquina y la tiré hacia arriba y la dejé caer. Yo, viendo aquel hombre desesperado, no se me ocurrió otra cosa.

Seguimos caminando, y en la carrera séptima se veían también ya manifestaciones de violencia. Nosotros íbamos en dirección al parque donde estaba el edificio del Parlamento y reunida la conferencia. Vamos por la carrera séptima, creo, y veo rompiendo vidrieras y rompiendo cosas. Ya eso empieza a preocuparme, porque ya en esa época tenía ideas muy claras y muy precisas de lo que es una revolución, qué cosas deben pasar en una revolución y qué cosas no deben pasar. Empecé a ver manifestaciones de anarquía, a decir verdad, en la carrera séptima. Una gente rompiendo vidrieras. Se veía un estado de irritación muy grande en la masa. En esa carrera que siempre estaba llena de gente, la multitud se dedicó a romper vidrieras, a romper cosas. Yo estoy preocupado, me empiezo a preocupar por la situación, porque veo aquella situación anárquica que se está produciendo. Me pongo a pensar qué estarían haciendo los dirigentes del Partido Liberal, qué estarían haciendo, y si no habría nadie que organizara aquello, me preguntaba.

Seguía caminando; esto sería entre la una y media y las dos menos cuarto, por la carrera séptima, y llegamos a la esquina de la Plaza en donde está el Parlamento. Allí había alguien en un balcón a la izquierda hablando desde un balcón, unos pocos ahí reunidos, pero sobre todo mucha gente dispersa por todas partes en actitud de ira y de violencia absolutamente espontánea. En el parque había varias decenas de gentes gritando furiosas, indignadas, y empiezan a romper los faroles del parque, les tiraban piedras, de manera que había que tener cuidado porque lo mismo te caía encima una piedra que los cristales. Yo fui avanzando y llegué más o menos al medio del parque. A todo esto, en los portales del Parlamento había una hilera de policías recién lustrados, muy bien vestidos, bien organizados. Apenas aquellas decenas o cientos de gentes, que estaban rompiendo bombillos y cosas se acercaron al portal como un vendaval, el cordón de policías se deshizo; parece que estaban desmoralizados,



y en avalancha entran todas aquellas gentes al Palacio. Yo estoy en el medio del parque; las piedras volando en todas direcciones. Ellos entraron al Parlamento que tenía como tres o cuatro pisos; nosotros no entramos propiamente en el Parlamento, sino que nos quedamos en el borde del edificio, mirando aquella erupción; porque aquella fue una erupción de pueblo. Estábamos mirando y la gente subió y desde allá arriba empezó a tirar sillas, empezó a tirar escritorios, empezó a tirar, no se podía estar allí porque era un diluvio lo que venía de allá arriba. Y ya te digo, un hombre tratando de pronunciar un discurso en un balcón en una esquina, cerca del parque, pero nadie le hacía caso; aquello era un espectáculo increíble.

Nosotros decidimos ir a hacer contacto con los otros dos cubanos que no vivían en el hotel. Uno, Enrique Ovares, y el otro, un compañero nuestro de la Revolución, el compañero Alfredo Guevara, que estaba en una casa de huéspedes no lejos del sitio donde nos encontrábamos. Nosotros fuimos allí a ponernos en contacto con ellos, ver qué pensaban de la situación y explicarles lo que estaba pasando. Llegamos a la casa de huéspedes, conversamos con ellos unos minutos y en ese momento ya se ve como una gran procesión de gente, un río de gente que viene por una calle paralela más o menos a la carrera séptima. Van algunos ya con armas, hay algunos fusiles, otros con palos, hierros, todo el mundo con algo, porque el que agarraba un palo, un hierro, cualquier cosa, lo llevaba en la mano. Se veía una gran multitud por esa calle, parecía una procesión como dije, por esa calle estrecha, larga, ya se puede decir de miles de gentes. Cuando veo aquella multitud no sé para dónde van, dicen que para una División de Policía; entonces yo voy y me uno a la multitud. Yo me incorporo en las primeras filas de esa multitud y voy para la División de Policía. Veo que hay una revolución andando y decido sumarme como un hombre más, uno más.

Yo desde luego no tenía ninguna duda de que el pueblo estaba oprimido, que el pueblo que se estaba levantando tenía razón, que la muerte de Gaitán era un crimen, y adopto partido. Hasta ese momento no había hecho nada, hasta que veo que la multitud está pasando delante de mí, después de haber visitado a los dos cubanos. Cuando veo la multitud en marcha, me sumo a ella.

Puede decirse que ese es el momento en que yo me sumo a la multitud que está sublevada. Llegamos a la División de Policía; los policías están allí arriba parapetados, con sus fusiles apuntando; nadie

sabía lo que iba a pasar. La multitud llega a la entrada, los policías franquean la entrada, nadie dispara.

...

Yo veo que la multitud va para la División y estoy entre los primeros. Aquellos están apuntando con sus fusiles, pero no tiran. Doblamos la esquina y como a treinta metros está la entrada. La multitud, como un río desbordado, penetra por todas partes, recogiendo armas y recogiendo cosas. A todo esto, había policías que se habían sumado, se veían policías con uniformes en la multitud. Esa División tiene un patio en el medio y como dos pisos en la parte delantera.

Yo no sé cuántas armas había, las pocas que habría disponibles las agarraron rápidamente. Algunos policías se quedaron con el arma y se sumaron. Yo entro en la sala de armas, pero no veo ningún fusil, realmente no veo ningún fusil. Sí, había unas escopetas de gases lacrimógenos, con unas balas largas y gruesas. Yo lo único que pude agarrar fue una de esas escopetas de gases lacrimógenos. Me empiezo a poner mis cananas de balas de aquellas; me puse como veinte o treinta. Yo digo: “no tengo un fusil, pero por lo menos tengo algo que dispara”, un escopetón con un cañón grande. Y digo: “no estoy vestido para una guerra”. Encuentro una gorra sin visera, ¡pum!, y me pongo la gorra sin visera. Pero a todo esto tengo mis zapatos corrientes, no aptos para la guerra, pero además no estoy muy conforme con mi escopeta. Salgo al patio que está lleno de gente, la gente registrándolo todo, hay que imaginarse el cuadro, todo el mundo sube escaleras, baja, métese por aquí, por todas partes, mezclados civiles y policías. En parte, policías que se han dejado desarmar, otros que están armados y que se han sumado. Subí rápido por una escalera a la segunda planta. Entro a un cuarto que resultó ser de oficiales de la policía. Allí yo estoy buscando ropa, aparte de que se trataba de ver si aparecían más armas; me fui poniendo unas botas, pero no me servían. Llega un oficial, eso no se me olvida, que en medio de aquel caos terrible, me dice: “¡Mis boticas sí que no! ¡Mis boticas sí que no!”.

Las boticas no me servían y yo le digo: “Sí, señor, quédese con sus botas”. Bajo al patio para enrolarme ya en algo, una escuadra o algo y veo a un oficial de la policía que está organizando una escuadra. No tengo pretensiones de ser jefe, ni de dirigir nada, voy de soldado



raso. Y llego con mi escopeta de gases lacrimógenos y mis balas y me pongo en fila.

El oficial tenía un fusil y me ve a mí, cargado de balas de aquellas y con la escopeta y dice: “Pero cómo, ¿qué haces con eso?”, le digo: “Es lo único que encontré”, y me pide la escopeta. Parece que el hombre no estaba muy decidido a luchar, a pesar de que estaba organizando una escuadra. Me pide aquello y me da su fusil con unas doce o catorce balas; me lo da. Por cierto que cuando me da el fusil se tira un montón de gente, a querer coger el fusil, y yo tuve que luchar duro para quedarme con el fusil, y me quedé con el fusil y unas catorce balas más o menos, que es lo que tenía el oficial. A partir de ese momento ya estoy armado con un fusil, pero allí no hay ninguna organización, sino que la gente iba saliendo de la División sin orden alguno.

De la misma manera que habían entrado, una muchedumbre estaba saliendo sin saber para dónde iba, se oían voces que para Palacio, que para no sé dónde. Yo salgo de la División, me reúno a aquella multitud que dice que va no sé para dónde, sin ninguna dirección. Estoy viendo un gran desorden, una gran indisciplina, que no hay organización. Avanzamos como tres cuadras y allí veo como cuatro o cinco soldados que están poniendo orden en un cruce de calles. A todo esto, como había mucha gente de uniforme ya sumada a la multitud, yo me imagino que aquellos cuatro o cinco soldados están sumados a la multitud y que están poniendo orden, entonces yo voy y me pongo a ayudar a los soldados a poner orden. Ya yo me había conseguido mi uniforme, una gorra sin visera, que se había convertido en una boina y un capote de policía, ese era mi uniforme.

Entonces ayudo a los soldados a poner orden, como ellos decían “por aquí no, por allí”. Entonces yo creo que ellos eran soldados sublevados. Después he podido darme cuenta de que aquellos no eran soldados sublevados, sino soldados de la Guardia Presidencial, que estaban allí con sus fusiles, pero no en actitud bélica, sino sobrepasando todo aquel océano de pueblo y que estaban tratando de poner orden. Yo en el primer momento me confundo y creo que son sublevados. ¿Por qué los soldados están poniendo orden? Porque por la calle por donde iba la multitud, de unos edificios donde había un colegio religioso, dispararon. Del colegio de San Bartolomé dispararon. Yo no sé quién disparaba, no puedo asegurar. Yo estaba incrédulo, no podía imaginarme que estuvieran



disparando de un convento; estaba incrédulo, parado ahí, en la esquina. Ellos estaban tirando del convento y yo ahí parado, incrédulo: al fin me tuve que cuidar. Parece que los soldados habían tratado de desviar, ignoro realmente cuál era la misión de los soldados. Ignoro realmente si no querían que se dirigieran a Palacio, o si fue el hecho de que se había iniciado la balacera en el colegio de San Bartolomé donde ellos estaban desviando la multitud, que yo los ayudé, creyendo que era gente sublevada que estaba organizando aquello. Porque donde quiera que yo veía la posibilidad de alguien que quisiera organizar, yo trataba de ayudarlo.

En medio de la balacera aquella yo me coloqué en una esquina. Allí, en aquella esquina, veo algunos estudiantes conocidos, que había visto en la Universidad, que estaban con nosotros. Pasa un carro de los estudiantes con altoparlantes; llevaba varios cadáveres arriba, ellos iban agitando. No era una agitación organizada, sino de esas cosas que ocurren espontáneamente. Nosotros estaríamos como a dos o tres cuadras de la carrera séptima. En eso llegan noticias de que los estudiantes habían tomado la radio y de que estaban siendo atacados.<sup>74</sup>

La situación nuestra era difícil porque había como diez o doce desarmados y dos nada más con armas. Decidimos ir a apoyar a los estudiantes que están en la Radiodifusora Nacional. La multitud había seguido en una dirección, en otra, y en otra, cuando escuchamos el carro que dice que están atacando la Radiodifusora Nacional, y nosotros nos proponemos ir a la Radiodifusora Nacional, que a decir verdad no sabíamos exactamente dónde estaba; íbamos a ayudar a los estudiantes. Agarramos la carrera séptima y vamos hacia el norte como quien se dirige a la ermita de Monserrate.

Yo no te puedo decir cuánto tiempo había pasado desde que yo me sumé a la multitud, entré a la División de Policía, cuando salimos, cuando ayudé a unos soldados que estaban poniendo orden, cuando la balacera del convento, el hecho es que nosotros decidimos ir a ayudar a los estudiantes, y vamos.

Ya en la carrera séptima prácticamente hay una multitud atacando todo, atacaba los edificios, atacaba los comercios, empezaba ya a saquear también aquellos establecimientos. Nosotros vamos por esa calle. Hay una gente que ha tomado; llegaban con una botella de un ron medio colorado que tienen ustedes los colombianos y decían: “Beba

<sup>74</sup> *Ibíd.*, pp. 90-97.



carajo de ahí”. Imagínese, yo iba con mi fusil y el otro con un fusil y como quince desarmados por toda la carrera esa. Había una situación confusa, nadie sabía lo que estaba pasando. Muchos policías se habían sublevado, incluso se decía qué unidades militares se habían sublevado.

En ese momento no se sabía cuál era la posición del ejército de Colombia, no se sabía. Gaitán tenía simpatía entre los militares, eso no se podía discutir, pero la confusión era muy grande. Nosotros vamos avanzando por la carrera séptima, no sé cuántas cuerdas hemos avanzado, no sé si siete, ocho, diez o doce, tendría que ir por allá y recorrer todo aquello para averiguar.

En este momento había muchos lugares ardiendo, oficinas ardiendo. La multitud, cuando nosotros vamos por la carrera séptima, había atacado todos los establecimientos. En esas circunstancias estamos llegando a un lugar que más tarde me di cuenta de que era el Ministerio de Guerra. Llegamos, yo recuerdo que yendo hacia el norte; era un lugar en que había un parque a la derecha y otro hacia la izquierda. Cuando llegamos allí, vemos que viene un batallón de soldados enfrente, vienen hacia el sur.

Vienen con sus cascos alemanes, que eran los que usaban en esa época –no sé cuáles usan ahora–, sus fusiles, venía marchando todo un batallón con algunos tanques, vienen avanzando.

Pero a todo esto, nosotros no sabemos con quién está el ejército, si aquel ejército se había sublevado, qué va a hacer aquel ejército. Nosotros, como vemos el batallón que se acerca, tomamos la precaución de alejarnos unos veinte metros, y nos parapetamos detrás de unos bancos, a la expectativa de saber si aquella tropa era amiga o enemiga. Conmigo, te repito, había unos doce estudiantes, teníamos dos fusiles. Pero entonces el batallón no nos hace ningún caso y sigue marcialmente por la calle. Creo que detrás del batallón iban los tanques; iban los soldados delante y detrás iban tres tanques. No nos hacen ningún caso y siguen de largo por la carrera séptima.

Para que se entienda lo que pasó hay que tener en cuenta las circunstancias. Se ha tomado una División de Policía, la policía se ha plegado, muchos se han sumado, hay una gran confusión, yo no tengo información, solo sabemos que están atacando la Radiodifusora y vamos para allá con los estudiantes.

Cruzamos la calle y yo me quedo sin saber con quién está ese batallón, si con el pueblo o contra el pueblo, si sublevado o a favor

del gobierno, aunque en aquel momento realmente no había gobierno. Cruzo la calle y vamos al otro parque que está frente a donde estaba el Ministerio de Guerra, yo no sabía que era el Ministerio de Guerra, que tiene un edificio no alto, como de uno o dos pisos todo lo más. Hay una puerta y unos barrotes, unos cuantos militares, y entonces yo, que estoy con una fiebre revolucionaria también y que estoy tratando de que se sume la mayor cantidad de gente al movimiento revolucionario, me encaramo en un banco frente al Ministerio de Guerra y le hago una arenga a los militares que están allí, para que se sumen a la revolución. Todo el mundo oyó, nadie hizo nada y yo con mi fusil haciendo mi arenga sobre un banco. Terminó mi arenga y sigo porque los estudiantes van para allá.

Al final del parque hay una guagua que está esperando, yo me doy cuenta de que esa guagua va para allá, hacia la Radiodifusora, los estudiantes la tenían. Entonces después que hago mi arenga voy donde la guagua que se iba y corremos para alcanzarla. El otro compañero armado que estaba conmigo se queda atrás, yo después no lo veo. Tomo la guagua, de manera que quedo yo con un fusil y un grupo de estudiantes que vamos a apoyar a los que están en la Radiodifusora Nacional. No sé cuántas cuadras caminamos, ocho o diez en la guagua. A todo esto mi cartera que llevaba, qué sé yo, con unos poquitos pesos, como no teníamos nada, se me pierde también; alguien se llevó mi cartera, con lo poquito que tenía, me la quitaron. Vamos hacia la Radiodifusora, nos bajamos en una esquina, era una avenida, una calle como un paseo que daba a la Radiodifusora.

En realidad desembocamos en la calle. No teníamos sino un fusil, el mío, para dar apoyo a los estudiantes que estaban en la Radiodifusora. Cuando llegamos a la avenida se arma una balacera descomunal, apenas asomamos nosotros nos empezaron a disparar no se sabe con cuántos fusiles. Nos pudimos parapetar detrás de unos bancos, unas cosas allí y milagrosamente no nos mataron a todos. Pudimos salir otra vez a la esquina, seguimos el grupo de un hombre con un fusil y diez o doce desarmados.

En ese momento no podíamos hacer nada por liberar la Radiodifusora Nacional y decidimos ir a la universidad. Fuimos en dirección opuesta a la ermita. Lo que estaba en la Radiodifusora qué sé yo, era tal vez una compañía de soldados, imposible hacer nada y por eso nos vamos a la universidad, a ver si había algo allí. A



ver si había organización, si los estudiantes habían organizado algún puesto de mando o habían establecido alguna dirección.

Cuando llegamos a la universidad no había nada organizado realmente. Noticias que iban y venían de hechos y acontecimientos, mucha gente, sin armas todo el mundo. No lejos de la universidad había una División de Policía; entonces decidimos ir a tomar la División de Policía para que se armaran, contando solo con mi fusil y una cantidad de gente desarmada.

Se suponía que yo era quien tenía que tomar la División porque era el único que tenía fusil. Nos dirigimos con una multitud de estudiantes a tomar la División de Policía; aquello realmente era un suicidio. Ya se había tomado una y pensamos en tomar la segunda para armar a toda aquella gente. Con tan buena suerte para nosotros, que cuando llegamos a la División de Policía ya estaba tomada. Se había sublevado. Es decir, fuimos a tomar una División de Policía con mi fusil y unas cuantas decenas de estudiantes y cuando llegamos frente a la División de Policía, la División está sublevada y nos reciben amistosamente. En la División sublevada ya estaban policías y pueblo mezclados.

Cuando llego me presento al jefe de la División que coincidió con ser el jefe de toda la policía sublevada. Yo me le presento, le digo inmediatamente que soy estudiante, que soy cubano, que estamos en un congreso, en breves palabras le explico todo y el hombre me convierte en su ayudante. En ese momento, en la segunda División que vamos a tomar me convierto en ayudante. El jefe de la policía sublevada era un hombre más bien alto, no mucho, pero alto, no podría describirlo bien; tenía un grado de comandante o de coronel, no recuerdo. Yo me convierto en su ayudante. Decide entonces ir a la oficina del Partido Liberal. Lo que yo estoy diciendo es exacto, riguroso, de las cosas increíbles que pasaron ese día. Yo me monto en el yipi con el jefe de la policía sublevada que se dirige a la sede del Partido Liberal. Yo digo menos mal porque lo que a mí me preocupaba era la desorganización, el caos, no ver por ninguna parte ningún elemento de dirección y organización, así que me alegro cuando veo al jefe de la policía que está sublevada; veo que está en contacto con el Partido Liberal. Veo que se va a dirigir allí y pienso que eso empieza a organizarse. Yo voy en el yipi de él, al lado suyo, a la oficina del Partido Liberal; llegamos y entramos. Yo me creía que en ese momento yo estaba ayudando a organizar aquello que era tan caótico. Habíamos recorrido no sé cuántas cuadras.

Las calles no eran de nadie. Confusión grande, yo te digo que hemos recorrido veinte cuadras cuando menos.

Llegamos a la oficina y subimos. Acompañamos al hombre hasta la puerta. Él entra, yo no entro, me quedo afuera, él entra y se entrevista con dirigentes liberales que estaban allí, que no sé quiénes eran. Vuelve otra vez para la División que está cerca de la universidad en su yipi. Ya teníamos dos yipis.

Está un tiempo en la División sublevada y decide otra vez, porque ya empieza a anochecer, ir para la oficina del Partido Liberal. Ya salimos en dos yipis. Él iba en el de adelante y yo en el de atrás. Pero a todo esto, en el viaje anterior y en este, había multitud de gente porque todavía seguía conmigo un grupo de estudiantes desarmados. Se montaban aquí y allá, iban los dos yipis llenos. En el segundo viaje que vamos a la oficina del Partido Liberal yo voy montado delante a la derecha, en el yipi de escolta. En ese momento, repito, cada vez que arrancaba un carro se montaba todo el que estaba allí y las cosas eran rápidas. Rápido para aquí, rápido para allá, y se montaba un montón de gente.

Cuando vamos por segunda vez a la oficina del Partido Liberal ocurre una cosa insólita, y yo llevo a cabo un acto de quijotismo que es el siguiente: Ya está oscureciendo, el yipi donde iba el jefe de la policía sublevada delante se para, tiene un defecto mecánico y se para; están allí tratando de arrancar y no arranca. Se baja y se queda a pie el jefe de la policía y el otro yipi lleno de gente. Yo me disgusto con aquello, me bajo del yipi, les digo: “Ustedes todos son unos irresponsables”, y yo me quedo a pie y le doy el puesto al jefe de la policía. Yo me quedo en medio de la calle con dos o tres estudiantes más, en medio de la calle y sin contacto de ninguna clase. Estoy en una acera, parado junto a un muro largo. Esto ocurrió en una calle al lado nada menos que del Ministerio de Guerra, según comprendí luego. Es la segunda vez que me topo con el Ministerio de Guerra. Pasan unos segundos y en el muro se abre una puerta pequeña, tras la puerta pequeña veo una gorra de oficial y tres o cuatro tipos, varios fusiles con bayonetas. Yo les digo a los otros estudiantes: “Estos son enemigos”. Les digo: “Crucemos a la calle de enfrente”; aprovechando la oscuridad dejada por el resplandor de un auto que acababa de pasar, nosotros cruzamos a la acera de enfrente. Miramos, en realidad no sabíamos quiénes eran; yo sospeché que eran enemigos cuando se abrió la puertecita y vimos



como a seis metros de nosotros una gorra de oficial y como cuatro fusiles con bayonetas.

Cruzamos la calle, sospechamos que pudieran ser enemigos, pero en la inseguridad, no tiran, ellos no tiran. Nosotros seguimos por esa calle después de cruzar junto al Ministerio.

En ese momento vemos a un hombre con un fusil ametralladora, no sabíamos si amigo o enemigo, nos acercamos al hombre, le preguntamos quién era y él nos dice: “Soy de la Quinta División de Policía sublevada”, y descubrimos que era amigo, era tropa amiga. Yo estuve dos veces en el Ministerio de Guerra, una por delante arengando y otra por el lado cuando le entrego el yipi al jefe de policía. El oficial y los hombres que aparecieron por la pared nos dispararon; ellos estaban también aparentemente confundidos; estaban a la expectativa.

Nosotros cruzamos, vamos a la acera de enfrente y allí es donde yo voy a parar a la Quinta División de Policía. No te puedo decir con exactitud por dónde subimos, pero la impresión que yo tengo es que cruzamos la avenida, tomamos por la calle que hacía ángulo con ella, salimos derecho y en una esquina nos encontramos con el hombre que era un policía sublevado. En eso decidimos ir a la Quinta División y sumarnos. Yo había perdido contacto con el jefe de la policía y decidí sumarme a la División que resultó ser la Quinta División. Ya esto es de noche. Todo lo que te he contado ha transcurrido entre la una y media y las seis y media de la noche. La Quinta División tiene su entrada mirando hacia abajo; es la que está cerca del cerro y tiene su entrada al lado opuesto.

Entro en la Quinta División; yo dondequiera que llegaba inmediatamente me identificaba: “Soy estudiante cubano, estamos en un congreso”, y dondequiera me recibían bien, inmediatamente. Entonces entramos, yo estaba sin un centavo ni para tomar un café, quiero que sepas eso. Allí hay una gran cantidad de policías sublevados y un número de civiles, en total había unos cuatrocientos hombres armados, estaban organizándose.

...

Llegué, hay un patio grande en el centro, están organizando la gente, yo inmediatamente me pongo en la fila y me organizo allí con la gente. Más que organizar unidades lo que hacían era pasar revista para contar los hombres que había.

Nos asignaron distintos lugares en la defensa de la División. A mí me tocó como en un segundo piso. Había un dormitorio allí y

yo defendiendo con otros policías todo el piso. A cada rato, cada media hora, cada tres cuartos de hora, cada hora, más o menos, llamaban a pasar revista en el patio; después todo el mundo para sus puestos. Seguía la confusión, no se sabía lo que estaba pasando. Esa confusión duró casi hasta el otro día.<sup>75</sup>

Yo veo aquella fuerza grande de cuatrocientos o quinientos hombres armados, acuartelados a la defensiva y entonces voy y pido una entrevista con el jefe de la guarnición, y había varios oficiales, y le digo: “Toda la experiencia histórica demuestra que una fuerza que se acuartela está perdida”.

En la propia experiencia cubana, en las luchas armadas de Cuba, toda tropa que se acuarteló estaba pérdida. Yo le propongo que saque esa tropa a la calle y le asigne una misión de ataque, a tomar objetivos contra el gobierno. Le razono, le discuto y le propongo que saque la tropa al ataque. Que aquella tropa es una tropa fuerte, que atacando podía realizar acciones decisivas y que en tanto estuviera ahí estaba perdida. Se lo planteo, se lo argumento, él tuvo la amabilidad de escucharme, pero no tomó ninguna decisión; entonces yo me fui para mi puesto. Creo que más de una vez insistí en la idea de que a aquella hora sacaran la tropa a la calle y la lanzaran a la toma de Palacio, la lanzaran a tomar objetivos; que una tropa revolucionaria acuartelada estaba perdida.

Yo tenía algunas ideas militares que surgían de todos los estudios que había hecho de la historia de situaciones revolucionarias, de los movimientos que se produjeron durante la Revolución Francesa, de la toma de La Bastilla, y cuando los barrios se movían y atacaban; de la propia experiencia de Cuba, y yo vi con toda claridad que aquello era una locura. ¿Qué ocurría? ¿Estaban esperando un ataque de las fuerzas del gobierno? Ya aparentemente el ejército había tomado una posición, se había puesto del lado del gobierno y la policía estaba esperando un ataque del ejército.

Nos pasamos toda la noche esperando el ataque del ejército, toda la noche.<sup>76</sup>

En este momento me acuerdo de Cuba, me acuerdo de mi familia, me acuerdo de todo el mundo y me veo solito, porque yo estoy solito allí en esa División, con mi fusil y las pocas balas que tenía y me digo: “¿Qué hago yo aquí? He perdido contacto con todo el

<sup>75</sup> *Ibíd.*, pp. 97-104.

<sup>76</sup> *Ibíd.*, pp. 105-106.



mundo, con los estudiantes, con el jefe de la policía, estoy aquí en una ratonera, esto está equivocado de pies a cabeza, esto es un disparate estar aquí esperando un ataque, en vez de salir al ataque con esta fuerza a realizar acciones decisivas”. Me pongo a pensar si yo debía quedarme y por qué me quedaba. Entonces decido quedarme. Era fácil entregarle el fusil a alguno de los que estaban desarmados. Yo en ese momento tengo un pensamiento internacionalista y me pongo a razonar y digo: “Bueno, el pueblo aquí es igual que el pueblo de Cuba, el pueblo es el mismo en todas partes, este es un pueblo oprimido, un pueblo explotado”. Yo tenía que persuadirme a mí mismo, y digo: “Le han asesinado al dirigente principal; esta sublevación es absolutamente justa, yo voy a morir aquí, pero me quedo”.

Tomé la decisión sabiendo que aquello era un disparate militar, que aquella gente estaba perdida, que yo estaba solo, que no era el pueblo cubano, que era el pueblo colombiano, y razoné que los pueblos eran iguales en todas partes, que su causa era justa y mi deber era quedarme y me quedé toda la noche esperando el ataque hasta el amanecer.<sup>77</sup>

Cuando yo miro el terreno, porque siempre he tenido algunas ideas de tipo militar, resultado fundamentalmente del estudio de la historia de las guerras y todo eso, yo veo que aquello está perdido ahí. Porque la División está en una falda y detrás está una loma y detrás la loma de Monserrate. Yo hablo con el comandante otra vez y le digo que en esa posición si le hacen un ataque desde arriba a la fortaleza están perdidos, y que hay que proteger las alturas que están detrás de eso. Le pido una patrulla, le digo que si me da la misión esa yo le protejo las alturas. Él me da una patrulla, no muy numerosa, como siete u ocho hombres; me dio una escuadra el jefe de la policía. Yo no sé si te voy a contar todas las anécdotas. Pero entonces voy yo con mi patrulla y tomo posesión de las lomas entre la División y el cerro de Monserrate. Realmente la misión mía era tomar la altura, yo esperaba un ataque. Yo me lo paso el día 10 patrullando las alturas que están entre el cerro de Monserrate y la División de Policía.

Pasaron distintas cosas. Yo voy un poco hacia el sur haciendo un recorrido para ver si venía una tropa enemiga en aquella dirección.

<sup>77</sup> *Ibidem*, pp. 107-108.



Recuerdo que en un momento veo un carro que está doblando un camino, un carro que dobla una esquina. Le digo que se pare, no se para, sigue, no me fío, corro y me encaramo en una alturita que estaba en la curva, para ver. El tipo, después que hace la curva, se escucha un ruido fuerte, choca el carro, se tira, le doy el alto, le digo: “¡Párate! ¡Párate!”. No se para, no le tiré porque me di cuenta de que era un hombre que no estaba armado, pero yo me imaginé que era un espía, me imaginé que estaba espionando por ahí.<sup>78</sup>

Allí estuvimos todo el día. Hice algunos disparos, no sé si vale la pena decir, contra el Ministerio de Guerra. Desde mi posición veía el Ministerio de Guerra e hice unos cuatro o cinco disparos ya a las tres de la tarde o a las cuatro. Ya a esa hora ni llegaba el ejército ni llegaban tropas. No se apareció ninguna tropa enemiga por todas las alturas aquellas, en el día entero que estuvimos allí.<sup>79</sup>

[...] Eran como las cuatro de la tarde, cuando de repente vemos unos hombres que vienen con un fusil ametralladora y varas, desde la División. Llegan los hombres, una patrulla con fusil ametralladora y yo pregunto qué está pasando. Ellos dicen que están atacando la Quinta División. Entonces yo los exhorto a que no se vayan, que no abandonen, que vamos para allá, que no pueden dejar a la gente abandonada.

Los tipos hicieron así con su fusil ametralladora apuntando hacia nosotros, y se encararon. No pude pararlos, porque mientras yo estaba discutiendo con ellos, diciéndoles que no se fueran, que regresaran, ellos súbitamente se encararon y casi nos disparan, casi nos matan. Yo los estoy persuadiendo, ellos estaban llenos de pánico, resueltos a irse, y se encararon con su fusil ametralladora y se fueron.

Yo voy a la División con la patrulla, como decían ellos que la estaban atacando, regreso a la División y no estaban atacándola, es falso. Por el contrario, ha salido una patrulla de la División que va hacia un edificio, creo que era una iglesia donde se habían parapetado unos tiradores. Hay una gente parapetada y sale una patrulla que va a combatir contra una gente parapetada en una torre. Yo fui con ellos, atravesamos unas calles muy pobres. Primero que nada nos encontramos con una serie de fábricas de ladrillos, hornos, tejares. Me encuentro un niño que recuerdo que se acerca a mí; el

<sup>78</sup> *Ibidem*, pp. 108-109.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 110.



padre había muerto por una bala perdida y el niño me habla con una voz desgarrada, como pidiéndome ayuda, decía: “¡Han matado a mi papá! ¡Han matado a mi papá!”, y lloraba; era un niño como de seis o siete años. Allí en una de las calles tenían tendido al hombre, un civil que había muerto.

Fuimos hasta la torre, cesaron los disparos allí y luego volvimos a la División. Paso la segunda noche en la División, la noche del 10 al 11.

Ya al amanecer del 11 se está hablando mucho de que hay un acuerdo, se empieza a hablar de que hay un acuerdo entre el gobierno y las fuerzas de la oposición. Yo recuerdo que yo tenía mi fusil y además tenía una espada, tenía un sable. Yo no sé de dónde lo saqué. A mí me quedaban unas nueve balas y un sable. Mi capote de policía, mi boina tipo miliciano, que era una gorra sin visera, y la espada.

Se empieza a hablar, se produce un relajamiento y se habló a toda la tropa de un acuerdo que se había producido con el gobierno, que se iba a llegar a la paz. Pedían que los policías se quedaran acuartelados, que los fusiles se entregaran, que los civiles volvieran a sus residencias. A mí todo el mundo me había tratado muy bien desde que llegué, no sé, tal vez con cierta admiración de ver al cubano allí, de verlo entre ellos, con la disposición de luchar; todo eso les hizo una buena impresión. En el momento de despedirnos en la mañana, yo quería llevarme un recuerdo de todo eso, el sable quizás, pero me dijeron que no, ni siquiera eso. Eso no fue un arreglo, fue una gran traición: en mi opinión se traicionó al pueblo. Se le habló a la gente de un arreglo, no había tal arreglo. Yo entrego mi fusil el día 11, como al mediodía. El otro cubano me lo encuentro que llega por ahí, había pasado una serie de vicisitudes, de milagro no lo habían matado; había ido a parar a la misma División. Como a mediodía, fuimos caminando para el hotel otra vez, fuimos caminando tan tranquilos, porque se había producido la paz, un acuerdo nacional. Cuando nosotros vamos hacia el hotel, sin embargo, veíamos que seguían los disparos en muchos sitios. Pudimos ver cómo a muchos revolucionarios que se habían quedado aislados los fueron cazando uno a uno, francotiradores que se quedaron aislados. Se metían en una torre y se veía al ejército cazando uno por uno a los francotiradores, que se quedaron aislados; mataron a muchos combatientes. En mi opinión el arreglo que se hizo no fue sobre bases justas o de garantías a la gente, sino realmente lo que ocurrió fue

que después que se hizo un arreglo, después que depusieron las armas, empezaron a cazar a los revolucionarios por toda la ciudad.

Cuando nosotros llegamos al hotel es cuando nos damos cuenta de que nos están acusando a nosotros los cubanos, dicen: “¿Pero ustedes qué hacen aquí? Todo el mundo los anda buscando a ustedes”. Dicen: “¿Ustedes son los cubanos?”. Ya los cubanos éramos famosos en ese momento, cuando llegamos al hotel. Había conservadores también en el hotel y se nos buscaba a nosotros como responsables de todo aquello. Nosotros sin un centavo, sin conocer una sola dirección; fíjate en la situación nuestra: sin un centavo y sin conocer una sola dirección en Bogotá. Eran como las dos de la tarde o las tres.

Salimos a la calle, estuvimos viendo cómo se producían algunos combates de francotiradores contra el ejército y fuimos para la casa donde estaban Ovares, que era el presidente de la FEU, y Guevara. Vamos allí; ellos habían permanecido en la casa de huéspedes. Nos reciben bien los dueños de la casa y nos prometen albergarnos allí porque a las seis de la tarde era el toque de queda. A todo esto yo había llegado allí con el apasionamiento de todo lo que había visto, estaba un poco exaltado. Primero el asesinato de Gaitán, después todos los combates, el pueblo sublevado, de toda la tragedia que había ocurrido, el acuerdo y la traición. Pero da la casualidad de que el dueño de la casa de huéspedes, donde estaban los otros dos cubanos, y donde ya habíamos acordado que nos quedábamos los cuatro y nos daban comida, nos daban albergue, el hombre era conservador. Nosotros no habíamos dicho nada, y cuando llegamos allí íbamos vestidos de civil, desarmados y entonces el hombre empieza a decir horrores de Gaitán y de los liberales. Yo pierdo la paciencia y cometo el error después de la cinco y media de la tarde, a pocos minutos del toque de queda, le digo que estaba equivocado, que esa gente estaba oprimida, que eran luchadores, que su causa era la causa justa, que habían luchado. Me exalto y contradigo al hombre y defiendo a la gente que estaba atacando. El hombre dice entonces que no podíamos quedarnos allí.

Éramos realmente inmaduros para cometer el error de entablar una polémica con el dueño de la casa a las seis menos veinticinco de la tarde y el hombre decide que teníamos que irnos.

Irnos era la muerte. Salimos de la casa, caminamos, nos acercamos a un hotel que era donde se alojaban muchas delegaciones,



que está cerca del centro, el hotel más importante, un hotel blanco que estaba cerca del centro [...] <sup>80</sup>

Faltaban cinco minutos para el toque de queda, cuando va saliendo la máquina de uno de los argentinos que nosotros habíamos conocido en la organización del congreso. Iglesias se llamaba el argentino, está saliendo en un carro diplomático, uno de los que había estado en la Conferencia Panamericana. A todo esto estaban buscando a los cubanos por todos lados.

Paramos el automóvil de Iglesias y le dijimos la situación en que estábamos, el toque de queda, y él dijo: “¡Monten!”. Y nos montamos en la máquina diplomática en donde estaba Iglesias. Nos recibe diciendo: “¡En qué lío os habéis metido! ¡En qué lío os habéis metido!”. Esas son las palabras con que nos recibe Iglesias: “¡Qué lío! Suban, yo los llevo al Consulado de Cuba”. Fue a donde nos llevó esa noche. Él nos llevó al consulado.

A todo esto, nosotros éramos enemigos del gobierno de Cuba y nos llevaron al consulado de Cuba. Para que tú veas lo que son las paradojas de la historia. Dan las seis, toque de queda, todo el mundo armado hasta los dientes, registro a todos los carros. Decían: “¿Diplomático?, ¡pase! ¿Diplomático?, ¡pase!”.

Llegamos como a la seis y diez al consulado cubano. En el consulado cubano éramos famosos ya, porque estaba todo el mundo buscando a los cubanos y nos reciben de lo más bien [...]

[...] Esto es el día 11 por la noche. Ante los acontecimientos ocurridos el gobierno de Cuba había enviado un avión militar, había unos militares allí, comandantes, capitanes, pilotos, están allí. Creo que había dos aviones, uno que había ido a buscar unos toros a Colombia para una corrida, unos toros de lidia, y otro avión militar que había ido con esa tripulación ante los acontecimientos, porque había una delegación cubana en la Panamericana [...]

[...] Hicieron los trámites y en el avión que había ido a buscar los toros regresamos a Cuba nosotros, el día 12. Hizo escala en Barranquilla el avión.

Nosotros cuando regresamos llevábamos toda la literatura, la Oración por la Paz, todos los materiales que nos había dado Gaitán, los habíamos conservado, porque los habíamos recogido en el hotel antes de irnos. Al anochecer llegamos a Cuba después de hacer escala en Barranquilla.

<sup>80</sup> *Ibidem*, pp. 110-113.

Así termina toda una sucesión de cosas casi milagrosas que pasaron allá. Pero sobre todo, como nosotros a las seis menos cinco minutos entramos al hotel Granada, de no ser así estaríamos muertos, porque si a nosotros nos agarran allí nos echan la culpa de todo.

El gobierno estaba buscando la mentira de que aquello era una conspiración comunista y de extranjeros. Si nos agarran nos hacen picadillo y nos echan la culpa de todo. La gran verdad es que nosotros no tuvimos nada que ver con aquello y lo que hicimos, como jóvenes estudiantes, como gente idealista, como gente quijotesca, que nos sumamos a la sublevación del pueblo.<sup>81</sup>

Yo te voy a decir una cosa, ya yo tenía ideas revolucionarias, no te voy a decir que en esa época mis ideas fueran tan completas como hoy, mis ideas teóricamente no estaban tan fundamentadas como algunos años después. Pero ya en esa época yo era un luchador por la independencia de Puerto Rico, la democracia dominicana, por las causas fundamentales de América Latina. Era un luchador antimperialista, era un luchador por la unidad latinoamericana, la unión de nuestros pueblos frente a la opresión y al dominio de Estados Unidos, tenía ya algunos rudimentos del marxismo-leninismo, pero no puede decirse que en esa época yo fuera marxista-leninista, mucho menos era un militante del Partido Comunista ni siquiera de la juventud comunista [...]

[...] y yo era ya el 9 de abril un hombre de ideas de izquierda pero, sobre todo, ideas democráticas, ideas patrióticas, ideas antimperialistas, ideas populares.

¿Qué era yo en 1948? Te voy a decir que era casi un comunista, pero no era todavía un comunista. Era lo que puede estar potencialmente cerca ya a una concepción política comunista, pero estaba todavía muy influido en esa época por las ideas de la Revolución Francesa, sobre todo las luchas populares, las tácticas de la Revolución Francesa, en especial los aspectos militares de la cuestión.<sup>82</sup>

[...] Figúrate que yo entonces tenía veintiún años, yo creo que lo que hice allí fue realmente noble. Yo por mi parte me siento orgulloso de lo que hice. Primero porque tuve una actitud consecuente. Reaccioné con la misma indignación de un colombiano frente a la muerte de Gaitán, reaccioné con el mismo espíritu de un colombiano frente a una situación de injusticia y de opresión que había en el

<sup>81</sup> *Ibidem*, pp. 114-116.

<sup>82</sup> *Ibidem*, pp. 116-117.



país, reaccioné con mucha decisión y mucho desinterés y altruismo. Creo que reaccioné con mucho sentido común también, cuando hice todo lo posible para ayudar a la organización de aquello. Creo que los consejos que di en la Quinta División de Policía, no podía darlos mejor ahora, a la edad que tengo y con la experiencia que tengo. Creo que la decisión de quedarme allí, aunque estaba solo y cuando todo aquello me parecía un gran disparate táctico, lo que estaba ocurriendo aquella noche creo que fue una gran prueba de desinterés, una gran prueba de idealismo, una gran prueba de quijotismo en el mejor sentido. Fui leal hasta el último momento, cuando me dijeron el día 10 por la tarde que la División estaba siendo atacada y estaban desertando los policías; yo fui para la División con mi patrulla. Es decir, que yo diría que mi comportamiento fue intachable. Fui disciplinado, aun sabiendo que aquello era un suicidio me quedé allí. Pero por qué me quedé allí sabiendo que era un suicidio y que estaban equivocados en el aspecto militar. Fue por un sentido del honor, por un idealismo, por un principio, por una moral; me quedé aquella noche en que los tanques pasaban a cada rato y cada media hora estaban esperando venir el ataque. Yo sabía que en el ataque iba a morir todo el mundo allí, porque aquello era una ratonera. A pesar de estar en desacuerdo completo con las disposiciones, en desacuerdo completo desde el punto de vista militar, con lo que estaban haciendo, me quedé allí. Iba a morir anónimamente allí y sin embargo me quedé. Yo personalmente estoy orgulloso de eso, porque actué consecuentemente, actué con principios, con una moral correcta, actué con dignidad, actué con honor, actué con disciplina y actué con un altruismo increíble, porque hay que ver todas las cosas que pasaron allí. Hasta la última quijotada mía, que fue ponerme a discutir con el dueño de la casa de huéspedes, por poco me cuesta la vida, pero simplemente no me pude quedar callado frente aquello. Ahora pienso que yo tenía veintiún años, quizás con un poco más de experiencia me doy una buena callada de boca allí frente al conservador aquel, lo dejo decir todo y no provocho la situación en que por puro milagro nosotros salimos bien. Si nos hubieran capturado, a nosotros además nos echan toda la culpa y yo no podría estar ahora contándote la historia exacta y verídica, de todo lo que vi y todo lo que viví el 9 de abril. El pueblo demostró una extraordinaria valentía.<sup>83</sup>

<sup>83</sup> *Ibidem*, pp. 119-120.

### *Fidel estuvo entre los primeros*

Los acontecimientos se produjeron en La Habana, el 11 de marzo de 1949. Era viernes. Ese día, apenas anocheció, la escuadra norteamericana, fondeaba en aguas de la bahía, comenzó a vomitar sobre la capital las oleadas de la marinería yanqui, que en pocas horas se adueñó de las calles e inundó con su vaho alcohólico, bares, prostíbulos y garitos.

Los miembros de la US Navy, protagonistas de los hechos, pertenecían en su mayoría a la dotación del barreminas *Rodman*, que, junto al portaviones *Palau*, los también barreminas *Hobson* y *Jeffers* y el remolcador *Papago*, habían arribado el día anterior, 10 de marzo, procedentes de Estados Unidos.

Como remate de una escandalosa juerga escenificada a todo lo largo del Paseo del Prado, los referidos tripulantes, totalmente borrachos, se aproximaron a la estatua del gran guía revolucionario del pueblo cubano, situada en el Parque Central y, entre gritos y burlas, comenzaron a trepar por el monumento.

Uno de los salvajes, Richard Choingsy –agilidad y mente primate–, logró encaramarse en los hombros de la efigie de Martí, utilizándolo como urinario público. Otros dos de los más conocidos depredadores fueron el sargento Herbert Dave White y el marino George Jacobo Wargner.

La reacción del pueblo fue enérgica e inmediata. Decenas de ciudadanos que se encontraban en los alrededores se movilizaron al instante contra los vándalos, tratando de ajustarles cuentas en el propio escenario de la fechoría. Pero simultáneamente arribó al lugar la policía, que al instante tomó bajo su protección a los marines, emprendiéndola a gomazos contra el indignado público.

Si algún ingenuo imaginó otra cosa, allí quedaba expresado claramente, desde el primer momento, cuál sería el proceder de los agentes represivos y gobernantes a lo largo de todos los incidentes promovidos por la profanación a la estatua del Maestro.

Mientras, la ira popular iba en aumento, y la noticia de lo ocurrido se propagaba como un reguero de pólvora bajo la cálida noche habanera.

Al llegar a la estación de policía, ya eran cientos los ciudadanos que se agolpaban frente a la gendarmería, exigiendo un ejemplar castigo para los energúmenos yanquis. Sus protectores, uniformados de azul, tuvieron que tender un cordón policiaco, a fin de



introducirlos en el edificio. Bajo la tremenda tensión que agitaba a las enfurecidas masas, estallaron nuevos incidentes.

Botellas y vasos volaron contra la estación en señal de protesta, y nuevamente se desató la represión contra el pueblo, agrediéndolo a palos, culatazos y con disparos al aire para que se dispersara.

Como estos, se sucedieron numerosos choques entre el pueblo, de un lado, y la marinería imperialista y los policías del otro, en la agitada noche del 11 de marzo de 1949.

Al otro día, sin embargo, ¡sorpresa!, muchos órganos de la titulada “prensa seria” no decían siquiera una palabra de lo ocurrido, y otros reducían descaradamente el alcance de los hechos, adoptando un tono ambiguo y apaciguador [...] <sup>84</sup>

Entre los sectores más políticamente sensibles se encontraban los estudiantes, la Universidad; y la FEU fue uno de los primeros organismos en detonar la acción que el pueblo anhelaba impaciente.

Cumpliendo su consigna, en horas de la mañana del 12 de marzo, un numeroso grupo de estudiantes se dio cita en la Plaza de Armas, frente al antiguo edificio de la embajada de Estados Unidos.

Protagonistas de la acción recuerdan entre los primeros en llegar, al entonces joven estudiante de Derecho Fidel Castro, ya caracterizado por su antimperialismo y por su disposición inmediata para la acción [...] Fidel estuvo entre los primeros –cuando aún el grupo de jóvenes era pequeño– en emprenderla a pedradas contra el edificio, que era símbolo de la prepotencia y la soberbia yanquis, en protesta por lo sucedido la noche anterior.

Centenares de personas se sumaron espontáneamente a la resuelta acción del estudiantado.

Los manifestantes reclamaban que fueran devueltos los “marines” culpables –entregados a las autoridades yanquis– para ser juzgados por tribunales cubanos, y que se quitara la bandera norteamericana hasta tanto esa entrega no se efectuara.

Súbitamente irrumpieron en el lugar varias perseguidoras, al mando del jefe de la Policía, coronel Caramés, y los tenientes Parra y Salas Cañizares, arremetiendo brutalmente a gomazos contra los estudiantes y el pueblo allí reunido.

Entre los jóvenes que sufrieron contusiones por todo el cuerpo se encontraban Baudilio Castellanos, que protegió con su cuerpo al

<sup>84</sup> Julio García Luis: “Afrenta de marines a José Martí y la protesta que anunció futuras batallas”, *Antes del Moncada*, pp. 170-172.



también estudiante y dirigente de la FEU, Alfredo Guevara, convaleciente de una enfermedad; Fidel Castro, Lionel Soto y otros.

Participantes en aquella protesta recuerdan el incidente ocurrido en medio de la represión, cuando hizo su aparición en el lugar un tipo joven, fornido, vestido de traje y con apariencia de oficinista o de funcionario de un lugar importante –quizás la propia embajada yanqui– quien no cesaba de decir a periodistas y público en general: “Estos no son los estudiantes cubanos. Estos son comunistas que se aprovechan para atacar a Estados Unidos”.

Los estudiantes, al momento, rechazaron al provocador, gritando en alta voz sus nombres y cargos en la FEU. Fidel concentró en su persona el enfrentamiento al referido individuo.<sup>85</sup>

*Baudilio Castellanos, Bilito, estudiante de la Facultad de Derecho lesionado en este enfrentamiento, recuerda:*

Cogimos por Obispo hasta el mar, donde estaba la embajada entonces, frente a la Plaza de Armas, un edificio que se llamaba Horter, en Obispo y Oficios. Allí se acumularon cientos de personas espontáneamente, estudiantes, obreros, gente de pueblo.

Empezamos a buscar piedras. Fue el único ataque a la embajada norteamericana en la República neocolonial, que yo tenga noticias, el que hizo nuestra generación. Alguien, sobre los hombros de Fidel, quería arrancar el escudo que tenía la embajada.

En eso baja el embajador Butler, rodeado de su escolta, empieza a dar disculpas y el pueblo insultándolo, nadie quería oírlo; y la gente trayendo más piedras. Y por el fondo de la calle empezaron a llegar las perseguidoras y el primero que se deja ver es el teniente Salas Cañizares, quien ordena a los policías a dar fustazos con el “bicho de buey”, a la multitud.

Traté de proteger a Alfredo Guevara, aún convaleciente de una enfermedad, y me entraron a chuchazos por la espalda. Fidel, que está al lado mío, ripostando, me llevó hasta una Casa de Socorros y exigió un certificado médico de lesiones. Al levantarme la camisa, un fotógrafo de *Bohemia* captó la imagen y la publicó en la revista después.

Con el certificado de lesiones fuimos al Ministerio de Gobernación y Fidel le dijo al oficial de guardia: “Venimos a acusar de atropello al

<sup>85</sup> *Ibidem*, pp. 174-175.



ministro, como responsable directo de las acciones de la policía”. El oficial, muy atemorizado, le suplicó: “No me perjudique, señor, y con mi sueldecito sostengo a mi familia”. Fidel lo tranquilizó y nos fuimos a la estación de policía de Dragones y Zulueta. Allí hicimos la denuncia.<sup>86</sup>

### ***Fidel Alejandro: un hombre excepcional***

*Cuando el autor de “Historia para una foto” se dirige a Ignacio Barbón Benítez, un humilde hombre de pueblo y activo colaborador de Fidel junto con Gildo Fleitas, René Rodríguez y otros jóvenes, para preguntarle en qué momento conoció a quien es hoy dirigente político universal, se dispone a que la palabra sea relevada por el testimonio.*

Muestra un pequeño cuaderno, de varias páginas. Es un artículo inédito. ¿Su título? “Fidel Alejandro: un hombre excepcional”. En el primer párrafo y más adelante, se despejan dudas.

(...) Quiero contribuir al conocimiento más profundo del hombre que conocí allá por los años 1947-1948; era él un estudiante universitario que cursaba la carrera de Derecho; yo, un joven negro que ganaba unos pesos como auxiliar en el bufete del doctor Joaquín López Montes, en la calle Empedrado 365, altos; poseía una educación política primaria, pero luego de conocer a Fidel Alejandro, compartir sus ideas, mi vocación política se enrumbó hacia un horizonte definido. Yo simpatizaba con la ortodoxia y su líder Chibás. En la consigna del partido, “Vergüenza contra dinero”, intuí algo más que un programa teórico; era una respuesta al clamor de justicia popular, algo que modificaba aquel clima de corrupción que imperaba en Cuba. Bastaron unos encuentros para que entre Fidel y yo espigara una corriente afectiva, potable y duradera.

No exagero si digo que aquel muchacho que conocí hace unos cuarenta años es el mismo de hoy: valiente, decidido, patriota, desinteresado, revolucionario y amigo. Yo estuve junto a él también en mítines políticos, reuniones en Prado 109 y transmisiones radiales.

Recuerdo un día en que Fidel, Gildo, René Rodríguez y yo no teníamos dinero para almorzar, y él (Fidel Alejandro) en hermoso

<sup>86</sup> Pedro A. García: “Ultraje a la memoria de Martí”, Periódico *Granma*, 12 de marzo de 1999, p. 9.

gesto me dijo: “Barbón, ve a la casa de empeños (San Rafael y Hospital, frente al parque Trillo) y deja mi reloj en garantía. Consigue unos pesos”.

Y fui para allá. Vitorino, dueño de la casa de préstamos, valoró la prenda y facilitó cinco pesos. Entregué el dinero a Fidel, y unos minutos después, cuando ya íbamos hacia el Mercado Único a almorzar, vimos que se acercaba con pasos ligeros, impaciente y preocupado, Isidro Sosa, un joven camagüeyano, amigo de Fidel y su compañero en la Universidad, quien luego del ritual amistoso, a tono con cualquier momento: saludo, estrechón de manos, contó sus angustias económicas, parecidas a las nuestras, y acentuó la urgencia de unos pesos para resolver no sé qué conflicto doméstico. Fidel rápido, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y le dijo a Isidro: “¿Te alcanza con cinco pesos?”.

Gildo, René y yo nos miramos. Pregunto a Fidel: “Chico, ¿y del almuerzo, qué?”. Quedó pensativo y serio, y nos indica: “Vayan a ver a Tinguao (Juan Martínez) y digan que les facilite unos pesos, en mi nombre, que después él y yo nos arreglamos”.<sup>87</sup>

### ***Un voto en contra, el de Fidel***

En 1948 Fidel Castro era ya delegado del Partido Ortodoxo por la provincia de Oriente y también a la Asamblea Nacional de la organización. Pero, precisamente ese año, Millo Ochoa aspiraba a gobernador por la provincia oriental, y para asegurarse la elección le planteó a Chibás la intención de pactar con otros partidos políticos desacreditados, pero con un caudal de votos controlados, con los cuales se beneficiaría su candidatura. Eduardo Chibás era reacio a las coaliciones, con muy buen fundamento, en las condiciones de la política en aquel momento en Cuba, y menos aún con los politiqueros sin ninguna o muy poca ascendencia en la masa del pueblo.

Millo le había asegurado a Chibás que todos los delegados ortodoxos de la provincia de Oriente estaban de acuerdo con el referido pacto, respondiéndole el líder y fundador de la ortodoxia que solo si los delegados votaban unánimemente a favor de la coalición, él la aceptaría, de lo contrario no habría pacto.

A tal efecto los 26 delegados orientales se reunieron bajo la presidencia de Chibás y en presencia de Millo Ochoa en las oficinas

<sup>87</sup> Aldo Isidró del Valle: “Historia para una foto”, *Antes del Moncada*, pp. 190-192.



del primero en el edificio “López Serrano”, en La Habana. Se discutió el asunto y luego fue sometido a votación; aparentemente todos los delegados habían levantado la mano en signo de aprobación, pero Chibás preguntó si no había ningún voto en contra o abstención. Un delegado se puso de pie y pidió explicar su voto en contra del pacto: era el doctor Fidel Castro Ruz. Durante casi una hora habló a favor de la línea independiente de la ortodoxia.

Dos años después, el 28 de enero de 1950, en la Asamblea Nacional del Partido Ortodoxo, sería aprobada una moción que pasó a formar parte de la llamada doctrina ortodoxa, en la cual se adoptaba como línea la total independencia política de la organización y la no celebración de pactos políticos a ninguna instancia del movimiento, en tanto tales coaliciones no respondían, de ninguna manera, a ideologías, y la ortodoxia, decía, no estaba atada a otro interés que el interés del pueblo.

Aquel pacto planeado por Millo nunca se adoptó, y posteriormente él, como presidente de la asamblea de la ortodoxia en la provincia de Oriente, convocó a los delegados, y esta dejó fuera a Fidel Castro.

Fidel volvió a comenzar por el principio y con más ímpetu, de ahí su labor entre las masas del barrio habanero de Cayo Hueso y su ulterior elección a la asamblea de la provincia de La Habana, como un paso inmediato a su nominación de candidato a representante, de haber continuado el proceso político trunco por el 10 de marzo.<sup>88</sup>

### *Lucha política en el barrio de Cayo Hueso*

Adolfo Torres Romero, el barbero de Neptuno 823 entre Marqués González y Oquendo, contaba con numerosos clientes entre la juventud ortodoxa, estudiantes universitarios, además de los vecinos. Entre esos clientes habituales se encontraba Fidel. En aquel tiempo Adolfito era una figura con la cual había que contar en la populosa barriada para cualquier ajuste normativo preelectoral, en su condición de delegado del Partido Ortodoxo, una jerarquía modesta pero a veces decisiva para coadyuvar e incluso garantizar cualquier aspiración electoral, en tanto cada delegado controlaba un considerable número de afiliados al partido.

<sup>88</sup> Marta Rojas: “Adolfito, barbero de Fidel”, *Antes del Moncada*, pp. 41-43.

Como la ortodoxia, al igual que otras organizaciones políticas en el juego de la llamada democracia representativa, tenía varias tendencias partidarias dentro de su propia organización, Adolfo tenía la suya, a la cual debía responder, y esa no era, precisamente, la de Fidel, quien entraba en el barrio fuera de los engranajes establecidos.<sup>89</sup>

...

En esa época Adolfo tenía ya una fuerza muy bien organizada y preparaba su reelección como delegado a la Asamblea Municipal del Partido de Chibás. De entonces, relata Adolfo.

“Con ese ímpetu de lucha, con ese espíritu de lucha, de organización innato en él, Fidel se acercó a mí, con otro interés, más allá de la relación cliente-barbero. La barbería era un lugar de reunión de la masa ortodoxa del barrio y de los vecinos, en general. De entrada, Fidel se convirtió en mi cliente, y llevó a varios amigos; fue un asiduo visitante del salón y de mi casa, pues la barbería estaba instalada en la sala de mi vivienda”.

Aquella relación natural entre el joven militante ortodoxo y un delegado municipal de la organización se fue transformando, según el barbero, en una lucha política. “De la noche a la mañana vi a Fidel como mi contrincante más fuerte, y en realidad lo era –afirma Adolfo Torres en su testimonio”.

Lo que había ocurrido:

Fidel le había copado a Adolfo Torres el barrio de Cayo Hueso (39 manzanas en una superficie de 26 hectáreas), con la persuasión personal, directa y mediante la correspondencia. El doctor Fidel Castro, junto a su amigo y compañero Gildo Fleitas –como [Raúl] Aguiar, también asaltante del Moncada en 1953 y caído en la acción– copió el registro de afiliados ortodoxos del barrio (nombres y direcciones) y les envió cartas personales, por correo, exhortándoles a elegirlo delegado en los comicios primarios. En las cartas les anunciaba un sucinto programa o proyección de su labor futura. Pero, además, en corto tiempo visitó todas las ciudadelas y numerosos edificios multifamiliares y viviendas de la barriada para conocer las necesidades del inmenso vecindario. Haciendo valer su condición de abogado, orientaba solución de conflictos de los cuales conocía en las “visitas de terreno”, como diríamos hoy.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 25.



Esa nueva modalidad introducida por Fidel le hizo captar una verdadera fuerza electoral, muy pujante y combativa. Era un proselitismo directo, sin ningún intermediario, fórmula aplastante frente a los métodos tradicionales practicados por los sargentos políticos que respondían a Adolfo quien, por otra parte, no podía abandonar su trabajo en la barbería. Su posición sedentaria le impedía contrarrestar la acción dinámica del joven abogado.<sup>90</sup>

“Siguieron avanzando las cosas [añade Adolfo] y Fidel decide aspirar a la nominación como candidato a representante. Como la política esa tenía su mecánica, chocaba en las asambleas. Él quería ser delegado, tenía que ser delegado y empezar por La Habana, y en La Habana por un barrio.

”Nos planteó su deseo: sugirió asociaciones de fuerza con él y nosotros, es decir, conmigo; le aclaré que ya teníamos acoplado el barrio. Nos llevábamos bien, pero esa era la realidad; sentíamos afecto por él porque compartía con nosotros, pero le dijimos que fuera a otro barrio y que si podíamos lo ayudábamos. Parece que en otros barrios encontró dificultades y retornó a Cayo Hueso e hizo contacto con Raúl de Aguiar, quien en definitiva le dio entrada con vista a su aspiración. Cuando me vine a dar cuenta tenía perforado el barrio con las iniciativas de él, de visitar a la gente, el contacto directo con los vecinos: esa es la verdad.

”En cuanto a las cartas que les dirigía a los electores, recuerdo que fueron dos, una invitándolos a colaborar con él, a votar por él, y la otra dándoles las gracias por la colaboración –contaba Adolfo a más de 20 años de aquellos hechos.

”Fue tanto su empuje con el trabajo en las masas, que tuvimos, tuve, que darme rápido a la tarea de ver cómo salvaba mi situación, si no quedaba eliminado en la lucha política en el barrio de Cayo Hueso –confesaba el barbero de Fidel”.<sup>91</sup>

### ***En vórtice del ciclón de balas***

Nos contaba Adolfo que en una de las audiencias dominicales, Chibás formuló denuncias que implicaban al senador Rolando Masferrer, jefe de un grupo terrorista conocido como los tigres de Masferrer. Al domingo siguiente a esa transmisión, Masferrer tendría el derecho

<sup>90</sup> *Ibidem*, pp. 26 y 31.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 34.

a ocupar un espacio de tiempo en el mismo programa del líder de la ortodoxia para rebatir sus denuncias, con lo cual se pretendía amordazar a Chibás, cuyo programa radial lo escuchaba toda Cuba; incluso más de una vez tuvieron que interrumpirse las funciones de cine para que los espectadores escucharan su palabra a través de los amplificadores conectados a la radio en la sala de proyección.

“Aquel domingo –recordaba Adolfo– había una gran expectación porque las masas ortodoxas protestaban esa medida restrictiva. Junto a las masas ortodoxas de Cayo Hueso, Medina (el Vedado), Marianao y otros barrios, nos encaminamos hacia el edificio ‘López Serrano’, en L y 9, en cuyo *penthouse* vivía Eddy Chibás y tenía su oficina principal; pensábamos acompañarlo, en marcha ordenada, hasta la CMQ, ya enclavada en L y 23, en el edificio de Radiocentro. Recuerdo a Chibás subido sobre el techo de un automóvil rodeado por el pueblo; la gente estaba encolerizada, furiosa, pues había llegado la policía para impedir la marcha. Toda la zona estaba ocupada por fuerzas policiacas, gente de Masferrer e, incluso, elementos del ejército; todos bien armados, no así el pueblo.

”Vi a Fidel dentro de esa manifestación; estaba indignado, protestaba, caminaba de un lado para otro. En ese mismo instante comenzó el tiroteo contra nosotros, contra el pueblo, e hirieron a un trabajador ortodoxo de origen español llamado José Otero Bens, quien moriría a consecuencia de las heridas. Es como si lo viera en una fotografía. Bastante cerca de Fidel estaba un obrero de los muelles de apellido Segura. La situación era muy delicada por la tensión tan grande”.<sup>92</sup>

Omar [Borges] testimonia que efectivamente Fidel estaba allí, en el parque frente al edificio que es hoy la clínica “Camilo Cienfuegos”, en el mismo vórtice de ese ciclón de balas. Para él, el agente represivo que comenzó a disparar contra los manifestantes fue Rafael Salas Cañizares, entonces jefe de las perseguidoras (patrulleros) con el grado de teniente. Tan cerca estuvo Fidel Castro de los disparos que la pólvora le irritó los ojos. Un amigo de ambos que descubrió a los Tigres de Masferrer agazapados dentro de un automóvil, y que habían identificado a Fidel, a quien consideraban enemigo declarado, llamó a Omar y le indicó el peligro; este se acercó a Fidel Castro y le dijo: “Sepárate, guajiro, que la gente de

<sup>92</sup> *Ibidem*, pp. 35-36.



Masferrer te va a tirar. Esa gente te quiere tirar”. Pero él seguía el ritmo de la multitud y participaba en la protesta. Incluso existe una fotografía en la cual Fidel aparece discutiendo con el general Quirino Uría, jefe de la Policía, vestido en traje de campaña.

Su compañero insistió en apartarlo; ya habían herido a Otero Bens y Chibás pedía cordura para evitar una masacre.

Fidel se fue retirando del lugar en franca discusión con Omar; tomaron un ómnibus de la ruta V-5 y se bajaron en Línea y Paseo y de allí anduvieron a pie hasta el edificio Fren Mar en 2 y 3ra., en el Vedado, donde vivía Fidel en aquel momento. Todavía tenía los ojos muy irritados por la pólvora.<sup>93</sup>

### *Un discurso estremecedor*

[...] Ya han transcurrido casi cuarenta años y aún conservo intacta la emoción de aquel día, 30 de septiembre de 1949: Fidel pronunció un discurso estremecedor, patriótico, de meridiano acento social; en él modeló con trazos magníficos la inmolada figura de Rafael Trejo, líder estudiantil universitario caído el 30 de septiembre de 1930 en histórica jornada revolucionaria contra la tiranía del presidente Gerardo Machado.

Ignacio Barbón Benítez observa la vieja foto, inédita, captada en el estudio de Radio Cadena Habana, en San José y Belascoaín; sonríe y su rostro moreno adquiere matices diversos.<sup>94</sup>

*Después de escasos segundos, Ignacio Barbón continúa su relato:*

Yo recuerdo que unos días antes del radio-mitin se acordó rendir homenaje a Trejo, de un modo distinto: denunciar en un acto público los desmanes del gobierno de Prío, decir al pueblo que la juventud honraba a Trejo, a su memoria, sin temor a represalias del ejército, la policía y las pandillas a sueldo.

Fidel y yo hablamos con Alejo Cossío del Pino, propietario de Cadena Habana; este accedió a facilitar un espacio en su emisora con motivo del 30 de septiembre. Fue, reitero, algo más que una alocución. El programa duró media hora (12:00-12:30 p.m.).

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>94</sup> Aldo Isidró del Valle: “Historia para una foto”, *Antes del Moncada*, p. 187.



A partir de la aprobación de Cossío del Pino, comenzamos a promover la trasmisión mediante notas de prensa, llamadas telefónicas y otras gestiones, a gente amiga. Yo hice la apertura y él leyó un discurso regio. Concluyó con una invitación al pueblo a la escalinata universitaria. Y el pueblo respondió. Fue una velada digna de Trejo.<sup>95</sup>

<sup>95</sup> *Ibíd.*, pp. 188 y 190.



# UN ABOGADO LLAMADO FIDEL



## ***Con una concepción revolucionaria***

*La década de los cincuentas ocupó un tiempo importante en la entrevista que Frei Betto le realizara al máximo líder de la Revolución Cubana, de esos años tan convulsos expresa:*

[...] Cuando termino en la universidad, en el año 1950, en un breve período había adquirido –yo diría– toda una concepción revolucionaria completa, no solo en las ideas, sino también en los propósitos y en la forma en que podían llevarse a la práctica, cómo aplicar aquello en las condiciones de nuestro país. Creo que eso fue muy importante.

Cuando ingreso en la universidad, ya yo estoy, en los primeros años, vinculado a un partido de oposición que tiene posiciones muy críticas contra la corrupción, el robo y el fraude político.

...

El Partido Ortodoxo –su nombre oficial era Partido del Pueblo Cubano–, que llegó a tener un apoyo muy grande de masas, mucha gente sana y espontánea estaban en ese partido [...] <sup>96</sup>

En esa época yo quería realizar estudios de posgrado, estaba consciente de que me faltaba todavía una mayor preparación antes de consagrarme por entero a la política; quería estudiar, precisamente, economía política. Había realizado un gran esfuerzo en la universidad para aprobar las asignaturas que me darían, además del título de Doctor en Leyes, el de Licenciado en Derecho Diplomático y el de Doctor en Ciencias Sociales, todo para obtener una beca con ese propósito. A todas estas, yo me había independizado de mi casa, como es lógico; me ayudaron en los primeros años, pero cuando estaba terminando en la universidad –me casé, incluso–, ya yo no podía pensar en seguir recibiendo ayuda de ellos. Pero quería estudiar y la forma era una beca en el extranjero; para obtener esa beca, debía obtener tres

<sup>96</sup> Frei Betto: Ob. cit., p. 162.



títulos. La tenía ya al alcance de mi mano, me faltaban solo dos asignaturas de cincuenta que debí estudiar y examinar en dos años. Ningún otro alumno de mi curso había alcanzado estos objetivos, no tenía ya oposición. Fue entonces cuando la impaciencia, el contacto con las realidades, me decidieron a actuar. Es decir que me faltaron tres años para profundizar los estudios.<sup>97</sup>

Bastante bien armado ya de ideas fundamentales y básicas, y con una concepción revolucionaria, me decido a ponerla en práctica. Desde antes del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, yo tengo una concepción revolucionaria y hasta una idea de cómo llevarla a cabo. Cuando ingresé en la universidad, no poseía todavía una cultura revolucionaria. Menos de ocho años transcurrieron desde que esa concepción fue elaborada y la revolución había triunfado en Cuba.<sup>98</sup>

Algunos sabían cómo pensaba yo, y algunos ya empezaban a tratar de bloquearme, me llamaban comunista, porque, claro, yo a todo el mundo le explicaba las cosas con bastante franqueza. Pero yo no estaba predicando el socialismo como meta inmediata en esa época. Hacía campaña contra la injusticia, la pobreza, el desempleo, los alquileres altos, los desalojos campesinos, los bajos salarios, la corrupción política y la despiadada explotación que veía por todas partes. Fue una denuncia, una prédica y un programa, para el cual estaba mucho más preparado nuestro pueblo, por donde había que empezar a actuar y moverlo hacia una dirección verdaderamente revolucionaria.

Yo capto que el Partido Comunista está aislado, aunque tiene una fuerza y posee influencia entre los obreros. Los veo como aliados potenciales. Por supuesto, yo no habría podido convencer a un comunista militante de que mis teorías eran correctas. Prácticamente ni lo intenté. Lo que hice fue proponerme seguir adelante con aquellas ideas, cuando ya tenía una concepción marxista-leninista. Sí tenía muy buenas relaciones con ellos, porque, realmente, casi todos los libros con los que yo estudié los compré a crédito en la biblioteca del Partido Comunista en la calle Carlos III y, claro, tenía muy buenas relaciones con los dirigentes comunistas en la universidad, éramos aliados en casi todas las luchas. Pero yo dije: existe la posibilidad de actuar con una gran masa potencialmente revolucionaria. Estas ideas las voy poniendo en práctica ya antes del golpe de Estado de Batista el 10 de marzo de 1952.

<sup>97</sup> *Ibidem*, pp. 162-163.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 163.

*Frei Betto, interesado por la afiliación política de los jóvenes que asaltaron el cuartel Moncada, le pregunta si ese grupo sale del grupo de izquierda del Partido Ortodoxo. Con toda inmediatez el dirigente de esta juventud del centenario, le responde:*

Sale del Partido Ortodoxo, de las filas de los jóvenes de ese partido, que yo conocía, y que sabía cómo pensaban. Cuando se produce el golpe, yo empiezo a organizarlos.

Frei Betto: ¿Con qué nombre?

Fidel Castro: En ese momento estábamos organizando células de combate.

Frei Betto: ¿Se llamaban así, células?

Fidel Castro: Propiamente estábamos organizando un aparato militar. No tenemos un plan revolucionario propio en ese momento, porque estamos en los meses siguientes al golpe militar de 1952. Yo tenía un plan revolucionario desde 1951, pero todavía en ese plan había una etapa política previa.

Yo estoy planteando en esa fecha un movimiento revolucionario. Incluso tengo una cierta fuerza política. El Partido Ortodoxo va a ganar las elecciones; yo sé que su dirección en casi todas las provincias, excepto la de La Habana, estaba cayendo ya, como siempre, en manos de terratenientes y burgueses. Ese partido popular ya estaba virtualmente en manos de elementos reaccionarios y maquinarias electorales, excepto la provincia de La Habana, en la que prevalecía un grupo de políticos sanos, sectores intelectuales, profesores universitarios, con prestigio; no había una maquinaria, aunque ya algunos ricos se estaban introduciendo, queriendo controlar el partido en la provincia mediante métodos tradicionales de maquinarias y dinero.

El partido en La Habana tenía bastante fuerza. Había 80 000 afiliados, que se habían unido espontáneamente. Era una cifra considerable. Sobre todo creció después de que murió su fundador, hombre combativo de gran ascendencia en la masa, que se priva de la vida a consecuencia de una polémica con un ministro gubernamental, por imputaciones que le hizo a este sobre propiedades de tierra en Guatemala, y que no pudo probar. Le hicieron la trampa, lo llevaron a una polémica en torno a ese tema y, aunque había una gran corrupción en el país, aquello, en concreto, no pudo demostrarse. Se desespera y se mata. El partido queda virtualmente sin dirección, pero con una enorme fuerza.

Ya yo estoy planteando la idea de que ese partido va a ganar las elecciones presidenciales de junio de 1952. Sé lo que va a pasar con ese



gobierno, que va a resultar también una completa frustración. Pero ya estoy pensando en el transcurso de una primera etapa política de preparación del movimiento, y en una segunda etapa de toma del poder revolucionariamente. Creo que una de las cosas claves que me enseñó el marxismo, y que también me indicaba la intuición, era que había que tomar el poder para hacer la revolución, y que por los caminos tradicionales de la política que hasta entonces se habían seguido no se llegaba a nada.

Yo pienso utilizar como tribuna determinadas posiciones desde donde lanzar un programa revolucionario inicialmente en forma de propuestas de leyes, que después fue [...] el programa del Moncada. Fíjate que no era todavía un programa socialista, pero era un programa capaz de conquistar el apoyo de grandes masas de la población, y la antesala del socialismo en Cuba. Las ideas contenidas en el programa del Moncada yo las tengo elaboradas mucho antes del golpe de Estado de Batista. Ya estoy promoviendo una fuerte base con pobladores de la ciudad de La Habana, y otros sectores humildes de la ciudad y la provincia. Trabajo activamente, además, con la masa del partido.

Como ya soy abogado, estoy en estrecho contacto con esos sectores en una lucha activa, dinámica, enérgica, apoyado en el esfuerzo de un pequeño grupo de compañeros. No ocupo cargos de dirección, pero cuento ya con una fuerza de masas en ese partido y toda una concepción revolucionaria. Cuando tiene lugar el golpe de Estado todo cambia. Ya no se puede llevar a cabo aquel programa. Incluso, en aquel programa inicial yo incluyo a los soldados, porque los veo objeto de explotación; los hacían trabajar en las fincas privadas de los magnates, del Presidente, de los coroneles, estoy viendo todo eso, lo estoy denunciando y hasta voy alcanzando cierta sutil ascendencia en sus filas. Al menos prestan atención e interés a las denuncias. Yo pensaba unir a ese movimiento también a los soldados. Sí, soldados, obreros, campesinos, estudiantes, maestros, profesionales, capas medias de la población, en un programa amplio.<sup>99</sup>

### ***Gusto por la historia, la geografía y la literatura política***

A mí me gusta muchísimo, y de historia he leído en mi vida todo lo que he podido, todo lo que mi vida agitada me ha permitido, tanto desde joven como después, de estudiante universitario, en mi vida prerrevolucionaria, en mi vida durante la revolución, en mi vida en

<sup>99</sup> *Ibidem*, pp. 167-170.

las prisiones, en mi vida en el exilio y a lo largo de estos años de revolución en que siempre he procurado robarle, pudiera decir, al sueño o al trabajo, una hora, dos horas, tres y a veces más para leer. Claro que leo de todo tipo de asuntos, de todo tipo de obras, pero siempre he tenido una especial predilección por las obras históricas, y por eso puedo hacerme una idea y muchas veces cuestionar los propios acontecimientos que se cuentan [...]<sup>100</sup>

Después la literatura política. Empiezo a familiarizarme con la literatura política cuando estoy estudiando en la universidad, sobre todo cuando estoy estudiando economía política, que se empieza a estudiar desde el primer año de la Escuela de Derecho; era una economía política capitalista, pero estaban todos los clásicos, las principales escuelas de economía, aparecían referencias a ellas. En segundo año también se sigue estudiando economía política y se empieza a estudiar después legislación obrera, que es cuando empiezo a oír hablar más profundamente de Marx, de Engels y de Lenin, de las distintas escuelas, y leo bastante a todos aquellos personajes.

Como cosa curiosa te diré que yo, desde antes, estudiando economía política capitalista, me convierto en una especie de socialista utópico, me hago un juicio crítico de toda aquella economía, y me parece loca, absurda, anárquica, caótica. Por eso las ideas socialistas tienen raíces tan profundas en mí, porque llegué a sacar la conclusión –antes de leer a Marx, a Engels, a Lenin, a todos estos clásicos– de que el capitalismo era una locura y un caos, por mis propios análisis, estudiando precisamente la economía política capitalista. Entonces me convierto en lo que hoy se llamaría –porque tampoco sabía entonces lo que era, después lo supe– un socialista utópico, y empiezo a elaborar teorías de cómo debe estar organizada la economía.

Los libros de economía de la Escuela de Derecho eran voluminosos y pesados, los exámenes difíciles. Permíteme decirte que tuve notas sobresalientes en esa materia, a pesar de que suspendían a una proporción enorme y los exámenes eran orales; yo había meditado mucho sobre todo eso, a pesar de que no era mucho el tiempo de que disponía en los primeros años para estudiar, porque ya estaba envuelto en actividades políticas y estaba también en actividades deportivas; era deportista, era político y, además, quería estudiar, trataba de estudiar y estudiaba, pero no disponía de mucho tiempo, realmente, para el estudio en los primeros años de mi carrera universitaria.

<sup>100</sup> Tomás Borge: *Un grano de maíz*, pp. 21-22.



Claro, como empiezo a elaborar ideas y hacerme juicio por mi propia cuenta sobre todo el sistema económico existente, entonces mi mente, mi espíritu estaba totalmente abonado para las ideas marxista-leninistas. Ese fue el camino, esa fue la puerta ancha, yo diría, por donde entré, porque me hice fanático, digamos –por decirlo de alguna forma–, apasionado simpatizante de las ideas de Marx, de Engels y de Lenin, y desde entonces leí mucho sobre literatura política.

He dedicado mucho tiempo no solo a la historia y a la geografía, sino también a la literatura política y, por cierto, a la literatura universal. Siempre estoy leyendo. Por ejemplo, tengo una gran colección de libros sobre Bolívar, siento una admiración infinita por Bolívar. Considero a Bolívar el más grande personaje dentro de los grandes personajes de la historia, el hombre de las dificultades, el hombre que venció todos los obstáculos, una persona realmente extraordinaria.

He leído mucho todo lo de Aníbal el cartaginés, sus expediciones, sus campañas en Italia, sus guerras, sus batallas; todo lo relacionado con Alejandro Magno; sobre Julio César, los grandes personajes históricos y las grandes personalidades militares más modernas como Napoleón, sus campañas militares y toda su historia.

Tengo mi predilección entre los grandes personajes de la historia, y esa predilección la siento por Bolívar.

Ya no te digo de Martí. Martí es un Bolívar del pensamiento, y Bolívar fue un genio de la política, un genio de la guerra, un estadista, porque tuvo las oportunidades que no tuvo Martí de dirigir Estados. Su idea de reunir aquel inmenso continente en medio de tan gigantescas dificultades es algo que no tiene precedentes; no solo contribuyó con su acción a la liberación de todos esos países, el mero esfuerzo de tratar de unirlos es una idea fundamental, vital para toda nuestra América, para todo nuestro continente, para todos los pueblos de origen ibérico –es decir, de origen español, portugués–, esa mezcla que se empezó a producir hace 500 años. ¡Tienen tal trascendencia el pensamiento y las ideas de Bolívar!

Pero para definir a Martí, lo expreso diciendo que fue un Bolívar del pensamiento político, la cumbre. No sé si me podrán tildar de sectario, pero no recuerdo a nadie con el calibre intelectual de Martí.

Martí fue un fanático de Bolívar, digamos, de su grandeza y sus propósitos. Y como he leído muchos libros, tengo cierto derecho a hacer una selección entre los personajes que más me simpatizan de la historia.



De más está decirte que sobre las revoluciones he leído una gran cantidad de libros. Creo que todos los libros que se han escrito sobre la Revolución Francesa los he leído, de la Revolución Bolchevique he leído muchísimo, de la Revolución Mexicana he leído infinidad de obras, leí mucho también de la Revolución China durante todos estos años. Además, le he prestado una determinada atención a la literatura económica; sobre los problemas económicos he leído, quizás no tanto como sobre los problemas históricos.<sup>101</sup>

### ***Un comunista atípico***

*Fidel rememora sobre la táctica que siguió en aquellos tiempos:*

Fui discreto, no todo lo que debía, porque con cuanta gente me encontraba le empezaba a explicar las ideas de Marx y la sociedad de clases, de manera que en el movimiento de carácter popular, cuya consigna en su lucha contra la corrupción era “Vergüenza contra dinero”, al que me había incorporado recién llegado a la universidad, me estaban asignando fama de comunista. Pero ya en los años finales de mi carrera no un comunista utópico, sino esta vez un comunista atípico, que actuaba libremente. Partía de un análisis realista de la situación de nuestro país. Era la época de macartismo, del aislamiento casi total del Partido Socialista Popular, nombre que ostentaba el partido marxista de Cuba, y había, en cambio, en el movimiento donde me había incorporado, convertido ya en Partido del Pueblo Cubano, una gran masa que, a mi juicio, tenía instinto de clase, pero no conciencia de clase, campesinos, trabajadores, profesionales, personas de capas medias, gente buena, honesta, potencialmente revolucionaria. Su fundador y líder, hombre de gran carisma, se había privado de la vida dramáticamente meses antes del golpe de Estado de 1952. De las jóvenes filas de aquel partido se nutrió nuestro movimiento.

Militaba en aquella organización política, que ya realmente estaba cayendo, como ocurría con todas, en manos de gente rica, y me sabía de memoria todo lo que iba a pasar después del ya inevitable triunfo electoral; pero había elaborado algunas ideas, por mi cuenta también –imagínense que a un utopista se le puede ocurrir cualquier cosa–, sobre todo lo que había que hacer en Cuba y cómo hacerlo, a

<sup>101</sup> *Ibidem*, pp. 266-269.



pesar de Estados Unidos. Había que llevar aquellas masas por un camino revolucionario. Quizás fue el mérito de la táctica que nosotros seguimos [...]<sup>102</sup>

### ***Elaboro una estrategia para el futuro***

Lo fundamental para mí fue mi propia formación política y mi toma de conciencia revolucionaria. Yo tenía la vieja idea de la guerra de independencia, las cosas martianas, la gran simpatía por Martí y el pensamiento de Martí, las guerras de independencia, sobre las cuales he leído prácticamente todos los libros que se publicaron, hasta que entré en contacto, primero, con las ideas económicas, con los absurdos del capitalismo, y voy desarrollando una mentalidad utópica, de socialista utópico, no de socialista científico. Todo es un caos, todo está desorganizado: sobran por aquí las cosas, hay desempleo por acá; sobran los alimentos, hay hambre por allá. Voy tomando conciencia del caos que era la sociedad capitalista, empecé por ahí; llegar por mi propia cuenta a la idea de que aquella economía, de la cual se nos hablaba y se nos enseñaba, era absurda.

Es por ello que cuando por primera vez tengo oportunidad de encontrarme con el famoso *Manifiesto comunista* de Marx, me hace un gran impacto, y hubo algunos textos universitarios que ayudaron. La historia de la legislación obrera, escrita por un personaje que después no fue consecuente con su historia, pero escribió un buen libro; también la obra de Rosa (sic) y las historias de las ideas políticas. Es decir que había algunos textos de algunos profesores que me ayudaron a entrar en materia, hasta que en la biblioteca del Partido Socialista Popular –y fiado, porque no tenía con qué pagarlo– fui adquiriendo toda una biblioteca marxista-leninista. Ellos fueron los que me suministraron los materiales, con los cuales yo después, con una enorme fiebre, me dediqué a leer.

Ya para entonces el Partido Ortodoxo estaba fundado y yo era parte de él desde los inicios y antes de adquirir una conciencia socialista. Vine luego a convertirme en algo así como una izquierda del Partido Ortodoxo.

Ahora, ¿cuál fue una idea clave en todo lo que ocurrió después? Mi convicción de que el Partido Comunista estaba aislado y que en las condiciones que existían en el país y en medio de la guerra fría y la cantidad de prejuicios anticomunistas que había en este país, no

<sup>102</sup> Fidel Castro: *Una revolución solo puede ser hija de la cultura y las ideas*, pp. 49-50.

era posible hacer una revolución desde las posiciones del Partido Socialista Popular, aunque el Partido Socialista quisiera hacerla. El imperialismo y la reacción habían aislado a este partido lo suficiente como para impedirle, de manera absoluta, la realización de una revolución, y es cuando me pongo a pensar en las vías, los caminos y las posibilidades de una revolución y cómo hacerla.

A partir de la efervescencia que se había producido en el país, de la fuerza que había tomado aquel movimiento de Chibás en las masas –partido que, en general, excepto en la capital de la república, ya estaba cayendo en manos de terratenientes, porque aquí cuando surgía un partido popular no tardaban mucho tiempo en caer las direcciones provinciales en manos de terratenientes y de ricos; ya ese proceso se estaba planteando en la ortodoxia–, me veo dentro de un partido que tiene una gran fuerza popular, unas concepciones atractivas en la lucha contra los vicios y la corrupción política e ideas que en lo social no son ya totalmente revolucionarias. Y es a partir de esa contradicción y de la trágica muerte de su combativo y tenaz fundador, que elaboro la concepción de cómo había que hacer la revolución en las condiciones de nuestro país.

El suicidio de Chibás deja sin jefe aquel partido. Había que llegar a las elecciones, había que obtener el triunfo electoral en aquellas condiciones; pero en las elecciones aquellas, para el Partido del Pueblo Cubano, con el gran aval que le dejó la muerte del propio Chibás, era inevitable su victoria.

Ante la imposibilidad de la revolución por aquella vía y lo inevitable de una rápida frustración, elaboro una estrategia para el futuro: desde dentro del gobierno y desde dentro del propio Congreso lanzar un programa revolucionario y organizar un levantamiento popular. Ya a partir de aquel momento tengo toda la concepción, todas las ideas que están en *La historia me absolverá*, cuáles debían ser las medidas, cómo plantearlas, qué hacer. Esa fue la primera concepción revolucionaria, que la pude elaborar, digamos, apenas seis años después de haber ingresado en la universidad aquel mes de septiembre. Se puede decir que tardé seis años en adquirir una conciencia revolucionaria y en elaborar una estrategia revolucionaria.<sup>103</sup>

<sup>103</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Educación Superior y sus 50 años de vida revolucionaria”, ob. cit., pp. 38-40.



## *Fidel en La Voz del Aire*

*Ignacio Barbón evoca los tiempos en que laboraba muy cerca de Fidel:*

No olvido que unos meses después de egresar de la universidad ya graduado de abogado, Fidel se desempeñó como periodista-comentarista en *La Voz del Aire*, en 25 y G, Vedado. “Únicamente la ortodoxia puede levantar tribuna de combate”: era nuestro lema. O sea: a las interminables jornadas de trabajo político por la campaña electoral en marcha se agregó el programa radial que fue una inexpugnable posición para la denuncia del gobierno corrupto de Carlos Prío. El abogado Fidel Alejandro tampoco detenía su ritmo de trabajo profesional. En 1950 abrió el bufete con Azpiazo y Resende.

Las transmisiones de Fidel por *La Voz del Aire*, según los especialistas en las llamadas encuestas sociales, tuvieron una acogida formidable, principalmente en La Habana. Las denuncias de Prío y su mafia politiquera se reiteraban, igual que las amenazas de muerte a Fidel. En más de una ocasión recibimos llamadas de alerta, de gente amiga: el paranoico Masferrer y sus gánsteres merodeaban por los alrededores de la emisora. Guapería barata, no crea otra cosa.

Se ha dicho que ese Masferrer vivía para matar y mataba para vivir, pero con Fidel no se atrevió.

Yo jamás olvido que próximo al fin de año, Fidel dispuso la redacción de una carta de saludo por tal motivo a los oyentes del programa, afiliados al PPC(O)<sup>104</sup> y amigos residentes en todos los términos municipales de La Habana, y para comprobar la efectividad del correo propuso el envío de las primeras misivas a nuestros propios domicilios. Gildo, René, Azpiazo y yo fuimos de los primeros en recibir la felicitación por el nuevo año.

Se redactaron miles de cartas impresas en mimeógrafos que accionaron Gildo y René [...] <sup>105</sup>

*El texto de las cartas decía:*

Diciembre de 1951

Compañero de ideales:

Con motivo de las Navidades le hago estas líneas portadoras de mi más sincera felicitación para usted y su distinguida familia.

<sup>104</sup> Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos)

<sup>105</sup> Aldo Isidró del Valle: “Historia para una foto”, *Antes del Moncada*, pp. 192-193.

Tristes y recientes recuerdos enlutan nuestras alegrías en estas Pascuas, pero nuevas y alentadoras esperanzas van naciendo al calor de las luces primeras del amanecer venturoso que encendió el sacrificio.

Para nosotros no hay más que un modo posible de esperar el Año Nuevo y es trayendo a la memoria las palabras postreras de Martí en aquellas Navidades que precedieron al último esfuerzo por la libertad: Para un pueblo sufrido no “hay más Año Nuevo que el que se haga con la fuerza de su brazo por entre las filas de sus enemigos”.

Con ellas se despide de usted sinceramente,

Fidel Castro<sup>106</sup>

### ***Bufete Azpiazo-Castro-Resende***

Fidel acababa de graduarse de doctor en Derecho y en septiembre de 1950 les propuso a dos de sus compañeros de carrera universitaria, Jorge Azpiazo y Rafael Resende, abrir juntos un bufete.

La mayoría de las oficinas de abogados, así como comerciales, se encontraban ubicadas en La Habana Vieja. Ese era el centro de la actividad económica del país y los jóvenes abogados montaron su bufete en el edificio Rosario, sito en Tejadillo 57, primero en el apartamento 204 y luego se mudaron para el 303, después para el 206 del mismo edificio en cuyo frente se conserva la placa.

El precio del alquiler de aquel espacio era de 60 pesos mensuales y debían entregar, además, una mensualidad por adelantado.

Entre los tres reunieron 80 pesos que entregaron a José Álvarez, propietario del inmueble, comprometiéndose con él a pagar el resto en corto tiempo. Pudieron alquilar el local, sin muebles. El bufete se abriría de todos modos por voluntad de Fidel. Con el mismo propietario consiguió, prestadas, una silla y un buró; luego compraron a plazos una máquina de escribir.<sup>107</sup>

*Hace ya unos años, la periodista Marta Rojas, invitada por Celia Sánchez Manduley y acompañada por el doctor Azpiazo, visitó el apartamento 206 de Tejadillo 57. La reportera tomó notas de los objetos que había en aquella oficina y elaboró esta descripción:*

El bufete tiene los muebles de la época en que fue montado. Aquí está el mismo buró de Fidel, un armario para libros, una máquina de

<sup>106</sup> *Bohemia* No. 17, 26 de abril de 1959, p. 149.

<sup>107</sup> Marta Rojas: “Fidel defiende a carpinteros deudores, como abogado del acreedor”, *Antes del Moncada*, pp. 196-197.



escribir, un librero pequeño, un sofá con asientos de pajilla, dos butacas, otra butaca de madera para la mesa de la máquina de escribir, una lámpara de luz fría, un busto de José Martí, algunos libros y una caja repleta de sobres para cartas con un texto impreso que dice: “Bufete Azpiazo-Castro-Resende. Asuntos Civiles, Criminales y Sociales. Tejadillo 57-59, apartamento 303. La Habana”. Tomé un sobre para reproducirlo y guardarlo como recuerdo. Pregunté al doctor Azpiazo qué otras cosas había antes en este lugar. Me contestó: “Los cuadros, uno de Martí; como todo el mundo sabe, Fidel fue siempre un martiano. También un cuadro de Maceo y otro de Ignacio Agramonte”.

Observé que uno de los libreros estaba vacío [...] Él me contó que allí estaba colocada la colección de obras martianas que ellos consiguieron, pero que muchos de esos libros se los mandaron a Fidel a la cárcel, cuando las autoridades del penal dejaban pasarle algunas cosas.<sup>108</sup>

### ***Fidel resolvió aquello de otra manera***

En 1950 Rubén López tenía una pequeña carpintería en los bajos del edificio de 18 y 23 (más exactamente en un cuchillo de vías que termina en la calle 21), en el barrio del Vedado, y con él trabajaba de ayudante César Fonseca, pintor. Una de las hermanas de Fidel, Lidia Castro, residía cerca de allí, en 20 y 23, y no muy lejos, en 23 entre 22 y 24, vivía Fidel.<sup>109</sup>

*Al ser entrevistado por la periodista Marta Rojas, Rubén López rememora:*

Fui presentado a Fidel, quien vestía de traje y corbata, muy correctamente. Me dijo que quería que yo le hiciera los muebles del bufete que acababan de abrir en La Habana Vieja. Le contesté que sí. Azpiazo y Resende se retiraron un poco y Fidel hizo un trato conmigo. Me dijo que no habría problema con la madera, que él la tenía. Ese día comencé a percatarme del poder de convencimiento que tenía Fidel, de su gran poder de persuasión, porque yo no aceptaba que los clientes me dieran la madera; la mayoría de las personas que ajustaban un trabajo, si traían la madera pensaban que era mucha

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 197.

<sup>109</sup> *Ibíd.*, p. 198.

cantidad y que el carpintero no iba a utilizarla toda en los muebles encargados; eso yo no lo aceptaba porque era dudar de la honestidad de mi persona. Sin embargo le contesté a Fidel afirmativamente. Me había convencido. Le dije: “Está bien, voy a buscar esa madera”; pensando siempre que el valor de aquellas tablas finalmente yo lo descontaría de lo que él me pagaría por el trabajo. Entonces me dijo: “Bueno yo le doy la madera, usted vaya allí a la Maderera Gancedo y escoja las tablas que necesite para hacer los muebles del bufete”.

Al día siguiente por la mañana –sigue relatando Rubén– Fidel volvió al tallercito. Me trajo una revista especializada en muebles. “Mira, este es el que escogí, es el buró que yo quiero, con la butaca, y el librero” –me dijo. “Ah, está bien” –le contesté.

Fui con César Fonseca a Gancedo y escogí toda la madera que necesitábamos. Llamamos al dependiente para que la midiera, y después que la midió me dijo cuánto era lo que valía.

Esto es a cuenta del doctor Fidel Castro –le dije.

El dependiente no lo conocía: “¿Quién es el doctor Fidel Castro?; que yo sepa él no tiene cuenta aquí en la maderera, así que no te puedo entregar las tablas”. “Bueno, chico, pues no me las llevo, voy a ponerlas donde estaban”. “No, déjalas ahí” –me contestó, y me fui de Gancedo.

Después del mediodía –siguió relatando Rubén–, Fidel volvió a la carpintería para preguntarme si había traído la madera; le informé que la habíamos escogido pero que no nos la habían despachado. Él me puso una mano sobre un hombro y me dijo que fuera con él a la Maderera Gancedo. Monté en su automóvil, iba manejando Fidel, era un carro negro o muy oscuro; llegamos allá; él entró en la oficina, yo me quedé en el almacén y un ratito después salió y me dijo que cuando quisiéramos podíamos ir a buscar un camioncito para llevarnos las tablas. El administrador, por su parte, le había ordenado al dependiente que cortara la madera y asunto resuelto [...] <sup>110</sup>

Fidel nos lo pagó con creces. El caso es que yo no tengo con qué pagarle lo que él hizo por nosotros. Eso no se pagaba con nada en aquella época. Mire lo que ocurrió: Yo tenía aquel local en la calle 18, alquilado a una familia que vivía en los altos, pero esas personas vendieron el edificio a un hombre que trabajaba como jefe

<sup>110</sup> *Ibidem*, pp. 198-200.



de los taquígrafos del Palacio Presidencial; era en la época del gobierno de Carlos Prío Socarrás, y cuando los nuevos dueños ocuparon la propiedad nos echaron a la calle.

El adquirente del edificio nos advirtió tanto a César Fonseca como a mí que teníamos que irnos en 24 o 48 horas, rápidamente. Una tarde cerré el tallercito, o César se quedó, y me fui para mi casa, y al regresar al día siguiente, ya entrada la mañana, me encontré que los hechos se habían consumado. Habían sacado el banco de carpintería y todo lo que teníamos allí, para un pasillo. César, que había llegado mucho antes que yo, vio aquello e inmediatamente fue a buscar a Fidel a su casa.<sup>111</sup>

*César Fonseca, minucioso hasta el detalle, corrobora el relato de Rubén:*

El dueño nos había dado tan solo horas para abandonar el taller, donde antes yo había tenido un laboratorio de fotografía para revelarles a aficionados. El problema era inminente, y salimos a buscar algún local, pero nos pedían por lo menos 500 pesos de regalía para alquilárnoslo. Fui a ver al abogado del Partido Socialista, doctor Pérez Lamy, que era criminalista; él nos remitió, por esa razón, al doctor Contreras, que atendía asuntos civiles; nos había dicho que el tiempo era muy corto, pero que iría allá, y en eso se produjo el desalojo. Yo también había hablado con Fidel, y él me había aconsejado que no saliera de aquel local. En ese ínterin, del término que nos había dado el propietario, me quedé en la carpintería hasta muy tarde, pero tenía frío y hambre y decidí irme a la casa a dormir. Al día siguiente, bien tempranito, llegué a la carpintería y me encontré con que todas nuestras cosas estaban afuera, en un pasillo. Corrí a casa de Fidel; él estaba durmiendo todavía, lo despertaron y me recibió a medio vestir; le conté lo sucedido y me dijo que esperaríamos a que llegara Gildo Fleitas con el carro. Cuando llegó salimos para el taller.

Ya en 18 –continuó César–, subí a ver al dueño y le dije que estábamos allí con el abogado que nos representaba. Fidel hizo una exposición del derecho que teníamos. El hombre le contestó que no teníamos ningún derecho.

Pero era totalmente injusta la forma en que había procedido el nuevo propietario, y Fidel le aseguró a César: “Vamos a resolver esto”.

<sup>111</sup> *Ibidem*, pp. 201-202.



Los carpinteros debían ocupar el nuevo taller y así lo hicieron; el mismo Fidel ayudó a colocar los muebles y herramientas de trabajo dentro del local. Después discutió con el hijo político del dueño. Recuerda César que Fidel le dijo que iban a resolver el asunto legalmente, y el otro paso fue ir a la Estación de Policía para hacer la denuncia del caso. Piensa Fonseca, con lógica, que aquella gente había llamado a las perseguidoras porque los carros llegaron allí enseguida. Después de que Fidel los despidió se produjo la denuncia:

Hice la denuncia en la Estación de Policía ubicada en Malecón. Fidel me acompañó. Luego regresó al tallercito –acota César.

Yo alcanzo a ver una de esas perseguidoras –continúa contando Rubén López–. El carro se detiene y Fidel les dice a los policías: “Esto ya está resuelto, no pasó nada”, y la perseguidora siguió de largo.

Que yo recuerde [...] Fidel me dijo que en Derecho lo primero era la posesión. “Ellos te echaron los muebles a la calle y pusieron un candado y nosotros lo quitamos”. Todo ocurrió en un momento. Él estaba vestido con un traje color gris, de rayitas, me parece estarlo viendo. Recuerdo que me había dicho que estaba apurado porque tenía que ir a hablar a una hora radial que él tenía en G y 25; por aquellos años Fidel estaba denunciando la corrupción del gobierno de Prío.

César Fonseca abundaría que aquel día el doctor Fidel Castro estaba ocupado en una campaña contra un grupo de propietarios de fincas, amigos de Prío, que estaban haciendo una sociedad para establecer un consorcio lechero, para lo cual dicho grupo presionaba a los campesinos y estos no podían llevar a vender la leche que ordeñaban, a la Compañía Lechera de Cuba (Concha no. 1). La finca La Chata, propiedad del entonces presidente Carlos Prío Socarrás, estaba comprendida en ese círculo de poder, y Fidel, por librar esa batalla, a favor de los campesinos –entre otras semejantes–, había sido amenazado de muerte por grupos gangsteriles, entre los que se encontraba el de Jesús González Cartas, *El Extraño*. Recordó Fonseca que siempre un grupo de amigos, entre los que se encontraban algunos vecinos de los barrios de La Pelusa, La Timba y La Corea, lo acompañaban a las transmisiones de aquel espacio de radio.

Los nuevos propietarios del edificio del taller de carpintería no ignoraban, seguramente, que Fidel denunciaba la corrupción priísta (...)

En cuanto a los nuevos propietarios –nos contó Rubén López–, le diré que me llamaron enseguida para preguntarme qué yo quería.



Estaban preocupados por el giro que habían tomado las cosas. Les explicamos que necesitábamos tiempo para buscar otro local y que teníamos que terminar unos trabajos que estábamos haciendo, y ellos nos ofrecieron dinero para que nos mudáramos. Me dieron mucho más de lo que yo pensaba, y pudimos montar el taller en otro lugar, en Santa Felicia 417 entre Rosa Henríquez y Melones, Luyanó.

Rubén López nos preguntó: “¿Qué abogado usted cree que en aquellos años hubiera resuelto ese caso a favor de un carpintero que no tenía ni papeles que lo ampararan? Mire –agregó–, tanto César como yo éramos comunistas, militábamos desde niños casi, en la Liga Juvenil Comunista y luego en el Partido Socialista Popular; no pertenecíamos a la ortodoxia, que era el partido al cual pertenecía Fidel en aquel tiempo, y nosotros teníamos un abogado comunista, muy amigo mío, que siempre defendía a los obreros, pero él no hubiera hecho eso que hizo Fidel, él hubiera seguido los canales jurídicos normales, hasta agotarlos, en el juzgado, luego las apelaciones, a todas las instancias, etcétera; pero Fidel había resuelto aquello de otra manera. Lo que hizo no había con qué pagárselo, valía mucho más que todos los muebles de Tejadillo juntos; nunca hablamos de pago ni de nada, ni César ni yo”.<sup>112</sup>

### ***Abogado acusador***

Alguien, no recuerdo quién –me relató Jorge Azpiazo– nos había buscado unos créditos para cobrar como abogados de la Maderera Gancedo S.A., y en los términos de esa relación profesional fue que se adquirieron, también a crédito, las tablas para los muebles del bufete de Tejadillo, excluyendo el sofá y unas butaquitas que estaban en el recibidor; esos nos los entregó una señora de por allí, amiga nuestra, que pensaba botarlos porque había comprado un juego de sala nuevo.

Gancedo S.A. tenía numerosas cuentas atrasadas que sus abogados tendríamos que cobrarles a esos clientes morosos. Cuando las cobráramos saldaríamos el crédito por las tablas para los muebles de Tejadillo y cobraríamos también nuestros honorarios (...)

El mismo Fidel dirigió la estrategia del cobro. Envío una comunicación de apremio a cada deudor (carpintero) para que se personara en el bufete. Los deudores de Gancedo S.A. fueron presentándose.

<sup>112</sup> *Ibíd.*, pp. 202-204 y 207.

En la entrevista con el doctor Fidel Castro les exponían que no habían podido saldar la cuenta porque a ellos también les debían dinero los clientes para quienes habían realizado trabajos de carpintería con la madera comprada a crédito.

El abogado Fidel Castro, sabiendo que se trataba de hombres muy pobres, les decía a los carpinteros que no se preocuparan, que su cliente Maderera Gancedo S.A. no tenía apuros económicos y que el bufete se comprometía a cobrarles a las personas que les adeudaban a ellos, para lo cual pidió a los carpinteros las direcciones de esas personas que les debían.

Inmediatamente el bufete se puso en función de representante de los carpinteros e instó a los deudores de estos a que saldaran las cuentas pendientes en el bufete de Tejadillo. Cada vez que pagaba un adeudo, Fidel llamaba al carpintero que le correspondía para informárselo, este se presentaba en el bufete de Tejadillo y lógicamente le decía al abogado Fidel Castro que entregara ese dinero cobrado a su cliente Gancedo S.A. para ir liquidando la cuenta con la maderera, pero Fidel le orientaba que no lo hiciera, ya que –le decía–, Gancedo no necesitaba esos veinte o treinta pesos, y le entregaba en sus manos al carpintero aquel dinero cobrado.

Nos contó Azpiazo que en una ocasión él acompañó a Fidel a la casa de uno de los carpinteros deudores de Gancedo; era por la calle Porvenir, en Lawton.

Cuando llegamos –refiere Azpiazo– el hombre no se encontraba; nos recibió su mujer. Había una miseria terrible en aquella casa. La señora del carpintero estaba embarazada y tenía una niña pequeña. La mujer nos invitó a que esperáramos a su esposo, nos brindó amablemente una taza de café a cada uno en medio de esa pobreza enorme. Se dirigió a la cocinita para colar aquel café y en ese momento Fidel me pidió cinco pesos prestados, se los di y él los puso debajo de un plato que había sobre la mesa. Nos tomamos el café y Fidel decidió no esperar al carpintero. Le dijo a la mujer que informara a su esposo que no tenía que preocuparse por lo que debía pagarle a la Maderera Gancedo, y que cuando él tuviera tiempo fuera a verlo al bufete de Tejadillo.

Recuerda Azpiazo que en esa época Fidel andaba muchas veces con huecos en las suelas de los zapatos y repartía las ganancias del bufete comunistamente; no eran muchas, pero las distribuía a partes iguales. También compartía su tiempo entre el trabajo como abogado y las responsabilidades revolucionarias que ya había asumido en



su vida, combatiendo la corrupción del régimen de Prío Socarrás y defendiendo causas populares. Defendió al sindicato rojo contra el entreguista sindicato amarillo en el Mercado Único y también defendió a los vecinos de los barrios La Pelusa, La Timba y La Corea, enclavados en lugares aledaños a lo que es hoy la Plaza de la Revolución, quienes iban a ser desalojados de sus humildes viviendas de un día para otro sin que se les garantizara ninguna otra. Este pleito se convirtió en un movimiento político, y recuerda igualmente Azpiazo que un grupo de muchachitas y jóvenes de esos barrios salieron a la calle con jarros y alcancías para pedir limosna, y con el dinero recolectado los vecinos alquilaron un ómnibus en el cual se dirigieron a un mitin donde hablaría Fidel Castro, en el municipio Santiago de las Vegas [...]

Poco tiempo después se produjo el golpe militar del 10 de marzo y finalmente desalojaron a la inmensa mayoría, o quizás a todos los vecinos de aquellos barrios. No se sabe a dónde fueron a parar.

En esa época Fidel también defendió a campesinos amenazados igualmente de desalojos y fue el abogado acusador de los asesinos del joven Carlos Rodríguez, muerto a toletazos en la calle (Hospital y San Lázaro) por fuerzas de la policía bajo el mando de los entonces, teniente Rafael Salas Cañizares y comandante Rafael Casals, connotados esbirros. La causa fue archivada al producirse el golpe de Batista y nombrar este a Salas Cañizares, brigadier y su jefe de Policía.<sup>113</sup>

### ***Yo asumiré mi defensa***

*En los archivos de la antigua Audiencia Provincial de Las Villas, en una vieja carpeta se halla un acta que dice:*

En la ciudad de Santa Clara, a catorce días del mes de diciembre de 1950, constituida en Audiencia Pública, la Sección Primaria de la Sala de Justicia de Las Villas, con el presidente señor Armando M. Rodríguez Valdés.

Y los magistrados señores Mario F. Márquez Martínez y Arturo Rebollar Martínez, con mi asistencia, comparecieron para la

<sup>113</sup> *Ibidem*, pp. 208-211.

celebración de este juicio de Urgencia núm. 543 de 1950 por Inf. Apartado 7, Artículo 23, Decreto Ley 292 de 1934.

Como denunciante:

Cap. Manuel Pérez Borroto Marrero

Como acusados:

Fidel Castro Ruz o Ramiro Hernández Pérez y Enrique Benavides Santos o Enrique López García, de las generales que constan en el juicio.

Quienes instruidos de los derechos que le concede la Orden Militar No. 213 de 1900 en su Art. 24 y párrafo cuarto de la Orden Militar No. 109 de 1899, preguntado si se confesaba autor del delito que se le imputa, expuso que no se confesaba autor, que deseaba declarar y que lo defenderá en el acto el doctor Benito A. Besada por Benavides y Fidel Castro Ruz, en su propio nombre acompañando los sellos Seguro del Abogado.

Fiscal señor Alfredo Carrión Fernández.<sup>114</sup>

Los sucesos que provocaron el encausamiento de Fidel y su compañero ocurrieron en Cienfuegos, un mes atrás, el 12 de noviembre. La prensa local, con titulares destacados, reseñó la noticia: "(...) Fueron detenidos y remitidos al vivac de Santa Clara, los líderes de la FEU, Fidel Castro, de 24 años, vecino de 3ra. y 2, Vedado, Presidente de la Asociación de Estudiantes de la Escuela de Ciencias Sociales, y Enrique Benavides Santos, de 26 años, de Manrique 306, en La Habana, delegado de la Escuela de Derecho, los que habían venido a participar en los actos organizados por los estudiantes en protesta contra las resoluciones del ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, que originaron un movimiento de huelga en los institutos (...)".

Los actos estudiantiles fueron suspendidos por el ministro de Gobernación, doctor Lomberto Díaz, quien cursó órdenes al ejército, la policía y las pandillas a sueldo para que disolvieran la concentración.

<sup>114</sup> Aldo Isidró del Valle: "Patriótico ¡Yo acuso! de Fidel Castro", *Antes del Moncada*, pp. 212-213.



La multitud, congregada en el Instituto primero y frente al Ayuntamiento después, fue brutalmente agredida por la fuerza pública, machete en mano.

Mientras estos hechos se desarrollaban, el capitán jefe del ejército y otros militares arrestaron a Fidel Castro y su compañero, acusándolos de incitar a los estudiantes de Cienfuegos y pretender celebrar por todos los medios el mitin que había suspendido Gobernación (...)<sup>115</sup>

*El periodista Aldo Isidró del Valle, quien realizó una acuciosa investigación sobre estos históricos sucesos, nos cuenta:*

Las conquistas logradas por el alumnado de los institutos de Segunda Enseñanza pretendió eliminarlas el ministro Sánchez Arango en el curso 1950-1951. Puso en vigor una Resolución que encontró la inmediata oposición enérgica de los estudiantes. Y al implantar la medida, ordenó que la fuerza pública fuera situada a la entrada de cada plantel.

En los veintiún institutos existentes en la Isla, se caldeaba el ambiente al ritmo de los días, y se aproximaba el comienzo del período lectivo, fijado para el 3 de octubre. Ese día la Asociación de Alumnos del Preuniversitario de Cienfuegos acordó la huelga general y recabar el apoyo de los demás centros estudiantiles del país.

Como reacción en cadena se generalizó el paro, acompañado de manifestaciones y actos de calle. El Instituto de Matanzas fue clausurado, el de Cárdenas lo ocupó la policía. En Cienfuegos formaron consejo disciplinario sumarísimo y sancionaron a cinco meses de separación del plantel al presidente de la Asociación de Alumnos, René Morejón González. El movimiento adquirió matiz nacional; la rama de la Segunda Enseñanza se paralizó no solo en centros universitarios, sino en los de la técnica y profesional y en las escuelas del hogar.

El titular del Interior, Lomberto Díaz, enfurecido, ilegalizó asociaciones estudiantiles, persiguió a sus dirigentes, suprimió el derecho de reunión y prohibió la organización de actos. Estaba decidido a aplastar la firme resistencia del estudiantado.

<sup>115</sup> *Ibidem*, pp. 214-215.

En esta situación la FEU constituye un comité de lucha en apoyo a los estudiantes secundarios, y entre sus principales integrantes se encuentra Fidel, quien de inmediato pone en marcha un plan de acción:

- Mitin relámpago en la Plaza Cadenas de la Universidad de La Habana.
- Manifestación por las calles de la capital hasta el Monumento de los Mártires en La Punta.
- Paralización de las actividades docentes en el Alma Mater por setenta y dos horas y el proyecto de extenderla por tiempo indefinido si fuera necesario.
- Y asistencia de una representación del Comité de Lucha a las demostraciones públicas organizadas por los centros de segunda enseñanza en demanda a la derogación de medidas impuestas por Aureliano.<sup>116</sup>

En la ciudad sureña la huelga alcanza ya los cuarenta días, el alumnado del Instituto ha tomado y arrojado muebles y efectos a la vía pública. De nuevo funciona un consejo disciplinario sumarísimo y son expulsados diez estudiantes.

La dirigencia estudiantil de Cienfuegos acordó convocar al pueblo para un acto frente al propio centro docente, el día 12 de noviembre por la tarde, y cursa invitación al Comité de Lucha de la FEU. Ahora condenarán no solo las disposiciones reaccionarias de Sánchez Arango y los atropellos de Lomberto Díaz, sino también la cobardía de un claustro profesoral que se hace cómplice de las injusticias del régimen y se presta a sancionar a los estudiantes rebeldes.

Se coloca la cama de una rastra para que sirva de tribuna, instalan amplificadores, y piquetes de jóvenes agitan por las calles.

El jefe militar de la plaza, capitán Faustino Pérez Leiva, secundado por el también capitán jefe de la sección policíaca, Manuel Pérez Borroto, notifica la desautorización del acto. Sus organizadores deliberan en torno a las decisiones que deben adoptar en los momentos en que llega la delegación de la FEU encabezada por Fidel e integrada por Enrique Benavides, Mauro Hernández, Francisco Valdés y Agustín Valdés.

<sup>116</sup> *Ibidem*, pp. 215-216.



Acuerdan visitar a Pérez Borroto, explicarle que es ilegal la suspensión y que el estudiantado ejercía un derecho constitucional inviolable.

Trasladado a la residencia del jefe policiaco, Fidel guía la conversación; sus argumentos son irrefutables; la razón está de parte de los estudiantes, los asiste el derecho de protestar, a exigir la anulación de medidas abusivas (...) Y el capitán repite una y otra vez: “Yo no sé de leyes, yo no sé de problemas de educación. Y no discuto las órdenes. Las cumpla, como sea”.

Transcurren quince minutos. No hay arreglo. Se suspende la gestión.

Nueva reunión de los organizadores. La mayoría opina que es preciso evitar choques con la fuerza pública, que lo importante es lograr el objetivo: celebrar el acto. Surge la idea de ocupar el Ayuntamiento de la ciudad y desde allí, con amplificadores hacia la calle, hablar al pueblo. Fidel aduce que es la actuación más lógica y positiva. Su intervención decide el acuerdo.

A las seis de la tarde, tal como se había proyectado, se ocupa el Palacio Municipal. Las comisiones estudiantiles trabajan en la preparación del amplio salón de sesiones de la cámara consistorial. Trabajadores ferroviarios y portuarios colaboran trasladando sillas para acomodar al público. Todo está preparado en poco tiempo para comenzar el mitin a las 8:30 de la noche. Aumenta la tensión. Se aguarda la llegada de los principales oradores, especialmente los universitarios habaneros.

El viejo reloj de la catedral de San Carlos y Martí marca las 8 y 10 minutos.

Hay impaciencia, en tanto el pueblo movilizado se agolpa frente a la Cámara Municipal, en el Parque Martí, para respaldar con su presencia las justas demandas del estudiantado y escuchar las voces valientes de Fidel y otros líderes de la FEU.

Pasadas las 8:15, la delegación universitaria se aproxima al Ayuntamiento. De súbito le cierran el paso. Es un grupo de policías comandados por el teniente Julián Negret Pineda. Detienen a Fidel y a Benavides, los conducen a la unidad policial, contigua a la mansión consistorial. Son acusados de incitar a la huelga y de promover la celebración de un acto público no autorizado por el gobierno, según consta en el acta redactada [...] <sup>117</sup>

<sup>117</sup> *Ibíd.*, pp. 218-219.



Los esbirros priístas emprenden contra Fidel y Benavides todo género de maltratos, desde vejaciones hasta culatazos, y no consumen peores intenciones por la movilización de las masas estudiantiles y populares cuyos gritos de protestas estremecían hasta los cimientos del viejo edificio.

Por una ventana colocada en la parte superior de la celda, que alcanzaban subiéndose uno en hombros del otro, alternativamente, Fidel y su compañero observan lo que ocurre en el exterior.

En la calle, el ejército y la policía atacan a los jóvenes a plan de machete y porrazos. En el Ayuntamiento, no obstante la presión combinada de ambas fuerzas represivas, no se detiene el acto. Dirigentes de la FEU hablan al pueblo y denuncian las maniobras del gobierno y alertan sobre la detención de Fidel y Benavides.

El objetivo que había hecho a Fidel y su compañero acudir a Cienfuegos se alcanza en un grado mayor.

La protesta contra los desmanes del régimen priísta resulta, incluso, mucho más violenta y repercute con un impacto que no hubiera producido el mitin celebrado normalmente.

Durante más de cuatro horas se enfrentan en lucha desigual el pueblo y los esbirros uniformados de Carlos Prío. Al fin, de madrugada, las calles quedan desiertas. Y es cuando dos parejas de la guardia rural llegan a la celda donde están Fidel y Benavides con órdenes de marchar con ellos hacia un lugar desconocido.

Oponemos resistencia –nos dijo Benavides, años después–; a fuerza de culatazos, esposados, salimos de la prisión. Nos introducen en un auto, custodiado por otro, y emprendemos viaje con destino ignorado. Transcurren unos veinte minutos cuando, en un lugar rodeado de montes, detienen los carros y quieren obligarnos a bajar. Luchamos contra ellos a puntapiés, codazos y puñetazos.

En este forcejeo, aparece a la distancia un auto que hace señales con sus luces y que en pocos segundos se detiene junto a nosotros; de su interior desciende un hombre que pregunta indignado: “¿Qué sucede con estos muchachos? ¿Respondan?”.

Era el presidente del Ayuntamiento, quien nos había seguido desde Cienfuegos, porque temía por nuestras vidas y con esa valiente actitud frustró el intento de agresión.

Fidel y Benavides con sus custodios llegan a Santa Clara a las cuatro de la madrugada. Son encarcelados. Tres horas después una enardecida multitud estudiantil rodea la penitenciaría provincial. El clima de tensión se extiende a la capital villaclareña. Miles de



voces corean: “¡Que los suelten! ¡Que los suelten! ¡Aureliano, asesino, cobarde!”.

La acción combativa del estudiantado, la movilización popular, la denuncia del líder ortodoxo Eduardo R. Chibás, se conjugan, y el gobierno de Carlos Prío Socarrás se ve forzado a decretar la libertad provisional de los dirigentes de la FEU.

El 14 de noviembre, un día después de ser liberado, Fidel envió una carta abierta al pueblo de Cienfuegos, que insertó en sus páginas el periódico *La Correspondencia*. Veamos algunos de sus párrafos:

[...] Los universitarios que acudimos a Cienfuegos lo hicimos invitados por los compañeros del Instituto para hacer uso de la palabra en un acto que, como nadie ignora, había sido convocado con todos los requisitos legales y cuyo único fin era la justísima protesta contra la actitud despótica con que el ministro de Educación se ensaña contra los estudiantes, como ayer se ensañara terriblemente contra maestros y profesores de la Segunda Enseñanza.

Vergüenza da por eso ver cómo hoy muchos de esos profesores sirven rastaramente al tiránico ministro, pretextando que cuentan con el respaldo necesario para imponer el orden y la disciplina en los centros de enseñanza.

La histeria del gobierno hizo crisis en Cienfuegos, al ordenar el ministro de Gobernación la arbitraria, ilegal e injustificada represión del mitin estudiantil.

La orden cavernícola negaba a los estudiantes el último derecho, el único medio para defenderse de la injusticia y la calumnia; ahora será necesario defenderse además de la violencia. Serio precedente que hace depender la celebración de cualquier acto público, derecho fundamental en un régimen democrático, de la voluntad caprichosa de un ministro de Gobernación, que bien puede resultar como el de ahora un manengue cualquiera sin moral y sin escrúpulos, hijo bastardo de la situación imperante.

Y dirán tranquilamente que es para salvaguardar el orden público, porque la cínica justificación de los tiranos siempre es la misma. Ellos son los que no guardan orden público ni privado, los que no respetan las normas ni sentimientos, los que violan la Constitución, encarnecen los más elementales derechos del ciudadano; ellos son los que alteran el orden, la paz y la justicia.

¿Y tendrán la razón los que así actúan? ¿Y tendrá la razón aquel descompuesto capitán –que no merece serlo– del ejército cubano quien en forma insolente y cobarde nos llamó forasteros, remitiéndonos esposados al Tribunal de Urgencia?

Menuda inteligencia en menudo capitán y tamaña mala fe al acusar de forasteros e instigadores a unos invitados que apenas tuvieron tiempo de sacudirse el polvo del camino y de abrir la boca para reponer las energías con la comida que un universitario amable como todos los cienfuegueros nos obsequió en su casa. ¡Qué heroico! ¡Qué valiente! ¡Qué brillante estrategia! ¡El genio mismo de Napoleón redivivo! Ante tanta inteligencia, su excelso patriotismo y relevantes servicios prestados a Cuba con la detención nuestra bien se le puede perdonar que ignore aquel párrafo de la Constitución según el cual “todo cubano podrá entrar y permanecer en el territorio nacional, salir de él, trasladarse de un lugar a otro y mudar de residencia sin necesidad de carta de seguridad u otro cualquier requisito semejante”.

Quiero decirle por este medio que no nos amedrentó su actitud arbitraria. No hay mérito sino ignominia en ser verdugo del pueblo. Rectifique a tiempo el señor capitán y no siga sembrando el odio entre todos los que sufren su presencia. ¡Nos veremos otra vez ante el Tribunal de Urgencia!<sup>118</sup>

*Enrique Benavides declaró al periodista que en los primeros días de diciembre de 1950 Fidel y él fueron a juicio en la Audiencia de Las Villas, de entonces cuenta:*

[...] Partimos hacia Santa Clara por ferrocarril a media noche. Fidel apenas durmió. Durante horas leía a Martí y en esa ocasión, como en noviembre, cuando los sucesos de Cienfuegos, los únicos libros que llevaba consigo eran obras de José Martí. Preparaba la defensa.

Llegamos a Santa Clara sobre las seis de la mañana; sentíamos un frío tremendo. Estábamos mal alimentados y peor abrigados.

A pie fuimos desde la terminal ferroviaria hasta el hogar de Benito Besada, un compañero nuestro de aulas universitarias y luchas revolucionarias que se estrenaba como abogado de oficio. Él asumiría mi defensa; Fidel tenía otros planes.

En el camino trazamos la estrategia a seguir. Fidel me planteó que yo ratificara cuanto él dijese frente al Tribunal: “Sigue al pie de la letra mis instrucciones” –repetía.

Yo en realidad poseía dudas y argumenté que él tenía poca experiencia en el oficio de abogado y que los problemas de los tribunales

<sup>118</sup> *Ibidem*, pp. 223-226.



de aquella época se resolvían mediante trucos y rejugos politiqueros. Razonamos y llegamos a la conclusión de que Fidel se defendería y Benito Besada asumiría mi representación.

Es válido aclarar que Chibás y el Partido Ortodoxo y el Socialista Popular nos habían designado abogados; agradecemos los ofrecimientos, pero manteníamos la estrategia acordada.<sup>119</sup>

*Acerca de los sucesos del 14 de diciembre de 1950, Aldo Isidró del Valle entrevista también a Benito Besada, villaclareño residente en La Habana, compañero de Fidel en los años de estudios superiores.*

[...] casi al amanecer, llegan a mi casa en Martí y Luis Estévez, allá en Santa Clara, Fidel y Benavides; se veían cansados. Desayunamos y cambiamos impresiones en torno a la situación que ambos confrontaban y me dispongo a ir a la Audiencia para conocer las incidencias del proceso y trazar nuestra estrategia defensiva.

Durante parte de la mañana realizo mi trabajo exploratorio; conozco en la Secretaría que el fiscal sería el doctor Carrión. Voy donde él y explico que defendería a dos compañeros de la universidad, que yo tenía poca experiencia en la profesión (estaba recién graduado) y que requería sus opiniones sobre la causa y, de ser posible, qué elementos podría yo manejar en el juicio a los efectos de obtener la absolución de mis representados.

Carrión revisó la Causa. Me dice que no puede anticipar nada. “Todo depende del desarrollo del juicio” –advirtió.

Ya se dijo que el delito que se radicó en aquel Tribunal fue el de agitación, desorden público; Fidel y Benavides eran acusados de promover una serie de mítines callejeros e incitar al pueblo contra las autoridades civiles y militares.

Regreso a casa, Fidel aún descansa. Sobre su pecho observo un libro, el famoso *¡Yo acuso!* de Emilio Zola.

Lo despierto. Comento con él que había obtenido del fiscal una impresión favorable; pero que no conducía necesariamente a ser muy optimista. Porque en los juicios de Urgencia no se instruye ningún sumario, hay elementos que se presentan en el juicio y el defensor debe estar alerta a este tipo de situación.<sup>120</sup>

*Benito Besada dialoga con Fidel Castro y Enrique Benavides. Una sorpresa aguarda al abogado villaclareño.*

<sup>119</sup> *Ibíd.*, pp. 226-227.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, pp. 227-228.

“En efecto –relata–, en aquella conversación Fidel me sugiere que yo represente a Benavides y anuncia que él se defenderá para denunciar una serie de atropellos que sufre el pueblo.

”El rostro de Fidel chispeaba indignación. Insisto en que el resultado del juicio estaría en dependencia de su marcha, la declaración de los testigos y lo que expongan los acusados. Por mi mente viajan impresiones negativas.

”Pienso que una exaltación de Fidel podrá complicar la situación, por ello preparo una defensa que permitiera al Tribunal una salida para la absolución, pero (...)”.

Fidel no habla más del tema. Almuerzan y sobre las 12:45 llegan a la Audiencia, vetusto y recio edificio construido a principio de siglo. El líder universitario continúa leyendo.

Se presume que estudia su autodefensa y alegato. En el Colegio de Abogados gestiona una toga.

Los pasillos del recinto judicial están rebosados de público, principalmente jóvenes estudiantes y revolucionarios, y saludan a Fidel, revelando en sus gestos que le apoyan.

“Ya en el juicio –relata Besada– el primero que declaró fue el capitán de la policía de Cienfuegos, Manuel Pérez Borroto, quien acusa con acidez a Fidel y Benavides. Afirma que a él le consta que son responsables de los sucesos de Cienfuegos.

”El capitán no habla de los repetidos desmanes y atropellos cometidos contra estudiantes y el pueblo, y formula acusaciones cargadas de odio contra mis compañeros. Pide al Tribunal que los sancione.

”Comparecen testigos. No son presentadas pruebas constitutivas de elementos para condenar a Fidel y Benavides”.

Agotada la lista de testigos, el doctor Rodríguez Valdés, presidente del Tribunal, dice a Fidel y a su compañero que se les va a escuchar. Ambos permanecen en el banquillo de los acusados; expresan que un juicio de Urgencia no ofrece suficientes garantías ni el procedimiento legal para analizar los delitos a ellos atribuidos.

Interviene Carrión, el fiscal, y acto seguido, entre los acusados y el magistrado Rodríguez Valdés, se desarrolla el siguiente diálogo:

–¿Tienen abogados?

–Sí –declara Benavides–. Me defenderá el doctor Besada.

–¿Y usted, señor Castro?

–Yo asumiré mi defensa.



–Adquiera el sello del abogado y pase a ocupar su sitio en el estrado.

Recuerda Besada que Fidel se dirigió al exterior del salón. Afuera lo esperaba Arturo Valdés, un viejo empleado de la Audiencia, con una toga raída por el uso. Fidel regresa con ella puesta, y ocupa, como abogado, su lugar junto a él. En la sala impera un silencio absoluto y tenso.

“El alguacil llama a los testigos. Habla Carrión y después nosotros. Fidel solicita que sea llamado a declarar el capitán Manuel Pérez Borroto, el acusador.

”Desde la primera pregunta al arrogante oficial, Fidel pasa a la ofensiva: “Muy mal usted representa al pueblo, cuando reprime y asfixia sus derechos legítimos” –dice Fidel.

”El capitán Pérez Borroto, soberbio, insiste en su acusación, pero cada vez sus argumentos son más débiles frente al interrogatorio del líder universitario, que no alude a la Causa radicada, la 543, en particular, sino a la situación que padecía Cuba. Ataca al sistema político.

”Concluida la prueba testifical –prosigue Besada– el doctor Rodríguez Valdés concede la palabra a Carrión para que formule sus conclusiones y, pese al desarrollo del juicio, muy tenso por la forma en que Fidel condujo el interrogatorio al capitán, el fiscal solicita la absolución de los acusados ‘por cuanto no existen pruebas contra ellos’.”

No obstante, cuando el presidente del Tribunal concede la palabra a la defensa, Fidel se levanta y pausada y enérgicamente va denunciando las tropelías del régimen.

“La característica de aquella autodefensa –describe Besada– es el valiente ¡Yo acuso! de Fidel. Pronuncia una alocución violenta, apasionada denuncia contra la política corrupta del régimen de Prío: la falta de garantías constitucionales, la malversación de nuestras riquezas, el asalto a los sindicatos por pandilleros y otros males que sufría Cuba.

”Fidel apenas se refiere a los cargos que a él le imputan; emplaza a los gobernantes priístas. Es un ataque valiente y honrado.

”La denuncia de Fidel imparte al juicio una tensión insospechada. El público en la sala judicial está visiblemente conmovido. Jamás en la Audiencia de Las Villas se había hablado en esos términos; no existían antecedentes ni se creía posible que alguien se pronunciara de esa forma.

”El Tribunal también recibió el impacto del ¡Yo acuso! de Fidel; era algo absolutamente nuevo, un acontecimiento ante el cual hubo una reacción de asombro y admiración.

”Los magistrados se retiran a deliberar durante media hora, circunstancias no frecuentes en los Tribunales de Urgencia, que emitían su fallo casi al instante. No aceptan de inmediato la solicitud del fiscal. Creo que el elemento que influyó, no hay duda, fue el ¡Yo acuso! de Fidel.

”El panorama del juicio había cambiado. Cuando yo asumí la defensa de Benavides suscribí los pronunciamientos de Fidel, pero en términos moderados.

”Durante la ausencia del Tribunal, Fidel y yo conversamos y él preguntó qué opinaba. ‘Chico –respondí–, estoy seguro de que habrá condena’, y no estuve muy despistado, pues uno de los magistrados, Vázquez Martínez, emitió un voto particular de sanción.

”No importa la suerte que corramos, Benny, estas verdades había que decirlas –me susurra Fidel, sereno y confiado”.<sup>121</sup>

*Poco después el juez ordena ponerse de pie a los acusados y dicta su absolución. El “Yo acuso” de Fidel no deja lugar a dudas; sin embargo, aún faltaba mucho tiempo para que la justicia fuera una realidad en tierras cubanas.*

### ***Fidel emplaza a Prío y a su camarilla***

*Pedro Trigo, combatiente que formó parte de la juventud del Centenario y más tarde del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, rememora:*

Conocimos al doctor Fidel Castro en un acto cívico en Santiago de las Vegas, a fines de noviembre de 1951. En dicho acto, un compañero se había referido a la falsa incineración de billetes por el gobierno de Carlos Prío, a lo que yo respondí que no teníamos que ir muy lejos, que un ejemplo de la corrupción de dicho gobierno lo teníamos en nuestro propio término. Aquí en Santiago de las Vegas existía un señor adinerado, de apellido Mendigutía, de cuyos intereses Carlos Prío había sido abogado. Este señor había violado a una niña de 8 años, por lo cual ni su

<sup>121</sup> *Ibidem*, pp. 228-231.



influencia ni su dinero había podido evitar que fuera a la cárcel. Al asumir la presidencia de la República Carlos Prío inmediatamente indultó a este señor, quien en prueba de agradecimiento le regaló una finquita en el reparto El Globo, entre Calabazar y Managua, de 2,5 caballerías. Tanto le gustó aquella finca a Prío que inmediatamente se dio a la tarea de comprar fincas colindantes, entre ellas las fincas Lage, Potrerillo de Menocal, Casas Viejas, Pancho Simón y Paso Seco, convirtiendo la finquita en una extensión de 54,5 caballerías de tierra, a la que puso el nombre de El Rocío. Entre los arrendatarios desalojados sin mandamiento judicial, se encontraba el campesino Juan Rodríguez, dirigente campesino de la zona.

Cuando terminé mi exposición se me acercó un joven alto, fuerte y corpulento que me preguntó si todo lo que yo acababa de decir era cierto, lo que le sostuve, entonces se me presentó como el doctor Fidel Castro y me planteó que qué me parecía darnos a la tarea de buscar pruebas fundamentales contra el priato y así reivindicar la memoria del líder desaparecido Eddy Chibás, ya que a este le exigieron pruebas que el Partido Ortodoxo no había llegado a presentar y que si nos dedicábamos a esto, ya con las pruebas en las manos se podía denunciar ante los tribunales y la opinión pública a los gobernantes.

La idea me entusiasmó y le dije que sí. Quedamos citados al otro día a las 8:00 p.m. en mi casa, entonces vivía frente a la fábrica Tejidos Capitalinos, en una finquita propiedad de mi suegro, Gregorio Crespo Rodríguez.

Al otro día por la mañana, temprano, ya estaba en mi casa Fidel, acompañado de los compañeros José Luis Tasende y Gildo Fleitas, que cayeron después en el Moncada. Después de conversar los llevé a ver la finca El Rocío. Trazamos nuestros planes y nos empeñamos con estos compañeros en la labor de buscar datos y pruebas sobre esta finca. Entre otras cosas, a Fidel se le ocurrió la idea de hacer como una especie de gira, entrando un día con varias compañeras y Martínez Tinguao a dicha finca y celebrar una merienda con el propósito de que nos descubrieran dentro de esta. Como a los veinte minutos de haber entrado fuimos descubiertos por el cabo Tejera, que era responsable de la custodia del lugar, quien alarmado nos preguntó que cómo nos habíamos atrevido a entrar en la finca del presidente, a lo que Fidel preguntó que si era el presidente del Senado o del Tribunal Supremo, respondiendo Tejera que el presidente de la República, Carlos



Prío Socarrás, que cómo habíamos osado entrar allí. Fidel se valió de su habilidad, aunque ya conocíamos al cabo, para preguntarle su nombre y hacerle repetir que la finca era del presidente de Cuba, Prío. Después de esto le pidió excusas, diciendo que no sabíamos de quién era la finca y lo que queríamos era pasar un buen rato. El cabo nos mandó a salir inmediatamente de la finca.

Los compañeros José Luis Tasende, Gildo Fleitas y yo nos dedicamos a retratar a los soldados del ejército que realizaban tareas como hacer cercas de piedra y sembrar árboles injertados con la firma Pestonit y otros trabajos de construcción de naves y cuadras en el patio de la finca. También en una ocasión desde un avión el propio Fidel con Gildo Fleitas tomó películas de la finca y de las funciones que realizaban los soldados en ella.

Por un vecino del lugar llamado Carlos Pérez, Fidel logró averiguar que dichas fincas, unificadas ahora bajo el nombre de El Rocío, estaban registradas en el juzgado de San Antonio de las Vegas, lo que Fidel, como abogado, comprobó con facilidad y obtuvo el número de folio y tomo de las inscripciones. Estaban registradas como propiedad de la Cía. Inmobiliaria Acirema, cuyo presidente era el propio Carlos Prío.

También sostuvimos entrevistas con los campesinos empleados en El Rocío a quienes solo pagaban un sueldo de \$2.50 diario, de lo que tenían que pagar \$0.50 de almuerzo y \$0.50 de transporte diario, por lo que se les quedaba el sueldo en \$1.50 diario. Entre estos trabajadores recuerdo a uno nombrado Guillermo Luis, apodado Pijirigua, por ser nativo de ese pueblo. También entrevistamos al arrendatario desalojado Juanito Rodríguez, sacado de su finca, como anteriormente señalé.

También teníamos el trabajo de buscar datos de La Chata y de La Altura, en Pinar del Río, así como una finca en Santa Clara de José Eleuterio Pedraza que estaba custodiada y respaldada por el ejército continuamente.

De ahí que Fidel hizo denuncia de todas estas cosas ante el Tribunal Supremo y a través del periódico *Alerta*, emplazando a Prío y su camarilla a que les desmintieran todo lo que acababa de denunciar. Claro que nadie salió a desmentirlo, pues sabían que era cierto y que tenían todas las pruebas.<sup>122</sup>

<sup>122</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: antecedentes y preparativos*, t. 1, pp. 188-190.



Nunca se había sustanciado esa acusación contra los gobiernos auténticos en forma tan convincente [...] La experiencia de lo ocurrido a Chibás había sido una lección política asimilada en toda su magnitud por Fidel, y antes de hacer públicos sus cargos se dedicaba con paciente perseverancia, en ocasiones durante meses y exponiéndose a graves peligros a localizar una a una las piezas de convicción que darían cuerpo jurídico a sus irrefutables alegatos.

El 11 de septiembre de 1951 Fidel había publicado en *Alerta* su trabajo “Más vale morir de pie”, contra los asesinos del joven Carlos Rodríguez, que era al mismo tiempo una denuncia de los vicios y prácticas abusivas de los cuerpos policiacos. El 28 de enero de 1952 aparecía, también en *Alerta*, “Prío rebaja la función de nuestras fuerzas armadas”, en que demostraba cómo era utilizado el trabajo de los soldados en provecho personal de los políticos, y hasta en faenas agrícolas en las propiedades del mismo presidente de la República. “34 fincas compradas en una sola provincia” fue el título de la siguiente investigación (*Alerta*, 11 de febrero de 1952) que sacaba a la luz pública una sórdida historia en que, al inconstitucional fomento de un latifundio por parte de Prío, se vinculaba su inmoral extorsión y complicidad con un millonario que había violado a una niña, y al que él defendió como abogado y después indultó como presidente, para que actuara de secreto testaferro suyo en la adquisición de más y más propiedades rurales. Seis días antes del golpe, el 4 de marzo, *Alerta* publicaba su demostración de que el gobierno subvencionaba con dinero del Estado a las bandas gangsteriles (“\$18000 mensuales dan a las pandillas en Palacio”, con un subtítulo en el que se lee: “Sostiene Prío la terrible maquinaria del crimen”).

Cuando se produce el golpe del 10 de marzo ya Fidel tenía completo el protocolo en que demostraría los tortuosos manejos del Presidente para el desalojo a la fuerza de los infelices que se hacinaban en los barrios de indigentes ubicados en el área capitalina desde el Castillo del Príncipe y el cementerio de Colón hasta la calzada del Cerro (lo que es hoy todo el sector del complejo de edificios públicos y zona residencial de la Plaza de la Revolución), operación que era el primer paso para un fabuloso plan de urbanización y construcciones con fondos públicos, que le proporcionaría a Prío unos cuantos millones de pesos de ingresos ilícitos. En definitiva, el ambicioso proyecto vendría a ser ejecutado en gran parte

durante los siete años siguientes, e iba a resultar una más de las numerosas fuentes de enriquecimiento delincriminal de algunos de los personeros de la tiranía batistiana.<sup>123</sup>

<sup>123</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. I, pp.31-32.



## ANTE EL GOLPE DE ESTADO



### ***¡Revolución no, zarpazo!***

*Cuando, el 10 de marzo de 1952, Fulgencio Batista toma el campamento militar de Columbia y declara que su golpe de Estado es una verdadera revolución democrática, faltaban solo cincuenta y dos días para las elecciones generales en las que el gobierno corrupto de Carlos Prío Socarrás, incuestionablemente, sería derrotado. El 1 de junio de 1952, los votos iban a dar el triunfo a los candidatos de la ortodoxia.*

*Fidel Castro, uniendo detalles, intuye que el general Batista estaba preparando una conspiración contra los intereses de la nación y trata de hacer su denuncia pública. Así lo recoge el periodista Mario Mencía:*

Con su fina percepción de lo esencial en nuestro acontecer político, unas semanas antes el vehemente fiscal antipriísta Fidel Castro también había alentado el propósito de denunciar el plan golpista batistiano. Además de los elementos de juicio recogidos por distintas vías que se traslucían de los rumores públicos, sus recientes conversaciones con dos dirigentes de la juventud paupista,<sup>124</sup> a los que conoció cuando era estudiante, fortalecieron su criterio acerca de la inminencia del golpe de Estado. Uno de ellos defendió calurosamente la victoria de su partido, cuando en realidad no tenía ninguna posibilidad electoral, así como la supuesta filosofía de la fuerza y la tesis de la necesidad de un gobierno dictatorial que pusiera orden en Cuba. Otro, conociendo la perspicacia y tenacidad investigativa de Fidel, trató de sondear si contaba con alguna evidencia de que Batista se propusiera dar el golpe. La lógica le indicaba a Fidel que Batista no tenía otra alternativa que el golpe.

Esas conversaciones reafirmaron sus sospechas. Rápidamente, habló con [Roberto] Agramonte y solicitó le permitieran utilizar el

<sup>124</sup> Miembro de la escuálida agrupación política que apoyaba a Batista. Su nombre se deriva de las siglas del Partido Acción Unitaria (PAU).



espacio radial nacional del partido para sustanciar y hacer pública la denuncia. Pero, en vez de acceder, se le dijo que necesitaban corroborar esas sospechas, hacer algunas comprobaciones con fuentes dignas de crédito. Las comprobaciones se ciñeron a una consulta al grupo de profesores civiles de la Escuela Superior de Guerra, quienes informaron que todos esos rumores eran falsos. Según ellos, Batista no estaba en actividades conspirativas con militares. En consecuencia, a Fidel le fue negado el espacio de “La hora ortodoxa”.<sup>125</sup>

*¿Cuál fue la primera reacción de Fidel al producirse el golpe? La respuesta la da el propio líder de la Revolución Cubana cuando confiesa:*

“Sentí una cólera tremenda por lo ocurrido. Pero, además, una de las cosas que más me dolía era no haber hecho aquella denuncia en que plantearía la inminencia del golpe. Agramonte me negó la hora radial del partido. Decía que no era cierto que Batista estuviera conspirando con militares en activo. Realmente, aquella dirigencia de la ortodoxia era una gente incapaz por completo”.

Carecía de importancia que el 9 de marzo fuera domingo: ese día, como todos los días, Fidel había regresado tarde en la noche a su pequeño apartamento, en el segundo piso del edificio de la calle 23 No. 1511 entre 24 y 26, en el Vedado. Allí vivía con su esposa y su hijo. En un cuarto de la azotea, a la que se arribaba por una escalera desde la cocina, dormían dos de sus cuñados y su hermano Raúl, que estudiaba en la universidad.

Lo usual era que Fidel regresara siempre tarde. Además de sus interminables jornadas de actividad política por la campaña electoral en marcha, durante los últimos meses se hallaba inmerso simultáneamente en las investigaciones y denuncias de venalidades, negocios fraudulentos y vinculaciones de Prío con las bandas gangsteriles.<sup>126</sup>

*Uno de sus colaboradores más cercanos en aquella etapa, René Rodríguez, evoca:*

A veces no dormíamos, y cuando nos acostábamos era porque ya no había nada que hacer. Mientras hubiera algo que hacer Fidel

<sup>125</sup> Mario Mencía: Ob. cit., Vol. I, pp. 51-52.

<sup>126</sup> Ibídem, pp. 145-146.

no se acostaba [...] recuerda René Rodríguez [...] Dejé a Fidel en 23 y fui para mi casa, en Lawton. Como a las 8:30 me despierto. Lo normal era que yo regresara a casa de Fidel entre 9 y 10 de la mañana, cuando no teníamos algo que hacer temprano. Esa era la hora en que Fidel empezaba a elaborar sus comentarios para el espacio radial en *La Voz del Aire*, que comenzaba a la 1:30 o 1:45 de la tarde, eso dependía del momento en que terminara Pardo Llada su programa.

Cuando me despierto esa mañana, ya en mi casa sabían lo del golpe de Estado. Me vestí rápidamente y voy a ver a Fidel. Ya él no estaba en el apartamento. Mirta, su esposa, me dijo que se había ido temprano, que Fidel estaba en casa de su hermana Lidia. Lidia vivía a cuatro o cinco cuadras de allí, en uno de los apartamentos del tercer piso de un edificio que hace un cuchillo en la calle 23, en 23 No. 1352. Fui para allá y, como es lógico, empezamos a hablar sobre el golpe, el derrumbe de todos los proyectos que uno tenía e inmediatamente Fidel empieza a tratar de obtener información. Tan pronto me mandaba a la universidad como a otros lugares. A la universidad fui varias veces ese día.

Aunque nadie sabía dónde estaba Fidel y, por tanto, él no recibía a nadie, estuvo allí el dominicano René Fiallo y conversó con Fidel acerca de la situación. René Fiallo era asesor de Prío, vocero de Prío, le escribía sus discursos; era amigo de Lidia, la hermana de Fidel. Después de que los estudiantes se entrevistan con Prío, Fidel me manda a buscar a Álvaro Barba para que le informara de la situación en la universidad y saber qué opinaban y qué iban a hacer los estudiantes. Fidel se disgustó mucho cuando supo que Masferrer había estado en la universidad y se lo reprochó a Barba. Estuvieron reunidos un largo rato hasta que Barba se fue.

Fidel me mandó también a casa de Roberto Agramonte, a la calle 4 entre 5ta y Calzada, allí cerca. Agramonte estaba reunido con una cohorte de ortodoxos de la línea de él. En su casa había mucha confusión. Se hablaba mucho pero no se acordaba nada concreto. No le mandó ningún mensaje a Fidel, nada. Ya Agramonte estaba dándole vueltas a la idea de la resistencia cívica. Cuando se lo dije a Fidel formó una bronca tremenda.

Ese día me dediqué exclusivamente a buscar información. Fidel no salió a ningún lugar, hasta que por la noche consideró que debía salir de casa de Lidia. Se fue para el hotel Andino, una casa de huéspedes donde él había vivido, frente a la universidad, en San



Lázaro 1218 esquina a M. Allí durmió esa noche. Mientras tanto, yo me dediqué a buscarle dónde pasar el día siguiente. Fui y hablé con la ortodoxa Eva Jiménez, le planteé la situación y Eva creó todas las condiciones para que nos trasladáramos a su apartamento, compró algunas reservas de comida e incluso le dijo a su sirvienta que no viniera, que ella no iría al trabajo.

El 11 de marzo a las 9 de la mañana fui a recoger a Fidel al hotel Andino. Él bajó con unos espejuelos oscuros que nunca usaba. En la esquina tomamos un ómnibus de la ruta 28. Como no teníamos menudo, Fidel quiso pagar el ómnibus con un billete de \$5.00 que le había dado Lidia, pero el conductor carecía de cambio y un hombre que viajaba en el último asiento pagó por nosotros los 16 centavos. Para ir hacia Marianao la ruta 28 cogía por toda la calle 23, así que pasamos frente a la casa de Lidia y frente a la casa de Fidel. Antes de pasar el puente de Almendares, cuando el ómnibus cruzó por delante del Buró de Investigaciones, Fidel comentó: “Esto se va a convertir en un nido de buitres”. En 46 y 21, en Almendares, bajamos y seguimos a pie hasta casa de Eva. Eva Jiménez vivía en un apartamento interior, de una habitación, en el segundo piso del edificio Raquel, que está en la calle 42 No. 1507 entre 15 y 17. Allí, Fidel empezó enseguida a escribir “¡Revolución no, zarpazo!” en la mesa de una pequeña pieza, como un comedorcito, al lado de la cocina. Estuvo ese día y el día siguiente escribiendo y escribiendo, un borrador y otro borrador, a mano, porque no teníamos máquina de escribir. Él me había mandado a buscar a su casa papel y su máquina de escribir, pero, al llegar, encontré que allí estaba su cuñado Rafael Díaz-Balart con unos batistianos y policías, y no me dejaron sacar nada del apartamento. Es de suponer la reacción de Fidel cuando regresé con las manos vacías y se lo dije. Finalmente, tuvimos que pasarlo en limpio manuscrito. Esa noche Raúl también estuvo en la casa de Eva.

Cuando se terminó el documento, Fidel mandó a Eva y yo la acompañé a ver a Vasconcelos para que lo publicara. En el periódico *Alerta* estaban Márquez Sterling y otras altas figuras políticas haciéndole antesala a Vasconcelos para hablar con él. Vasconcelos ya estaba tallando en medio de aquella situación. Nos explicó que tenía problemas económicos con el periódico, que el periódico no era de él, que todavía tenía que pagarlo, que estaba muy jodido y que todo el mundo estaba en la talladera, en el oportunismo, y otros, en la comemierduría, porque él se había reunido con la dirección del Partido Ortodoxo, con Millo Ochoa, con Agramonte y toda



esa gente y vio que estaban en la luna, que no planteaban nada realista. En definitiva, Vasconcelos se niega a publicar “¡Revolución no, zarpazo!”, pero termina la conversación diciéndonos sorpresivamente: “Cuiden a Fidel, cuiden a ese muchacho, que esa es la gran reserva que tiene el pueblo cubano”. Así se despidió de nosotros. Regresamos y le informamos a Fidel que el trabajo no se podía publicar en *Alerta*. Le detallamos todo lo que había explicado Vasconcelos, porque Vasconcelos elogió más de una vez a Fidel durante la conversación; decía que con Fidel se podía hablar de todo, lo mismo de política que de cualquier otro tema, y relataba conversaciones que había tenido con Fidel hasta de las obras de Shakespeare. Eso se me quedó grabado.

El problema importante a resolver primero seguía siendo la divulgación de ese documento. No fuimos a ningún otro órgano de prensa porque ya habían establecido la censura y Fidel estaba en un marco muy cerrado, muy cerrado. Entonces me mandó a hacer contacto con Raúl de Aguiar, y Raúl de Aguiar consiguió un compañero que creo que era publicitario, que vivía cerca de la calle San Lázaro, en los altos de una farmacia, en un cuarto piso, y que por amistad con Raúl lo tiró en mimeógrafo, allí mismo en su apartamento. A todas estas ya habían pasado dos o tres días. Antes, logramos que un linotipista de *Alerta* lo montara en plomo, pero no encontramos ninguna imprenta dispuesta a tirarlo.

En esa tirada a mimeógrafo de “¡Revolución no, zarpazo!”, trabajaron Nico López y Raúl Castro. Cuando yo fui a buscar el trabajo ya impreso estaban allí, en el cuarto del mimeógrafo, Nico y Raúl. Nico se llevó una cantidad grande para repartirlo y otra cantidad llevé yo para donde estaba Fidel.

Ahora bien, el día 12 Fidel cambió otra vez de lugar para dormir. Se hicieron gestiones con la hermana de Miguel Ángel Quevedo para que fuera a su casa. Pero a última hora, ya después que él sale, se produce el cambio. Yo sigo en el apartamento de Eva, porque allí teníamos teléfono y esperábamos respuesta a los contactos que habíamos hecho. Yo me quedo allí y Eva y otra señora ortodoxa se llevan a Fidel. Cuando regresa Fidel por la mañana, me entero que había dormido en casa de la familia de la señora que acompañaba a Eva, que también era amiga de la hermana de Quevedo.

En ese momento, hacia el final de la semana, ya se había hecho contacto también con José Luis Tasende. Tasende era de los pocos que sabían dónde estábamos. Y poco a poco la atmósfera se iba



aclarando. En un periódico de la mañana, al responder a un periodista, aparecieron las declaraciones de Salas Cañizares en que afirmaba que no iba a tomar venganza contra Fidel. Al publicarse eso, hubo un cierto alivio en la tensión, porque el antagonismo entre Fidel y Salas era muy grande, y con todo el poder que Salas tenía ahora, no sabíamos lo que podía pasar.

Ya Fidel tenía la idea de asistir el domingo 16 de marzo al cementerio para repartir los volantes. Hasta ese día permanecimos escondidos en casa de Eva. De allí salimos por la mañana para el cementerio. No entramos por la puerta principal sino por un costado. Con mucho cuidado nos fuimos acercando. No había patrullaje. Y empezamos a repartir los impresos. Al final del acto sí llegó la policía. Pero cuando llegaron los patrulleros, después de que Fidel ripostó con energía la tesis de resistencia cívica de los máximos dirigentes del partido, un numeroso grupo de viejas militantes ortodoxas rodearon a Fidel y prácticamente lo cubrieron a manera de protección. Mas, de ahí no pasó el incidente. No hubo golpes ni detenciones y pudimos marcharnos por donde habíamos venido.<sup>127</sup>

### ***Me volví un cuadro profesional***

*Fidel rememora:*

Cuando se produce el golpe de Estado, cambia todo el cuadro. Inicialmente pienso que hay que volver a la etapa constitucional anterior; ahora había que derrocar la dictadura militar. Yo estoy pensando que hay que recuperar el estatus anterior, y que todo el mundo se uniría para liquidar esa cosa infame y reaccionaria que era el golpe de Estado de Batista. Empiezo a organizar por mi cuenta gente joven, modesta y combativa de la Juventud Ortodoxa, y también contacto con algunos de los líderes de ese partido, pero el trabajo lo voy realizando por iniciativa propia; había líderes que decían que estaban por la lucha armada. Para mí estaba claro que había que derrocar a Batista mediante las armas y volver a la etapa anterior, al régimen constitucional, pues sería seguramente el objetivo de todos los partidos, y yo había concebido la primera estrategia revolucionaria con un gran movimiento de masas que se instrumentaría inicialmente a través de cauces constitucionales. Al crearse esta situación, pienso que

<sup>127</sup> *Ibíd.*, pp. 146-151.

todo el mundo se va a unir para liquidar el régimen de Batista, todos los partidos aquellos que estaban en el gobierno, los que estaban en la oposición, todo el mundo.

Y empiezo a organizar a los primeros combatientes, a los primeros luchadores, digamos, las primeras células, a las pocas semanas. Primero trato de crear un pequeño periódico tirado en mimeógrafo, y algunas estaciones de radio clandestinas. Son las primeras cosas. Tuvimos algunos tropiezos con la policía, que nos sirvieron de mucha experiencia más adelante. Porque después aplicamos métodos sumamente cuidadosos en la selección del personal y en la compartimentación; después sí nos volvimos verdaderos conspiradores, y empezamos a organizar los primeros núcleos para lo que suponíamos la lucha unida de todos los partidos y de todas las fuerzas. Así empiezo yo dentro de ese partido, donde conocí a mucha gente joven y sana, y voy buscando dentro de los sectores más humildes, allá en Artemisa, en los barrios más modestos de La Habana, trabajadores todos, con varios compañeros que desde el primer momento me apoyaron: Abel, Montané, Níco López y otros, un grupito pequeño.

Me volví un cuadro profesional. Ese movimiento empieza teniendo un cuadro profesional, que soy yo, uno solo. A decir verdad, tuvimos prácticamente un cuadro profesional hasta el Moncada, uno solo, y en los últimos días Abel; dos cuadros en el último mes.<sup>128</sup>

¿Qué había ocurrido, entre otras cosas? Que al darse el golpe del 10 de marzo, los únicos que tenían dinero, millones, recursos de todo tipo era el gobierno derrocado, y empezaron a movilizar todos esos recursos para comprar armas y, por supuesto, aquella gente tenía contra mí un odio bastante fuerte. Ya para eso habría que buscar en el periódico *Alerta* las denuncias que hice las últimas semanas antes del golpe del 10 de marzo, y que recibieron los honores del cintillo de la primera plana del periódico de más circulación que había en el país. Eso fue ya en el mes de enero, febrero. Pretendían atribuirme la culpa del golpe de Estado, y eso que no salieron dos artículos más que estaba preparando que eran peores todavía, desmoralizantes, bajo la consigna: “No hay que ir a Guatemala”.

A partir del hecho aquel de que Chibás se suicida porque acusa a unos políticos de que tenían fincas en Guatemala y no pudo probarlo, lo presionaron extraordinariamente, se desesperó y se mató. Yo

<sup>128</sup> Frei Betto: Ob. cit., pp. 170-171.



decía: “No hay que ir a Guatemala”, y empiezo a sacar todas las fincas que tenían aquí esta gente y todos los negocios sucios que hacían; me sirvió mi profesión novel de abogado para buscar en los registros de propiedad y dondequiera todas las escrituras, todos los papeles que se presentaron como pruebas irrefutables y que causaron un gran impacto.

De modo que incluso aquella gente pretendía atribuirme la culpa de la desmoralización que había dado lugar al golpe de Estado, una infundada idea sin sentido pero fuerte, y me encontré, por un lado, a aquellos con un odio tremendo, celos en la universidad, debo decirlo. Y para que no le quede ninguna intranquilidad a nadie, jamás por parte de José Antonio, jamás, que fue siempre buen compañero y buen amigo; pero el problema es que había una revolución y parecía que había gente que quería arrebatársela a la universidad la revolución. Esos fenómenos se dieron, y en esas condiciones fue que nosotros organizamos el 26 de Julio. Solo cuando vimos los enormes errores de quienes por sus recursos podían impulsar la rebelión, las divisiones entre partidos y organizaciones, y la incapacidad para la acción, cuando no quedaba alternativa alguna, fue que decidimos iniciar la lucha con las fuerzas del 26 de Julio.<sup>129</sup>

### ***Capacidad de reacción ante la adversidad***

*Después del 10 de marzo la situación económica de Fidel se torna muy crítica:*

[...] Un mediodía, al salir de Prado 109, no encontró su viejo automóvil donde lo había parqueado. ¿Se lo habrían robado? La realidad era otra, pero no menos golpeante: al no abonar las mensualidades, la empresa financiadora se lo había quitado. Taciturno, Fidel llegó hasta el timbiriche donde acostumbraba tomar café. Solo quería una taza y fumar tabaco. No había almorzado. Se lo dijo al dueño. Pero también le dijo que no tenía dinero. Y como ya debía unos cinco pesos, el hombre se negó a seguirle dando crédito. Más taciturno aún, Fidel caminó por Prado, por Colón, llegó a Zulueta. Observó las postas armadas del Palacio Presidencial y sintió la distancia descomunal entre el poderío de aquel régimen que él luchaba por

<sup>129</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y sus 50 años de vida revolucionaria”, ob. cit., pp. 41-42.

derrocar y su situación concreta para lograrlo. Su rostro se ensombreció. ¿Por qué los políticos que contaban con los medios suficientes no le facilitaban los recursos para luchar? Él solo quería fusiles para iniciar el combate. Maquinalmente, al llegar frente al Parque Central, donde regía la estatua de Martí, se detuvo a leer los titulares de los periódicos puestos en el suelo para su venta. En sus bolsillos, ni una moneda de cinco centavos para un ejemplar. De pronto la voz áspera del niño vendedor lo sumió más rudamente en la realidad cuando le gritó: “¡Circula!”. Circuló entre la muchedumbre que abejaba en sus compras por las grandes tiendas de la calle Neptuno; rebasó el lujoso centro comercial de Galiano y siguió a pie varios kilómetros hasta el pequeño cuarto de un hotel para estudiantes donde estaba residiendo con su familia. Esta acumulación de situaciones lo hicieron sentirse amargado, pero resuelto y decidido a seguir adelante. Se recostó en la cama. Se quedó dormido. A las cinco de la tarde despertó. Había sido como una pesadilla. De nuevo la decisión, la energía, la capacidad de reacción ante la adversidad, se lanzó a la calle a proseguir su trabajo conspirativo. Montané gestionó la devolución del auto. Él y Abel se hicieron cargo de pagar las siguientes letras, y la renta de un pequeño apartamento, y las cuentas de la electricidad y del teléfono. “Yo fui el primer cuadro profesional del movimiento –diría jocosamente Fidel, al recordar aquellos tiempos–: Hasta me daban algo para resolver la comida”.<sup>130</sup>

### ***Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras***

El domingo 16 de marzo –como todos los días 16 de cada mes– una multitud ortodoxa acudió a la tumba del fundador del partido, Eduardo Chibás, en el Cementerio de Colón. Se esperaba la orientación para la lucha, la orden para el combate. Fue una nueva decepción. Millo Ochoa tuvo a su cargo la lectura del esperado manifiesto de la ortodoxia al pueblo de Cuba.<sup>131</sup>

De pronto, en un ángulo de la concurrencia, gritos y aplausos focalizaron la atención sobre un espigado joven que, de pie, sobre una tumba, había gritado unas palabras. Solo los más cercanos oyeron su breve arenga. Todo el pueblo la conocería poco tiempo después. Ajada la guayabera, más que en el índice de su mano derecha la

<sup>130</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. II, pp. 411-412.

<sup>131</sup> *Ibidem*, Vol. I, pp. 121-122.



energía en la voz, había dicho, simplemente: “¡Si Batista subió al poder por la fuerza, por la fuerza hay que derrocarlo!”. Alguien preguntó el nombre de aquel joven. Uno, a su lado, respondió: “Es Fidel Castro”.<sup>132</sup>

En aquellas circunstancias iniciales una cuestión era evidente. En el ámbito institucional político la única fuerza supuesta a movilizar con cierta posibilidad de éxito a las masas para hacer frente a la recién instaurada tiranía era el Partido Ortodoxo. Organización que contaba ya con las grandes mayorías populares, directamente contra él estuvo dirigido el golpe de Estado.

Esta verdadera intención antiortodoxa del golpe era denunciada el 14 de marzo en un manifiesto donde se calificaba el hecho como “¡Revolución no, zarpazo!”. Coincidencia histórica, ese mismo día de ese mismo mes, 60 años antes, había aparecido el primer número del periódico *Patria*, fundado por José Martí como órgano de las emigraciones patrióticas para promover las ideas revolucionarias a favor de la libertad de Cuba y Puerto Rico.<sup>133</sup>

Sesenta años después de esas palabras de Martí, el mismo día de ese mismo mes, “¡Revolución no, zarpazo!” iba a ser una contundente condena moral a otro régimen de oprobio, pero, sobre todo, devendría primera verdadera declaración de guerra del pueblo contra la tiranía batistiana. Sería, al propio tiempo, nueva demostración de valentía política de su autor, nueva manifestación de su conciencia de lo histórico, de la coherencia de su trayectoria en nuestra historia, de su capacidad de reacción ante situaciones adversas, de su confianza en el pueblo, de su optimismo sobre el futuro y, rotundamente una prueba más de su profunda convicción en la fuerza de los principios para conquistar y sostener la libertad de la patria.<sup>134</sup>

*En ese histórico documento, expresa Fidel:*

¡Revolución no, zarpazo! Patriotas no, liberticidas, usurpadores, retrógrados, aventureros sedientos de oro y poder.

No fue un cuartelazo contra el presidente Prío, abúllico, indolente; fue un cuartelazo contra el pueblo, vísperas de elecciones cuyo resultado se conocía de antemano.

<sup>132</sup> *Ibidem*, Vol. I, p. 123.

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 129.

No había orden, pero era al pueblo a quien le correspondía decidir democráticamente, civilizadamente y escoger sus gobernantes por voluntad y no por la fuerza.

Correría el dinero en favor del candidato impuesto, nadie lo niega, pero ello no alteraría el resultado como no lo alteró el derroche del Tesoro Público en favor del candidato impuesto por Batista en 1944.

Falso es por completo, absurdo, ridículo, infantil, que Prío intentase un golpe de Estado, burdo pretexto; su impotencia e incapacidad para intentar semejante empresa ha quedado irrefutablemente demostrada por la cobardía con que se dejó arrebatar el mando.

Se sufría el desgobierno, pero se sufría desde hace años esperando la oportunidad constitucional de conjurar el mal, y usted, Batista, que huyó cobardemente cuatro años y politiquéó inútilmente otros tres, se aparece ahora con su tardío, perturbador y venenoso remedio, haciendo trizas la Constitución cuando solo faltaban dos meses para llegar a la meta por la vía adecuada. Todo lo alegado por usted es mentira, cínica justificación, disimulo de lo que es vanidad y no decoro patrio, ambición y no ideal, apetito y no grandeza ciudadana.

Bien estaba echar abajo un gobierno de malversadores y asesinos, y eso intentábamos por la vía cívica con el respaldo de la opinión pública y la ayuda de la masa del pueblo. ¿Qué derecho tienen, en cambio, a sustituirlo en nombre de las bayonetas los que ayer robaron y mataron sin medida? No es la paz, es la semilla del odio lo que así se siembra. No es felicidad, es luto y tristeza lo que siente la nación frente al trágico panorama que se vislumbra. Nada hay tan amargo en el mundo como el espectáculo de un pueblo que se acuesta libre y se despierta esclavo.

Otra vez las botas; otra vez Columbia dictando leyes, quitando y poniendo ministros; otra vez los tanques rugiendo amenazadores sobre nuestras calles; otra vez la fuerza bruta imperando sobre la razón humana.

Nos estábamos acostumbrando a vivir dentro de la Constitución, doce años llevábamos sin grandes tropiezos a pesar de los errores y desvaríos. Los estados superiores de convivencia cívica no se alcanzan sino a través de largos esfuerzos. Usted, Batista, acaba de echar por tierra en unas horas esa noble ilusión del pueblo de Cuba.

Cuanto hizo Prío de malo en tres años, lo estuvo usted haciendo en once. Su golpe es, pues, injustificable, no se basa en ninguna razón moral seria, ni en doctrina social o política de ninguna clase. Solo halla razón de ser en la fuerza, y justificación en la mentira. Su mayoría está en el Ejército, jamás en el pueblo. Sus votos son los fusiles, jamás



las voluntades; con ellos puede ganar un cuartelazo, nunca unas elecciones limpias. Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen, ríase si quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren.

No llame revolución a ese ultraje, a ese golpe perturbador e inoportuno, a esa puñalada trapera que acaba de clavar en la espalda de la República. Trujillo ha sido el primero en reconocer su gobierno, él sabe quiénes son sus amigos en la camarilla de tiranos que azotan la América, ello dice mejor que nada el carácter reaccionario, militarista y criminal de su zarpazo. Nadie cree ni remotamente en el éxito gubernamental de su vieja y podrida camarilla, es demasiada la sed de poder, es muy escaso el freno cuando no hay más Constitución ni más ley que la voluntad del tirano y sus secuaces.

Sé de antemano que su garantía a la vida será la tortura y el palmacristi.<sup>135</sup> Los suyos matarán aunque usted no quiera, y usted consentirá tranquilamente porque a ellos se debe por completo. Los déspotas son amos de los pueblos que oprimen, y esclavos de la fuerza en que sustentan la opresión. A su favor lloverá ahora propaganda mentirosa y demagógica en todos los voceros, por las buenas o por las malas, y sobre sus opositores lloverán viles calumnias; así lo hizo Prío también y de nada le valió en el ánimo del pueblo. Pero la verdad que alumbre los destinos de Cuba y guíe los pasos de nuestro pueblo en esta hora difícil, esa verdad que ustedes no permitirán decir, la sabrá todo el mundo, correrá subterránea de boca en boca en cada hombre y mujer, aunque nadie lo diga en público ni la escriba en la prensa, y todos la creerán y la semilla de la rebeldía heroica se irá sembrando en todos los corazones; es la brújula que hay en cada conciencia.

No sé cuál será el placer vesánico de los opresores, en el látigo que dejan caer como caínes sobre la espalda humana, pero sí sé que hay una felicidad infinita en combatirlos, en levantar la mano fuerte y decir: ¡No quiero ser esclavo!

Cubanos: Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la patria, pero habrá algún día otra vez libertad. Yo invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del Partido glorioso de Chibás; la hora es de sacrificios y de lucha, si

<sup>135</sup> Método de tortura que la dictadura empleaba contra los oponentes políticos detenidos o encarcelados, que consistía en hacerles tomar gran cantidad de aceite de ricino, conocido también como palmacristi, el cual les provocaba severas diarreas.



se pierde la vida nada se pierde, vivir en cadenas, es vivir en afrenta y oprobio sumidos. Morir por la patria es vivir.<sup>136</sup>

### ***¿Qué diferencia hay entre un Prío y un Batista?***

A diferencia de los rectores del partido que apelaron al Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales con el propósito de demostrar la ilegalidad del régimen, Fidel individualiza la responsabilidad de los hechos en la cabeza cimera de entre los actores del 10 de marzo y le asigna un carácter delincencial común. El dardo es lanzado hacia un objetivo político, no jurídico; se desentiende de este segundo aspecto, busca un efecto en el ámbito del primero. El 24 de marzo radica una causa contra Fulgencio Batista y Zaldívar en el Tribunal de Urgencia de la capital por sedición, traición, rebelión y ataque nocturno. “Por todos estos artículos y otros más que sería prolijo enumerar, el señor Fulgencio Batista y Zaldívar ha incurrido en delitos cuya sanción le hacen acreedor a más de 100 años de cárcel”, enfatiza en la acusación a su contrincante que justamente ese año le duplicaba la edad.<sup>137</sup>

Varios días dedica Fidel a establecer contacto con los principales dirigentes de su partido. No está de acuerdo con actuar pasivamente, a la defensiva. Las fórmulas de una resistencia cívica concretada a dejar de pagar los impuestos, no asistir a espectáculos recreativos, retirar los fondos de los bancos y otras por el estilo no encajan en él como solución para desalojar a Batista del poder. Propone la adquisición de armas y la integración de una fuerza de combate que sea capaz de iniciar la guerra revolucionaria como parte de una insurrección popular. No encuentra acogida a su proyecto. A partir de entonces se dedicará a la formación de esa fuerza para ver si con ella organizada le facilitan entonces las armas para combatir.

“¿Qué diferencia hay?”, titulaba Fidel su siguiente denuncia, que saldría publicada en la única edición impresa del periódico *La Palabra*, de Pardo Llada, el 6 de abril de 1952, el mismo domingo en que los estudiantes habían desfilado hacia la Fragua Martiana en lo que resultaría el inicio de la campaña de la jura de la Constitución. Esa edición de *La Palabra* era una sola hoja tirada a dos caras, tamaño tabloide, con el que el entonces popular comentarista intentó burlar la clausura del espacio editorial que,

<sup>136</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. I, pp. 129-133.

<sup>137</sup> *Ibidem*, p. 151.



con ese mismo nombre, salía al aire diariamente a la una y a las 6:30 de la tarde por la Cadena Oriental de Radio. La reacción del régimen fue automática. Cogió preso al impresor y dos operarios, llevándolos para la fortaleza de La Cabaña; detuvo a varios jóvenes que vendían la hoja suelta en la calle, y por sexta vez en un mes cargó con el demagogo Pardo Llada para el SIM [Servicio de Inteligencia Militar] donde estuvo retenido varias horas [...]

*El periódico La Palabra no hubiese tenido un lugar en la historia de no haber aparecido en él un artículo con la segunda arremetida pública de Fidel contra la tiranía. El joven abogado en dicho documento manifiesta:*

La piara que asaltó al Palacio, la Hacienda Pública y la *Gaceta Oficial* para gobernar este país al estilo de Leónidas Trujillo, ha pensado seguramente que este es el pueblo más miserable del mundo.

Vencidas de antemano en las urnas, asaltaron el Poder de un “zarpazo”.

Ni prédicas, ni teoría, ni programa revolucionario, ni movilizaciones de masas precedieron el golpe. Sin embargo, se dieron en llamar “revolución” al cuartelazo infame, mediante el cual la sargentería del PAU se repartió el botín de la administración pública.

Pero lo más inaudito es oír a Batista diciendo que ha hecho una revolución para acabar con el peculado, el crimen, el negocio turbio y darle paz y tranquilidad a la familia cubana.

¿Qué diferencia hay entre un Prío que se largó con 40 millones y un Batista que se largó con 50? ¿Qué diferencia hay entre un Cabrera que se enriqueció en la jefatura del ejército y un Pedraza que acumuló 15 millones?

¿Qué diferencia hay entre un Prío que manda a Salas a apalea al pueblo, hundiéndole el cráneo a Carlos Rodríguez, y un Batista que lo hace jefe de la Policía?

¿Qué diferencia hay entre un Prío que hace teniente al sargento Martín Pérez, instruido de cargos por el asesinato de Madariaga, y un Batista que lo hace comandante?

¿Qué diferencia hay entre un Prío que ampara al capitán Casillas y un Batista que lo asciende a comandante?

¿Es que Carlos Rodríguez, Francisco Madariaga y Jesús Menéndez no eran hijos de familias cubanas?

¿Qué diferencia hay entre un José Manuel Alemán, creador del BAGA, y un Anselmo Alliegro, socio de Alemán y creador del inciso K?<sup>138</sup>

¿Qué diferencia hay entre un Ricardo Artigas y un García Pedroso, entre un Eduardo Suárez Rivas y un Alfredo Jacomino, entre un Orlando Puente y un Andrés Morales del Castillo, entre un Nicolás Castellanos y un Justo Luis del Pozo? Entre aquellos personajes y estos ¿hay alguna diferencia? Y los mismos adulones, las mismas plumas alquiladas, los mismos guatacas que ayer hacían panegírico de Prío hoy lo hacen de Fulgencio Batista.

Pero más indigna e insufrible es nuestra situación de ahora: aquellos ganaron con las urnas, estos ganaron la emboscada artera; aquellos iban a ser barridos en las elecciones, estos las han suprimido indefinidamente; aquellos infringían la Constitución, estos la han destruido para siempre; aquellos implantaron un Decreto Mordaza<sup>139</sup> que mereció la repulsa del pueblo, estos han clausurado de un plumazo todas las horas doctrinales y han puesto un soldado con bayoneta en la puerta de cada estación radial, para que el que hable por la prensa hable a favor del gobierno o hable a media voz.

Por un decreto monstruoso se han pasado a la jurisdicción de guerra todas las causas en que aparecían militares.

Los vendidos y los timoratos dicen que hay libertad de prensa y de palabra: sí, para hablar a favor de Batista o para enjuiciarlo dulzonamente, no para decir la verdad y desenmascararlo de pies a cabeza. Pero la verdad será dicha revolucionariamente, desafiando la represión.

La semilla de la rebeldía heroica se irá sembrando en todos los corazones. Frente al peligro, el heroísmo invita, germina con la sangre generosa que se vierta.

¡Atrás los que con consejos pueriles y acomodaticios quieren apartar la juventud del sacrificio! A nosotros no nos importan las frustraciones del pasado.

¡Vergüenza y oprobio a los colaboracionistas y los traidores que hoy como ayer niegan la libertad a la patria y el decoro a su pueblo!

<sup>138</sup> Inciso de la Ley No. 7 de abril de 1943 que disponía la creación de fondos para la enseñanza, pero que desde sus inicios fueron utilizados para el enriquecimiento personal de los dirigentes del gobierno.

<sup>139</sup> Nombre que le dio el pueblo a un decreto-ley impuesto por el régimen de Prío que impedía, o amordazaba, la libertad de expresión en la radio.



Adelante los buenos cubanos, los que quieren ponerse en esta hora difícil bajo las banderas de la honra.<sup>140</sup>

### ***Abel Santamaría conoció a Fidel Castro***

*El primero de mayo de 1952 se conocieron Fidel Castro y Abel Santamaría, quien ya encabezaba un combativo grupo de ideas revolucionarias que se reunía en su apartamento de 25 y O, en el Vedado.*

Jesús Montané Oropesa recuerda que aquel mediodía del 1ro. de mayo de 1952 se había encaminado junto a Abel Santamaría hacia el Cementerio de Colón para participar en un acto en memoria del obrero Carlos Rodríguez, que fuera asesinado en la protesta contra el repudiado Decreto Mordaza en épocas del presidente Carlos Prío Socarrás.

Allí coincidieron con Fidel, quien también rendía tributo al compañero caído. Y expone Montané:

“Recordamos cómo Fidel, en su condición de abogado, llevó la acusación privada de ese caso, logrando el procesamiento de Casals y Salas Cañizares que habían asesinado impunemente al referido compañero y que posteriormente, ya en la tiranía batistiana, se distinguieron por su crueldad para con los revolucionarios apresados.

”Después de celebrado el acto, nos quedamos conversando Abel, Fidel y nosotros. Muy pronto se estableció una animada y amigable charla alrededor de los acontecimientos políticos del país. Estuvimos de acuerdo con que algo había que hacer para combatir al régimen dictatorial de Batista. Nos lamentamos de la inercia de algunos sectores de la llamada oposición que estaban demostrando una incapacidad manifiesta para presentar un verdadero frente de combate a la tiranía. Se imponía la acción de la juventud ante tanta politiquería y vacilaciones. En esa conversación ya despuntaba el líder que organizara masivamente al pueblo en su lucha a muerte contra la tiranía.

”Fidel nos hablaba de un médico amigo suyo nombrado Mario Muñoz, que ejercía su profesión en Colón, provincia de Matanzas, siendo además radioaficionado. Fidel pensaba pedirle a Muñoz que nos construyese dos plantas pequeñas para su operación clandestina en La Habana.

<sup>140</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. I, pp. 153-156.

”Como quiera que el auto, marca Chevrolet, color carmelita, que usaba Fidel se encontraba descompuesto, como de costumbre, Abel le brindó su carro para visitar al médico amigo el domingo siguiente. Hacia Colón nos fuimos y allí Fidel no necesitó mucho tiempo para convencer al compañero para que construyese, en el más breve plazo de tiempo, las dos plantas de radio clandestinas”.<sup>141</sup>

Inmediatamente después de aquel primer encuentro de Fidel con Abel en el cementerio, el combativo grupo de 25 y O quedaba incorporado al incipiente movimiento que comenzaba a organizar Fidel. La calidad humana y revolucionaria de este grupo iba a materializarse con el transcurso del tiempo. Abel, Boris Luis y Montané llegarían a formar parte de su Dirección Nacional; Abel, como segundo jefe del movimiento. Haydée y Melba serían las dos únicas mujeres participantes en las acciones del 26 de julio de 1953. A Raúl Gómez correspondería la redacción del manifiesto en el que los asaltantes del Moncada fundamentaron las razones para dar aquel paso decisivo en nuestra historia.

Cuando el grupo de 25 y O se vinculó a Fidel, este llevaba siete semanas de intensa actividad. Entraba y salía de Prado 109, sede de las oficinas nacionales del PPC (O), visitaba dirigentes, discutía, hablaba con sus compañeros de partido, escribía, frecuentaba a sus amigos para pulsar sus criterios, nucleaba, en fin, en torno suyo un buen número de jóvenes identificados desde los primeros momentos con su forma de enfrentar los acontecimientos.<sup>142</sup>

### ***El Acusador***

*Jesús Montané Oropesa recuerda todos los detalles:*

Abel, Gómez García (el poeta de la Generación del Centenario) y nosotros, publicábamos un periódico clandestino que salía todas las semanas y que se llamaba *Son los Mismos*. Recuerdo con claridad que Fidel nos sugirió editar otro periódico con el combativo título de *El Acusador*. Debemos admitir que nos costó bastante trabajo abandonar la publicación de *Son los mismos*, y en la primera semana en la que comenzamos a publicar *El Acusador* los componentes de la redacción de los dos periódicos nos agotábamos hasta

<sup>141</sup> Aldo Isidró del Valle: “La Generación del Centenario y sus primeras acciones”, *Antes del Moncada*, pp. 233-234.

<sup>142</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 15.



el cansancio para que ambos salieran a tiempo. Se podrán imaginar los lectores el trabajo que encerraba confeccionar el material, picar el *stencil* y por último darle vueltas y más vueltas a la manivela del viejo mimeógrafo que nos había costado la astronómica suma de \$75.00.

Aquel viejo mimeógrafo fue nuestra eficiente impresora que recogió nuestras primeras frases de condena al régimen y que fue capturado por la policía un 16 de agosto de 1952. A Fidel le extrañaba aquel “agotamiento” y aquel hablar a media voz hasta que Abel le confesó que nosotros seguíamos publicando también el periódico *Son los Mismos*.

A nosotros en particular nos costó bastante trabajo entender que debíamos concentrar nuestros esfuerzos “literarios” en un solo periódico.

Con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Chibás el 16 de agosto de 1952, preparamos un número especial de *El Acusador* (nuestro tercer número) que constaba de diez mil ejemplares de 5 hojas cada uno, impresas por ambas caras.

En la primera página había incluso dos caricaturas que venían a demostrar cómo nuestros conocimientos de emplane y tipografía iban aumentando. La redacción de *El Acusador* estaba compuesta por los siguientes compañeros: Fidel Castro, que firmaba los artículos con el nombre de Alejandro, que era el orientador político; Raúl Gómez García, que usó el seudónimo de El Ciudadano y ostentaba la dirección; Abel fungía como subdirector y el cuerpo de redactores que lo componían Juan M. Tinguao y yo. Él firmaba como Don Tin, y yo, que tenía una columna titulada “Incisivas”, usaba el nombre de Canino.

Por una confidencia a la policía, por un traidorzuelo a quien Fidel se refirió en cierta ocasión por la televisión, esta toma por asalto nuestro taller, situado en una casa del Vedado y ocupa parte de los 10 000 ejemplares que con tanto trabajo habíamos impreso. En aquella primera redada de la porra batistiana<sup>143</sup> contra nuestra naciente organización, cayeron presos Abel, Gómez García, Elda Pérez, Tinguao, Melba y el autor de estas memorias.

Aquellos ejemplares de *El Acusador* fueron repartidos por la mañana en los alrededores de la Catedral habanera y por la tarde en el Cementerio de Colón en el acto que los ortodoxos ofrecían en memoria de su desaparecido líder Eduardo Chibás.

<sup>143</sup> Grupos paramilitares que tuvieron su origen con Fulgencio Batista en el poder.

Al año de la muerte de su máximo líder las masas ortodoxas se encontraban desorientadas por la incapacidad y la debilidad de sus dirigentes; por esa razón, en aquel número especial de *El Acusador* Fidel les enviaba a los ortodoxos un encendido mensaje titulado “Recuento crítico del PPC”.

En los párrafos finales de este artículo Fidel señalaba: “Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante ese cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas”.

Así criticaba Fidel a aquellos líderes de la ortodoxia, verdaderos ídolos de barro, que ninguna orientación podían dar a la ansiosa juventud cubana y que distaban muchísimo de cumplir con el papel histórico que el mandato de Chibás les había señalado. No es de extrañar pues, que Fidel pusiera su fe en la fuerza invencible de las masas.<sup>144</sup>

Durante el período que va de agosto de 1952 al 28 de enero de 1953, nuestra organización creció en hombres y en disciplina.

Varias decenas de compañeros de toda la isla, especialmente de Artemisa, Guanajay, La Habana y el interior de La Habana, se sumaban con entusiasmo patriótico.<sup>145</sup>

*Melba Hernández Rodríguez del Rey, heroína del Moncada, evoca:*

Fue el 1ro de mayo de 1952 cuando hice mis primeros contactos con lo que había de ser el grupo entrañable del Moncada. Había ido a un acto que se celebraba en el cementerio; allí conocí a Abel Santamaría. Abel me invitó a ir a su casa para que conociera las ideas de Fidel. Fui esa noche. Fidel no pudo concurrir. Conocí a Haydée Santamaría.

Dos o tres días después, en la casa de Haydée y Abel, vi a Fidel. En aquella época muchos jóvenes sabíamos cuál era nuestro deber con la patria, pero no encontrábamos el camino para encauzarnos. Cuando Fidel tomó la palabra en aquella reunión yo tuve la impresión

<sup>144</sup> Aldo Isidró del Valle: “La Generación del Centenario y sus primeras acciones”, *Antes del Moncada*, pp. 236-238.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 239.



inmediata de que sabría guiarnos y que realizaría con éxito los planes que se proponía.

Ya desde entonces fui visita diaria de la casa de Abel y de Haydée. Y fue creciendo, además de la absoluta identificación revolucionaria, un sentimiento de profunda amistad, fraternal, hacia Yeyé.

Yo había estudiado Leyes. No era una carrera “productiva” para mí. Los pocos asuntos que llevé no eran los que dejaban mayores ganancias, aunque sí los que permitían mis principios. Mis “clientes” eran guajiros explotados, una muchacha que del prostíbulo salía para la cárcel; obreros despedidos. Recuerdo aún un caso que llevé defendiendo a los obreros de los Ómnibus Aliados.

Una vez, cuando Fidel estaba recién graduado, con el fin de recaudar fondos para el movimiento, íbamos a llevar un asunto de Eugenio Sosa, que era dueño de una arrocería en Matanzas y, según conocimos después, tenía intereses en el *Diario de la Marina*. A medida que nos íbamos adentrando en los hechos, el trabajo nos iba gustando menos. Al conocer todos los pormenores, decidimos defender a los campesinos que Sosa acusaba, y no a este, y renunciar así a la posibilidad de obtener algunos fondos. Así mantenía Fidel, desde el principio, la pureza de nuestro movimiento.<sup>146</sup>

Así, la primera actividad conjunta que Abel, Fidel y Montané efectuaron, seis días después de aquel encuentro frente a la tumba de Carlos Rodríguez, formaba parte de un plan encaminado a lograr esos fines. Roto su viejo Chevrolet carmelita, Fidel llama por teléfono a Montané a la General Motors y le plantea el problema y la necesidad de ir lo antes posible a la provincia de Matanzas. Abel le ofrece su carro y en él salen los tres de La Habana, el domingo 4 de mayo.

Con la vehemencia que lo caracteriza, durante el trayecto Fidel les detalla los proyectos que bullen en su cerebro. *Son los Mismos* lo ha entusiasmado, pero ¿por qué no un título más combativo, digamos *El Acusador*? Y habrá que aumentar la tirada, hacerlo llegar a sus compañeros del barrio de Cayo Hueso, de Marianao, de Santiago de las Vegas, de Güines, de Calabazar, de Madruga, de Artemisa y otros lugares (...) Hay que aprovechar todas las oportunidades para incrementar el espíritu de combate (...) Hay que aglutinar a todos los que estén realmente decididos a luchar en la forma en que las circunstancias exigen (...) El agitador revolucionario

<sup>146</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: antecedentes y preparativos*, p. 204.



que existe en Fidel, desarrollado como dirigente estudiantil a su paso por la universidad y después en la militancia ortodoxa sabe de la efectividad movilizadora de las arengas en vivo, lo vio en Chibás. Le asigna un especial valor práctico en esos momentos a la tribuna, al micrófono. Es mucho lo que hay que decir, es mucho lo que hay que denunciar, son muchos a quienes hay que captar. *El Acusador* no será suficiente. Es necesario utilizar la radio. Qué importa que las emisoras no les presten sus espacios. Deberán esforzarse ellos por contar con sus propios medios. Característica de siempre, Fidel piensa en términos de grandes realizaciones, sin que lo haga titubear la distancia, por enorme que sea, entre la meta y el punto de partida. Los recursos dependen del esfuerzo, de la dedicación, de la tenacidad en lograr los objetivos. Los obstáculos solo cuentan en tanto que satisfacción para superarlos (...)

Abel detiene su automóvil frente a una casa de amplios portales en la esquina de Diago y Estrada Palma, en Colón, 190 kilómetros al este de La Habana. Allí residía un médico de apellido Muñoz y allí tenía su consultorio.

Mario Muñoz Monroy era 15 años mayor que Abel y Fidel. Le faltaban dos meses y medio para cumplir los cuarenta. Quince meses más tarde resultaría uno de los cuatro únicos asaltantes al Moncada que, al caer, sobrepasaba esa edad.<sup>147</sup>

### ***A Cuba le queda un solo camino***

*El 16 de agosto de 1952, al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento de Chibás, muchos acontecimientos habían ocurrido en tan breve tiempo: Prío ya no encabezaba el gobierno, no se habían celebrado las elecciones del 1ro de junio y el tirano Batista ensangrentaba al país.*

El grupo revolucionario dirigido por Fidel había preparado una edición especial de *El Acusador* ascendente a 10 000 ejemplares, para ser distribuidos ese día por distintos compañeros a los que se les asignó esa tarea.

A pesar de las razones fundamentales que dio en su primer número *El Acusador*, su índice no apuntaría solamente hacia las filas de los golpistas y de los renegados vergonzantes que se pasaban al

<sup>147</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. I, pp. 239-240.



marzato. Cumplía la misma función denostadora contra Batista y sus secuaces que *Son los Mismos* pero, al mismo tiempo, se dirigía contra las debilidades de la dirigencia del Partido Ortodoxo y la responsabilizaba por su incapacidad para guiar al pueblo. Fidel marcaba así con un sello propio las dos vertientes temáticas de *El Acusador*.

En su tercer y último número, el del 16 de agosto de 1952, quedarían fijadas nítidamente esas características en dos notas editoriales firmadas ambas con el seudónimo de Alejandro. En “Yo acuso” arremetía contra Batista. En “Recuento crítico”, contra la inepta y bizantina dirigencia ortodoxa.

El tono en “Yo acuso”, con tanta o mayor mordacidad que en *Son los mismos*, lo supera en amplitud de conocimientos y argumentos sobre la esencia e historia del tirano. Dice en él Fidel:

“Fulgencio Batista, los perros que lamen tus llagas diariamente no lograrán jamás ocultar los fétidos olores que salen de ellas. Tu vida, tu pasado, tu presente, tus mentiras, te pierden irremisiblemente.

”Dicen que aspiras a la gloria. Es cierto, Machado tendrá que luchar duramente para defender la gloria triste que aspiras a quitarle. Todo cuanto has dicho es mentira, cinismo refinado, pérfida hipocresía. Hablas de paz y eres la guerra civil, el caos sangriento, el odio abismal y fratricida entre cubanos que tardará muchos años en borrarse. Hablas de tu origen humilde y vives en palacios, rodeado de lujos, repleto de millones y servido por centenares de criados.

”Tú no eres como dices amigo del soldado, tú solo quieres hacer de ellos escalera de tus ambiciones, convertirlos en verdugos y caínes, volcar sobre ellos el odio del pueblo, para obligarlos a caer junto a ti por una causa mezquina, tu sed de poder y de oro, donde ellos cargarán los riesgos y trabajos y tú cargarás los millones. Hablas de negocio turbio y toda tu fortuna la has hecho turbiamente. Hablas del respeto a la vida humana y tus esbirros que hoy retornan han segado un centenar de vidas valiosas. Hablas de nepotismo y colmas a los tuyos de prebendas y privilegios. Hablas de gangsterismo y embarcas a los más connotados pistoleros.

”Hablas de elecciones y ¿quién puede creerte (...)? ¿A ti, que le impediste la labor a Miguel Mariano y lo destruiste (...) A ti, que triunfaste en las elecciones de 1940 mediante el Código amañado y la fuerza de las bayonetas (...)?”.

El siguiente párrafo de “Yo acuso” es muy significativo y lleva a la meditación. ¿Habría sido simplemente por el anonimato del

seudónimo? ¿Habría otra razón más compleja? Lo cierto es que Fidel, que ya tiene una formación marxista desde su época estudiantil, pero que elude tal identidad con un férreo autocontrol hasta de sus expresiones; que desde aquella época ha venido conformando un proyecto revolucionario que apunta hacia el socialismo, pero que con rigurosa táctica martiana se ha sustraído a la militancia comunista y a divulgar sus miras estratégicas porque, en su ámbito y en su momento, “para lograrlas han de andar ocultas” ya que “de proclamarse en lo que son levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”, parece no atender en un documento público su lenguaje cuidadoso y señala al enemigo fundamental a largo plazo. Será la primera y única vez que esto ha de ocurrir antes del triunfo de la Revolución. Es cuando dice:

“Hablas de trabajo y hay más desocupados que nunca. Hablas de progreso y te sitúas junto a los grandes intereses cubanos y extranjeros. Hablas, en fin, de Patria y eres perro fiel del imperialismo, criado adulón de todos los embajadores”.

Por otra parte, al ubicar críticamente a Batista “junto a los grandes intereses cubanos y extranjeros” no solo ataca al imperialismo sino que define su oposición a los capitalistas cubanos, lo cual es una clara definición clasista.

Y finaliza Fidel:

“Frente a ti, a Cuba le queda un solo camino: el sacrificio, la inmolación en aras de sus amadas libertades.

”De las desdichas que ella sufra, de las desgracias que la acechan, de la sangre que caiga (...) YO TE ACUSO (...) TIRANO RUIN!!

”Y cuando la historia se escriba hablará de ti ¿quién lo duda? Pero hablará de ti como se habla de las plagas y de las epidemias, como habla del caballo de Atila (...) por las huellas desoladoras que va dejando a su paso por la tierra”.<sup>148</sup>

### ***El momento es revolucionario y no político***

En “Recuento crítico” las credenciales se desplazan en otra dirección. Priman otros valores que con el decursar del tiempo se harán proverbiales en la personalidad de Fidel. En primer lugar, su severo sentido crítico y autocrítico ante los errores, que lo lleva a enumerar varias de las profundas debilidades que empequeñecen y hundien

<sup>148</sup> *Ibidem*, pp. 244-247.



en la incapacidad a los seguidores de Chibás. Golpea entonces sin ambages la indisciplina e irresponsabilidad en la dirigencia del Partido Ortodoxo y la acusa de alejamiento de las masas.

Las masas, las masas, repite una y otra vez; su obsesión permanente, motivo esencial de su acción. Habla del “asombro e indignación de las masas”. Considera que ahora “le ha tocado el turno a la gran masa”. Señala que “esa masa inmensa del PPC está puesta en pie”. Y reitera lo que ya es y ha de ser siempre otro de los patrones ético-prácticos en Fidel, “la fe en las masas” que vincula, indefectiblemente, a otra constante manifestación de su acción y pensamiento político: la firme creencia en “la fuerza irresistible de las grandes ideas”.

Con lenguaje propio, que en nada da pie al atisbo indiscreto, asume instrumentos leninistas para el análisis y el vaticinio, al advertir sobre el cambio de tiempo histórico que ha de conmover y trascender al partido, y hacer anacrónica su dirigencia inconsecuente con el momento. Al mismo tiempo, anticipa la emersión de una nueva vanguardia dirigente que se hará conductora del pueblo, y que ha de surgir –de nuevo la línea leninista– sobre la base del mérito verdadero. Es clásico, en todos estos sentidos, el último párrafo de su recuento, en que, además, haciendo equivaler *política* con *politiquería electoral* según se entendía entonces en nuestro medio, es rotundo al sentenciar: “El momento es revolucionario y no político”.<sup>149</sup>

*Y en este artículo Fidel argumenta sus valoraciones:*

Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuiciamiento breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su gran líder Eduardo Chibás.

El formidable aldabonazo del paladín de la ortodoxia dejó al Partido un caudal tan inmenso de emoción popular que lo puso a las puertas mismas del Poder. Todo estaba hecho, solo era necesario saber retener el terreno ganado.

La primera pregunta que debe hacerse todo ortodoxo honrado es esta: ¿Hemos engrandecido el legado moral y revolucionario que nos legó Chibás (...) o, por el contrario, hemos malversado parte del caudal (...)?

<sup>149</sup> *Ibidem*, pp. 247-248.

Quien crea que hasta ahora todo se ha hecho bien, que nada tenemos que reprocharnos, ese será un hombre muy poco severo con su conciencia.

Aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales, por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoísta y personal, aún resuenan como martillazos amargos en nuestra conciencia.

Aquel funestísimo procedimiento de ir a la tribuna pública a dilucidar bizantinas querellas, era síntoma grave de indisciplina e irresponsabilidad. Inesperadamente vino el 10 de marzo. Era de esperar que tan gravísimo acontecimiento arrancara de raíz en el Partido las pequeñas rencillas y los personalismos estériles. ¿Acaso fue totalmente así (...)?

Con asombro e indignación de las masas del Partido, las torpes querellas volvieron a relucir. La insensatez de los culpables no reparaba en que la puerta de la prensa era estrecha para atacar al régimen; pero, en cambio, muy ancha para atacar a los propios ortodoxos. Los servicios prestados a Batista con semejante conducta no han sido pocos.

Nadie se escandalizará de que tan necesario recuento se haga hoy, en que le ha tocado el turno a la gran masa, que en silencio amargo ha sufrido estos extravíos y ningún momento más oportuno que el día de rendir cuenta a Chibás junto a su tumba.

Ésa masa inmensa del PPC está puesta de pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificios: ¿Dónde están los que aspiraban (...) los que querían ser los primeros en los puestos de honor de las asambleas y los ejecutivos, los que recorrían términos [municipales] y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puestos en la tribuna, y ahora no recorren términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de la primera línea de combate (...)?

Quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que crean en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas.

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor



e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un Partido Revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba.<sup>150</sup>

### *Fidel vuelve a ser alumno de la universidad*

Pedro Miret cursaba el 4to año de la carrera de Agrimensura en el plan de estudios por la libre y trabajaba en el Departamento de Acueducto y Alcantarillados del Ministerio de Obras Públicas, para poder costearse los estudios y forzado por los escasos ingresos familiares. Muy vinculado con Léster Rodríguez, Abelardo Crespo Arias y Raúl Castro, Pedro Miret vivía en una modesta casa de huéspedes para estudiantes en Neptuno y Hospital, cerca de la universidad. Después del 10 de marzo se dedicó por completo al adiestramiento militar voluntario en la universidad, por lo cual no pudo terminar sus estudios.

Conocía a Fidel de cuando este estudiaba Derecho y ocasionalmente formaban un grupo con Alfredo Guevara, Baudilio Castellanos, Mario García Incháustegui, Léster Rodríguez y otros compañeros de conducta afín durante aquella época estudiantil previa al 10 de marzo, muchos de los cuales desempeñarían después papeles destacados dentro del movimiento revolucionario.

Inmediatamente después, Miret comenzó a dedicar su tiempo al adiestramiento de todo el que se le vinculara y denotara propósitos de luchar contra la tiranía. Le enseñaba arme, desarme, afinamiento de puntería, con unas pocas armas que constantemente reparaba él mismo en uno de los sótanos, en la oficina de la FEU o en cualquier otro local de la universidad.

Miret se dio cuenta de que el grupo dirigido por Fidel era el más serio de todos los que se decían insurreccionales. Fidel le habló, y elaboraron un plan para el adiestramiento de sus hombres y la posible captación de otros elementos que denotaran poseer las condiciones requeridas entre los que asistían a la Universidad. Después, Fidel envió a Níco López para complementar en la práctica lo convenido con Miret.

Es de interés destacar que Fidel enviara a Níco López, y a José Luis Tasende y Ernesto Tizol después, para la coordinación y el control de los ejercicios militares, a pesar de su vieja relación con

<sup>150</sup> *Ibíd.*, pp. 248-250.

Miret. La razón radica en el extremo secreto y discreción con que manejaba el movimiento en gestación.

No obstante, el dinamismo político de Fidel, incrementado tremendamente por la necesidad de dar una rápida y contundente respuesta revolucionaria a la tiranía, lo llevó a valorar la utilidad de su presencia en la universidad, escenario donde en aquellos momentos se manifestaban las principales muestras de rebeldía contra el régimen.

Para ello, sin embargo, actuó con toda la perspicacia de su talento conspirativo. Sorpresivamente, el 4 de noviembre de 1952 se presentó en la colina a matricular como alumno para el recién iniciado curso académico 1952-1953. De esta manera podría burlar cualquier pesquisa policiaca, ya que la condición de estudiante justificaría su libre acceso a los predios universitarios.

Es así como dos años después de haber terminado a un mismo tiempo tres carreras universitarias, Fidel Alejandro Castro Ruz volvía a ser alumno oficial de la Universidad de La Habana en la Facultad de Filosofía y Letras. Desde luego que ahora no iba a dedicar todo su apasionamiento a los estudios, como lo había hecho en el curso 1949-1950 cuando examinó y aprobó 32 asignaturas en solo 12 meses.<sup>151</sup> Otro objetivo distinto, superior, tenía delante a cumplir.<sup>152</sup>

*El testimonio de Armando Hart, refiere de manera bien ilustrativa la primera ocasión en que trató personalmente a Fidel y resultó impactado por su personalidad:*

En el local del Partido Ortodoxo, situado en Prado 109, un grupo de jóvenes sostenía una polémica acerca del tipo de jefe que asumiría la dirección o el mando de la revolución. En aquella ocasión, Fidel defendió el criterio de que surgirían dirigentes totalmente nuevos y diferentes a los que por entonces tenían vigencia política.

En la encendida polémica, desatada en el viejo caserón de Prado, fui uno de los pocos de aquel grupo de personas jóvenes –no puedo decir exactamente que todos eran realmente jóvenes, porque algunos tenían ideas bastante viejas– que coincidió plenamente con Fidel.

<sup>151</sup> Las calificaciones obtenidas por Fidel en esos exámenes fueron un aprobado (de 60 a 69), 8 aprovechados (de 70 a 79), 5 notables (de 80 a 89) y 18 sobresalientes (de 90 a 100 puntos). Con esas 32 asignaturas examinadas en un año, completó el doctorado en Derecho, la licenciatura en Derecho Administrativo y la licenciatura en Derecho Diplomático, y avanzó en el completamiento de los doctorados en Ciencias Sociales y en Filosofía y Letras, de los cuales desistió para dedicarse fervorosamente a las luchas sociales y políticas.

<sup>152</sup> *Ibidem*, pp. 277-278.



De Prado 109 salí junto a Fidel. Recorrimos varias calles de La Habana, y él –su brazo sobre mi hombro, como acostumbraba muchas veces hacer– me estuvo insistiendo en el tema. Me sorprendí cuando se interesó en el hecho de que yo visitaba las oficinas de la FEU con un grupo de compañeros, para aprender el manejo de las armas. Me pregunté cómo podía él saber aquello.

Después del asalto al Moncada pude apreciar que el responsable de la FEU en la organización de esta actividad era uno de los participantes de aquel hecho heroico, es decir, Pedro Miret. Desde entonces me percaté de que Fidel conocía, a través de Pedro, a muchos de los que iban a las oficinas de la FEU con intenciones insurreccionales”.<sup>153</sup>

### ***Dentro de cuatro días, les cobro ese dinero***

A finales de diciembre de 1952, justamente siete meses antes del ataque al Moncada, en la finca Ácana, provincia de Matanzas, una treintena de obreros agrícolas, empleados de esa finca, llevaban más de seis meses sin percibir salario alguno.

Una disputa entre los propietarios y un arrendatario del inmueble –lógica manifestación del régimen de tenencia de la tierra y de explotación– motivó que los trabajadores de Ácana no cobraran sus haberes correspondientes a ese largo período de tiempo, a pesar de ser ellos ajenos al litigio.

Todo cuanto hicieron resultó inútil. No fueron pocas las denuncias hechas a las autoridades, ni pocas las discusiones con sus respectivos empleadores.

El día 27 de diciembre, los trabajadores agrícolas de la finca recibieron sorpresivamente la visita del doctor Fidel Castro, quien se identificó como “un abogado de La Habana que viene a ayudarles a resolver el problema que ustedes tienen y tratar de que les paguen los adeudos”.

El total de la deuda era de más de cinco mil pesos, y los campesinos, según expresa, “temimos que aquello (la visita de Fidel) fuera una maniobra de los dueños y el arrendatario”. El joven abogado los convenció de sus justos propósitos y los campesinos depositaron en él su confianza. Algunos, sin embargo, tuvieron que esperar hasta

<sup>153</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 100.



el éxito de la gestión hecha por Fidel para convencerse de que no se trataba de un ardid.<sup>154</sup>

*Paulino Perdomo Ramos, quien era en esos momentos jefe de uno de los grupos de obreros agrícolas de la finca Ácana, contó a un grupo de periodistas:*

Y ese día, como les decía, llegó Fidel. Vaya, llegó como ustedes, de sorpresa, sin nadie esperarlo y pregunta: “¿Quién es aquí Paulino Perdomo?”.

Hay unos compañeros que le dicen que soy yo y le indican el lugar donde yo estaba, que era por allá arriba, y llega y me dice así: “Paulino, mire, yo vengo aquí desde La Habana. Soy Fidel Castro, abogado y vengo a cobrar el dinero que les deben a ustedes ahí, en la finca. Si ustedes me dan un poder (...) Si no (...)”.

Entonces yo le corté la palabra y le digo: “Mira, chico, me extraña que un abogado de La Habana, joven, sin nosotros mandarlo a buscar, desinteresadamente como tú dices –yo le digo tú porque yo era una persona de edad y él entonces era casi un muchacho– venga a esto, así, así. Me extraña esto. A mí me parece que esto es una maniobra de los dueños, para que nosotros te demos el poder, ¡y así no vamos a cobrar más nunca!”.

Entonces, él responde, sereno: “Mira, no es eso. Yo lo que quiero es que tú me busques un lugar donde reunir a los trabajadores (...) Ya estuve allí, en el sindicato, y me negaron el local, estuve en el municipio y tampoco quisieron”.

La verdad es que ya él había estado en esas gestiones del local pero nadie de esa gente quiso, ¿no? El sindicato estaba entonces en manos de los mujalistas ¿no? eso fue en el año 1952.

Yo lo miro, me quedo pensando y le digo: “Bueno, mi casa es un poco chiquita (incluso yo le había echado el piso el día antes, pues era de tierra), pero allí podemos ver la cosa.

Fuimos y él mismo, con esas cosas que tiene él, de agilidad, de gente activa, llegó y acondicionó los pocos tarecos que teníamos, y le dijo a la vieja que hiciera “un poquito de café”.

Bueno, todo eso fue muy activo en él, de manera sencilla, natural, muy espléndido en su forma de actuar.<sup>155</sup>

<sup>154</sup> Santiago Cardosa Arias: “Presencia de Fidel en la finca Ácana, Matanzas”, *Antes del Moncada*, p. 240.

<sup>155</sup> *Ibidem*, pp. 243-244.



Él nos dijo: “Les doy mi palabra de honor de que si ustedes me dan un poder, yo, dentro de cuatro días, les cobro ese dinero”. Y entonces yo le digo: “Oiga, abogado, el problema de la palabra de honor en ustedes puede tener mucho valor, pero en nosotros, vaya, no tiene ese valor, porque ignoramos lo que significa la palabra de honor en muchos casos. El problema es que ya estamos *escama’os*, ya no creemos ni en la palabra de honor (...)”.

Y él volvió y ratificó lo que decía. Y yo entonces le dije: “Mira, no obstante, yo personalmente, te doy el poder. Ahora bien, los compañeros tienen la palabra y pueden decir, ¿no?”. Pero los compañeros dijeron: “No, Paulino, lo que tú hagas está bien; nosotros lo aceptamos si tú lo ves bien (...)”.

Cuando los compañeros dijeron eso, él cogió un papel, se sentó en una mesita y ahí mismo escribió el acta, el poder ese, y lo firmamos. Eso fue el día 27 de diciembre de ese año, de 1952, como a las cinco de la tarde. Después dijo: “Mañana no, pero pasado mañana, más o menos como a esta hora, ustedes van a tener aquí un telegrama donde les diré cómo van las gestiones”. Y entonces él salió para La Habana.

...  
Él andaba en una máquina toda vieja (...) una que incluso le faltaba una puerta (...) Óigame, efectivamente, al tercer día, se me apareció el mensajero del Correo con el telegrama (...) Decía: “Las gestiones van bien, Fidel”.

...  
Mire, yo le voy a seguir la historia (...) Cogí el telegrama y salí para casa de los compañeros y les digo: “Oigan, yo creo que vamos a ganar la batalla. Miren esto: el hombre está cumpliendo. Dice que las gestiones van bien”. Bueno, yo les digo a ustedes ahora, que el día 31, como a las diez de la noche, todos nosotros estábamos cobrando, recogiendo los cheques con lo que nos debían a cada uno [...]

...  
[...] Él mismo vino a pagarnos. Bueno, el que nos entregó los cheques fue el compañero Gildo Fleitas, que como usted sabe estaba aquí administrando una parte de la finca, ¿no? Pero vaya, el pago se hizo con Fidel presente. Hay una cosa: como los trabajadores estábamos divididos por eso que le dije de que unos trabajaban para los dueños y otros para el arrendatario, pues el mismo Fidel fue y buscó al grupo de Sabanilla y al de Cidra; buscó al arrendatario y a uno de los dueños, y ahí, después que armonizó a todos, o al menos, cuando todos estuvieron de acuerdo, entonces se pagó el dinero.

Yo recuerdo que en esa oportunidad vino con un joven rubio, algo rubio, un poco bajito, ¿no?, pero que nosotros no supimos quién era: eso no lo investigamos, porque entonces, figúrese, ¿quién podía saber que siete meses más tarde Fidel iba a asaltar el Moncada, allá en Santiago de Cuba? Eso era lo menos que uno podía imaginarse (...) Yo le estoy diciendo que incluso cuando eso ya hablaba con él de mis dudas. Yo le dije eso de mis dudas a él entonces y que yo pensaba que su presencia aquí podía ser una maniobra de esa gente de la finca.<sup>156</sup>

También recuerdo que cuando nos pagaron, después que se entregó el último cheque, Fidel dijo allí unas palabras (...) Pero antes déjeme decirle que todos nosotros, viendo lo que él había hecho, quisimos, cosa de uno, del agradecimiento, ¿no?, quisimos darle al menos dos pesos cada uno de nosotros, para la gasolina del carro, pero él ni siquiera eso aceptó. Él nos había dicho que él no cobraría ni un centavo por su gestión, y sin embargo nosotros acordamos hacer eso: ponerse cada uno con dos pesos, para la gasolina, pero ¡él no quiso aceptar nada...!

Y bueno, al final, fue que dijo unas palabras (...) ¡Ah!, pero espera, que esto se me olvidaba: recuerdo que cuando él estaba haciendo el acta –y claro que yo no sabía su posición política, ni nada de eso–, yo me le acerco y le digo: “La actitud tuya se parece a la de nosotros, a la de los comunistas: una actitud desinteresada”.

Y él me dice, mirándome con los ojos de confianza: “Si llegara a triunfar algún día mi programa sería el mismo de los comunistas: la nacionalización (...)”.<sup>157</sup>

Debo decirle que hubo una cosa que a mí me cayó bien, que estuve de acuerdo y me dio confianza. Y es que cuando él iba a empezar a escribir el poder, el acta esa, yo le dije a Fidel: “Mira, lo vamos a hacer como tú nos dices (...) pero con estas condiciones: en el acta debes poner que si a partir de los cuatro días que tú nos das de plazo no has cobrado el dinero, entonces nosotros, con esa misma acta, te podemos desautorizar y quitarte el poder que te damos”. Yo tengo que decirle eso entonces porque es que a mí me parecía aquello una maniobra.

Por eso se lo dije. Y él dijo muy confiado: “Sí, de acuerdo. Yo voy a hacerlo como tú dices”. Y Fidel lo escribió como yo decía. Eso me dio confianza, aunque, de verdad, yo no estaba convencido

<sup>156</sup> *Ibíd.*, pp. 244-246.

<sup>157</sup> *Ibíd.*, pp. 246-247.



del todo de que íbamos a cobrar ese día. Y ya usted vio que sí, que cobramos.<sup>158</sup>

*Cuando le preguntaron a Santiago Anisio Ruiz, antiguo obrero agrícola de la finca Ácana, sobre los aspectos que más le habían llamado la atención de aquellos hechos, respondió:*

Lo primero fue el desinterés de Fidel, a quien nosotros no habíamos visto ni en sombra. Lo que hizo, ya le dije, es cosa que impresiona (...) Hay otra cosa que se me olvidaba, es la memoria que tiene. ¿Usted sabe lo que es que él nos ve en casa de Paulino, nos va preguntando el nombre y apellido a cada uno, y después, el día del pago, nos lo va diciendo cuando le pasamos por el lado? ¡Óigame, eso es increíble! Usted veía que uno estaba allí, esperando, y él nos va diciendo: “Usted es fulano de tal”, y al otro: “Y usted es mengano de tal”. ¡Yo creo que hay pocas personas con esa memoria! Nosotros éramos más de treinta, y casi nos dijo el nombre y apellido a cada uno.

Vimos eso y dijimos, ¿pero cómo puede ser, si ni siquiera nos tenía anotados en un papel, en nada?

Después [...] habló [...] de que lo que hacía falta era venir de Oriente con quinientos o seiscientos hombres (...) ¡Ah!, ahora recuerdo también: dijo que si él algún día llegaba a ser alguien, que él iba a hacer la Reforma Agraria (...) Pero, bueno, figúrese, en aquel tiempo, cuando yo era incluso analfabeto –me alfabetiqué en el 1961, cuando la Campaña de Alfabetización–, ¿quién podía pensar en que eso sería así, que aquello era una cosa en serio?<sup>159</sup>

### ***La juventud del centenario de José Martí***

Abría el año 1953 con la crisis definitiva entre la dirigencia del Partido Ortodoxo. El martes 13 de enero se escindía su consejo director nacional cuando se intentó discutir la línea de no pacto con otros partidos políticos. A partir de ese momento, el partido quedó dividido en tres fracciones irreconciliables, tras una tumultuosa asamblea que terminó a golpes. El incidente promovió aún más el descontento de los jóvenes revolucionarios ortodoxos. Allí, y polarizando ese sen-

<sup>158</sup> *Ibíd.*, pp. 249-250.

<sup>159</sup> *Ibíd.*, p. 255.

timiento, se alzó entre ellos la voz de Fidel: “Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer una revolución”.<sup>160</sup>

*Armando Torres Santryll, recordando aquellos días, relata:*

Ya en enero de 1953, al cumplirse el centenario del nacimiento de Martí, en la universidad se vislumbraba una mejor cohesión entre los jóvenes, tanto los de la universidad como otros ajenos a ella que concurrían a aquellas reuniones. Por entonces la FEU convocó una reunión a la que asistió Fidel a nombre de la Juventud Ortodoxa; Flavio Bravo, que hablaba a nombre de la Juventud Socialista; Léster Rodríguez a nombre de la Juventud Martiana; Quino Peláez, que era presidente de la FEU y nosotros, en representación de la Juventud Auténtica. Fidel, una vez más abogó por la unidad de todas las fuerzas juveniles y planteó la necesidad de rendirle un homenaje a Martí, y que ese homenaje debía hacérselo la juventud. Y volvió a plantear que esta iba a ser y debía ser la juventud revolucionaria que luchara con el pensamiento de Martí, y que de ella debía surgir la juventud del centenario de José Martí.

Entonces se organizó el desfile de las antorchas para rendirle homenaje a José Martí. Durante ese desfile –y esto es una apreciación personal– notamos que se estaba vertebrando por parte de Fidel un movimiento efectivo, con fuerza real [...]<sup>161</sup>

*Entre esos hombres encabezados por Fidel, estaban muchos de los que asaltarían el 26 de julio de 1953, los cuarteles de Santiago de Cuba y de Bayamo. A ellos la historia les otorgaría un honroso nombre: la Generación del Centenario.*

### ***La marcha de las antorchas***

Durante la noche del 27 de enero, en tanto frente al Capitolio se desarrollaba el acto oficial patrocinado por el régimen, filas de estudiantes y gentes del pueblo arribaban ininterrumpidamente al área universitaria hasta integrar una enorme masa bulliciosa. La Plaza Cadenas y la monumental escalinata quedaron abarrotadas. Una visión de distancia descubría la fantástica perspectiva de miles de serpenteantes lengüetas de fuego que comenzaron a deslizarse hacia Infanta y San

<sup>160</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 129-130.

<sup>161</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: antecedentes y preparativos*, p. 164.



Lázaro a las 11:30 de la noche. Cada uno de los manifestantes llevaba una antorcha en alto.

Varios carros con equipos de los noticieros cinematográficos y de la televisión se adelantaban tomando escenas del desfile que estaba encabezado por una gigantesca bandera sostenida por muchachas universitarias y de la enseñanza media. Detrás, el ejecutivo en pleno de la FEU.

El río de llamas bajaba por San Lázaro hasta la calle Espada. Sobre la marcha se sumó el contingente que acababa de clausurar el congreso juvenil martiano. Las mujeres martianas aportaban otro nutrido bloque.<sup>162</sup>

*Aida Pelayo, presidenta del Frente Cívico de Mujeres Martianas, en un testimonio escrito expresó:*

Mas, la sensación de la noche fue una columna como de 500 jóvenes, perfectamente formados, que iban detrás de Fidel. Se veía que estaban bien entrenados por la demostración de disciplina y cohesión que dieron. Cuando se empezó a corear los gritos de “¡Revolución!, ¡Revolución!”, resaltaban las voces de estos jóvenes. Era un torrente atronador que hizo más espectacular la nutrida manifestación”.<sup>163</sup>

### ***Yo no estaba clandestino***

*En una entrevista que realizara el intelectual nicaragüense Tomás Borges a Fidel Castro, este confiesa:*

Batista nos subestimaba, estaba preocupado por otros líderes, por otras organizaciones políticas que tenían millones de pesos, que tenían armas, y a nosotros nos menospreciaba, lo cual nos ayudó muchísimo a hacer todo el trabajo en la legalidad antes del asalto al cuartel Moncada; ¡todo en la más absoluta legalidad, yo no estaba clandestino! Por demás me alegro muchísimo, porque a mí siempre me costó mucho trabajo estar clandestino, puesto que me descubrirían por la figura. Yo podía pintarme el pelo de un color o podía hacer cualquier otra cosa, pero mis experiencias como hombre clandestino fueron siempre un fracaso, porque inmediatamente me descubrirían. Así que yo solo podía trabajar en la legalidad.<sup>164</sup>

<sup>162</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 131-132.

<sup>163</sup> *Ibidem*, p. 132.

<sup>164</sup> Fidel Castro: *Un grano de maíz*, p. 293.

El 15 de enero [de 1953], como protesta a la profanación del busto de Julio Antonio Mella frente a la escalinata universitaria, los estudiantes se lanzaron a la calle en dos oportunidades en enérgicas manifestaciones, siendo agredidos a tiros por fuerzas policiacas. En una de esas oportunidades caía gravemente herido el estudiante Rubén Batista. Tras una larga agonía de un mes falleció el 13 de febrero. Entre la enorme manifestación en que se transformó su sepelio, el día 14, marchaba Fidel.

Las masas, enfurecidas, gritaron su odio a la tiranía después del sepelio, en el retorno desde el cementerio hacia la Universidad. En el trayecto, fue apedreada y averiada la residencia de la batistiana Margarita de la Cotera y un auto que circulaba con una banderilla del 4 de septiembre, símbolo del régimen.

Ese mismo día se inició causa por desorden público, ante la Sala 5ta. de la Audiencia de La Habana, contra Fidel y la luchadora ortodoxa Aida Pelayo, presidenta del Frente Cívico de Mujeres Martianas, a quienes se imputaba la responsabilidad de los hechos. El juicio, señalado para el 10 de junio, nunca llegó a celebrarse. El día 5 de ese mes fue dejado sin efecto por la ley decreto de amnistía 885 de 1953.<sup>165</sup>

### ***El gobierno tiene la palabra***

Ocho días antes de estos incidentes ocurridos después del sepelio de Rubén Batista, la revista *Bohemia* publicaba un desafiante escrito contra el gobierno por la destrucción de valiosas mascarillas –entre ellas la de Eduardo Chibás– estatuillas de Martí y otras obras de arte en el estudio del escultor Manuel Fidalgo.

La fechoría, cometida por fuerzas policiacas, obedecía al simple hecho de que al pie de las estatuillas, elaboradas en grandes cantidades en aquel Año del Centenario, el escultor había grabado el pensamiento martiano: “Para Cuba que sufre”.

...

La denuncia así divulgada tenía el respaldo gráfico de cuatro fotografías que evidenciaban los hechos. Estaba firmada por Fidel Castro (...) con fotografías tomadas por Fernando Chenard. Cinco meses después Chenard resultaría uno de los hombres que entregó su vida en los sucesos del 26 de julio en Santiago de Cuba.

Conocido el autor, el emplazamiento a la tiranía y el matiz enérgico con que fue hecho no causan hoy asombro. Sin embargo, sí es

<sup>165</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 41.



destacable otro aspecto: la capacidad de maniobra y aprovechamiento táctico para la utilización de todos los medios posibles de lucha política por parte del jefe del movimiento, de acuerdo con cada diferente coyuntura.

En esos días, el gobierno había celebrado a su manera, dentro de una rígida esfera oficialista –verdadero torneo de fariseísmo tribunicio, lujosos brindis y ceremoniales ausentes del pueblo– el natalicio del Apóstol. Con decenas de personalidades extranjeras de visita en el país, la tiranía se vio precisada a ofrecer una fachada liberal, incluida la prensa, al menos mientras durasen los festejos.

Ocurrido lo del escultor Fidalgo precisamente en esos momentos esta coyuntura especial fue aprovechada por Fidel para golpear al régimen a través del órgano de prensa semanal de mayor tirada en el país. Era la primera vez que utilizaba la prensa legal desde que Batista había dado el golpe. El último trabajo suyo anterior a este –difundido por este tipo de medio– había sido una de sus denuncias contra Prío, publicada por *Alerta* cuatro días antes del golpe.<sup>166</sup>

*Expresa Fidel en su memorable denuncia:*

Han transcurrido cinco días, y en el momento en que redacto esta breve información el gobierno no ha dado todavía una explicación a los sucesos de El Calvario, ni Fidalgo ha aparecido todavía.

Fue el viernes, dos días después del natalicio de Martí: a las diez de la mañana se presentó un grupo de perseguidoras frente a los talleres del conocido escultor en El Calvario; allí comenzó el destrozo que continuó después en sus estudios situados a dos cuadras más arriba. Como de costumbre carecían por completo de mandamiento judicial; jamás lo han usado.

No fueron los agentes los que iniciaron la fechoría: fue el capitán Oscar González de la 14ta quien dio el mal ejemplo. Tomando una mascarilla de Eduardo Chibás, la lanzó furiosamente contra el suelo; luego, agarrando una de las estatuas de Martí, dijo que se la iba a hacer comer a Fidalgo y después lo iba a poner a fabricar estatuas de Batista.

Aquello fue una orden: docenas de estatuas de Martí rodaron destrozadas a puntapiés, el resto las cargaron en un camión de desperdicios y las tiraron en un rincón de la Estación; las mascarillas de

<sup>166</sup> *Ibidem*, pp. 42-43.



Chibás fueron pulverizadas con innoble saña; cuanto busto de patriota había allí lo tiraron por el suelo o lo cargaron también para la Estación; a una virgen de la Caridad le arrancaron la cabeza, otras desaparecieron. De los moldes no quedó uno entero, para evitar la reproducción.

Gracias a Chernard, bravo y audaz colaborador de *Bohemia*, hemos obtenido pruebas irrefutables, pese a la ocupación militar del local y a la intransigente negativa a darle acceso a la prensa.

Además Fidalgo tenía una bella colección de manos famosas, copia natural de la mano de cada personaje. Allí estaban la de Roosevelt, la de Chibás, la de Coyula, Miguel Á. Quevedo, Guido García Inclán, el juez Justiniani, y otras personalidades políticas y científicas de todo el orbe. Producto del trabajo de toda la vida del artista, era considerada única en el mundo. A estas horas no se sabe cuántas quedan sanas después de haber volcado contra el suelo las cajas que las contenían.

Ese mismo día, María Mantilla entregaba a Batista los grillos que torturaron los tobillos del Maestro, y en el auditorio preparaban una brillante recepción a ilustres intelectuales que visitaban la patria sin libertades de Martí.

El crimen de Fidalgo era haber puesto al pie de sus estatuas aquellas palabras del Maestro pronunciadas en un momento similar a este “Para Cuba que sufre (...)”.

De este modo, la obra entera de Martí habrá que suprimirla, arrancarla de las librerías y bibliotecas, porque toda ella, pletórica de amor a la patria y al decoro humano, es una perenne acusación a los hombres que hoy gobiernan contra su voluntad soberana al pueblo de Cuba.

Y, ojalá que sea solo lo que han hecho contra Fidalgo, destruirle su obra de artista honrado, cuyas manos solo han esculpido figuras de próceres; ojalá no hayan destruido también su existencia.

Fidalgo no es hombre de sensacionalismos, ni notoriedades. A estas horas, miércoles por la tarde, ya alarma a la ciudadanía su ausencia inesperada e injustificable. Hemos sido prudentes hasta ahora en este punto, es demasiado serio para especular con esto, pero es demasiado grave para perder el tiempo. No queremos prejuzgar, pero ya los indicios están acusando (...) El gobierno tiene la palabra.<sup>167</sup>

<sup>167</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. I, pp. 317-319.



# HACIA EL MONCADA



## ***Cada 500 años nace un hombre como ese***

*Mientras agonizaba Rubén Batista Rubio, en el hospital “Calixto García” se reunían noche tras noche, decenas de personas para conocer de su estado. Todos esperaban en cualquier momento el fatal desenlace. Allí conoció Renato Guitart a Fidel Castro.*

*No existe testimonio de lo que esa noche hablaron los dos revolucionarios, pero sí de la profunda impresión que dejó Fidel en el joven oriental.*

[...] Relata su padre que, al regresar a Santiago de Cuba, Renato le dijo entusiasmado: “Estuve en el hospital a ver a Rubén y allí conocí a un muchacho que es un fenómeno, ¡qué mentalidad!, ¡qué atractivo!, ¡ese sí es un revolucionario, papá! Es un temperamento de mucho empuje, vive muy adelantado. ¡Mira, cada 500 años nace un hombre como ese!”. Le pregunté quién era, y me contestó: “Se llama Fidel Castro”.<sup>168</sup>

## ***El punto exacto de un cambio táctico***

*El viernes 13 de febrero de 1953 falleció Rubén Batista. El pueblo estaba indignado por el asesinato del joven. Al día siguiente, el cortejo fúnebre que partió de la Universidad de La Habana y lo acompañó hasta el Cementerio de Colón, superaba las treinta mil personas.*

Sin embargo, la expresión de las masas el 14 de febrero iba a señalar otro hecho realmente significativo en el inmediato acontecer nacional; el punto exacto de un cambio táctico en el emergente movimiento revolucionario encabezado por Fidel: la evitación de situaciones que atentarán contra el proyecto principal de enfrentamiento a la tiranía, que ya en esos primeros meses de 1953 maduraba aceleradamente.

<sup>168</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. I, p. 320.



Hasta ese momento, el movimiento había aprovechado cuanta oportunidad se presentaba para golpear de cualquier manera al régimen. La participación en acciones de masas había sido una de sus peculiaridades desde los primeros días. Aún antes de integrarse la organización, intuitivamente, por necesidad de manifestar su rechazo a la tiranía, sus miembros así lo habían hecho desde el mismo 10 de marzo, cuando muchos de ellos acudieron a la universidad.

Marzo 16 y agosto 16, peregrinaciones ortodoxas a la tumba de Chibás, y la silenciosa convergencia del 1ro de Mayo frente a la de Carlos Rodríguez fueron acciones de masas en las que participaron muchos de los futuros moncadistas.

Durante todo 1952 la universidad, con la ebullición estudiantil, había sido frecuentemente escenario propicio. Allí, la campaña de juramento de fidelidad a la Constitución y los actos simbólicos de su velorio y entierro. De allí, la manifestación del 8 de mayo hacia la tumba de Guiteras. Allí, la conmemoración popular del cincuentenario de la república el 20 de mayo. Allí, el 27 de noviembre, la recordación a los estudiantes de Medicina de 1871.

En todas ellas, la presencia de aquellos hombres dispuestos a ofrendar sus vidas por sus ideales. Salidos de las entrañas mismas del pueblo era normal que aquel grupo revolucionario manifestara su rebeldía ante el despotismo en las expresiones masivas del pueblo al que pertenecían.

La utilización de prensa y de radio clandestinas atendía a los mismos principios de vinculación a las masas y de su maduración para el combate.

Otras consideraciones hacían justificable esta táctica. Los actos de masas se desdoblaban en acciones de acoso político al régimen; lo forzaban a descubrir su naturaleza represiva a la vista de todo el mundo. Las acciones de masas servían, asimismo, para despertar y desarrollar un estado favorable a la rebelión.

En lo que se refiere al movimiento en sus relaciones externas, servían para contactar entre las masas a personas con las condiciones necesarias para su ingreso en la organización. E interiormente, resultaban un método determinante para la concientización, disposición y disciplina de sus miembros, factores decisivos a la hora de las evaluaciones selectivas.

El agitador revolucionario existente en Fidel supo establecer hasta qué momento fue correcto el empleo de esta táctica, de acuerdo con el avance y ajuste en cada fase de su proyecto revolucionario.

El análisis del itinerario seguido para la participación en acciones de masas así lo denota. Todo parece indicar que dada la marcha del plan de adiestramiento y, en general, del nivel de organización y preparación del movimiento en su aspecto militar, ya hacia fines de 1952 comienza un espaciamiento consciente en ese tipo de participación. El 10 de octubre no se registra acción. Se aprovecha el 27 de noviembre, pero el 7 de diciembre –en plena dedicación a la selección militar combativa– tampoco aparecen vinculados a ninguna expresión masiva.

El 28 de enero, con su tremenda carga ideológica y revolucionaria especialmente en ese año 1953, era fecha imprescindible para quienes con su acción ganarían al precio de sus vidas el título de Generación del Centenario. La marcha de las antorchas y el desfile del siguiente día al Parque Central, dentro de esta tesis, debió cerrar el ciclo de las participaciones públicas de los cuadros del movimiento. Solo que al acontecimiento que conmovió la conciencia del pueblo y movió unánimemente a las masas el 14 de febrero no podía sustraer su presencia rectora la generación del decoro.

Pero a partir de ese instante el movimiento, como tal, se inhibió de participar en actos de masas. Era preciso eliminar riesgos que pusieran en peligro el objetivo esencial. Se preparaba en secreto, a paso rápido y firme, para dar inicio a la gesta que iba a desatar en Cuba un proceso revolucionario que cambiaría el curso de nuestra historia.

La próxima vez que Fidel y sus seguidores participaran en una acción pública, cinco meses más tarde, el grito de arenga –centelleante llamado a la conciencia y la acción del pueblo– estaría acompañado del estruendo de fusiles frente a los muros del Moncada.<sup>169</sup>

### ***Todavía nosotros no teníamos un plan propio***

*Por esos meses el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) encabezado por Rafael García Bárcena tenía el plan de tomar la mayor fortaleza militar del país con la ayuda de un grupo de oficiales del ejército.*

Lo cierto es que el plan de toma de Columbia del MNR era ampliamente conocido en los denominados medios insurreccionales,

<sup>169</sup> *Ibidem*, pp. 325-327.



muchos de los cuales estaban infiltrados por agentes enemigos. Su aplazamiento, desde el 8 de marzo al 5 de abril, acrecentó aún más las grietas para la filtración del plan a los cuerpos represivos, incluido el momento que se señalara para su ejecución.

Al igual que Fidel, que estuvo en contacto con García Bárcena para su posible participación, hubo más de una decena de casos similares. En una oportunidad, incluso, García Bárcena se reunió con Fidel, Abel y Montané en el apartamento de 25 y O y les explicó todos los detalles del plan.

“Dijo que él tenía contacto con varios militares, que el plan no tenía caída, que le iban a abrir las puertas de Columbia” –ha relatado Montané–. “Entonces nosotros le dijimos que nos habíamos enterado por fuera, que lo alertábamos a él, porque el plan era bastante conocido. Pero Bárcena respondió que eso era bueno porque despistaba al enemigo. No se puede negar que en el MNR de Bárcena había muchos de buena fe, pero con una gran ingenuidad. El mismo Bárcena era un hombre bueno pero de una ingenuidad absoluta, no pegado a la tierra”.

Muchos años después, Fidel aclararía la naturaleza de sus relaciones con García Bárcena en aquellos momentos:

“Cuando García Bárcena fue a hablar conmigo, yo le dije: ‘No busque a más nadie’. Yo sabía que había un montón de organizaciones que tenían 20, 25 gentes, y que tan pronto él empezara a hablar se enteraba todo el mundo, porque había muchos que estaban en varias organizaciones. Le dije: ‘Si usted tiene un plan vamos a analizarlo y vamos a buscar las armas, que nosotros tenemos gente suficiente para llevarlo a cabo, si es que de verdad existe una posibilidad de éxito’.

”Todavía en aquel momento, marzo de 1953, nosotros no habíamos hecho nuestro plan. Todavía, en nuestro afán de cooperar con el que quisiera luchar, estábamos dispuestos a sumarnos a quien diera el primer paso al frente, y él decía que tenía sólidos contactos. Por eso yo le dije: ‘No hable con más nadie.’ Y, en realidad si él no habla con otros más, nosotros atacamos Columbia y no se enteró nadie previamente.

”Pero, a los pocos días, Bárcena había hablado con 200 gentes diferentes, con todas las organizaciones, con todo el mundo. Ese fue el problema. Era la acción más anunciada de la historia de Cuba. Entonces, nosotros decidimos no participar. Si él se pone de acuerdo con nosotros, hubiéramos hecho un plan y lo habríamos ejecutado,

aunque, a mí no me gustaba la idea de tomar Columbia. Pero yo me decía: ‘Bueno, puede resultar si efectivamente él tiene cuadros militares dispuestos a rebelarse’.

”Todavía nosotros no teníamos un plan propio. Todavía en aquel momento estábamos trabajando para coordinarnos con los demás. Nosotros no teníamos armas, pero se contaba con que vendrían armas, que habría armas aquí. Por eso le infiltramos 360 hombres a la Triple A,<sup>170</sup> para coger de las armas que se anunciaba serían entregadas para combatir. Pero nunca dieron nada. En esa situación, lo último que nos decidió a nosotros a asumir un plan propio fue el fracaso de García Bárcena”.

La participación en el proyecto del MNR fue discutida en la dirección del movimiento. No obstante la ansiedad de todos por entrar en acción contra la tiranía, que llevaba a muchos a querer participar en ese intento, Fidel hizo ver su inconsistencia. Abel fue el primero en comprender los planteamientos de Fidel y, finalmente, se decidió no participar.

En la certeza del fracaso de ese plan, Fidel orientó entonces a sus más cercanos colaboradores para que no estuvieran en sus casas en esos días, a fin de eludir cualquier operación represiva que pudiera generalizarse. Montané partió para Isla de Pinos. Abel, Haydée y Melba, hacia Las Villas. Otros tomaron similares rumbos. Fidel aprovechó la ocasión para viajar hasta Palma Soriano y Santiago de Cuba, donde empezó a instruir medidas prácticas para las futuras operaciones que ya estaba proyectando.<sup>171</sup>

### ***Organización y disciplina del movimiento***

*Fidel, muchos años después, dirigiéndose a un grupo de estudiantes, rememora:*

Seguimos unidos a la universidad en todos los preparativos del 26 de Julio, participamos en aquellas manifestaciones, porque nosotros teníamos una fuerza, se podría decir, tuvimos pruebas de eso. Había un montón de organizaciones y había mucha gente que estaba en esta, en otra, en otra, la misma gente. Nosotros logramos tener

<sup>170</sup> Organización creada por el Partido Auténtico, a raíz del golpe de Estado del 10 de marzo, para enfrentar con las armas a la tiranía batistiana. Liderada por Aureliano Sánchez Arango, la Triple A se diluyó en la politiquería de insurrecciones fantasmas.

<sup>171</sup> *Ibidem*, pp. 339-342.



una organización de 1 200 gentes entrenadas. Usamos muchas cosas legales.

Olvidaba señalar que todo el 26 de Julio fue organizado bajo absoluta legalidad. Usamos los locales de Prado 109 del Partido Ortodoxo, allí me reunía yo con cada una de las células, las enviábamos aquí a entrenarse en la universidad y después a otros lugares. Fue un trabajo enorme, apoyándonos, fundamentalmente, en la juventud del Partido Ortodoxo que, como decía, tenía mucha ascendencia entre las masas, mucha simpatía entre la gente joven, y el 90% de los compañeros escogidos salieron de las filas de la juventud del Partido Ortodoxo sin la dirección de la juventud. Desde luego, trabajando nosotros por abajo es que se logró hacer ese reclutamiento; así algunas regiones dieron mucha gente, muy buenas, como Artemisa y, en general, todas.

De esos solo pudimos emplear nosotros alrededor de 160 en el Moncada, pero por cada hombre que empleamos en el Moncada y en Bayamo ocho no pudieron participar. Realmente pudimos hacer una buena selección de los grupos que avanzaron hasta allá, pero todo en la legalidad.

Eso tiene muchas historias y muchas anécdotas interesantes de cómo fue todo aquello, todos aquellos meses que transcurrieron desde el 10 de marzo de 1952 hasta el 26 de julio de 1953. Baste decirles un dato: yo recorrí 50 000 kilómetros en un carrito que tenía, un Chevrolet 50-315; lo había comprado a crédito, a cada rato me lo quitaban, se fundió dos días antes del Moncada. Pero en aquella época nosotros alquilábamos carros, ya trabajábamos de otra forma, desde luego, supondrán ustedes, ajustada a las condiciones.<sup>172</sup>

*José Suárez Blanco, uno de los que asaltaría la posta 3 del cuartel Moncada, relata:*

La idea de Fidel era organizar un instrumento insurreccional, que encauzara la lucha por la vía armada. Fidel me encomendó la organización de ese movimiento en Pinar del Río, zona que yo conozco bien pues soy de Artemisa.

La idea de Fidel era crear un movimiento que tuviera un marcado cariz social, pues sustentábamos como base de la acción en el

<sup>172</sup> Fidel Castro: "Discurso pronunciado con motivo del inicio del curso escolar 1995-1996 en la Enseñanza Superior y de sus 50 años de vida revolucionaria", ob. cit., pp. 42-43.



poder, la erradicación del latifundio, en ese entonces, la participación de los obreros en las ganancias de los capitalistas, la reforma de la enseñanza y la eliminación del ejército profesional al servicio del imperialismo y de la reacción.

En los campos de Artemisa y Guanajay se entrenaron una buena parte de los miembros del movimiento.

Fidel me había encomendado que buscara un lugar para darles un entrenamiento relámpago sobre operaciones comando a un grupo de compañeros. Cuando seleccioné el lugar me dijo: “Consigue un par de lechones para que eso nos sirva de pretexto en caso de que nos sorprendan”.

El lugar seleccionado había sido los manantiales Martín Mesa en Guanajay. Cuando estábamos entrenándonos, un “vigía” que teníamos apostado nos avisó que venía el general Rojas con todo su estado mayor. Rápidamente recogimos las armas y le entramos a los lechones. Cuando llegó Rojas con sus secuaces, esperaron a que nosotros acabáramos y después le dejamos el sitio.<sup>173</sup>

*El Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque nos cuenta:*

[...] Y, en definitiva, las armas que vi por primera vez en mi vida fueron las que nos puso Fidel en la colina universitaria, en el Salón de los Mártires, para hacer práctica de tiro; el famoso M-1, aquel lo conocen todos los estudiantes de aquella época, y el fusil Springfield; el M-1 sin culata, que tenía la culata plegable, que pasó por las manos de todo el mundo.

Esas fueron las armas rudimentarias con que nosotros empezamos los primeros pasos, por primera vez a tener contacto con armas. En aquella oportunidad no era como ahora, que aquí en este país ya cualquiera sabe manejar un fusil y anda con el fusil.

Pedrito Miret era responsable de las prácticas [...]

Me encontré a Fidel allí, empezó a hablar de la revolución, lo que era revolución, el proceso, el atraso que implicaba el golpe de Estado, que la juventud tenía que unirse, las fuerzas vivas, que él contaba con elementos que no habían tenido complicidades con el pasado.

<sup>173</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: antecedentes y preparativos*, p. 224.



Fue mi primer contacto con Fidel. Andaba con un libro de Lenin debajo del brazo, un libro azul, con la efigie de Lenin al relieve. Ese fue el que apareció en el Moncada. Tenía un traje gris Fidel, con el cuello de la camisa como que le han dado muchos zurciditos, la camisa un poco raída (...) con el carácter firme ese.<sup>174</sup>

Además de centenares de hombres que Fidel infiltró en las demás organizaciones para ver si de esa manera podía conseguir armas, por instrucciones suyas Abel Santamaría se acercó a los grupos de acción de los auténticos a fin de establecer contacto, penetrarlos y sondear las posibilidades de obtener armamento.

Como resultado de estas relaciones se estableció la conveniencia de una demostración de la magnitud y organización del movimiento. Con ese propósito, a un ex oficial de la marina perteneciente a la Triple A le fue asignada la tarea de comprobar esos aspectos. Se prepararon diez casas en distintos lugares de La Habana y en ellas se concentraron centenares de compañeros perfectamente disciplinados, un mismo día y a una determinada hora.

Gabriel Gil, jefe de la célula de Lawton, recuerda que le dieron instrucciones de dividir su grupo en dos escuadras y citarlas para que se presentaran escalonadamente, sin despertar sospechas de los vecinos, en dos casas: una en la calle Belascoaín y, la otra, en San Rafael. Allí encontraron a otras personas. No podían hablar ni hacer ruidos que delataran la existencia de esos acuartelamientos. “Yo no sabía para que era –nos dijo en cierta oportunidad–. A mí nunca se me dijo el objetivo de aquella citación. Pasadas unas dos horas, sin que nada ocurriera, se nos informó que podíamos marcharnos hasta que volvieran a avisarnos”. Gabriel Gil vendría a conocer la causa de aquella extraña movilización durante una entrevista colectiva en la que participó (...) ¡quince años después del triunfo de la Revolución!<sup>175</sup>

*¿Cómo fue y cuáles fueron los propósitos de esa movilización cuyos objetivos desconocían la mayor parte de sus participantes? Según recogió Mario Mencía:*

El apartamento D situado en el tercer piso del edificio marcado con el número 107 de la calle Jovellar, muy cerca de la universidad,

<sup>174</sup> *Ibíd.*, pp. 178-179.

<sup>175</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. II, p. 369.

fue el segundo lugar en importancia como centro para las actividades de la dirección del movimiento. Allí vivía Melba con sus padres, Manuel Hernández y Elena Rodríguez del Rey. “Una noche hubo una revisión de tropas –es el recuerdo que retiene Melba de aquella demostración–. Aquella fue una de las operaciones más audaces de esos días. Mi casa era muy grande. Mis padres y yo la evacuamos. Cuando regresé más tarde, recibí una gran sorpresa al abrir la puerta. Aquello estaba lleno de jóvenes desde la sala hasta el fondo. Y lo más sorprendente era el extraordinario silencio que guardaban. Fidel había ordenado una ‘alarma’ y las tropas respondieron rápidamente”.

En la Universidad de La Habana Abel recogió al representante de la Triple A, y en su auto comenzó a llevarlo a los lugares de acuartelamiento. Al entrar en las casas encontraban a los hombres en atención. Preguntaba el ex oficial acerca del adiestramiento que habían recibido y cada uno respondía detalles de su preparación física, de los tipos de armas que conocían. “Yo estaba en la tercera casa que se chequeó –explica Ernesto Tizol–. El hombre estaba lívido, nervioso. Dijo que estábamos locos. ‘¿Cómo a ustedes se les ocurre hacer esto dentro de la ciudad de La Habana?’ ‘¿Y dónde lo vamos a hacer?’, le respondimos. ‘¿Ustedes no querían ver la organización y disciplina de nuestro movimiento? Todavía faltan siete casas más’. ‘No, yo no visito ninguna más. Ustedes están locos. A ustedes los van a coger presos’. Y se marchó. Después continuaron las conversaciones. Pero ellos querían los nombres y direcciones de los integrantes del movimiento y que, llegado el momento, nosotros nos sumáramos a sus filas. Fidel respondió que no, que los hombres organizados en nuestro movimiento los dirigíamos nosotros. Que lo que ellos tenían que hacer era darnos las armas para nuestros hombres y situarnos la posición más peligrosa para el combate; que a la hora de pelear estábamos dispuestos a ocupar la posición más riesgosa; que nosotros sabíamos lo que debíamos hacer en ese momento. Ahí quedaron rotas las conversaciones con esa gente”.<sup>176</sup>

### ***Un plan propio de lucha***

Cuando se produce el fracaso del MNR para la toma de Columbia, Fidel decide llevar a cabo con las fuerzas y escasos recursos de su movimiento un plan propio de lucha contra la tiranía.

<sup>176</sup> *Ibidem*, pp. 370 -371.



La limitación de recursos (toda vez que el movimiento estaba integrado en su inmensa mayoría por jóvenes trabajadores de situación muy humilde) determinó la forma que asumiría el plan insurreccional.

Como no había dinero para adquirir buenas armas de combate, en el plan se concibió arrebatarlas al enemigo. “Nosotros éramos un puñado de hombres –ha dicho Fidel–. No pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar el pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podía bastar, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen”.<sup>177</sup>

*En resumen:*

[...] durante los primeros meses que siguieron al golpe del 10 de marzo la actividad de Fidel se centró en tres direcciones principales: las actividades de agitación y propaganda encaminadas a denunciar el carácter espurio y ambicioso del régimen; el proselitismo de personas afines a su criterio de oponer una solución por vía de la violencia revolucionaria; y abogar por la unidad de todos cuantos estuvieron en disposición real de luchar a cualquier precio contra la tiranía.

En esa unidad de fuerzas Fidel no aspiraba a honores ni cargos; simplemente se ofrecía como un soldado de filas junto con el creciente contingente de hombres que lo seguían. Estos fueron sus planteamientos a la dirigencia del Partido Ortodoxo. Pero la dirigencia ortodoxa devino incapaz de conducir al pueblo en aquella especial situación de crisis institucional política. Fidel llegaría incluso a establecer contacto con otras organizaciones autotituladas insurreccionales. Sin embargo, de ninguna de ellas pudo obtener tampoco armas para combatir, ni ninguna de ellas se lanzó al combate.

Ante esta situación, y transcurrido un año sin que los que tenían recursos para ello iniciaran la lucha armada contra la tiranía, en marzo de 1953 Fidel decidió llevar adelante sus propios planes de insurrección armada popular. Ya para esa fecha el movimiento se encontraba debidamente organizado.<sup>178</sup>

<sup>177</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 136.

<sup>178</sup> *Ibíd.*, pp. 121-122.

Oscar Alcalde, asaltante del Moncada, plantea que la autoridad de Fidel jamás fue objeto de cuestionamiento, se aceptaba su liderazgo como un hecho normal, espontáneo. “Sus relaciones con nosotros eran fraternales, sobre la base del razonamiento. Nunca dio una orden en forma impositiva; buscaba siempre la opinión nuestra, para llevarnos después a la realidad las pocas veces que pudimos no haber coincidido”.

“Abel, a quien admirábamos y queríamos también entrañablemente –agrega Melba–, influía además con su ejemplo en esa formación nuestra en el respeto a Fidel. Era un respeto y una admiración que no obedecía a una norma que se nos impusiera; surgía naturalmente de la aceptación y confianza que Fidel despertaba en nosotros por su conducta, optimismo, capacidad y fervor revolucionario, ya desde aquellos primeros tiempos”.<sup>179</sup>

*Con inmensos sacrificios se recauda dinero para cubrir los gastos de adiestramiento y comprar armas. Logran colectarse más de veinte mil pesos. ¿De qué manera se manejan esos fondos?*

[...] Cuenta Pedro Trigo que una noche, después de todo un día de recogidas de dinero, pasó con Fidel frente a donde este vivía. Su pequeño hijo de tres años estaba enfermo. El apartamento, a oscuras (...) le habían cortado la electricidad. Escribió Fidel una nota para que el niño fuese visto por un médico amigo. Le preguntó a Pedro si tenía dinero encima. Los cinco pesos que Trigo pudo darle los dejó en la casa para medicinas y algún alimento, y continuaron ellos sus gestiones hasta la madrugada. En el momento que eso ocurría, Fidel tenía en sus bolsillos más de 100 pesos que ya habían recaudado ese día.<sup>180</sup>

### ***Medidas de seguridad***

[...] el movimiento cumplía cuidadosamente la norma de no incorporar ningún militar. Teodulio Mitchell lo había sido en Palma Soriano, pero ya no lo era; trabajaba de chofer en un camión de reparto de refrescos. Muy al principio del movimiento la célula de Jaimanitas dirigida por Tulio Martín y a la que pertenecían Generoso

<sup>179</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. II, p. 406.

<sup>180</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 137.



Llanes, Mario Granda, Ezequiel Barrios y Carlos Bustillo, había hecho contacto y presentado con mucho entusiasmo un cabo del ejército a Fidel. El hombre prometía armas, prometía explosivos. Bastó una sola conversación. “No sirve”, dijo Fidel. “¿Por qué tú dices eso, si el hombre es de confianza?”, preguntó Generoso sorprendido. “Habla mucho. No sirve”, fue la respuesta de Fidel.<sup>181</sup>

*Con mucho celo Fidel cuida hasta los más mínimos detalles de la operación.*

Nueva medida de seguridad; aunque Renato era de Santiago, se determina que no sea él quien se ocupe del arrendamiento y preparación de lo que ha de ser el cuartel general para guardar las armas y concentrar a los hombres que partirán hacia el Moncada. A Renato corresponderá el alquiler y preparación de varias casas que servirán de tránsito por unas pocas horas, desde la llegada de La Habana hasta la concentración final en el cuartel general. De resultar insuficientes, llegado el momento hará reservaciones en hoteles hasta cubrir el total de los combatientes. También deberá adquirir cuantas armas y parque pueda, similares a los que el movimiento acopia en La Habana, arrendar un local apropiado en Bayamo para la concentración de los hombres que tendrán a su cargo la acción en esa ciudad y, por último, elaborar un plano de las instalaciones del cuartel Moncada para precisar mejor el plan de combate.

El grupo se dedicó entonces a tratar de localizar en las afueras de Santiago un lugar que sirviera como cuartel general. Tizol recuerda que estuvieron primero por la carretera a la loma de Escandell “y, cuando estábamos bajando, en una curva muy pronunciada en que el carro tenía que venir muy despacio, vimos un campesino sobre un mulo. Al verlo, Fidel se vira y le dice:

- ¿Qué, compay, va pa'l pueblo?
- Sí, llevo un poco de café que voy a vender.
- ¿Mucho?
- No, par de quintalitos de café.
- ¿Tiene mucha tierra?
- No, tengo un caró<sup>182</sup> de tierra.

<sup>181</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. II, pp. 425-426.

<sup>182</sup> Vocablo usado en las provincias orientales de Cuba para designar una medida agrométrica equivalente a la décima parte de una caballería (1 343 hectáreas).

—¿Es suya?

—No, arrendada.

—No se ocupe, que dentro de poco va a ser suya.

”Eso a mí no se me olvida. Fidel lo dijo como la cosa más natural del mundo. Claro, yo lo relacioné con la cuestión del ataque, pero no me percataba cabalmente que sería a través de una gran reforma agraria, y no solo aquel campesino sino todos, los que lograrían posesionarse de sus tierras.<sup>183</sup>

Tizol regresó a La Habana, Fidel y Raúl Martínez viajaron a Palma. Allí radicaba la célula dirigida por Aguilera. Llegaron el viernes 3 de abril, dos días antes del apresamiento de García Bárcena y el consiguiente fracaso del asalto a Columbia.

Fue en casa de Nito Ortega donde Fidel se reunió con este, con Aguilera y Rafael Oliva. Fueron a almorzar al bar Topeca y allí se les unió Parmenio. La conversación se encauzó por diversos temas revolucionarios. Tal como se les había orientado, los grupos dirigidos por Aguilera habían suspendido los sabotajes para no arriesgar innecesariamente su seguridad. El tema agrario ocupó un buen espacio de tiempo, motivado Fidel por la presencia de Parmenio, gran conocedor de tierras y de la explotación inhumana a que estaban sometidos los precaristas cafetaleros. Siempre con ajuste a las normas de discreción vigentes en el movimiento, Fidel mantuvo en secreto las instrucciones que había dado a Renato para el arrendamiento de un local en Bayamo. El tema fundamental se centró en los mineros de Charco Redondo, hasta muy tarde en la noche cuando Fidel fue a dormir a casa de Nito.

“El siguiente día, sábado 4 de abril, fuimos a las minas de Charco Redondo —recuerda Aguilera—. Fidel se impresionó mucho con el estado en que estaban los mineros. Poco faltó para que diera un mitin, porque empezaron a reunirse los obreros y él a preguntar, a indagar el medio de vida, cuál era el motivo de la enfermedad profesional que los aquejaba y otros problemas. Prácticamente hubo que disolver allí una concentración de mineros que se formaba en torno a él. Fidel vio las minas, vio las condiciones en que ellos trabajaban. Yo no sabía en ese momento por qué tenía tanto interés por aquel lugar. No imaginaba que formaba parte del estudio de las posibilidades prácticas para la ejecución del plan que se avecinaba. Aparte

<sup>183</sup> *Ibidem*, pp. 433-434.



de que efectivamente se interesaba en los problemas obreros, también analizaba la potencialidad revolucionaria de aquel grupo de trabajadores tan cercano a Bayamo”.<sup>184</sup>

### ***Marcha de la libertad***

Poco tiempo antes del asalto al Moncada, Fidel supo que uno de los hombres de la célula de Marianao cantaba y creaba canciones, y le pidió que compusiera una música de carácter épico.

“Fue durante una de las prácticas de tiro en aquella finca de Los Palos –nos aclara Agustín Díaz Cartaya 27 años después–. Desde ese momento comencé a trabajar en tal sentido. Luego de dos semanas la completé. Originalmente se llamó *Marcha de la libertad*.”

”Un día Fidel estuvo en Marianao, en la casa de Mercedes Valdés, la mamá de Hugo Camejo, y me preguntó si había podido hacerla. Se la canté. Le agradó y así recibió su aprobación”.

La letra de la *Marcha de la libertad*, en su versión original constaba de cuatro estrofas; pero la tercera era distinta a la que hoy posee:

Marchando vamos hacia un ideal,  
sabiendo que hemos de triunfar,  
en aras de paz y prosperidad  
lucharemos todos por la libertad.

Adelante, cubanos,  
que Cuba premiará nuestro heroísmo,  
pues somos soldados que vamos a la Patria a liberar,  
limpiando con fuego que arrase con esa plaga infernal  
de gobernantes indeseables y de tiranos insaciables  
que a Cuba han hundido en el mal.

La muerte es victoriosa y gloria que al fin  
la historia por siempre recordará.  
La antorcha aurora sembrando va  
nuestros ideales por la libertad.

El pueblo de Cuba,  
sumido en su dolor se siente herido  
y se ha decidido a hallar sin tregua una solución,

<sup>184</sup> *Ibidem*, pp. 436-437.



que sirva de ejemplo a esos que no tienen compasión,  
y arriesgaremos decididos por esa causa hasta la vida,  
¡Qué viva la Revolución!

Cuando estaban en la prisión de Boniato recibirían un mensaje de Fidel orientándolos en el sentido de recoger en la letra de la marcha lo que acababa de ocurrir en Bayamo y Santiago de Cuba, y que el recuerdo de los hermanos caídos sirviera como sagrado factor para la unidad y para la continuación de la lucha.

Fue así como surgió una nueva estrofa y se completó el himno en los días de la prisión de Boniato:

La sangre que en Oriente se derramó  
nosotros no debemos olvidar,  
por eso unidos hemos de estar  
recordando aquellos que muertos están.<sup>185</sup>

### ***Fidel quería hacerme revolucionario en dos horas***

*Ramón Castro Ruz recuerda:*

Unos meses antes del asalto al cuartel Moncada, estando en Marcané, Fidel me llama por teléfono y me comunica que al día siguiente quería reunirse conmigo y me indica que el lugar de la cita sería una alcantarilla ubicada antes de entrar al pueblo de Cueto, y que por la tarde estaría allí.

Estuve esperándolo un rato, hasta que apareció acompañado de Abel Santamaría; Fidel vestía su inconfundible traje color azul sin corbata; Abel, una guayabera. Fueron en un auto viejo.

En la conversación que sostuvimos, Fidel me anticipó que preparaba un golpe que produciría al ejército del gobierno de Batista más de cuatro mil bajas; no me dijo en qué pueblo, ni con qué armamento; solamente quería que le consiguiera un dinero que en realidad yo no tenía en ese momento. Fidel quería hacerme revolucionario en dos horas y como no me decía nada en concreto de la acción, me encontraba escéptico.

Fuimos al servicentro de “Pintao” que está a la entrada de Cueto, para habilitar el auto, y allí Fidel vio a Ernesto y Calixto

<sup>185</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 67-68.



Silva, de Marcané; Róger Ricardo, hijo de un camionero, y Felito Couser, hijo del jefe de los guardajurados del batey; Fidel quería que nadie lo viera.

Después que echamos gasolina, nos trasladamos para Holguín. En el viaje acordamos que preparara un pequeño grupo en el antiguo central Marcané y en la zona de Birán, y que comprara todas las armas que pudiera, trabajo que realicé organizando un grupo de once compañeros: Víctor Rodríguez Cabrera, Reynaldo Rodríguez, Manuel Méndez Mejías, Bermúdez, Juan Mustelier, Prende, Rogelio Quevedo, Ángel Rodríguez, Arsenio González, Anastasio Castillo y Carlos Cortiña.

Posteriormente durante la guerra, murieron Ángel Rodríguez, peleando contra Sosa Blanco, cerca de la planta eléctrica que había en Cueto; y Rogelio Quevedo, que murió en Barajagua cuando hacía una exploración.

En Holguín, por la noche, Abel, Fidel y Miguel Ángel, chofer de alquiler de Marcané, y yo fuimos a una cafetería cercana al café Dalama (Barra Dalama); conversábamos mientras esperábamos que nos sirvieran cuatro cafés con leche y bocaditos. Un trío que cantaba a los clientes del bar una y otra vez dedicó a nosotros unas canciones y boleros.

Tras una pausa, el hombre de la voz prima extendió el sombrero en busca de propina y escogió a Fidel para esta acción por su porte elegante; Fidel llevó la mano al bolsillo del pantalón y puso en el sombrero del trovador tres centavos prietos o calderillas yanquis.

El artista, asombrado e indignado, profirió insultos a toda voz: “Lo único que faltaba, que este venga a hacer una limpieza ahora con nosotros a esta hora de la madrugada”. El músico tiró para la calle los tres kilos; Fidel, molesto, contestó al colerizado músico: “Chico, te di cuanto tenía, pero en fin de cuentas eso es lo que vale tu música”, y ahí ardió Troya.<sup>186</sup>

### ***24 y 25 de julio de 1953***

*Los días que anteceden al asalto del cuartel Moncada, Fidel apenas descansa. Cuida de cada detalle.*

El viernes 24 de julio transcurrió para Fidel con esa misma tónica, moviéndose entre 25 y O y Jovellar 107, entre los apartamentos de

<sup>186</sup> Roberto Silva Pérez: “Cómplice y encubridor del ataque al Moncada”, Periódico *Ahora*, 24 de julio de 1990.

Abel y el de Melba, pero, además, hizo algunas salidas especiales, siempre con Mitchell de chofer, primero en el Dodge negro y después en el Buick azul. Con Alcalde va a Calabazar. Recoge a Pedro Trigo y Ernesto González y se dirigen a Boyeros. Filiberto Zamora, jefe de la célula local no está. Continúan a Santiago de las Vegas y ocurre lo mismo con Celso Stakeman. Los lugares y actividades se suceden con vertiginosidad de vorágine. En 25 y O, instrucciones, armas, parque, despacho de hombres. Despacho de armas, parque, uniformes, hombres y órdenes en Jovellar 107. En 23 y 18, reunión con Pepe Suárez y los hombres de Artemisa y Guanajay. Al anochecer pasa por la casa de Mario Dalmau, en el Cerro; allí, un bocadito y un vaso de leche, quizás todo el alimento de ese turbulento día. Llega la noche. Y de nuevo a la carretera de Rancho Boyeros. “En la carretera tuvimos un incidente con una perseguidora que nos puso una multa por un Pare que no obedecí –dice Teodulio Mitchell–. Fidel les dijo que íbamos rápido a esperar una familia que llegaba al aeropuerto. Cuando nos fuimos de allí, comentó: ‘¿Quién les habrá dicho a estos que a esta hora llegan aviones?’.”

Recogen a Manuel Lorenzo, telegrafista de la aeronáutica civil, a quien Fidel habla de un trabajo que necesita hacer en Oriente. De Boyeros a Marianao. En Marianao al café de Raúl, en la calle 51, entrevista con Aguilera. Escala en Nicanor del Campo 303 (hoy avenida 39 No. 4804 entre 48 y 50), apartamento de Fidel, despedida de su familia. Equipaje: una guayabera y un libro de Lenin. De Marianao al Vedado, calle 11 No. 910 entre 6 y 8, casa de Naty Revuelta, donde recoge una copia mecanografiada y el manuscrito del manifiesto que le había entregado dos días antes para su reproducción mecanográfica, y le da nuevas instrucciones. De ahí, a la Calzada de Güines, a la Carretera Central, a Jamaica, de nuevo a ver a Aguilera; Nito Ortega pasa al carro de Fidel. En Matanzas coincide con Pedro Marrero [...] De Matanzas a Colón, casa de Mario Muñoz, instrucción: esperar en el entronque hacia El Cobre; desayuno. Carretera a Santa Clara. Óptica López, Cuba 18 esquina a Máximo Gómez, nuevos espejuelos para reponer los olvidados en Jovellar 107. Carretera a Placetas, Cabaiguán, Sancti Spíritus, Ciego de Ávila, Florida. Camagüey, almuerzo. Carretera a Sibanicú, Cascorro, Guáimaro, Tunas, Holguín, Cacocum, Cauto Cristo (...)

Cuando están próximos a Bayamo, Teodulio Mitchell va dando alcance a un carro verde. Más cerca, ve que es un Oldsmobile. Reduce la velocidad. Sí, se trata de Ernesto Tizol. Al pasarlo, Fidel



hace señas para que lo siga. Uno detrás del otro entran en Bayamo, alrededor de las seis de la tarde del sábado. Ambos se detienen frente a las oficinas de los ómnibus La Cubana y conversan durante un rato en la acera. Fidel piensa dejar a Tizol en Bayamo, pero después recuerda que, anteriormente, le ha fijado la misión de partir de Santiago a Bayamo al frente de una columna para reforzar esta avanzada frente al Cauto cuando tomen el Moncada, y decide que continúe el viaje. Manda a decirle a Abel que ya él se encuentra en Bayamo y que después seguirá para allá. Tizol parte en su auto a cubrir el último tramo que le resta para llegar a Santiago de Cuba, y Fidel va hacia el lugar de concentración de los hombres que combatirán en Bayamo.<sup>187</sup>

Cuando Fidel llegó al hospedaje Gran Casino se reunió con Raúl Martínez Araras, quien sería el jefe de la operación, y con Níco López, Aguilera, Pérez Puelles y Orlando Castro, los que funcionarían como jefes de escuadras, y les detalló uno a uno los distintos pasos para ejecutar el asalto al cuartel y las medidas posteriores a poner en práctica. Se repasó una y otra vez el plan y orientó la forma y el momento de comunicar la primera parte del plan y distribuir los uniformes y armas al resto de los hombres.

Alrededor de las 10:00 de la noche partió Fidel de Bayamo. “Pero precisamente, antes de llegar a Palma Soriano –recuerda Teodulio Mitchell–, tenemos que detenernos en una barrera de control del ejército. Paran todos los automóviles y los registran. Detengo el auto también. Un soldado se dirige hacia mí, pero lo reconozco. Era, como yo, de Palma Soriano. ‘Salud, Mora’, le digo y lo saludo con la mano, ‘¿Eres tú, Mitchell? Vamos, pasa’. Reanudo la marcha y Fidel me dice entre dientes: ‘Les queda muy poco’.”

Pasaba ya de las 12:00 de la noche cuando desde la carretera, que serpenteaba en bajada las montañas, Fidel divisó hacia abajo el parpadeo de las luces titilando en la oscuridad: ¡Santiago de Cuba! Aún era de noche, pero ya era el domingo 26 de julio. Dentro de cinco horas, rompiendo por el oriente, se abriría, con el sol, una nueva alborada.<sup>188</sup>

### ***26 de julio de 1953. La hora cero***

*Fidel entra en la ciudad y se detiene a tomar café en la céntrica plaza, cuyo nombre es el del dios de la guerra.*

<sup>187</sup> Mario Mencía: *El grito del Moncada*, Vol. II, pp. 507-509.

<sup>188</sup> *Ibíd.*, pp. 510-511.

*Los santiagueros están de fiesta. El líder de la Generación del Centenario ha escogido muy bien la fecha del asalto a la segunda fortaleza militar del país, haciéndola coincidir con los más famosos y alegres carnavales de toda Cuba.*

Al llegar a la plaza de Marte, Abel detuvo su carro. Fidel le orientó encontrarse con el doctor Muñoz en Melgarejo y regresar al mismo lugar en que ahora se bajaba junto con Pedro Trigo. Mientras este esperaba en medio de la algarabía carnavalesca, Fidel se perdió de vista caminando por una calle, solo [...]

Extraordinaria coincidencia, en el torrente de aquella multitud viene Gildo Fleitas “arrollando” en una conga por el medio de la calle. A Fidel le da gracia y lo llama. Le pregunta qué le había pasado, al tiempo que se les une el trío Benítez, Tápanes y González Seijas; de la célula de San Leopoldo, Gerardo Sosa y el taciturno Víctor Escalona. Jadeante, sudoroso, feliz, Gildo detalla la demora del mecánico para el arreglo del carro. Al llegar a Santiago, fueron de todas maneras al lugar de alojamiento que se les señaló, en la casa de huéspedes en la calle Victoriano Garzón. No había nadie conocido y decidió salir para ver si restablecía el contacto. En ese instante llegan Abel, Mario Muñoz y el joven bancario Julio Reyes Cairo. Efusivo, Muñoz abraza a Fidel:

–Fidel, ¿ha llegado la hora cero? –la pregunta evidencia que este hombre valeroso, miembro del comando de dirección del movimiento, a quien Fidel había citado la madrugada anterior al pasar por Colón, disciplinadamente viajó 600 kilómetros sin saber exactamente de lo que se trataba. Y aun así acudió. Y esperó durante horas en el entronque de una carretera hasta que fue contactado.

–Sí, doctor –dijo Fidel–, es la hora cero.

–¡Te felicito! –exclamó Muñoz más entusiasmado–. ¡Qué fecha has escogido! ¡Hoy cumpla 41 años, y los pongo en tus manos, que tienes 26!

Y lo abrazó de nuevo (...) Sería la última vez.

El grupo se acomodó en los tres carros; Fidel, en el de Mario Muñoz. La presencia del médico de Colón garantizaba otro aspecto de la ejecución del plan. Además de sus servicios médicos, sus conocimientos como radioaficionado podrían resultar de gran utilidad técnica en la programación para el llamado al pueblo.<sup>189</sup>

<sup>189</sup> *Ibidem*, pp. 526-527.



Como Fidel había previsto, la cosa no fue fácil. De acuerdo con Montané y Guitart, Abel Santamaría había pensado ofrecerse como voluntario para el grupo de vanguardia que debía neutralizar a los centinelas de la posta 3, y entrar él primero en el cuartel. Pero Fidel no estaba dispuesto a dejarlo correr tantos riesgos. Su designación a la cabeza del grupo que debía ocupar el hospital civil no tenía otro objetivo que el de asegurarle una mayor oportunidad de supervivencia. Santamaría era el segundo jefe del movimiento, estaba animado de un entusiasmo extraordinario, se había entregado en cuerpo y alma a su tarea; y de todos los militantes, Fidel lo consideraba el más capaz de reanudar y dirigir la lucha, en caso de que él pereciera. Pero Santamaría no lo entendía así. Admiraba demasiado a Fidel para pensar que pudiera sustituirlo. Estaba obsesionado por el temor de que mataran a Fidel y desapareciera con él toda esperanza de libertar a Cuba. Y deseaba ardientemente luchar al lado suyo, con la esperanza secreta de protegerlo, aunque fuera al precio de su propia vida. De ese modo, cada uno de ellos estimaba la existencia del otro tan necesaria para la revolución que ninguno de los dos quería verla expuesta en un primer combate. Esta lucha entre dos generosidades ponía en juego voluntades inflexibles. Ni uno ni otro [...] estaba dispuesto a ceder. La profunda amistad que los unía estaba fundida en la discusión, pero puede decirse que se confundían con razones más altas, dándoles a esas razones un matiz afectuoso. Abel no dejaba de repetir: “No vayas a hacer como Martí, exponerte innecesariamente”. Y Fidel contestaba: “Mi lugar está al frente de los combatientes. No puede ser otro. Pero tú, Abel, tienes que vivir. Si muero, tú me sustituirás”. La discusión volvía continuamente al mismo punto, y giraba en círculo vicioso. Los minutos pasaban. Perdían tiempo, y Fidel puso fin a la discusión diciendo con firmeza: “No, no, Abel. Está decidido, irás al hospital civil”. Aunque no elevó la voz, no había duda alguna: era una orden. Abel recordó que unas horas antes él también le había dado a Julio Trigo una orden desesperante. “Iré”, dijo. Fidel le pasó el brazo por los hombros: “Vamos, todavía quedan algunos detalles que precisar”.<sup>190</sup>

Después se le acercaron Haydée y Melba, y le comunicaron su intención de participar en el ataque. “No, no –dijo Fidel–. Ustedes se quedan en la finca. Ya han hecho bastante”. “Precisamente –dijo

<sup>190</sup> *Ibidem*, pp. 532-533.

una de las muchachas—, no hay razón para excluirnos de la fase final porque somos mujeres”. E insistieron con tanta vehemencia que Fidel se sintió turbado: era partidario convencido de la igualdad de los sexos, y parecía adoptar una actitud contraria a sus principios. Pero, por otra parte, sentía tanto afecto por las dos muchachas que deseaba evitarles los horrores del combate, si este se producía. “Tú eres hermana de Abel—dijo finalmente, dirigiéndose a Haydée—. Le dejo a Abel la responsabilidad de esa decisión”. “¿Y yo?”—dijo Melba—. “Él decidirá por las dos”. Enseguida fueron a asaltar a Abel. Él las escuchó, más sumergido en su elocuencia que convencido por sus razones. Cuando callaron, empezó por oponerles una negativa categórica. Pero en eso se acercó el doctor Muñoz. Consideraba que las muchachas le serían de gran ayuda en el hospital civil como enfermeras. Se lo dijo a Abel y logró su consentimiento.<sup>191</sup>

*Fidel se dirige a los combatientes:*

*Compañeros:*

Podrán vencer dentro de unas horas, o ser vencidos, pero de todas maneras, ¡óiganlo bien, compañeros!, de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana, se hará más pronto lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, a tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la Isla. ¡Jóvenes del centenario del Apóstol, como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de LIBERTAD O MUERTE!

Ya conocen ustedes el objetivo del plan. Sin duda alguna es peligroso y todo el que salga conmigo de aquí esta noche debe hacerlo por su absoluta voluntad. Aún están a tiempo para decidirse. De todos modos, algunos tendrán que quedarse por falta de armas. Los que estén determinados a ir den un paso al frente. La consigna es no matar, sino por última necesidad.<sup>192</sup>

“Compañeros, escúchenme—las conversaciones en voz baja cesaron y todos se volvieron hacia él, acercándose. Cuando se hizo la calma, les dijo—: Vamos a atacar el cuartel Moncada. Será un ataque por sorpresa. No debe durar más de diez minutos”.

<sup>191</sup> *Ibidem*, p. 534.

<sup>192</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR. *Moncada: antecedentes y preparativos*, p. 259.



*Expuso entonces el plan.*

La rapidez y la sorpresa eran los elementos esenciales del proyecto. Los combatientes irían en los automóviles. La escuadra del primer auto, aprovechando la confusión de sus uniformes, haría prisioneros a los soldados de la posta 3, quitaría la cadena entre los dos pequeños blocaos de la entrada. Los automóviles entrarían al campamento. El de Fidel al frente. Cuando este se detuviera, los que lo seguían se detendrían también. Los combatientes saldrían de ellos, penetrarían en los edificios que se encontraban a su izquierda, llegarían a los dormitorios, harían prisioneros a los que se rindieran y a los demás los rechazarían hasta el patio del fondo del campamento.

Un segundo grupo, formado por unos 20 combatientes, se apoderaría del hospital civil, cuyas ventanas traseras daban a esa zona del Moncada. Apostados en estas ventanas, los hombres del hospital coparían por la retaguardia a los soldados que huyeran por el fondo.

El tercer grupo, compuesto por seis hombres, se apoderaría del Palacio de Justicia. Desde su azotea se dominaban los techos de las edificaciones del campamento. Neutralizarían con su fuego, de ser necesario, las ametralladoras emplazadas allí.

Fidel hizo una pausa, y continuó: “Es voluntariamente como ustedes se han adherido al movimiento. Y, hoy, es voluntariamente como ustedes deben participar en el ataque. Si alguno no está de acuerdo, es ahora cuando debe retirarse”. Hubo un silencio, seguido de murmullos.

Pasaron unos segundos y Fidel vio a Víctor Escalona que se adelantaba. Conocía ya por Tizol su actitud durante el viaje y, antes de que este abriera la boca, sabía ya lo que iba a decirle. Escalona se le acercó muy pálido. Evitaba mirarlo, y le dijo en voz baja e insegura:

–Nosotros no deseamos participar.

–¿Nosotros? –indagó Fidel.

–Mi grupo y yo.

–¿Todo tu grupo?

–No, Sosita irá con ustedes.

–Está bien –dijo Fidel–. Tú y tu grupo síganme.

–¿Adónde nos llevas? –dijo Escalona.

–A la cocina.

Fidel quería aislar al grupo lo más pronto posible para evitar la contaminación.



–¿Por qué? –dijo Fidel en cuanto cerró la puerta de la cocina. Escalona se pasó la lengua por los labios y respondió sin mirar.

–Porque las armas son insuficientes.

–Escucha. Serían insuficientes si fuera a campo raso, pero para pelear dentro de un edificio, a corta distancia, son al contrario muy buenas. Sobre todo los fusiles de caza. La dispersión de los plomos es enorme.

–Las armas son insuficientes –repitió Escalona sin levantar la vista.

Fidel lo miró con más piedad que cólera, y su mirada se detuvo sobre los tres compañeros de Escalona.

–¿Ustedes están de acuerdo con él?

Aprobaron con la cabeza.

–Bueno, les está prohibido salir de la cocina.

–¿Qué vas a hacer con nosotros? –exclamó Escalona.

Fidel lo miró:

–Tranquilízate, no te va a pasar nada.

Salió y cerró la puerta tras sí.

Abel lo esperaba.

–Hay otro grupo que se retira.

–¿Cuál?

–El de los estudiantes –agregó Abel–: Dijeron que con esas armas no combatirían. Claro, los aislé en un cuarto. Montané ha designado un centinela para cuidarlos.

–Quiero hablarte –dijo alguien a la derecha de Fidel.

–¿Y qué quieres? –preguntó Fidel girando sobre sus talones.

–¿Me reconoces? Soy Manuel Lorenzo, el radiotelegrafista. Quisiera saber qué hago yo en todo esto.

–Pues bien –dijo Fidel–, cuento contigo para echar a andar el trasmisor del Moncada, cuando hayamos tomado el cuartel.

Los ojos de Manuel Lorenzo se agrandaron.

–¡Pero yo no voy! –exclamó con terror–. Yo no quiero hacer nada ilegal.

Fidel miró a Abel. “Ponlo con los estudiantes” –dijo con un gesto de la mano como si cazara una mosca–. ¿Hay alguien más que quiera retirarse? –preguntó Fidel en voz alta. Pasaron los segundos. Nadie habló.<sup>193</sup>

<sup>193</sup> Mario Mencía: *Grito del Moncada*, Vol. II, pp. 537-539.



*Jesús Montané y Generoso Llanes, ambos asaltantes del Moncada, no olvidarían jamás las palabras que les dijo Fidel en la granjita de Siboney momentos antes de su salida hacia el combate:*

“Antes de salir de la finca de Siboney –recuerda Montané–, Fidel nos dio las últimas instrucciones que fueron las mismas que dio a los demás grupos que participaron en la acción y en la que nos recordaba que debíamos ser humanos con el enemigo y que disparáramos solo en última instancia, en caso de imperiosa necesidad”. “Alguien le preguntó a Fidel que si se hacían prisioneros qué debería hacerse con ellos [apunta Llanes] ‘Trátenlos humanamente’, dijo Fidel–. ‘No los insulten. Y recuerden que la vida de un hombre desarmado debe ser sagrada para ustedes’.”<sup>194</sup>

*Ya dentro de la ciudad de Santiago y muy cerca del cuartel...*

Fidel detuvo por segunda vez el Buick que manejaba en la avenida Garzón, para permitir al primer auto que entrara con un poco de distancia en la calle que llevaba a la posta 3 del Moncada. Había que dejar tiempo, en efecto, al grupo vanguardia dirigido por Renato para que neutralizase a los centinelas y para que despejase la entrada con el fin de que el auto de Fidel, que venía en segundo lugar, pudiese entrar en el cuartel, seguido de todo el convoy.<sup>195</sup>

[...] El auto número dos, que manejaba Fidel, seguía al auto número uno de la vanguardia a unos 30 metros aproximadamente, y muy despacio, para darle tiempo a que realizase su misión. Al lado de Fidel en el asiento delantero estaban sentados Reinaldo Benítez y Pedro Miret. En el asiento de atrás, de izquierda a derecha, se habían situado Gustavo Arcos, Abelardo Crespo, Carlos González e Israel Tápanes.

Entre el hospital militar y las casas de una planta de los suboficiales, a la izquierda de la calle, hay una pequeña avenida. Cuando el auto de Fidel sobrepasaba el hospital militar, la atención de los combatientes que ocupaban el asiento de atrás fue atraída por un sargento del ejército que bajaba por esa pequeña avenida a pasos rápidos, llevando en la mano un cartucho con víveres. Mientras caminaba, miraba el auto dos –de Fidel– y el auto número tres con

<sup>194</sup> *Ibídem*, pp. 536.

<sup>195</sup> *Ibídem*, pp. 544-545.

aire a la vez sospechoso y espantado, y con un gesto maquinal llevó la mano a su revólver.

Fidel no miraba hacia ese sargento. Tenía la vista fija más adelante, en los soldados con metralletas de la patrulla volante que en ese instante estaban de espaldas a él. El grito de Renato: “¡Abran paso, que aquí viene el general!”, los había paralizado [...] y miraban sorprendidos a los “sargentos” del auto número uno desarmar a los centinelas.<sup>196</sup>

En ese momento –recordó Fidel– he tenido dos ideas en la mente. Temí, puesto que cada uno tenía una metralleta, que los hombres de la patrulla volante se pusieran a disparar sobre nuestros compañeros que estaban ocupados desarmando a los centinelas. En segundo lugar, quise evitar que sus disparos alarmasen al resto del cuartel. Concebí pues la idea de sorprenderlos y de hacerlos prisioneros.

Eso parecía fácil, puesto que me volvían la espalda (...) <sup>197</sup>

Fidel dijo: “Vamos a arrestarlos”. Y, al decir esto, disminuyó la velocidad. Ninguno de los ocupantes del asiento de atrás puso atención a ese plural y ninguno creyó que se trataba de la patrulla volante. Tenían la vista fija en el sargento del cartucho que, siempre tan nervioso y desconfiado, había llegado a su altura. Gustavo Arcos agarró el puño de la portezuela y sacó el revólver, dispuesto a saltar sobre el hombre y a detenerlo en cuanto el auto se detuviera.

Lo que sucedió a continuación fue cosa de dos o tres segundos. Fidel seguía despacio junto a la acera de la izquierda, no estaba ya más que a de 3 o 4 metros de la patrulla, abrió suavemente la portezuela y sacó su Luger de la funda, que en esa situación sería más práctica que la escopeta que también llevaba. Hecho eso, comenzó a detener el auto. Gustavo Arcos, detrás de él, abrió la portezuela y puso un pie en la acera.

En ese momento, los soldados de la patrulla se volvieron al mismo tiempo, como movidos por el mismo instinto, hicieron frente al auto de Fidel y apuntaron sobre él sus metralletas. Fidel aceleró, y volviendo el timón a la izquierda lanzó el auto en dirección a ellos.<sup>198</sup>

[...] La portezuela se abrió de golpe. González cayó sobre el asfalto e Israel rodó sobre él. Cuando se levantó, tenía su arma en la mano. Se encontró, no supo cómo, entre Fidel y Pedro Miret detrás

<sup>196</sup> *Ibidem*, pp. 547-548.

<sup>197</sup> *Ibidem*, p. 548.

<sup>198</sup> *Ibidem*, pp. 548-549.



del auto. Vio aparecer un soldado en la ventana del hospital militar. Disparó sobre él, con el cañón de su fusil a pocos centímetros de la cabeza de Fidel. Fidel hizo un gesto, y puso la palma de la mano sobre su oreja, como si la detonación lo hubiera ensordecido. En el mismo instante, el timbre de alarma resonaba en el cuartel con fuerza estridente.<sup>199</sup>

La inmovilización del auto de Fidel tuvo una consecuencia más desastrosa aún para la acción. Se recordará que los autos que lo seguían habían recibido la orden de detenerse cuando el de él lo hiciera, instante en el cual los combatientes debían salir y asaltar las barracas que encontrarían a su izquierda. De haber podido seguir el auto de Fidel hasta dentro del campamento, él hubiera ocupado el estado mayor y los demás habrían inmovilizado en sus dormitorios a la guarnición llevándola hacia el patio trasero. Pero viendo a Fidel salir de su automóvil y no conociendo los lugares, los combatientes saltaron con energía de los autos e invadieron las edificaciones a su izquierda, principalmente el hospital militar, del que Ciro Redondo y Guillermo Elizalde forzaron la puerta. ¡Aún estaban fuera del campamento!

Fidel trató desesperadamente de reagrupar a los combatientes, de hacerles ver el error. Pero algunos no comprendían lo que les gritaba. Otros, no lo veían; ya estaban ocupando posiciones en las casas de la calle Trinidad, a ambos lados de la avenida Moncada que desemboca en la posta 3. “¡Adelante!, ¡adelante!”, gritaba Fidel señalando la posta 3. Corrió entonces hacia el hospital y sacó a quienes lo habían ocupado, y les ordena que entren de nuevo a los carros para seguir hacia adentro del cuartel. Se monta en el Buick para guiarlos, pero en ese momento vino a chocar violentamente con la delantera del Buick un carro que retrocedía de la posta 3. Fidel salió del auto. Ya el tiroteo arreciaba. Ve a un hombre que llega hasta una ametralladora 50 que podría dominar con su fuego la posición de ellos, y le dispara con su escopeta de perdigones. El soldado se lanza al suelo; cuando se incorpora, Fidel le dispara otra vez, y otra vez el guardia se protege sin que pueda poner en funcionamiento la ametralladora. La escena se repite varias veces. Ya la calle es barrida por los disparos. Los compañeros que estaban cerca le gritan: “¡Quítate!, ¡Quítate!” Pero Fidel seguía de pie, en plena calle, disparando y disparando.<sup>200</sup>

<sup>199</sup> *Ibídem*, p. 550.

<sup>200</sup> *Ibídem*, pp. 553-554.

Hacía ya un cuarto de hora que duraba el combate. Desde que sonó el timbre no se hacían ya ilusiones sobre el resultado de la lucha. Pero su odio a la dictadura y su impulso revolucionario eran tales que ninguno pensaba abandonar el combate. Se había perdido un combate. Habría otros. Era preciso preservar el movimiento. Lo importante no era morir gloriosa pero innecesariamente, sino vencer. Y Fidel dio la orden de retirada.<sup>201</sup>

Cuando Fidel creyó que todos sus hombres habían partido subió al último carro que retrocedía entre una lluvia de balas. Al momento, sin embargo, se bajó y cedió su espacio a un combatiente herido y quedó en medio de la calle, solo. Comenzó a retirarse caminando de espaldas y disparando hacia el cuartel, por la avenida Moncada hacia la calle Garzón. Ya había rebasado el hospital militar, cuando inesperadamente otro auto vino hacia él, en marcha atrás, casi desde la calle Trinidad, frente a la posta 3; era conducido por el artemiseño Ricardo Santana. Fidel se montó, y antes de salir el carro de esa zona subieron tres compañeros más.

Fidel ordena a Santana tomar rumbo a la carretera de El Caney. En esos momentos, su preocupación fundamental se centra en los compañeros de Bayamo. Si han tomado esa ciudad es necesario unirse a ellos para continuar la lucha; si no lo han hecho, de todas maneras la seguirá él en las montañas. De ahí su decisión de ir hacia El Caney, tomar el pequeño cuartel de allí y ocupar sus armas y municiones.

Santana, quien no conoce de Santiago de Cuba más que el recorrido que hiciera poco antes desde la granjita, en vez de coger la carretera de El Caney lo hace por la que va a Siboney. Al pasar el puente de madera, Fidel comprende el error, pero ya han avanzado demasiado y ven delante el auto que Boris había abandonado para montar en otro y seguir, cuando se le ponchó una goma. Fidel ordena parar. De entre la yerba que bordea las cunetas salen y se le unen los que allí habían quedado sin poder ir al combate.

Un automóvil particular se acerca. En él viajan dos personas. Parado en el centro de la carretera, Fidel lo obliga a detenerse. “Un grupo conmigo y los demás síganme ahí”, dice al montarse en el auto que acaba de llegar, mientras ordena al que lo maneja que siga adelante hasta llegar a la granjita, donde baja con sus compañeros.<sup>202</sup>

<sup>201</sup> *Ibidem*, p. 575.

<sup>202</sup> *Ibidem*, p. 576.



En el mediodía de ese mismo domingo 26 de julio de 1953, después de reagrupar en la granjita Siboney una maltrecha columna de solo veinte hombres, Fidel comenzó a escalar las estribaciones de la Gran Piedra [...] <sup>203</sup>

### ***Hoy nos ha tocado perder pero volveremos***

La Gran Piedra se alza por una serie de pequeñas colinas abruptas hasta su punto culminante. El sol era ardiente, la marcha agotadora. En algunos sitios, los compañeros desaparecían hasta las caderas en la hierba de Guinea. El aire era de fuego, sufrían una sed ardiente, y no habían comido desde la víspera. Al cabo de algunas horas, alcanzaron una cumbre de donde podían ver la capital de Oriente, extendida al borde de su ancha bahía. Se detuvieron. Con la mano apoyada en un árbol, Fidel contempla Santiago, luego sus ojos se vuelven hacia la pequeña tropa que le rodea. Mira a sus compañeros, las pobres escopetas de caza con que estaban armados, sus rostros hundidos, y desconcertados, y luego dijo con una convicción tranquila: “Compañeros, hoy nos ha tocado perder, pero volveremos”. <sup>204</sup>

### ***Usted nos ha capturado, pero nosotros no nos rendimos***

*Sorprendidos mientras dormían en una rústica choza de guano, como a las seis y media de la mañana del primer día de agosto, Fidel y dos de sus compañeros son apresados por el teniente Pedro Sarría Tartabull.*

*Años después, el teniente Sarría relató detalles de cómo se produjo la captura del jefe de los asaltantes al cuartel Moncada:*

El primero que sale es Fidel y se me para así, y atrás sale Oscar Alcalde y más atrás Pepe Suárez. Tres nada más había allí. Pero conté las armas que había y eran 8 Remingtons marcados casi todos juntos y entonces digo: “Ah, aquí faltan 5 hombres ¿dónde están?”. Me contesta Fidel: “No, nada más que somos tres”. Digo: “¿Y los 5 fusiles o los 5 Remingtons que quedan?”. Dice: “Bueno, había 5 pero se fueron”. Digo “¿Hacia dónde?”. Dice: “Hacia allá”. Digo: “No, pero si yo vengo ahora de la carretera, no es posible, cómo ¿a qué hora se fueron?”. Dice él: “Como a las 4 y media o las 5”. Digo:

<sup>203</sup> *Ibíd.*, p. 585.

<sup>204</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: la acción*, pp. 151-152.

“Ya a las 5 yo venía para acá. No es posible, tienen que estar por aquí”. Entonces digo: “Muchachos, vamos a prepararnos para el retorno cubriendo el mismo frente, el mismo orden, como unos 20 metros de intervalo entre cada hombre”. Y les digo a ellos: “Bueno muchachos, ustedes se han rendido, ahora que no haya problema (...)”. “Rendido, no”, me dice Fidel. “Usted nos ha capturado cuando estábamos dormidos y cansados, pero nosotros no nos rendimos”. Entonces digo al cabo Suárez si tiene papel y lápiz. Y comienzo a tomar las generales de los tres. Yo comienzo por Fidel: “Bueno, ya están capturados como tú mismo dices. Ahora ¿cómo te llamas?”. “Francisco González Calderín”. ¿Edad? “26 años”, ¿Natural? “Marianao”, ¿Ocupación? “Estudiante”. Bien, el otro. Ven acá, ¿dime cómo tú te llamas? “Yo, Oscar Alcalde”. ¿Edad? “25 años también o 21”. ¿Ocupación? “Empleado”. ¿Natural? “Habana”. Bien, el otro. ¿Y tú cómo te llamas? “José Suárez”. ¿Edad? “29 años o 30”. ¿Natural? “De Pinar del Río”. Entonces se me ocurre que pudiera ser que fuera el hombre que ya se da por muerto, pudiera ser el hombre que se hace el muerto en las lomas de El Caney, buscando ya la loma de Alto de Villalón, en vía de Ramón de las Yaguas. Ya habían dado la muerte de Fidel desde el día 27, había salido hasta en el periódico *Ataja*, que era el de Salas Amaro. Hasta el gobierno estaba convencido de que Fidel Castro estaba muerto ya, pero que no lo habían identificado todavía. Entonces a mí viene la idea. Entonces lo veo y digo: “Ah, este está muy trigueño, es mestizo parece”, y para estar seguro doy la espalda, sin demostrarles a mis hombres el estado de desconfianza que yo tenía, ni a ellos tampoco. Lo dejo parado así de frente a mí, como está usted, le doy la espalda, camino como tres pasos hacia atrás y enseguida doy media vuelta rápido y le hago así: “¿Cómo tú dijiste que te llamabas?”. Me dice: “Francisco González Calderín”, y me sostiene la mirada. Pero pensé, déjame ver lo que supongo. Y le metí la mano por el pelo y estaba muy rizado y muy duro, parece que a consecuencia del sol y de no tener sombrero en 4 o 5 días y entonces me quedo medio convencido y así y digo para mí: “no, una que lo hacen muerto y otra que este capricho mío es infundado porque es mestizo”; porque yo conocí a Fidel aquí en la universidad y yo era estudiante también. Él no supo por qué yo le di la media vuelta y le toqué el pelo ni los otros tampoco, y digo: “Bueno, hacia la carretera, cubriendo el mismo frente que dije antes, de 20 metros”. Y cuando íbamos llegando a la carretera faltando como 500 metros, yo iba



detrás con los detenidos, ya los llevaba amarrados y siento: pan..., pin..., pan... y digo: “Oigan, los quiero vivos”. Dicen: “Sí, aquí hay unos cuantos”. Digo: “Bueno pues igual”. Entonces siguen los tiros y digo: “Vamos a tendernos por si acaso corren algunos hacia acá”. Entonces Fidel me dijo: “Yo quiero morir, yo no quiero que usted me lleve a ninguna parte”. Digo: “Aquí el que manda soy yo, ahora tú eres prisionero. A tenderse”. Y ya tendido al lado de mí, Fidel me dice: “El hombre que usted se figuraba soy yo”. Y yo no me acordaba ya y le digo: “¿Cuál?”. Dice: “Yo soy el jefe, el que usted pensó allá en la casita”. Le digo: “¿Cuál fue el hombre que yo pensé?”. Entonces me dice: “Yo soy Fidel Castro”. Yo le digo: “Ah, caramba, efectivamente, lo pensé pero deseché la idea, cómo ha cambiado muchacho, cómo se ha puesto, qué cambio ha dado usted en tan poco tiempo”. “Pues ya puede matarme, matándome, ya todo se acabó”. Entonces yo me molesto y le digo: “Pero quién habla aquí de matar, ¿no sabe qué clase de hombre soy yo, muchacho? [...]”.<sup>205</sup>

### ***Las ideas no se matan***

*Dialogando con estudiantes de un alto centro de estudio de Venezuela, casi cuarenta y cinco años después de que el teniente Sarría lo hiciera prisionero, Fidel Castro recuerda el hecho.*

Ahora, podemos decir, como me dijo un teniente que me hizo prisionero en un bosque, al amanecer, en las inmediaciones de Santiago de Cuba, varios días después del asalto a la fortaleza del Moncada. Habíamos cometido el error –siempre hay un error–, cansados de tener que reposar sobre piedras y raíces, de dormir en un pequeño varaentierra cubierto de hojas de palma que estaba por allí, y nos despertaron con los fusiles sobre el pecho, un teniente casualmente negro, por suerte, y unos soldados que tenían las arterias hinchadas, sedientos de sangre, y sin saber ni quiénes éramos. No habíamos sido identificados. En el primer momento no nos identificaron, nos preguntaron los nombres, yo di uno cualquiera: ¡prudencia, eh!, astucia ¿no?, quizás intuición, instinto. Puedo asegurarles que temor no tuve, porque hay momentos de la vida en que es así, cuando uno se da ya por muerto, y entonces más bien reacciona el honor, el orgullo, la dignidad.

<sup>205</sup> *Ibidem*, pp. 198-199.



Si les doy mi nombre, aquello habría sido: ¡ra, ra, ra!, acaban de inmediato con el pequeño grupo. Unos minutos después encontraron en las proximidades varias armas dejadas allí por compañeros que no estaban en condiciones físicas de seguir la lucha, algunos de ellos heridos, que por acuerdo de todos estaban regresando a la ciudad para presentarse directamente a las autoridades judiciales. Quedamos tres, ¡solo tres compañeros armados!, que fuimos capturados de la forma que expliqué.

Pero aquel teniente, ¡qué cosa increíble! –esto nunca lo he contado en detalle públicamente–, está calmando a los soldados, y ya casi no podía. En el momento en que buscando por los alrededores encuentran las armas de los demás compañeros, se pusieron superfuriosos. Nos tenían amarrados y apuntándonos con los fusiles cargados; pero no, aquel teniente se movía de un lado a otro, calmándolos y repitiendo en voz baja: “Las ideas no se matan, las ideas no se matan”. ¿Qué le dio a aquel hombre por decir aquello?

Era un hombre ya maduro, había estado estudiando algo en la universidad, algunos cursos; pero tenía aquella idea en la cabeza, y le dio por expresarla en voz baja, como hablando consigo mismo: “Las ideas no se matan”. Bueno, cuando observo a aquel hombre y lo veo en aquella actitud, y en un momento crítico, cuando a duras penas pudo impedir que aquellos soldados furiosos dispararan, me levanto y le digo: “Teniente –a él solo por supuesto–, yo soy fulano de tal, responsable principal de la acción”; al ver su comportamiento caballeroso no puedo engañarlo, quiero que sepa a quién tiene prisionero. Y el hombre me dice: “¡No se lo diga a nadie! ¡No se lo diga a nadie!”. Aplaudo a aquel hombre porque me salvó tres veces la vida en unas horas.

Unos minutos después ya nos llevaban, y muy irritados todavía los soldados, unos tiros que suenan no lejos de allí, los ponen en zafarrancho de combate, y nos dicen: “¡Tírense al suelo, tírense al suelo!”. Yo me quedo de pie y digo: “¡No me tiro al suelo!”. Me pareció como una estratagema para eliminarnos, y digo: “No”. Se lo digo también al teniente, que insistía en que nos protegiéramos: “No me tiro al suelo, si quieren disparar que disparen”. Entonces él me dice –fíjense lo que me dice–: “Ustedes son muy valientes, muchachos”. ¡Qué increíble reacción!

No quiero decir que en ese momento me salvó la vida, en ese momento tuvo ese gesto. Después de que llegamos a una carretera, nos monta en un camión y había un comandante cerca de allí que



era muy sanguinario, había asesinado a numerosos compañeros y quería que le entregaran a los prisioneros; el teniente se niega, dice que los prisioneros son de él y no los entrega. Me monta delante, en la cabina. El comandante quería que nos llevara para el Moncada y él ni nos entrega al comandante –ahí nos salvó la vida por segunda vez–, ni nos lleva para el Moncada; nos lleva para la prisión, en medio de la ciudad, por tercera vez me salvó la vida. Ya ven, y era un oficial de aquel ejército contra el cual estábamos combatiendo. Después cuando la Revolución triunfa, lo ascendimos y fue capitán, ayudante del primer presidente del país después del triunfo.<sup>206</sup>

### ***Venimos a regenerar a Cuba***

*Un periodista y locutor de la emisora provincial CMKR, recuerda:*

El día primero de agosto de 1953 llegué temprano a la emisora y supe que Fidel había sido detenido y que se encontraba en el vivac de Santiago. Por esa vocación periodística que uno lleva dentro, agarré una grabadora grandísima y vieja que había allí y me dirigí al vivac (la grabadora pesaba como 30 libras).

Frente al vivac, en la acera del otro lado de la calle, había muchas personas. La mayoría eran curiosos que seguían todas estas cosas. La gente estaba a la expectativa.

Me incorporé a aquel grupo y esperé una oportunidad para pasar al interior del vivac. Transcurrió la mañana. Se decía que Fidel estaba en el segundo piso y que lo interrogaban. Apenas hubo movimiento de salida de personas del edificio. Recuerdo que no permitían estar en la calle, sino en la acera de enfrente. El vivac estaba custodiado por soldados con armas largas.

Permanecí atento a cualquier llamado a los periodistas o a alguna oportunidad para entrar. Poco después del mediodía, desde adentro, escuché una voz que gritaba: “que vengan los periodistas”. Es que iban a presentar a Fidel a la prensa.

Pensé: “Esta es la mía” y caminé hasta la puerta del vivac. Los guardias me pararon, pero les enseñé el carné de prensa y me permitieron pasar. Tomé la escalera hacia la oficina. En un salón anterior a esta, había varios detenidos sentados en un banco. Luego supe que eran asaltantes también.

<sup>206</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, 3 de febrero de 1999”, ob. cit., pp. 57-58.

En la oficina estaba Fidel. Cuando voy a entrar se interpone el comandante Pérez Chaumont y me dice que no se puede pasar, que ya no había espacio para más personas. Le insistí [...] que llevaba mucho tiempo esperando y que no podían dejarme fuera. Al fin, me dijo que entrara.

El local era relativamente pequeño. Creo que era la oficina del jefe del vivac. Estaban allí el coronel Río Chaviano, otros militares y algunos periodistas. También se encontraba el teniente Sarría, que detuvo y trasladó a Fidel al vivac, y que en valiente decisión se negó a entregar a los prisioneros al sanguinario comandante Pérez Chaumont.

Es la imagen que tengo del momento. Pero todo fue muy rápido. En medio de la agitación y la prisa atiné a encontrar la grabadora y después preparé el equipo. Me parece que Fidel no había empezado a hablar aún. Puse la grabadora en el suelo y comencé la grabación.

Solicité hacer una pregunta. La formulé quizás en un tono algo tímido por las circunstancias que rodeaban el suceso y sobre todo al detenido. Inquirí sobre los objetivos que perseguían los asaltantes al realizar la acción del 26 de julio.

Fidel estaba de pie, al centro, erguido. Si mal no recuerdo llevaba una camisa clara de mangas cortas y un pantalón desteñido en las rodillas. De mezclilla, creo. Su rostro, con barba naciente, se le notaba quemado por el sol.

Respondiendo a mi pregunta, y aunque mi memoria no me permite reconstruir textualmente sus palabras, Fidel –en síntesis apretada y en forma muy concreta– se refirió al programa que tenían los revolucionarios, en caso de triunfar.

Señaló que se pretendía devolverle al pueblo su soberanía, asegurar al campesino su permanencia en la tierra, librar al hombre de campo de las amenazas del desalojo y el tiempo muerto, darles participación a los trabajadores de los frutos de su trabajo, garantizar el derecho de los colonos pequeños, la atención médica a los enfermos y la educación a los niños que carecían de escuelas y maestros, sanear la administración pública y adecentar la vida del país.

Mira, hay una frase con la que concluyó Fidel su respuesta y que jamás la he olvidado. Dijo: “en fin, venimos a regenerar a Cuba”.

Hay una cosa. Mientras Fidel decía todo aquello, Chaviano –que se movía inquieto y nervioso– exclamaba a media voz: “Este hombre está haciendo política”. Sin embargo, no se atrevió a interrumpirlo.

Aquello se desarrolló en unos quince o veinte minutos, aproximadamente. La entrevista fue muy rápida y creo que hubo solo



tres o cuatro preguntas. Así, en respuesta a otro periodista, Fidel denunció que había escuchado a Batista en su discurso de Columbia sobre los hechos del 26 de julio, y que “Batista no había dicho la verdad”.

La impresión que guardo de Fidel en aquellos instantes es que estaba sereno. Sus palabras brotaban firmes y sin titubeos. Creo que no gesticuló ni una vez.

Fidel enfatizó en otra parte de su intervención que en la organización, en los preparativos y en la propia acción no participaron elementos de la vieja política, es decir, políticos tradicionales. Subrayó que todo aquello se hizo con el sacrificio, el desinterés y el patriotismo de los jóvenes, y que de esa forma se reunieron los pocos recursos que se utilizaron en el asalto.

Hubo un momento en que Fidel hace referencia a los soldados de la tiranía que cayeron en el combate y aclaró que respetaba la memoria de aquellos que habían muerto en cumplimiento de “lo que ellos consideraban su deber”.

Chaviano, mientras tanto, se exasperaba por minutos. Fidel era muy concreto, directo y conciso en sus frases. Parece que estaba consciente de que tenía poco tiempo y que debía aprovechar cada segundo.

En aquel momento Fidel no sabía todavía, en detalles, de la masacre que se venía cometiendo con los revolucionarios sobrevivientes. Él estuvo aislado en las montañas y su primer contacto con la ciudad fue aquel primero de agosto.

Chaviano que quería cortar aquello, aprovechó la primera ocasión para dar por terminada la entrevista y desalojar la sala. Yo me quedé unos instantes recogiendo la grabadora y los implementos auxiliares del equipo. Chaviano me dice que tengo que ir para el SIM con la grabadora y la cinta. Su gente me insiste para que los acompañe. Al mismo tiempo, Fidel me preguntaba si había grabado bien, si había salido bien. Yo le decía: “Sí, sí (...)”. Fue una situación muy embarazosa, prácticamente de segundos. Yo estaba algo nervioso.

Pero para ser justo, creo que todo el mundo allí estaba nervioso. Y puedo decirte una cosa, con franqueza, la única persona serena de todos los que estábamos en aquel local –incluyendo al propio Chaviano y los militares– era Fidel. Ya, después, en mi casa, más tranquilo, yo meditaba y razonaba que aquel hombre no era un preso cualquiera, que era un preso distinto.<sup>207</sup>

<sup>207</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: la acción*, pp. 362-364.

### *Yo creo en el pueblo*

*Serenamente, en el tribunal que lo juzga, Fidel Castro responde al interrogatorio del fiscal:*

—¿Usted participó de los asaltos a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y de Bayamo, en la provincia de Oriente, el día 26 de julio pasado, en forma física o intelectual?

—Sí, participé.

—¿Y esos jóvenes?

—Esos jóvenes, como yo, aman la libertad de su patria. Ellos no han cometido ningún delito a no ser que se estime que es delito querer para nuestra patria lo mejor, ¿acaso no fue eso lo que nos enseñaron en la escuela?, ¿acaso...

—Limítese a responder las preguntas del Ministerio Público.

—¿En qué forma el acusado expuso a sus seguidores el plan que se proponía llevar a cabo?, ¿les explicó a ellos el bagaje político del mismo y el hecho criminal en que incurrierán? Deseo que me responda a esa pregunta, pero concretándose a la misma, quiero pedirle que su respuesta no entrañe una arenga política.

—No tengo interés en hacer política, solo aspiro a que se abra paso la verdad.

—Pero diga al tribunal cómo los convenció.

—Lo cierto es que no tuve que persuadirlos, ellos se mostraron ante mí, convencidos de que el camino que debíamos tomar era el de las armas, una vez que agotados todos los demás caminos posibles había el peligro de que esta generación se anquilosara y se perdiera; conociendo cómo pensaban les expuse mi plan y lo aceptaron. Los conocía a casi todos como militantes del Partido Ortodoxo; ignoro el pensamiento y el propósito de los líderes de ese partido, pero estoy seguro de que el 99% de la juventud, como estos jóvenes, entienden que la única solución posible es la guerra. No se pudo llegar a una armonía, aunque fue el deseo de todos. Creo, señor Fiscal, que he dado respuesta a su pregunta.

—Sí, ya veo; pero dígame, ¿por qué para lograr su propósito no usó la vía civil?; usted es abogado.

—Muy sencillo, porque no había libertad; después del 10 de marzo, yo no pude hablar más.

—¿Quiere usted decir que después del 10 de marzo no se pudo hacer política?



–Se hicieron gestiones, pero el gobierno se mostró hostil a toda libertad, nosotros oportunamente comprendimos que todo diálogo con los usurpadores resultaba inútil. Personalmente presenté un recurso en el Tribunal de Urgencia, declarando ilegal el régimen que asaltó el poder. De acuerdo con las leyes, a Batista debió condenársele como a cien años de cárcel a juzgar por los delitos que había cometido contra Cuba. Pero los tribunales no actuaron como esperábamos que lo hicieran.

...

–¿Puede decir el procesado dónde obtuvo el dinero para comprar armas y organizar el alzamiento, fue el ex presidente Prío su financista?

–Así como José Martí no aceptó el dinero mal habido de Manuel García, llamado “Rey de los Campos de Cuba”, nosotros no aceptamos el dinero de Carlos Prío; ni Prío ni ningún político nos dio dinero, los gastos se cubrieron con el esfuerzo y el sacrificio de todos los compañeros, mediante la donación generosa de los hombres que me siguieron hasta encontrar la muerte. Tengo una lista con el nombre de cada uno de ellos y la cantidad con que contribuyeron, casi todos están muertos, pero tengo datos, que se pueden comprobar, de que fueron ellos quienes dieron ese dinero, que ascendió a la suma de \$16 480. 00, gastados hasta el último centavo. Esa cantidad se reunió prescindiendo muchas veces hasta de las necesidades más perentorias, como la comida y la luz y hasta de los instrumentos de trabajo, que muchos vendieron o empeñaron.

–¿Podría usted dar más detalles de cómo pudieron reunir esa suma, si como se desprende de sus palabras, sus compañeros disponían de muy pocos recursos?

–Entre los que estamos vivos y los asesinados, dieron dinero las siguientes personas: Jesús Montané, que está presente, aportó la cantidad de \$4 000. 00 que cobró como gratificación en la compañía General Motors, donde trabajaba, cuando liquidó sus negocios en Cuba; Oscar Alcalde, también presente, hipotecó su laboratorio por la suma de \$3 600. 00 y liquidó una oficina de contabilidad de su propiedad, haciendo por este concepto otro aporte; Renato Guitart, que fue asesinado, dio \$1 000. 00; Ernesto Tizol puso a la disposición del Movimiento una granja de pollos que poseía; Pedro Marrero vendió el juego de comedor de su casa, el refrigerador y el juego de sala, y no vendió el juego de cuarto porque yo se lo impedí, además, le pidió a un garrotero \$200. 00 para aumentar su contribución;

Fernando Chenard, que aparece entre los muertos “en combate”, empeñó pertenencias personales y su cámara fotográfica, su instrumento de trabajo, con esa cámara retrató el estudio del escultor Fidalgo, que fue destruido por la policía de la tiranía porque el mismo esculpió una estatua de Martí que tituló “Para Cuba que sufre”; las fotos de Chenard salieron publicadas en la revista *Bohemia* en esa oportunidad; Chenard dio \$1 000. 00; Elpidio Sosa vendió la plaza en la entidad en que trabajaba, era una plaza de tesorero de una importante compañía; José Luis Tasende hizo otro sacrificio por el estilo, fue de los compañeros más sacrificados; Abel Santamaría empeñó su automóvil, pero no fue solo ese su aporte: dio mucho más, por si fuera poco, dio su vida, que no tendría precio en el momento en que la Revolución triunfara; y así podría seguir ampliando la lista, pero me parece mejor que se la entregue al tribunal, si lo desea, ordenadamente, por escrito, para que se adjunte al sumario y se investigue la veracidad de todo.<sup>208</sup>

*Por eso, cuando en el juicio el fiscal le pregunta a Fidel si contaba con la ayuda de algún miembro del gobierno para el triunfo de su plan, recibió una respuesta aguda:*

–Solo contábamos con nuestro propio esfuerzo y con la ayuda de todo el pueblo de Cuba, que la habríamos obtenido si hubiéramos podido comunicarnos con él, a través de la radio. La posibilidad de que algún personero civil o militar del régimen nos ayudara es totalmente inverosímil.

–Entonces, ¿solamente contaba con el pueblo?

–Sí, con el pueblo. Yo creo en el pueblo.<sup>209</sup>

*Cinco años, cinco meses y cinco días después del asalto al cuartel Moncada, apenas transcurridas las primeras horas del triunfo revolucionario, en el Parque Céspedes de Santiago de Cuba, Fidel reitera a todos los cubanos esta concepción de su lucha:*

Cuando vine con 82 hombres a las playas de Cuba y la gente decía que estábamos locos, y nos preguntaban por qué pensábamos que íbamos a ganar la guerra, yo dije: “porque tenemos al pueblo”.

<sup>208</sup> Centro de Estudios de Historia Militar de las FAR: *Moncada: antecedentes y preparativos*, pp. 289-291.

<sup>209</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 105.



Y cuando fuimos derrotados la primera vez y quedamos un puñado de hombres y persistimos en la lucha, sabíamos que esta sería una realidad, porque creíamos en el pueblo; cuando nos dispersamos cinco veces en el término de cuarenta y cinco días y nos volvimos a reunir y reanudar la lucha, era porque teníamos fe en el pueblo, y hoy es la más palpable demostración de que aquella fe era justificada. Tengo la más completa satisfacción de haber creído profundamente en el pueblo de Cuba y de haberle inculcado esta fe a mis compañeros, esta fe que más que una fe es una seguridad completa, y esta fe que nosotros tenemos en ustedes, es la fe que nosotros queremos que ustedes tengan en nosotros siempre.

*Antes, el 12 de diciembre de 1953, había escrito desde la prisión su fe permanente en el pueblo, la confianza en la esencia revolucionaria de su pueblo. Estas son sus palabras de entonces:*

Lo que se mide en la hora de empeñar el combate por la libertad no es el número de las armas enemigas, sino el número de virtudes en el pueblo. Si en Santiago de Cuba cayeron cien jóvenes valerosos, ello no significa sino que hay en nuestra patria cien mil jóvenes dispuestos también a caer. Búsquenseles y se les encontrará, oriénteseles y marcharán adelante por duro que sea el camino; las masas están listas, solo necesitan que se les señale la ruta verdadera”.<sup>210</sup>

### ***Tomar el cielo por sorpresa***

*En el vigésimo aniversario del ataque al cuartel Moncada, Raúl Castro afirma:*

Los hechos del 26 de julio de 1953 destacaron al compañero Fidel como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba [...]<sup>211</sup>

*Y doce años antes el propio Raúl había expresado:*

Fidel no se lleva a la dirección nacional de Cuba, solo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en el asalto al cuartel

<sup>210</sup> *Ibidem*, pp. 105-106.

<sup>211</sup> Raúl Castro Ruz: “Discurso en las maniobras militares por el vigésimo aniversario del asalto al cuartel Moncada”, *Moncada: la acción*, t. 2, p. 409.



Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la patria, el programa del pueblo. Y no solo expuso ese programa, sino que demostró la voluntad de realizarlo y señaló el camino para ejecutarlo.

Si Carlos Marx dijo que los comuneros de París “intentaron tomar el cielo por asalto”, del ataque al Moncada por varias docenas de jóvenes armados con escopetas de matar pájaros, alguien debiera decir que “trataron de tomar el cielo por sorpresa”.<sup>212</sup>

### ***La historia me absolverá***

*La autodefensa de Fidel en el juicio por los sucesos del Moncada, recogida en el histórico documento que se conoce como La historia me absolverá, explícitamente plantea el programa por el que luchaban los jóvenes asaltantes de esa fortaleza militar.*

*Durante el desarrollo de ese acto jurídico, muchas dificultades tuvo que enfrentar el líder de la Revolución. Pasadas más de cuatro décadas de aquellos hechos le trasmite sus vivencias a un grupo de estudiantes de la Universidad Central de Venezuela:*

En el juicio, lo que hice fue asumir mi propia defensa. No es que me considerara buen abogado, pero creía que el mejor que podía defenderme en aquel momento era yo mismo; me puse una toga y ocupé mi puesto donde estaban los abogados. El juicio era político, más que penal. No pretendía salir absuelto, sino divulgar ideas. Comienzo a interrogar a todos los criminales aquellos que habían asesinado a decenas y decenas de compañeros y actuaban como testigos; el juicio fue contra ellos. De tal manera que al siguiente día me sacaron de allí, me separaron, me declararon enfermo. Fue lo último que hicieron, porque tenían bastantes deseos de acabar conmigo de una sola vez; pero, bueno, conocía bien por qué se midieron. Conocía y conozco cuál era la psicología de aquella gente, el estado anímico, la situación popular, el rechazo y la enorme indignación que produjeron sus asesinatos, y también tuve un poco de suerte: pero el hecho es que en las horas iniciales, mientras me interrogaban, aparece el libro de Lenin, alguien lo saca: “Ustedes tenían un libro de Lenin”.

Nosotros explicando lo que éramos: martianos, era la verdad, que no teníamos nada que ver con aquel gobierno corrompido que

<sup>212</sup> *Ibidem*, p. 405.



habían desalojado del poder, que nos proponíamos tales y más cuales objetivos. Eso sí, de marxismo-leninismo no les hablamos ni una palabra, ni teníamos por qué decirles nada. Dijimos lo que les teníamos que decir, pero como en el juicio salió a relucir el libro, yo sentí verdadera irritación en ese instante, y dije: “Sí, ese libro de Lenin es nuestro; nosotros leemos los libros de Lenin y otros socialistas, y el que no los lea es un ignorante”, así lo afirmé a jueces y a los demás en aquel mismo lugar.

...

Después estaba nuestro programa expuesto cuando me defendí en el juicio. Quien no supo cómo pensábamos fue porque no quiso saber cómo pensábamos. Tal vez se quiso ignorar aquel discurso conocido como *La historia me absolverá*, con el que me defendí solo allá, porque, como expliqué, me expulsaron, me declararon enfermo, juzgaron a todos los demás, y a mí me enviaron a un hospital para juzgarme, en una salita; no me ingresaron en el hospital propiamente, sino en una celda aislada de la prisión. En el hospital estaba la salita chiquitica convertida en audiencia, con el tribunal y unas pocas personas apretadas, casi todas militares, donde me juzgaron y tuve el placer de poder decir allí todo lo que pensaba, completo, bastante desafiante.<sup>213</sup>

*En la pequeña salita del hospital “Saturnino Lora” de Santiago de Cuba, el 16 de octubre de 1953, Fidel Castro Ruz concluye su histórico alegato expresando:*

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es

<sup>213</sup> Fidel Castro: “Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela el 3 de febrero de 1999”, pp. 50-51.

concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una república donde está de presidente un criminal y un ladrón.

A los señores magistrados, mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el presidente de este tribunal, hombre de limpia vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obligan a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos; si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o porque se lo impidan, y no renuncian en pleno todos los magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la mancha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.<sup>214</sup>

*Minutos después de concluido el alegato de Fidel en ejercicio de su derecho a la autodefensa, el tribunal se retira a deliberar y, al reanudarse la vista, dicta sentencia condenatoria contra el acusado “como autor jefe máximo de un delito consumado contra los Poderes del Estado”, imponiéndosele la pena de quince años de reclusión que debería extinguir en la fortaleza de La Cabaña, en La Habana.*

*Sin embargo, en una resolución dictada el propio 16 de octubre, el ministro de Gobernación Ramón O. Hermida dispuso su traslado para el Reclusorio Nacional de Hombres de Isla de Pinos.*

<sup>214</sup> Fidel Castro Ruz: *La historia me absolverá*, pp. 108-109.



# BATALLAS EN PRESIDIO



## ***Primeras medidas orientadas desde prisión***

*Al día siguiente de dictarse la condena de privación de libertad, el sábado 17 de octubre de 1953, Fidel Castro es recluido en el Pabellón Uno del mal llamado Presidio Modelo, de Isla de Pinos.*

*Se equivocan quienes intentan encarcelar su espíritu rebelde; para el líder máximo de la Generación del Centenario no hay un minuto de descanso. Todo el tiempo de prisión lo dedica a continuar hostigando al gobierno tiránico y a preparar al pueblo para la lucha.*

El 12 de diciembre ya son definibles los lineamientos de las primeras medidas orientadas por Fidel tras las paredes del presidio:

1. Denunciar “las atroces torturas y el asesinato en masa, bárbaro y vesánico” de cerca de la mitad de los jóvenes participantes en las acciones del 26 de julio.

2. Diafanizar ante el pueblo, en cambio, la conducta “honorable y humana de los atacantes” según proclamara el propio fiscal durante el juicio, para desnudar las versiones falsas divulgadas y vueltas a propagandizar por el régimen.

3. Aclarar ante el Consejo Director y las masas de la ortodoxia el carácter revolucionario popular, y no putschista, y el programa político que se pensó poner en práctica en caso del éxito en las acciones del 26 de julio.

En otro sentido, orientaba promover una cuestación “para ayudar a las viudas y familiares de los muertos”. Nada para ellos en prisión, pues “preferimos que no sean desahuciados ni pasen hambre aquellos que perdieron al ser querido y el sostén de la casa”.<sup>215</sup>

## ***Afán de conocimientos***

*En el presidio los moncadistas organizan una academia de estudio y también fundan una pequeña biblioteca. Es necesario estudiar mucho. No hay tiempo que perder. El propio Fidel detalla una jornada normal en carta fechada el 22 de diciembre de 1953.*

<sup>215</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 184.



“A las cinco en punto y cuando parece que acaba uno de cerrar los ojos, una voz que dice: ‘¡recuento!’, acompañada de unas cuantas palmadas, se encarga de recordarnos que estamos en prisión cuando a lo mejor lo habíamos olvidado un ratico mientras soñábamos. Las luces, que no se habían apagado en toda la noche, centelleando más que nunca, la cabeza pesada como plomo y, ¡a ponerse en pie! Desde luego que yo invierto menos de 30 segundos en ponerme zapatos, pantalón y camisa: no vuelvo a dormir hasta las 11 de la noche en que me viene el sueño leyendo a Marx o a Rolland, y si es como hoy que estoy escribiendo, cuando termine. Sintetizando: a las 5:30, desayuno; a las 8, clases hasta las 10:30 a.m.; 10 y 45, almuerzo; 2 p.m., clases de nuevo hasta las 3; recreo hasta las 4; 4 y 45, comida; 7 a 8 y 15, clases de economía política y lectura en común; 9:30 p.m. silencio. Todas las mañanas de 9:30 a 10 explico un día filosofía y otro día historia universal; historia de Cuba, gramática, aritmética, geografía e inglés son explicadas por otros compañeros. Por la noche me corresponde la economía política, y dos veces a la semana oratoria, quiero decir, algo que me parece a tal. Método: en vez de clase de economía política les leo durante media hora, bien la descripción de una batalla como el asalto a Hugomont por la infantería de Napoleón Bonaparte, bien un tema ideológico, el alegato de Martí a la República española, o cosas por el estilo; inmediatamente, distintos muchachos escogidos al azar o voluntarios tienen que disertar durante 3 minutos sobre el tema en forma de concurso con premios según criterio de jueces escogidos. Todas las fechas patrióticas: veladas, conferencias sobre el tema. Todos los días 26: fiestas; todos los 27: duelos, actos de conmemoración con reflexión y disertación sobre el tema. El día correspondiente al duelo, como es natural, no hay recreo ni diversión de ninguna clase. Los días académicos son desde el lunes hasta la mitad del sábado”.<sup>216</sup>

Varias cartas de Fidel durante ese período marcan la estela de la progresión inicial de esas lecturas.

En noviembre habrán sido varias de las obras de Shakespeare y *Las llaves del reino*, la *Historia de San Michele*, las *Memorias* de Maurois, las *Memorias* de Rosie, la *Filosofía* en sus textos, de Marías, las *Lecciones preliminares de filosofía*, de García Llorente, *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, y *Los miserables*, de Víctor Hugo,

<sup>216</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 17-18.

que cuatro meses después [Fidel] enjuicia críticamente de la manera siguiente:

“Víctor Hugo me entusiasmó lo indecible con *Los miserables*; sin embargo, a medida que va pasando el tiempo me voy cansando un poco de su romanticismo excesivo, su ampulosidad y de la carga, a veces tediosa y exagerada, de erudición. Sobre el mismo tema de Napoleón III, Carlos Marx escribió un trabajo formidable titulado *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Poniendo estas dos obras una al lado de la otra, es como puede apreciarse la enorme diferencia entre una concepción científica, realista de la historia y una interpretación puramente romántica. Donde Hugo no ve más que un aventurero con suerte, Marx ve el resultado inevitable de las contradicciones sociales y la pugna de intereses prevalecientes en aquel instante. Para uno la historia es el azar. Para otro un proceso regido por leyes”.

¿Hasta dónde el afán de conocimientos con que llenar de vida útil para el futuro la existencia en el presidio? El 8 de diciembre escribe:

“Cuando leo una obra de algún autor famoso, la historia de un pueblo, la doctrina de un pensador, las teorías de un economista o las prédicas de un reformador social, me abrasa el deseo de saber todas las obras de todos los autores, las doctrinas de todos los filósofos, los tratados de todos los economistas, las prédicas de todos los apóstoles. Todo lo quiero saber, y hasta las listas bibliográficas de cada libro las repaso acariciando la esperanza de leer los libros consignados. En la calle me inquietaba porque me faltaba tiempo, y aquí donde el tiempo parece sobrar también me inquieto”.

El 18 de diciembre hablará de *Feria de vanidades* de William Thackeray, *Nido de hidalgos* de Iván Turgueniev, *Vida de Luis Carlos Prestes* de Jorge Amado, *El secreto de la fortaleza soviética de Déan* de Canterbury, *Fugitivos del amor* de Eric Knight, *Así se templó el acero* de Nikolai Ostroski (“novela rusa moderna –dice–, conmovedora autobiografía del autor, joven que participó en la Revolución”) *La ciudadela* de J. Cronin, “además estoy estudiando a fondo *El capital* de Carlos Marx –cinco tomos enormes de economía, investigado y expuesto con el mayor rigor científico. He comenzado también a estudiar autores cubanos, Félix Varela, Luz y Caballero, etcétera”.

Sus siguientes lecturas, alternadas con las *Obras de José Martí* de la editorial Lex, permanentemente a su cabecera, serán entre otras la *Biografía de Shakespeare* por Víctor Hugo; de Honorato de Balzac la *Piel de zapa*; de Zweig la *Biografía de Napoleón el pequeño*; *Sobre*



la misma tierra de Rómulo Gallegos; la novela inglesa *Las estrellas miran hacia abajo*, de J. Cronin y *El filo de la navaja* de Somerset Maugham; cuatro tomos de los 18 que componen las *Obras completas* de Sigmund Freud, y de Dostoievski: *Los hermanos Karamazov*, *Humillados y ofendidos*, *Crimen y castigo*, *El idiota*, *El sepulcro de los vivos*, *Las pobres gentes* y el cuento *El señor Prokarchin*. “La atención central, sin embargo, la estoy dirigiendo en otro sentido. Con la manga al codo he acometido el estudio de la historia universal y de las doctrinas políticas”, dice en una carta del mes de marzo, mientras que poco después, cuando se sabe que ha leído la *Crítica de la razón pura* de Kant, la *Psicología de las masas* de Mira y López, *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, y dos biografías de Bolívar, la de Rourke y la de Zweig, en carta de 4 de abril refiere: “Son las 11 de la noche. Desde las 6 de la tarde he estado leyendo seguido una obra de Lenin, *El Estado y la Revolución*, después de terminar *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *Las guerras civiles en Francia*, ambos de Marx, muy relacionados entre sí los tres trabajos y de un incalculable valor”.

Y más adelante:

“Me han servido de mucho mis viajes por el campo de la filosofía. Después de haberme roto un buen poco la cabeza con Kant, el mismo Marx me parece más fácil que el padrenuestro. Tanto él como Lenin poseían un terrible espíritu polémico y yo aquí me divierto, me río y gozo leyéndolo. Eran implacables y temibles con el enemigo. Dos verdaderos prototipos de revolucionarios”.<sup>217</sup>

### ***Completo el sentido de mi vida***

*En su carta del 19 de diciembre de 1953, Fidel ya califica el valor que tendrá la prisión para él y define la actitud del hombre en la vida, cuando expresa:*

¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida. No sé si será larga o si será breve, si será fructífera o si será baldía. Pero sí siento reafirmarse más mi convicción de sacrificio y de lucha. Desprecio la existencia que vive aferrada a las bagatelas miserables de la comodidad y del interés. Pienso que hay una edad de la que el

<sup>217</sup> *Ibíd.*, pp. 20-22.



hombre no debiera pasar, es aquella en que comienza a declinar la vida, cuando se apaga la llama que encendió el momento más luminoso de cada existir, cuando decaen las fuerzas que alientan sus pasos en la etapa digna; entonces, se les ve penetrar cabizbajos y arrepentidos, cual viles renegados, en el más profundo pantano de la abyección. Se avergüenzan en su fuero interno de lo único noble que tuvieron en su vida, los años de desinterés, generosidad y desprendimiento; es la pendiente de lo que hicieron y hacen lo contrario de lo que predicán; miran a partir de ese instante su propia juventud como ingenuidad, locura, inexperiencia y sueño, sin reparar que en realidad comienza la impotencia, la frustración, el engaño y el sometimiento, la marcha atrás miserable y ridícula, el espectáculo triste del hombre desandando el camino recorrido para no volver a comenzar jamás.<sup>218</sup>

### ***Seguimos cantando el himno***

*Algo raro estaba pasando en el Presidio Modelo, el fortalecimiento de las medidas de seguridad y los ruidos que se percibían desde el exterior alertaron a los moncadistas.*

*Uno de ellos, parado sobre los hombros de otro compañero descubrió que el dictador Fulgencio Batista estaba de visita en la prisión y de inmediato decidieron cantar con todas sus fuerzas la Marcha de la Libertad. Fidel sonríe mientras cuenta:*

Batista creyó inicialmente que aquello formaba parte de los homenajes que le estaban dando, o que sería un coro de voces que estaba cantando quizás una loa; al principio estaba contento, manda a callar a los que están con él, después se va quedando en silencio, y se va poniendo irritado cuando la letra de nuestro himno habla de “los tiranos insaciables que a Cuba han hundido en el mal”. Almeida lo observó todo desde la ventanilla. Entonces, figúrate aquello, entró la policía y nosotros seguimos cantando el himno, a pesar de que había un tipo temible allí, un matón temible que llamaban Pistolita. Quedamos encerrados y, a partir de eso, a mí me aislaron hasta el final de la prisión, así que del total que estuve preso, porque estuve aislado primero en Santiago hasta que me juzgaron, de los 22 meses preso, debo haber estado como 19 meses aislado. Aunque al final

<sup>218</sup> *Ibidem*, pp. 39-40.



ya se limitó el aislamiento, porque enviaron a Raúl para donde yo estaba, algunos meses antes de la amnistía.<sup>219</sup>

### ***Incomunicación total***

Fidel: incomunicación total, en solitario. Una celda al entrar, hacia la izquierda, en el Pabellón Uno.

Casi al finalizar febrero es que hará la primera referencia a su nueva situación, cuando escribe: “Ahora estoy morando en una celdita solitaria desde hace más de 15 días”.

El primero de marzo, el mismo día en que sus otros compañeros incomunicados son devueltos de las celdas de castigo al salón colectivo, sin que él hubiese conocido la bestialidad a que los habían sometido, es más explícito en las explicaciones:

“Sigo sin luz, con hoy ya diecisiete días. Las velas no las dejaron pasar. Pero anoche no fue solamente la oscuridad y la soledad, sino también la lluvia. Apenas oscureció comenzó a tronar con insistencia; después un relampaguear incesante cortaba cada segundo la negrura de la noche, iluminando la celda por los altos ventanales y dibujando sobre los rincones la sombra de los barrotes. Al poco rato se inició un furioso aguacero. El agua, arrastrada por el viento, penetraba los ventanales sin más protección que las rejas, mojándolo todo impunemente. Hice cuanto pude por proteger los libros dentro de las maletas colocándoles una frazada por arriba. La cama, entre tanto, se empapó, el piso se llenó de agua y un aire frío cargado de una lluvia fina lo invadía todo. En un rincón, calados los huesos de humedad y frío, esperé con infinita paciencia el fin del vendaval. ¡Y era domingo por la noche!”<sup>220</sup>

*De sus incursiones por el campo de la filosofía en estos meses quedan algunas perspicaces acotaciones, como esta de una carta suya del 18 de marzo de 1954:*

“Me había dormido acabando de leer la *Estética trascendental del espacio y del tiempo*. Por supuesto que espacio y tiempo desaparecieron un buen rato de mi mente —dice con criolla ironía y agrega—: Kant me hizo recordar a Einstein, su teoría de la relatividad del espacio y del tiempo y su fórmula famosa de la energía:  $E = MC^2$  (masa por el

<sup>219</sup> Frei Betto: Ob. cit., p. 191.

<sup>220</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 187-188.

cuadrado de la velocidad de la luz); la relación que pudiera haber entre los conceptos de uno y otro quizás en oposición; la convicción de aquel de haber encontrado criterios definitivos que salvaban a la filosofía del derrumbe vapuleada por las ciencias experimentales y los imponentes resultados de los descubrimientos de este. ¿Le habría ocurrido a Kant lo mismo que a Descartes cuya filosofía no pudo resistir la prueba de los hechos, porque contradecía las leyes probadas de Copérnico y Galileo? Pero Kant no trata de explicar la naturaleza de las cosas sino los conocimientos mediante los cuales llegábamos a ella; si es posible conocer o no conocer y según ello cuándo son aquellos acertados o erróneos; una filosofía del conocimiento, no de los objetos del conocimiento. Según esto no debe haber contradicción entre él y Einstein. Sin embargo, ahí están sus conceptos de espacio y tiempo, puntos básicos para elaborar su sistema filosófico. ¿Cabría la contradicción? Claro que no será difícil cerciorarse, pero mientras me hacía esta pregunta igual que otras muchas que continuamente nos asedian, pensaba en lo limitado de nuestros conocimientos y en la vastedad inmensa del campo que el hombre ha labrado con su inteligencia y su esfuerzo a través de los siglos. Y aun la misma relatividad de esos conocimientos entristece. ¡Cuántas teorías, y doctrinas, y creencias, superadas ya, que antaño fueron como biblias de la ciencia! ¡Qué caro ha tenido que pagar la energía del hombre el progreso de la humanidad!”<sup>221</sup>

*Cuando ya lleva seis semanas incomunicado, el 22 de marzo de 1954, Fidel escribe:*

“Ya tengo luz; estuve cuarenta días sin ella y aprendí a conocer su valor. No lo olvidaré nunca, como no olvidaré la hiriente humillación de las sombras; contra ellas luché logrando arrebatarles casi doscientas horas con una lucecita de aceite pálido y tembloroso, los ojos ardientes, el corazón sangrando de indignación. De todas las barbaridades humanas, la que menos concibo es el absurdo”<sup>222</sup>

“A las 7, aproximadamente, enciendo la luz (escribirá el 24 de marzo). Entonces comienza el combate con los mosquitos. Si estoy escribiendo, los espanto con mucho humo de tabaco. Luego se me

<sup>221</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 22-23.

<sup>222</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 188.



cuelan dentro del mosquitero en cualquier descuido al entrar o salir y tengo que cazarlos uno a uno. Pero no es solo eso; cuando voy a empezar a leer, siempre me pasa algo: se me queda el lápiz de colores, salgo, lo recojo; abro el libro y resulta que cogí un tomo en vez de otro: ¡a salir otra vez (...)! Luego es el diccionario, si no los espejuelos, ¡qué lío! Por eso, para mayor comodidad, tengo al lado derecho de la cama un montoncito y arriba de la cama otro montón. Eso sí, los cuido mucho. Leo después hasta que me rindo. Suelo aprovechar 10, 12 o 14 horas diarias. Hay también hormigas que comen de todo: queso, aceite, pan (...), sin embargo, cosa curiosa, no tocan la lecha condensada. Entre los animalitos una batalla continua. Las moscas pelean con los mosquitos, las arañas cazan a las moscas, y las hormiguitas, como pequeños buitres, cargan los despojos. La prisión tan estrecha para mí es un mundo inmenso para ellos. Un tomeguín se asoma de cuando en cuando por las altas ventanas; al verlo alegre y libre comprendí mejor que nunca el crimen de enjaularlos y recuerdo la *Historia de San Michele*. Al atardecer, caen desde lo alto algunos rayos oblicuos de sol que arrojan en el fondo de la celda la sombra de las rejas durante varios minutos”.

Un nuevo factor ensancha las posibilidades para la jocosidad, pero esta, infrecuente, estará imbuida de un dejo irónico en que se transparenta la amargura del encierro. El 4 de abril, después de leer *El Estado y la revolución* de Lenin, escribe:

“Ya tengo sol varias horas todas las tardes y los martes, jueves y domingos también por la mañana. Un patio grande y solitario, cerrado por completo con una galería. Paso allí horas muy agradables. Me volveré mudo.

”(...) Arreglé mi celda el viernes. Baldeé el piso de granito con agua y jabón primero, polvo de mármol después, luego con lavasol y por último agua con creolina. Arreglé mis cosas y reina aquí el más absoluto orden. Las habitaciones del Hotel Nacional no están tan limpias (...)

”(...) Me voy a cenar; spaghetti con calamares, bombones italianos de postre, café acabadito de colar y después un H Upman 4. ¿No me envidias? Me cuidan, me cuidan un poquito entre todos (...) No le hacen caso a uno, siempre estoy peleando para que no manden nada. Cuando cojo sol por la mañana en short y siento el aire de mar, me parece que estoy en una playa, luego un pequeño restaurante aquí. ¡Me van a hacer creer que estoy de vacaciones! ¿Qué diría Carlos Marx de semejantes revolucionarios?”.

Pero son momentos fugaces. La rudeza de la realidad filtra un dejo de tribulación en otras de sus cartas, aunque nunca falta en ellas la presencia de una inalterable actitud de lucha que no cesa. El 11 de abril dice:

“Días atrás me llevaron al juzgado. Hacía mucho tiempo que no veía campos ni horizontes abiertos. Aquí el paisaje es muy hermoso, lleno de luz y radiante sol. Allí estuve un rato conversando con los empleados del juzgado de instrucción, personas muy amables, sobre asuntos nacionales. Cuando volví otra vez a la celda me sentía extraño, molesto. Meditaba sobre las opiniones que había dado, rápidas, precisas, pero me di cuenta que había hablado maquinalmente. Sentí la sensación de que la luz, el paisaje, el horizonte, todo, me afectaba como un mundo extraño, lejano, olvidado”.<sup>223</sup>

El contenido restante de la carta del 11 de abril, escrita por Fidel ocho días después de su primera asistencia al Juzgado tras el incidente de febrero, es más fácilmente comprensible conociendo esos antecedentes. Hay pesadumbre, pero sin abatimiento. Y los golpes que recibe son incapaces de anular su fuerte voluntad asentada en las razones que lo impulsan hacia el combate:

“¡Son solo ocho meses y medio, pero, cuánto he tenido que sufrir en todos los aspectos! De este tiempo he pasado solo la mayor parte, en cierto sentido este ha sido mi sino. Y hay en el mundo moral, igual que en el físico, una ley de inercia, y en ambos también una ley de gravitación; mil fuerzas tendiendo a reducir el impulso frente a las cuales es preciso invertir un mundo de energía psíquica y espiritual.

”No es infundada tu confianza en mi poder de resistencia; es cierto que resisto y sufro con firmeza, pero esta vida que llevo no es natural, y en todos los aspectos lo más contrario a mi temperamento que pueda imaginarse. Es como un cuerpo que tiene su forma propia presionado en un molde distinto.

”Lo curioso es que no tengo ambiciones personales; todos mis resortes son morales, un sentido del honor, de la dignidad, del deber. Por lo que otros estiman la vida es para mí completamente indiferente. La mayor contradicción de mi situación radica en eso: un hombre que es en absoluto indiferente al castigo físico, material, a la existencia biológica, que pudiera burlarse de todo eso con una sonrisa en los labios y cuya única prisión, cadena, fuerza ante la

<sup>223</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 75-77.



cual se inclina, es el deber. Como hombre físico, me siento poderoso y considero que ninguna fuerza física del mundo me haría mella, sencillamente porque no la temo; sin embargo, el hombre moral que hay en mí obliga a someterse al hombre físico. El innato rebelde siempre luchando contra la razón serena y fría, al servicio esta de un fuerte sentimiento moral”.<sup>224</sup>

*El 5 de abril había explicado y solicitado a la vez:*

“Tengo material abundante para el estudio de los grandes movimientos políticos contemporáneos: socialismo, fascismo. No tengo nada del New Deal de Roosevelt. Sé que hay una edición en español de uno o dos tomos que contiene un estudio completo del programa y las realizaciones de Roosevelt”.

El 15 de abril insiste y expresa su añoranza al respecto:

“Roosevelt. Fundamentalmente sobre él es que quiero documentarme: su política de elevación de precios de los productos de la tierra, fomento y conservación de la fertilidad del suelo, facilidades de crédito, liberación de deudas, ampliación de mercados interiores y exteriores en el campo agrícola; incremento de fuentes de trabajo, reducción de jornada, elevación de salarios, ayuda social a los desempleados, ancianos e inválidos, en el campo social; reorganización de la industria, nuevos sistemas de impuestos, reglamentación de los trusts, y la reforma bancaria y monetaria, en el campo de la economía general”.

Entre las obras que ha de estudiar en esos meses figuran los más diversos autores y temas. En su expediente de presidio aparecen algunas listas con los libros que el censor ha recibido para él y que después de revisados le hace llegar:

“Junto a una *Gramática Latina*, un *Diccionario de Modismos* y la *Oratoria de Demóstenes*, tendrá allí a mano en la celda, rodeando su cama *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset, *Técnica del golpe de Estado* de Curzio Malaparte; *Nuevos horizontes*, *Fundamentos de la política* de José Ortega y Gasset, *Psicología de las multitudes*, *El fascismo al desnudo*, *La época de la revolución religiosa*, *La reforma y la contrarreforma*, y de Tomás Moro: *Utopía*”.

<sup>224</sup> *Ibíd.*, pp. 79-80.

Allí, junto a las *Obras completas* de Homero; Hubaiyat, Cicerón y Mirabeau, alterna la lectura de *Introducción a una filosofía de la era atómica*, *Para una filosofía de la vida*, *Esta paz humana*, *Europa entre bastidores* y de José Ingenieros: *El hombre mediocre*; y de José Enrique Rodó: *Ariel* y *Motivos de Proteo*.

Lee *Cuba y sus jueces* de Raimundo Cabrera, *Contribución al proyecto de reforma penal*, *De la pena de muerte en materia política* de Guizot y la *Constitución de los Estados Unidos*; y lee, de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, y *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Pero también lee *Las cien mejores poesías*, *Siete cantos*, *El lirio del valle*, *El ruiseñor y la rosa* de Oscar Wilde, *Úrsula Mirquet*, *Eugenia Grandet* de Honorato de Balzac, *El martirio de un genio*, *Don Juan*, *El figón de la reina Patoja*, *El patriota*, *El anillo de amatista*, *El negro Francisco*, *Calle Mayor* de Sinclair Lewis, *Ana Karenina* de León Tolstoi; la *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde y el *Juan Criollo* de Carlos Loveira.

Es constante, sin embargo, el tema histórico: *Miguel Servet y su tiempo*, *Morelos*, *Cómo se perdió América*, *Vida de la unidad americana*, *La campaña autonomista* y los diez voluminosos tomos de *Historia de la nación cubana*. Martí sobresale y vuelve a leer sobre Bolívar: *Bonaparte y Bolívar*, *Bolívar y las Antillas hispanas* y *Bolívar, caballero de la gloria y de la libertad*.

Parece que nada quisiera que escapara, en lo político, al alcance de su conocimiento. En carta magistral defiende su derecho a la investigación directa, cuando se le ha informado –lo cual no era cierto– que el censor le ha retenido dos libros que debían haberle llegado. Conocer su alegato nos permite, de paso, apreciar el inteligente tacto con que maneja sus relaciones epistolares con ese funcionario del presidio, lo que le permitirá establecer una increíble vinculación que ha de resultarle de singular importancia en el futuro:

“Se me informa que fueron decomisados dos libros –dice Fidel en esa carta–. Uno de ellos es *Stalin* de Trotsky.

”Supongo que se debe precisamente a que se llama *Stalin*, porque no me explico ninguna otra razón, y aunque hubiese sido escrito por un partidario de Stalin y fuese una defensa de Stalin, no creo sinceramente que sea un motivo de decomisarlo, pero es que en este caso no se trata siquiera de un estudio crítico imparcial de ese personaje, es un libro escrito contra Stalin, por León Trotsky, el más irreconciliable enemigo de Stalin, no una defensa, sino un ataque implacable contra él. Como ve usted, el motivo que pudo pensarse para decomisarlo no existe. El otro libro no sé cuál es, sospecho



que se trate de la *Técnica del Golpe de Estado* de Curzio Malaparte, porque creo que me dijeron que venía entre ellos.

”Este libro lo conozco bien, y no es más que una versión fantaseada de los golpes de Estado fascista, nazista, falangista, y otros, que no se ajusta apenas a la verdad histórica, como novelista que es su autor, más bien que historiador. No tiene valor práctico. A veces me mandan libros que ya he leído. Pero bien: por tener un título tan sugestivo (*Técnica del Golpe de Estado*), admito que se le pongan reparos, en realidad, no me interesa este libro, si es el que decomisaron también. Pero el otro sí, el otro créame que no existe la menor razón para retenerlo, me parece que ha cometido un error, cerciórese de ello y compruébelo usted mismo. No planteo esto por capricho. Este es un asunto que me preocupa muy seriamente. Yo tengo el tacto y la responsabilidad suficiente para no encargar nunca cualquier obra que constituya una falta a las normas del sano juicio moral o disciplinario. Usted sabe bien que yo no me intereso más que por libros serios. Nunca se me verá obteniendo libros pornográficos, obscenos, o de cualquier otra índole que no deban admitirse en un penal.

”Es para mí un grave motivo de preocupación que los libros que yo encargué como este de Trotsky sean decomisados por el mero motivo del título, sin conocer su contenido. En esta cuestión de la censura debe actuarse con un criterio justo. Cada persona lee de acuerdo con su preparación y cultura.

”Cuando se estudian cuestiones económicas, sociales o filosóficas, es preciso contar con libros de los más variados criterios y autores, analizar, comparar, etcétera.

”En materia de religión como de doctrina política social, no se concibe el estudio sin la libertad de leer.

”Ya una vez se suscitó el problema con otros libros, y el teniente Montesinos a quien le expuse el problema lo resolvió razonablemente. Ruego se tenga en cuenta que soy un profesional con más de un título universitario, de lo cual muy pocas veces me gusta hablar, y que evoco en este caso, solo para que se comprenda que una limitación incomprensible en este asunto de los libros me resulta realmente humillante y dura, porque interfiere algo muy íntimo en el hombre que es su deseo de saber.

”Yo aquí estoy encerrado en este pabellón y solo invierto mi tiempo en estudiar, con ello no le hago daño ni molesto absoluta-



mente a nadie, ni perjudico al penal ni al Estado, no pido mejoras de ninguna clase, ni pido cambios en las normas que rigen nuestra prisión, nada he pedido, solo que no se me haga un daño inútil, sin razón y que a nadie beneficia. Hace tiempo no surge con nosotros la menor dificultad, realmente puede decirse que paso aquí los días como si no existiera, ni siquiera escribo casi, por lo que hasta las pequeñas dificultades con las cartas ha desaparecido por completo, y no creo que exista el menor propósito de herirnos injustificadamente. Al menos, no debe existir.

”Le he expuesto a usted razones, cerciórese y verá que son justas. Si usted consultó la decomisación de esos libros con sus superiores, le ruego que les exponga estas razones mías en la seguridad de que las atenderán. Le reitero que solo me interesa el libro de Trotsky; el otro, si es el de Malaparte, no me interesa. Sobre todo quiero tener la seguridad de que no habría dificultades innecesarias con esto de los libros tratándose de obras culturales autorizadas por leyes del país. Espero su respuesta”.

Fidel recibió no solamente una rápida respuesta del censor, sino que esta vino acompañada por los libros que acababan de llegar al presidio. Consecuentemente, escribió de inmediato la siguiente es-  
quela dirigida a ese funcionario:

“No tengo la culpa del informe que recibí respecto a los dos libros que faltaban; se lo comunicó el teniente Perico al vigilante que nos atiende.

”Yo de todos modos me alegro del error porque he tenido una ocasión más de apreciar cuán invariablemente amable es usted; no me arrepiento de haberle hecho una carta razonada y cordial a pesar de que estaba muy molesto ante lo que creía ver una injusticia, porque yo a usted no me puedo dirigir nunca de otro modo más que con la mayor consideración y cortesía. Sé que cuando usted no resuelve algo es únicamente porque no puede. Recibí los libros con mucha alegría y eso me enseñó una vez más que las personas hablando se entienden, que entre los hombres lo que hace falta es buena voluntad. En este caso puede estar usted seguro que he quedado muy satisfecho y se me ha disipado toda preocupación.

”Una vez más le reitero mis más expresivas gracias,  
Fidel”.<sup>225</sup>

<sup>225</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 28-33.



### ***¿Sabes un episodio que me conmueve?***

*Fidel a partir de sus conocimientos de la historia universal y, sobre todo, de las revoluciones va confirmando sus ideales, y el 6 de abril escribe:*

Es curioso el gran parecido que tienen las grandes reformas sociales desde la antigüedad hasta hoy. Muchas medidas que realizó la Comuna de París en 1870 las encontramos parecidas entre las leyes de Julio César. Los problemas de la tierra, la vivienda, las deudas y el desempleo se han presentado hasta ahora en todas las formaciones sociales desde tiempos remotos.

A mí me apasiona el espectáculo grandioso que brindan las grandes revoluciones de la historia, porque siempre han significado el triunfo de propósitos que encarnaban el bienestar y la felicidad de una inmensa mayoría frente a un grupito reducido de intereses. ¿Sabes un episodio que me conmueve?: la revolución de los esclavos negros de Haití. En los momentos en que Napoleón imitaba a César y Francia semejava a Roma, el alma de Espartaco reencarnaba en Toussaint Louverture. ¡Qué poca importancia se le da al hecho de que esclavos africanos sublevados hayan constituido una República libre derrotando a los mejores generales de Bonaparte! Es cierto que Haití no ha progresado mucho desde entonces, pero, ¿ha sido mejor la suerte de otras repúblicas latinoamericanas? Siempre ando pensando en estas cosas, porque, sinceramente, ¡con cuánto gusto revolucionaría a este país de punta a cabo! Estoy seguro de que pudiera hacerse la felicidad de todos sus habitantes. Estaría dispuesto a ganarme el odio y la mala voluntad de unos cuantos miles, entre ellos algunos parientes, la mitad de mis conocidos, las dos terceras partes de mis compañeros de profesión y las cuatro quintas partes de mis excompañeros de colegio.<sup>226</sup>

### ***Fidel complementa las orientaciones tácticas***

En carta dirigida a Melba Hernández, el 17 de abril de 1954, Fidel complementa las orientaciones tácticas del movimiento revolucionario.

“Primero: No se puede abandonar un minuto la propaganda porque es el alma de toda lucha. La nuestra debe tener estilo propio y ajustarse a las circunstancias. Hay que seguir denunciando sin cesar los asesinatos (...) Es preciso que se conmemore además dignamente el 26 de Julio. Hay que lograr de todas maneras que se dé un acto en la escalinata universitaria: será un golpe terrible al gobierno

<sup>226</sup> *Ibídem*, p. 156.

que es necesario preparar desde ahora mismo con mucha inteligencia; así como también actos en los Institutos, en Santiago de Cuba y en el extranjero: Comité Ortodoxo de Nueva York, México y Costa Rica. Gustavo Arcos debe hablar con los dirigentes de la FEU para el acto de la escalinata.

”Segundo: Hay que coordinar el trabajo entre la gente nuestra de aquí y la del extranjero. Prepara a este fin cuanto antes un viaje a México para que te reúnas allí con Raúl Martínez y Léster Rodríguez y después de estudiar cuidadosamente la situación decidan sobre la línea a seguir (...) No admitir ningún género de subestimación; no llegar a ningún acuerdo sino sobre bases firmes, claras, de éxito probable y beneficio positivo para Cuba. De lo contrario es preferible marchar solos y mantener ustedes la bandera en alto hasta que salgan estos muchachos formidables que están presos y que se preparan con el mayor esmero para la lucha. ‘Saber esperar –dijo Martí– es el gran secreto del éxito’.”

Finalmente recomendaba “seguir la misma táctica que se siguió en el juicio: defender nuestros puntos de vista sin levantar ronchas” y no desanimarse por nada ni por nadie “como hicimos en los momentos difíciles”.<sup>227</sup>

### ***La libertad no pudo ser encarcelada***

El 18 de junio, nueve días antes de que sitúen en su celda a dos miembros de la Marina de Guerra, también presos, lo que lógicamente tuvo que despertar la suspicacia de que se trataba de establecer una más directa y constante vigilancia, escribe:

“Hace cuatro meses y una semana que me tienen encerrado en esta celda solitaria. Habían dicho al principio que era por cuatro meses pero en realidad tienen intenciones de dejarme así definitivamente. No quiero perder tiempo dándote mi opinión de esta gente: Castells<sup>228</sup> y su cuadrilla de asesinos eran unos angelitos comparados con la banda de intransigentes, desalmados y estúpidos que están rigiendo la prisión.

”Esta situación, en realidad, no puede ser más dura, no sé si tanto por la tortura mental y lo antinatural que resulta, como por

<sup>227</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 184-185.

<sup>228</sup> Se refiere a Pedro Abraham Castells, supervisor militar del presidio durante la tiranía machadista, quien ganó funesta notoriedad por sus crímenes.



pensar que estas cosas se pueden estar haciendo en Cuba con absoluta impunidad y en medio de una indiferencia que espanta por parte de los órganos de opinión pública”.

Seis días antes había reflejado en otra carta el dramático alcance de su incomunicación:

“Solo tengo compañía cuando en la pequeña funeraria que está delante de mi celda tienden algún preso muerto que en ocasiones son ahorcados misteriosos, asesinatos extraños en hombres cuya salud fue aniquilada a fuerza de golpes y torturas. Pero no puedo verlos porque hay perennemente una mampara de seis pies de alto frente a la única entrada de mi celda para que no pueda ver ningún ser humano, ni vivo ni muerto. ¡Sería demasiada magnanimidad permitirme la compañía de un cadáver!”.

Una visita eludirá la malla: el breve momento de conversación con el exjuez de Nueva Gerona, Waldo Medina, de paso por el presidio. Y la inesperada presencia del ministro de Gobernación del régimen, Ramón Hermida, que recién lo había agraviado y viene a su celda a ofrecerle explicaciones; Fidel las acepta “a reserva de resolver y dilucidar cumplidamente este problema cuando yo esté en libertad”.

Así estará 138 días. Allí estará 458. A excepción de su hermano Raúl que iría a compartir con él la misma celda algún tiempo después, ya no ha de estar más junto a sus compañeros presos hasta el abrazo en la puerta de la prisión, el día de la salida.<sup>229</sup>

*Con astucia y tenacidad Fidel logra romper el aislamiento que le han impuesto.*

La pequeña pelota cayó junto a sus pies. Había penetrado el patio describiendo una parábola por sobre la azotea desde el patio contiguo. No era una pelota común; los niños más pobres de entonces las hacían cortando en tiras las cajetillas de cartulina de los cigarros, para forrar con ellas, entrecruzándolas, una bola de papel arrugado y bien apretado.

Orlando Cortés Gallardo cree recordar que fue Miret el que la cogió del suelo, extrañado, pero sin darle mayor importancia. Y, mientras seguía hablando, fue rompiéndola entre sus dedos, lentamente, maquinalmente, sin prestarle interés.

<sup>229</sup> *Ibíd.*, pp. 188-189.

Al quedar al descubierto el relleno, les llamó la atención ver que se trataba de papeles escritos con una letra menudita; lo usual era que se utilizaran periódicos en desuso. A la repentina curiosidad siguió la sorpresa: extendidas aquellas hojas contenían un mensaje de Fidel dirigido a ellos.

Fue así como empezó el primer rudimentario pero efectivo método de comunicación entre Fidel y los demás moncadistas presos en Isla de Pinos. De un patio a otro se intercambiaban las pelotas, de papel o de goma, con los mensajes adentro. Y se dice que hubo ocasiones en que hasta algún amable custodio fue el portador de la original forma de correspondencia, al devolverles algunas de las pelotas cuando habían quedado sobre el techo.

...

Burlando la experiencia del censor del presidio llegará a utilizarse hasta el correo ordinario. Entre las líneas de intrascendentes cartas a parientes y amigos escribirá Fidel con tinta invisible, que ha de llegarle sin falta por la vía normal de los abastecimientos de comestibles, sin despertar la menor sospecha; usará para escribir: zumo de limón. Reacción química ante el calor, de la blancura del papel de aquellas cartas de inocua apariencia emergerían –en rasgos carmelitas– las más precisas orientaciones a los compañeros y las más terribles denuncias que mantendrían en vilo al régimen durante aquel período.

Por primera vez hay evidencia de la puesta en práctica de este sistema cuando, en una carta del 17 de abril de 1954 a Melba Hernández, Fidel hace referencia a un “medio de comunicarte conmigo todos los días si quieres”, mientras le advierte: “Guarda sobre él absoluta reserva informándoselo únicamente a Yeyé cuando regrese”.<sup>230</sup>

### ***Increíble tenacidad y astucia***

*Reconstruido por Fidel y utilizando diversas e ingeniosas vías, va saliendo del presidio el discurso de autodefensa conocido como La historia me absolverá.*

Lidia Castro, la hermana siempre activa y en disposición de correr todos los riesgos, será el centro de enlace en todo ese proceso de elaboración del extenso documento. En fragmentos, a tinta, a lápiz, con zumo de limón, irá Fidel reconstruyendo su autodefensa.

<sup>230</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 124-126.



Muchas cartas salieron de prisión con simples saludos a personas amigas o simplemente conocidas, que inmediatamente después eran recogidas. Lidia, Melba y Haydée les pasaban una plancha caliente y, entre las líneas escritas a tinta, iban surgiendo los fragmentos de la autodefensa que Fidel había escrito con zumo de limón.

Varias personas tenían a su cargo la recogida de las cartas y unas cuatro o cinco se encargaron de la mecanografía. Este trabajo se ejecutó con todas las reglas de la discreción y la compartimentación. En la casa de Jovellar 107, donde vivía Melba, ella misma y Manuel Hernández, su padre, mecanografiaron muchos de esos fragmentos. Lidia Castro retenía la totalidad del documento en la medida en que este se iba elaborando y también fue suya la responsabilidad de conservar y ocultar los manuscritos.

En el mes de junio, bajo la presión del metal caliente de una plancha eléctrica, emergieron 83 palabras formando un premonitorio párrafo:

“En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. CONDENADME, NO IMPORTA, LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ”.

Con increíble tenacidad y astucia, en lo que a la redacción se refería, había culminado la formidable labor.

El día 18 de ese mes de junio de 1954, en carta a Haydée y Melba, Fidel orienta sobre algunos aspectos de la siguiente fase del plan:

“Entretanto quiero encomendarles algunas cosas para que les presten la mayor atención:

1. El discurso. Hay que distribuir por lo menos cien mil en un plazo de cuatro meses. Hay que hacerlo de acuerdo con un plan perfectamente organizado para toda la Isla. Por correo debe llegar a todos los periodistas, a todos los bufetes, despachos médicos y colegios de maestros y profesionales (...) Deben tomarse las medidas de precaución para que no descubran ningún depósito ni detengan a nadie, actuando con el mismo cuidado y discreción que si se tratase de armas. Hay que sacarlo por lo menos en dos imprentas y escoger para ello las más económicas. Ningún lote de diez mil debe costar más de \$300. 00 (...) Tienen que trabajar en esto de completo acuerdo. La importancia del mismo es decisiva; ahí está contenido el programa y la ideología nuestra sin la cual no es posible pensar en nada grande; además la denuncia completa de los crímenes que aún no se han

divulgado suficientemente y es el primer deber que tenemos para los que murieron. Expresa también el papel que desempeñaron ustedes dos y que debe saberse para que ello facilite el trabajo que tienen que realizar. Hecha esta labor indispensable, vienen después otra serie de trabajos de organización y proselitismo que estoy estudiando.

2. Las cuestiones de finanzas deben organizarlas de acuerdo con un plan (...) Es uno de los puntos en que tienen que trabajar con más cuidado, orden y coordinación, como lo hicimos nosotros. Darle ahora preferencia a los gastos del discurso para lo cual estoy seguro de que muchos les ayudarán porque es el documento más terrible que pueda publicarse contra el gobierno”.

Axiomático, más adelante, en esa misma carta, afirma:

“Considero que en estos momentos la propaganda es vital; sin propaganda no hay movimiento de masas; y sin movimiento de masas no hay revolución posible”.

Reafirmación rotunda, un día después, el 19 de junio escribe de nuevo a Melba y Haydée:

“Nuestra misión ahora, quiero que se convenzan completamente, no es organizar células revolucionarias para poder disponer de más o menos hombres; eso sería un error funesto. La tarea nuestra ahora de inmediato es movilizar a nuestro favor la opinión pública; divulgar nuestras ideas y ganarnos el respaldo de las masas del pueblo. Nuestro programa revolucionario es el más completo, nuestra línea la más clara, nuestra historia la más sacrificada: tenemos derecho a ganarnos la fe del pueblo, sin la cual, lo repito mil veces, no hay revolución posible”.<sup>231</sup>

### ***Nunca en Cuba se ha gestado nada más formidable***

*Fidel, al conocer que agentes del Partido Auténtico intentaban captar a participantes en las acciones del 26 de julio residentes en el exilio, alertó a Melba y Haydée sobre la actitud a seguir para con los elementos ajenos al movimiento, precisó las tareas del momento y volvió a esbozar los principios de la revolución que organizaba. Así, en una de sus cartas, con fecha el 18 de junio de 1954, escribe:*

¿Qué les parece la copia fotostática de la carta que M [Melba] trajo de M [México]? ¿No es acaso lo mismo que yo le decía a M [Melba] antes del viaje en una carta? Quiero que la guarden cuidadosamente. Yo sé que ustedes tienen de esa gente el mismo concepto

<sup>231</sup> *Ibidem*, pp. 128-131.



que yo. Hay que estar loco para pactar con ellos, siguiendo el camino que ha servido de ruina a tantos líderes ortodoxos. Más que nunca estoy convencido de que debemos mantener independiente el Movimiento como lo hicimos en los momentos más difíciles, cuando nadie quería prestarnos la menor atención. Sé cuán dura tiene que ser la lucha de ustedes, pero no se desesperen. Tengan presente siempre lo que les he dicho en cada una de mis cartas. Recuerden que no podrá intentarse nada hasta que nosotros salgamos y que siempre es necesario saber esperar el momento oportuno. La misión de ustedes es ir preparando el camino, mantener firmes los elementos de valor que nunca son muchos e ir captando a todo el que pueda ser útil. Cuba está llena de hombres valerosos pero hay que encontrarlos.<sup>232</sup>

*Ese mismo 19 de junio, recuerda en otra de sus cartas:*

Ustedes como miembros de esa máxima dirección y responsables del movimiento en la calle deben cumplir estrictamente los acuerdos que aquí se tomen y han de hacerlo con el celo, la disciplina que les impone el deber y la responsabilidad de los cargos que ocupan. Sabido es que nosotros siempre nos hemos hablado duro en lo que toca a estas cuestiones y así quiero hablarles hoy.

La inclinación a pactar con los auténticos constituye una grave desviación ideológica. Si no lo hicimos antes cuando a ellos les sobraban los millones y nosotros andábamos mendigando centavos y pasando mil penurias para comprar armas, por considerarlos sin capacidad, sin moral y sin ideología para dirigir la revolución, ¿cómo vamos a hacerlo ahora pasando por encima de los cadáveres y de la sangre de los que dieron su vida por sus limpias ideas? Si no dejamos llevar antes por todos los cuentos, fantasías y alardes, ¿cómo vamos a creerlos ahora cuando ya han demostrado todo lo que podían dar a pesar de sus millones robados? Si lo que hicieron antes fue entorpecernos, sabotearnos, debilitar nuestras filas y diezmar nuestras células con engaños y cantos de sirena; y después no tuvieron siquiera el civismo de denunciar los crímenes; ¿en virtud de qué principio, de qué idea, de qué razón vamos a plegar ahora ante ellos nuestras limpias banderas? ¿Qué hizo Prío en Estados

<sup>232</sup> *Ibidem*, pp. 162-163.



Unidos donde pudo divulgar ampliamente la bárbara masacre de Santiago de Cuba? Callarse miserablemente. Y en los dos años y medio que casi han transcurrido, ¿no tenían tiempo de sobra, como de sobra tenían dinero, para hacer veinte veces la revolución que cien veces anunciaron?

La revolución no puede ser el regreso al poder de hombres, moral e históricamente aniquilados y responsables totalmente de la situación que estamos padeciendo. Recuerden bien que nuestras posibilidades de triunfo se basan en la seguridad de que el pueblo respaldaría los esfuerzos de hombres limpios que pondrían por delante desde el primer momento sus leyes revolucionarias, respaldo que no pueden aspirar a tener hombres que lo han engañado y traicionado.

Tengo que advertirles varias cosas para que no se dejen impresionar y esto es muy importante. Aureliano no tiene en estos momentos la más remota posibilidad de producir una insurrección; ni Aureliano ni otro alguno, quien lo afirme está mintiendo descaradamente, y a cualquiera puede engañar menos a nosotros. Por tanto, el Movimiento no puede comprometerse con nadie ni prestar atención a ninguna comedia insurreccional y cualquier acuerdo en ese sentido debe ser previamente aceptado por nosotros aquí. ¡Mucho cuidado, además, con los intrigantes, los politiqueros y los jugadores a la Revolución!

Si en nuestras filas hay ahora hombres que no quieren más que tirar tiros y están dispuestos a pactar hasta con el diablo para conseguir un arma, deben ser expulsados sin consideración alguna, como deben ser fusilados los que, cuando llega la hora, se arrepienten cobardemente, y que son, por lo general, los que más alarde hacen de desesperación. No queremos gánsteres ni aventureros, sino hombres conscientes de su destino histórico que sepan esperar y sepan labrar pacientemente el porvenir de la patria.

Esta ha sido nuestra preocupación principal y en ese sentido hemos orientado nuestros pasos y para eso estamos preparando a los jefes mediante el estudio constante y el cultivo de la disciplina y el carácter. ¿Qué nos puede importar tiempo más o menos de prisión cuando sabemos que en el momento oportuno cumpliremos nuestra misión? Yo les aseguro que nunca antes en Cuba se ha estado gestando nada más formidable.<sup>233</sup>

<sup>233</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 163-165.



### ***Contra la farsa electoral***

*Batista intentó demostrar que el país regresaría a la constitucionalidad y para ello convocó a unas supuestas elecciones, donde la politiquería puso de manifiesto el oportunismo de muchos de los llamados partidos de oposición. Desde prisión Fidel opina:*

“¡Qué tomadura de pelo tan grande es la política! Tal como yo la he conocido, aun tratándose de los mejores hombres y de los mejores partidos, no se puede sufrir. Ahora que recuerdo tanto mitin y tanto público asistiendo incansablemente con la fanática constancia y verdadera idolatría a todos los actos y pasarse horas y más horas sentado, escuchando una veintena de oradores en furiosa competencia literaria, diciendo cada uno lo mismo ese día y cada uno además lo mismo de todos los días, pienso que este es un pueblo de paciencia y de bondad infinitas. Meditando en esta celda solitaria, no comprendo cómo aplaudían en vez de agarrar las sillas y tirárselas por la cabeza a los charlatanes. Ninguno lleva otro propósito que el de un actor de teatro, es decir, hacer un papel, ganarse los aplausos del auditorio, ¡maldito si piensa en otra cosa que no sea el día de las elecciones como una idea fija!”.

Dos meses después, el 12 de junio, escribe:

“Los hombres decentes y las masas de mayor conciencia política han quedado marginados de la lucha comicial como resultado del cuartelazo traidor; estamos presenciando una batalla de ladrones: los ladrones de ayer contra los ladrones de anteayer y de hoy; una lucha entre traidores; los traidores a la Constitución y los traidores al pueblo en desgracia; una lucha entre los creadores del porrismo y los fundadores del gangsterismo, entre la tiranía y la comedia, de donde resulta tragedia para el pueblo. Cualquiera puede ganar, pero Cuba pierde de todas maneras.

”Lo que importa ahora es salvar los principios; todo se salva si se salvan los principios; de lo más profundo de la podredumbre surgirá más purificado y limpio el ideal redentor”.

Y una semana más tarde, en carta del 19 de junio, añade:

“Sería digno de verse lo que ocurrirá si se llega a formar el tercer frente político; ¡La cantidad de hipócritas que acabarán de quitarse la careta en busca de actas de senadores y representantes, acabando de hacerle el juego completo al gobierno! Solo faltaría, después, que los excitados priístas se postularan en cualquiera de esos frentes y tendríamos el punto de partida perfecto para la verdadera

lucha nuestra; de un lado criminales, ladrones, politiqueros, apóstatas, traidores, corrompidos, repartiéndose la República, y de otro, lo que queda de limpio, idealista y sinceramente revolucionario en Cuba junto al pueblo. Mientras más pronto se produjera sería mejor”.

En cuanto al partido de su extracción, en la primera y única entrevista periodística que se permitió hacerle durante su estancia en presidio, Fidel sanciona:

“La ortodoxia debe unirse; pero unirse para luchar contra la farsa electoral y seguir demandando una comisión patriótica, democrática y decorosa del problema cubano. Bien mezquina, oportunista y carente de heroicidad sería la unión que se efectuara con el solo propósito de concurrir a las elecciones. El pueblo tendría el derecho a pensar que quienes no se unieron para realizar el sacrificio que el deber imponía, traicionan a la Nación si únicamente se unen para la fácil conquista de cargos electivos, transigiendo indignamente con las condiciones que impone el régimen de facto”.<sup>234</sup>

Varios meses después, al hacer el balance de las incidencias políticas del año 1954, el periodista Enrique de la Osa comentaba en su sección “En Cuba” de la revista *Bohemia*: “Se dio el caso extraordinario de que a propósito de Fidel Castro surgiera un conato de crisis en el Gabinete de Batista. Sucedió que el 26 de julio del 54, precisamente en el primer aniversario de los acontecimientos de Oriente, el entonces ministro de Gobernación, Ramón Hermida, lo visitó en su celda de prisionero, con quien sostuvo una larga entrevista, cuyos particulares nunca fueron divulgados. Lo realizado por Hermida indignó al subsecretario de su departamento Rafael Díaz Balart, quien, en carta pública, censuró acremente a su superior jerárquico por esa visita al ‘promotor de la criminal intentona’. Según su decir, Hermida había ofendido a las fuerzas armadas y la memoria de los soldados muertos en el Moncada. Díaz Balart y el ministro renunciaron y Batista intervino conciliador, superándose la crisis”.<sup>235</sup>

### ***Ya ahora somos muchos***

Poco después se modificarían las condiciones carcelarias para Fidel, según explica en una carta del mes de agosto.

<sup>234</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 190-192.

<sup>235</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, p. 148.



“Sigo aislado del resto de mis compañeros. Esto obedece sin duda al propósito de obstaculizar la preparación intelectual de jóvenes en quienes ellos ven los más irreconciliables adversarios de mañana. Han prohibido incluso el intercambio de libros entre ellos y yo. Por lo demás, estoy mejor. Trajeron a Raúl para acá. Comunicaron mi celda (que tú viste en *Bohemia*) con otro departamento cuatro veces mayor a un patio grande, abierto desde las 7 a.m. hasta las 9 y 30 p.m. La limpieza corresponde al personal de la prisión, dormimos con la luz apagada, no tenemos recuentos ni formaciones en todo el día, nos levantamos a cualquier hora; mejoras estas que yo no pedí, desde luego. Agua abundante, luz eléctrica, comida, ropa limpia, y todo gratis –ironiza y agrega–: No se paga alquiler. ¿Crees que por allá se está mejor? Visitas dos veces al mes. Reina ahora la más completa paz. No sé, sin embargo, cuánto tiempo más estaremos en este ‘paraíso’.”

En esa misma carta, telemétrica visión de excepcional dirigente, apunta y define:

Nuestra hora se acerca. Antes éramos un puñado, ahora tenemos que fundirnos con el pueblo. La táctica será distinta. Los que vean en nosotros un grupo se equivocarán miserablemente. Ni mentalidad ni táctica de grupo serán jamás características nuestras. Ahora podré, además, dedicarme en cuerpo y alma a mi causa. Toda mi energía y todo mi tiempo me pertenecen para ella. Empezaré una vida nueva. Me propongo vencer todos los obstáculos y librar cuantas batallas sean necesarias. Sobre todo veo más claro que nunca, nuestro camino y nuestra meta. No he perdido el tiempo en la prisión estudiando, observando, analizando, planeando, forjando hombres. Sé dónde está lo mejor de Cuba y cómo buscarlo. Cuando empecé era yo solo; ahora somos muchos.<sup>236</sup>

### ***Ideología, disciplina y jefatura***

*El periodista Luis Conte Agüero, en agosto de 1954, invita a Fidel a formar parte de un movimiento cívico. En carta fechada el 14 de agosto, Fidel le responde:*

Coincido plenamente contigo en cuanto a esa necesidad; no puedes imaginarte las largas horas que a meditar sobre ello he dedicado y el

<sup>236</sup> *Ibidem*, pp. 148-149.

sinnúmero de ideas que en torno a la cuestión he ido elaborando basado en la experiencia vivida durante los últimos años.

Creo fundamentalmente que uno de los mayores obstáculos para la integración de semejante movimiento es el exceso de personalismo y ambiciones de grupos y caudillos; la dificultad de hacer que cada hombre de valor y de prestigio ponga su persona al servicio de una causa, un vehículo, una ideología y una disciplina, despojándose de toda vanidad o aspiración (...)

Yo pienso así y reiteradamente te he mandado a decir que no albergo la menor ambición personal ni tampoco mis compañeros y que todos tenemos por única divisa servir a Cuba y hacer valer el sacrificio de nuestros compañeros muertos. Cualquier paso en estos instantes, por supuesto por su trascendencia debe ser discutido y aceptado con criterio mayoritario que equivale a unánime por parte de todos mis compañeros. La discusión y el cambio de opiniones con ellos se me dificultan mucho pero sin embargo mantenemos comunicación y les enviaré tu carta. Albergo duda, sin embargo, Luis, sobre la conveniencia de nuestro aporte ahora, o si sería mucho más amplio y efectivo después de producirse nuestra libertad –que la veo posible si se lucha efectivamente por ella [...]

La tarea de unir a todos nuestros combatientes debe ser previa, puesto que sería lamentable que la falta de una labor primaria de persuasión produjese considerables desprendimientos en nuestras filas. Por la experiencia adquirida en la etapa anterior al 26 de Julio puedo asegurarte que un joven probado y de confianza vale por mil y que la tarea quizás más ardua y de tiempo es encontrarlos de calidad y prepararlos para que su presencia inicial sea de impulso decisivo.

Condiciones que son indispensables para la integración de un verdadero movimiento cívico: ideología, disciplina y jefatura. Las tres son esenciales pero la jefatura es básica. No sé si fue Napoleón quien dijo que un mal general en batalla vale más que veinte generales buenos. No puede organizarse un movimiento donde todo el mundo se crea con derecho a emitir declaraciones públicas sin consultar con nadie; ni puede esperarse nada de aquel que se integre por hombres anárquicos que a la primera discrepancia tomen el sendero que estiman más conveniente, desgarrando y destruyendo el vehículo. El aparato de propaganda y de organización debe ser tal y tan poderoso que destruya implacablemente al que trate de crear tendencias, camarillas, cismas o alzarse contra el movimiento.



Las realidades de la política deben tomarse en consideración, es decir, tener bien puestos los pies sobre la tierra, pero sin sacrificar nunca la gran realidad de los principios.

El programa debe abarcar amplia, concreta y valientemente los graves problemas económico-sociales que confronta el país, de modo que se pueda llevar a las masas un mensaje verdaderamente nuevo y prometedor.<sup>237</sup>

### ***Un fenómeno que no tiene precedentes***

*El 29 de octubre, tres días antes de las elecciones, en carta a su hermana Lidia, Fidel le cuenta lo que esa madrugada había sucedido en Santiago de Cuba:*

Anoche me quedé hasta la 1 y 30 a.m. oyendo por Cadena Oriental el último mitin político de la campaña de Oriente. Quizás tú también lo escuchaste o te lo habrán contado. Estudié detenidamente la multitud desde el punto de vista psicológico, y la reacción que se produjo allí es un fenómeno que no tiene precedentes. ¡Qué lección tan formidable para la alta jerarquía allí reunida!<sup>238</sup>

Ciertamente, aconteció algo sin precedentes: los santiagueros congregados en el mitin interrumpían constantemente a los oradores coreando el nombre de ¡Fidel Castro!

### ***Unir en irrompible haz a todos los combatientes***

Finalmente, el 1ro de noviembre de 1954 se celebran las “elecciones”. Al retirarse en las últimas horas el ex presidente (1944-1948) y único candidato opositor Ramón Grau San Martín, Batista es “electo” presidente con 1 262 587 sufragios. Como es lógico, la más alta votación alcanzada por aspirante alguno en toda la historia de la república mediatizada, en unos “comicios populares” en los que, también como es lógico, solo se vio acudir esporádicas personas a las casetas electorales. Como en 1940, caballeroso cumplimiento de la ética demorrepresentativa, el “hombre” del 4 de septiembre “legalizaba” ahora un 10 de marzo con un 1ro de noviembre.

Para Fidel el panorama había sido bien claro y la necesidad histórica ahora lo era también:

<sup>237</sup> *Ibíd.*, pp. 158-160.

<sup>238</sup> *Ibíd.*, p. 175.

“La similitud de situaciones me recuerdan los esfuerzos de Martí por juntar a todos los cubanos dignos en la lucha por la independencia; cada cual tenía su historia, sus glorias, sus proezas, cada cual se creía con más derechos que los demás o por lo menos iguales; solo la obra de amor, comprensión e infinita paciencia de un hombre, con menos gloria que la que otros tenían, pudo lograr el milagro. Y yo estoy seguro de que sin aquel magnífico esfuerzo, Cuba sería todavía una colonia o una dependencia yanqui. Quizás por eso las páginas que más admiro de la Historia de Cuba, no son tanto las proezas de los campos de batalla, como aquella empresa gigantesca, heroica y callada de unir a los cubanos para la lucha”.

¿Qué hacer, entonces, aún en las desfavorables condiciones de presidio?<sup>239</sup>

*Fidel lo expone en su carta del 14 de agosto al escribir:*

En un primer término yo debo organizar a los hombres del 26 de Julio y unir en irrompible haz a todos los combatientes, los del exilio, la prisión y la calle, que suman más de ochenta jóvenes envueltos en el mismo girón de historia y sacrificio. La importancia de tal núcleo humano perfectamente disciplinado, constituye un valor incalculable a los efectos de la formación de cuadros de lucha para la organización insurreccional o cívica. Desde luego que un gran movimiento cívico-político debe contar con la fuerza necesaria para conquistar el poder, lo mismo por vía pacífica como por vía revolucionaria, o corre de lo contrario el riesgo de que se lo arrebaten, como a la ortodoxia, a solo dos meses de las elecciones.<sup>240</sup>

### ***Volveremos loco al gobierno***

*En México, dos combatientes del 26 de Julio, Níco López y Calixto García, planean regresar a Cuba. En carta del 1ro de enero de 1955, Fidel los instruye de la manera siguiente:*

“Deben hacerlo públicamente y comparecer ante los tribunales como combatientes del Moncada. Paso a explicarte las razones. En estos instantes muy poco pueden hacer ustedes en la calle mientras

<sup>239</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 192-193.

<sup>240</sup> *Ibíd.*



nosotros estemos presos. Lo que te propongo es algo digno de nosotros y conmovería a la opinión pública. El proceso se reabrirá y le agitaríamos el país a Batista precisamente antes de la toma de posesión el 24 de febrero. Esto sería un golpe psicológico formidable en instantes en que todas las voces están reclamando sin cesar la amnistía nuestra. El juicio oral se convertiría nuevamente en centro de atención pública y una tribuna magnífica para exponer nuestras ideas que repercutirían sin duda, porque en estos momentos las noticias están recibiendo amplia divulgación en medio del clima artificial de libertad fraguado por el régimen para viabilizar la comedia electoral de noviembre. La llegada de ustedes a Cuba sería precedida por las declaraciones públicas que te remito adjunto para que las envíes con las firmas de ustedes a la CMQ, Miguel Quevedo, Conte Agüero, Pardo Llada, *Unión Radio*, Manuel Palacio Blanco, *Prensa Libre*, *El Mundo*, y *Diario Nacional*; una carta y una copia para cada uno sin omitir ninguno por razones de mayor o menor simpatías. Esas declaraciones llegarían a Cuba por la misma vía que recibirás esta y se entregarían todas a un mismo tiempo. Tan pronto sean dadas a la publicidad se te comunicaría por cablegrama. Días después se divulgaría, en forma igualmente amplia (previo aviso de ustedes), día, lugar y hora exacta de la llegada para que vayan a esperarlos alguna gente y quizás algunos periodistas. Habrá personas encargadas de todo eso. Por descontado que serían detenidos en el acto y remitidos con posterioridad a Santiago de Cuba para ser juzgados por el Tribunal de Urgencia. Soy contrario a pedir ninguna garantía que no sea el respaldo de la opinión pública. En esas circunstancias, pendiente de ustedes la noticia, tengan la seguridad de que no se les hará objeto de maltrato alguno. Ellos en estos momentos tratan de evitar todo escándalo porque hay un ambiente muy favorable a los exiliados y presos políticos. Por otra parte, el regreso de cualquier exiliado es ampliamente divulgado. El caso de ustedes con mucha más razón.

”Este plan debes hacerlo conocer a los demás compañeros exiliados que creas conveniente, pero, fíjate bien, como idea tuya porque no quiero ejercer ninguna presión moral sobre ellos a ese fin; ruego no olvides esta elemental discreción. Si después de ustedes varios más se deciden a venir antes del 24 de febrero, volveremos loco al gobierno en un momento en que andan empeñados en dar sensación de normalidad política a toda costa y sería quizás factor decisivo para obligarlo a dictar la amnistía”.



[...] Fidel prevé otra alternativa y, más adelante, en esa misma carta, orienta:

“Si se diera el caso hipotético que no los quisieran detener a la llegada para evitar precisamente lo que nos proponemos, entonces *motu proprio* se presentan ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba con Baudilio Castellanos, que sería el defensor, y no les quedará más remedio que actuar, ‘porque ustedes lo que quieren es correr la misma suerte de los compañeros presos’.”<sup>241</sup>

### ***Prepararnos para una larga lucha***

*Fidel continúa en su carta:*

De más está decirte que no considero que en la prisión se pierda inútilmente el tiempo. Por el contrario, aquí estamos preparando ideológica e intelectualmente la vanguardia y los jefes de nuestro movimiento. Somos jóvenes y nada nos apura. ¡Ojalá en vez de 29 estuviésemos aquí 80 compañeros! Tengo mucha más fe en los servicios que le van a prestar a Cuba los que están aquí presos que los que andan desperdigados y descarriados por el exilio.<sup>242</sup>

Con toda seguridad te digo que en el actual ambiente del país lo que está a la orden del día para nosotros es prepararnos para una larga lucha, pero que culminará en la realización segura de los más anhelados sueños del pueblo cubano tan merecedor de mejor suerte. Día a día, con nuestros gestos, nos hemos ido ganando cada vez más sus simpatías; el gesto de ustedes sería uno más, que causaría admiración, e ingresarían además en este taller donde forjamos en un mismo pensamiento y una misma doctrina y disciplina a los guías de nuestra generación. De ningún modo será ya mucho el tiempo que vamos a permanecer presos, porque es mucha la presión pública a favor de nuestra libertad. Mas, si así no fuera, ¿qué nos importa estar presos el tiempo que sea necesario?

Te hablo con el corazón en la mano y la experiencia amarga pero instructiva de 17 meses de dura prisión. Hace ya diez que estoy separado de los compañeros, pero allí quedó la academia funcionando con rigurosa seriedad, así como una biblioteca cada día más completa. No puedes imaginarte cuánta fe, elevada moral y espíritu de lucha y de superación se ha mantenido en todo instante.

<sup>241</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, pp. 194-196.

<sup>242</sup> *Ibidem*, p. 196.



Un entusiasmo y un fervor que no decae nunca; disposición al sacrificio, ardor de lucha. Así, mientras los políticos, que jamás fueron revolucionarios por mucho que se disfrazaran de tales, se preparan para seguir tomando a Cuba de pedestal para mezquinas ambiciones, nosotros nos preparamos para la gran obra revolucionaria sobre el ara misma del sacrificio. La prisión es para nosotros academia de lucha y nada podrá detenernos cuando la hora llegue. Mientras tanto, creo sinceramente que nada hay que esperar de los partidos políticos y grupos pseudorrevolucionarios cuya incapacidad ha quedado al desnudo totalmente en los tres años transcurridos desde el 10 de marzo. Solo nosotros con sangre, sudor, sacrificio, desinterés e idealismo, hemos ido abriendo una brecha de esperanza y de fe en el corazón desilusionado de la nación; seamos dignos acreedores de ella, sabiendo esperar, sabiendo actuar, sabiendo crecer en la adversidad. Se perdió una batalla, pero se salvó el honor de Cuba; volveremos de nuevo a la lucha y solo podrán decir que nos han vencido cuando no quede en nuestras venas una gota de sangre; cuando hasta el último de nosotros haya muerto. Nos faltaron recursos, pero nunca nos faltó la razón.

¿Recuerdas cómo diezmaron nuestras filas las intrigas de los politiqueros y falsos revolucionarios de toda laya tratando de arrebatar nos nuestras células entrenadas y sembrando perennemente en ellas como en todo el país, la confusión y la mentira? No sé si sabrás cuánto calumniaron después nuestro movimiento y cuán cobardemente han silenciado los bárbaros asesinatos que se cometieron en el Moncada con los prisioneros. Solos fuimos a morir, solos hemos padecido persecución y cárcel, solos seguiremos, pues, adelante. Sería cosa de ciegos, de locos y de traidores, venir ahora a unirse con quienes no tienen ni prestigio ni organización para ir a la vanguardia de la revolución cubana. Soy partidario de la unión de todos los cubanos, pero de los cubanos dignos y limpios, dirigidos por hombres que no tengan complicidad con un pasado bochornoso. ¿Qué importa que no tengamos dinero mal habido? ¿Lo teníamos acaso antes del 26 de Julio? Entonces no nos detuvimos; menos nos detendremos ahora que al menos contamos con la fe de un pueblo que nos vio ir a morir por su libertad con las manos vacías.

Tú eres de los buenos y a ti te escribo todo esto en la seguridad de que me habrás de comprender. Mi abrazo fraternal a los que como tú se encuentran leales a los principios de los que cayeron; a los demás, no los doy por perdidos; tengo la más firme fe que tarde o

temprano me darán la razón y que algún día volveremos a marchar todos por el mismo camino de la gloria que nos llevó al inolvidable amanecer del 26 de Julio.<sup>243</sup>

***No pido ni pediré jamás amnistía***

*El gobierno tiránico y algunos politiqueros interesados en falsos protagonismos intentan sacar ventajas y realizar manipulaciones ante la posibilidad de una amnistía que incluya a los asaltantes del Moncada. Fidel orienta a su hermana Lidia para que esté alerta frente a cualquier tergiversación en relación con su posición de principios:*

Isla de Pinos, marzo 13 de 1955

Querida hermana:

Ha sido un domingo tranquilo y plácido, aunque la semana haya sido pródiga en detalles y preocupaciones de todas clases. Dejo con algún pesar un libro interesante que estaba leyendo, pese a que son ya las 11 de la noche, para hacerte estas líneas porque me lo había prometido. Mis mejores horas son aquellas en que me olvido de cuanto en el mundo existe y me reconcentro en el esfuerzo de aprender algo nuevo y útil o aunque sea para entender mejor a la humanidad.

Aún cuando siempre deseo conversar mucho contigo prefiero esperar los días de visita.

En el caso de hoy me interesa particularmente decirte que el sábado 6 envié un telegrama a unos muchachos que organizaban un radiomitin en la Onda Hispano-Cubana en favor de nuestra libertad. Comoquiera que esas comunicaciones son susceptibles de sufrir por el camino alguna modificación te envío copia textual del mismo para que quede como constancia ya que dio la casualidad que el día de dicho acto faltó la corriente en este pabellón toda la mañana y no pude por consiguiente escucharlo. Decía así: “Nuestra profunda gratitud a usted y sus entusiastas compañeros que han hecho suya *espontáneamente* la causa de nuestra libertad. *No es el propósito* lo que más apreciamos en este caso ya que la prisión

<sup>243</sup> *Ibidem*, pp. 196-198.



con la frente en alto se puede sufrir, sino el gesto de adhesión con que ustedes nos alientan. Serenos y firmes, sin impaciencia ni miedo, sufrimos nuestro destino de hoy. Mañana nuestro primer abrazo será para los que en esta hora dura se acordaron de nosotros.

Fraternalmente.

Como ves, con toda la delicadeza necesaria como para que no parezca un desaire expuse que no era el propósito, es decir la amnistía, por el cual les expresaba mi gratitud, sino el hecho, el gesto de elevar sus pensamientos hacia los que aquí algunas veces hemos sido bastante olvidados. Comprendo que son varios aquellos que pueden merecer palabras semejantes, pero yo también tengo mis gestos, y en este caso, con la espontaneidad que me caracteriza para unos muchachos que semana tras semana han hablado de nosotros y a quienes apenas si conozco. ¡No me importa de qué grupo o tendencia puedan ser! ¡Estoy cansado de tanta intriga y mezquindad! Por lo demás no pido ni pediré jamás amnistía. Tengo suficiente dignidad para pasarme aquí veinte años o morirme antes de rabia. Ahora bien, permítaseme por lo menos ser cortés y hasta de vez en cuando mandar a freír tuza a medio mundo y al diablo a los gritones que andan siempre buscando un pretexto para reventarle a uno la paciencia.

Tráeme a Fidelito. Recibe un abrazo de,

Fidel

Como por suerte se me acabó el papel cuando estaba cogiendo impulso, te añado este adjunto para recordarte (aunque no es necesario) que me traigas el regalo de Fidelito caso que logres venir con él (...)<sup>244</sup>

### ***No queremos amnistía al precio de la deshonra***

El tema de la amnistía política fue, pues, uno de los primeros puntos en la agenda de discusión, desde el anuncio de la fecha de los comicios.

A cuentagotas el régimen fue dictando indultos de opositores hasta que, finalmente, decretó lo que llegaría a denominarse una “falsa amnistía”. La exclusión más expresa señalaba evidentemente a los participantes en las acciones del 26 de julio en Santiago de Cuba y Bayamo.

<sup>244</sup> Luis Conte Agüero: *Cartas de Presidio*, pp. 75-76.

Las posibilidades tácticas de aprovechar este error fueron apreciadas de inmediato por Fidel. Y lo que en un principio partió como tesonera iniciativa de los más conscientes, entusiastas y abnegados familiares de los moncadistas presos, bajo la orientación de Fidel llegaría a transformarse en una contundente campaña nacional contra la tiranía.

...

En marzo de 1955, ya Batista flamante presidente constitucional en funciones, la presión popular a favor de la amnistía se hace acuciante hasta provocar nuevos desatinos por parte de los voceros del gobierno. Son las situaciones que se han promovido y serán ampliamente aprovechables. Un minucioso documento firmado por Fidel sale del presidio para golpear en el rostro a la dictadura:

“Habrá amnistía cuando haya paz. ¿Con qué moral pueden hacer semejante planteamiento hombres que se han pasado tres años pregonando que dieron un golpe de Estado para traer la paz a la república? Entonces no hay paz; luego el golpe de Estado no trajo la paz: por tanto el gobierno reconoce su mentira después de tres años de dictadura; confiesa al fin que falta la paz en Cuba desde el mismo día que asaltaron el poder (...)”.

Y es la ocasión para reiterar posiciones de principios:

“Si nosotros considerásemos que un cambio de circunstancias y un clima de positivas garantías constitucionales exigiesen un cambio de táctica en la lucha, lo haríamos solo como acatamiento a los intereses y anhelos de la nación, pero jamás en virtud de un compromiso, que sería cobarde y vergonzoso, con el gobierno (...) Y si ese compromiso se nos exige para concedernos la libertad decimos rotundamente que no.

”No, no estamos cansados. Después de veinte meses nos sentimos firmes y enteros como el primer día. No queremos amnistía al precio de la deshonra. No pasaremos bajo las horcas caudinas de opresores innobles. Mil años de cárcel antes que la humillación. Mil años de cárcel antes que el sacrificio del decoro. Lo proclamamos serenamente, sin temor ni odio”.<sup>245</sup>

<sup>245</sup> *Ibidem*, pp. 194-195.



# LA BATALLA DE LOS 53 DÍAS



## ***Predicar con el ejemplo que es la mejor elocuencia***

*La amnistía de los moncadistas está al hacerse efectiva. Raúl y Fidel deben salir muy pronto del presidio y sus hermanas preparan las condiciones para el recibimiento. En esos momentos Fidel escribe a Lidia una extensa carta, cuyo texto refleja su sensibilidad humana y esa filosofía de austeridad que lo hace invencible.*

Isla de Pinos, mayo 2 de 1955

Mi querida hermana:

Por puro deber te puse hoy el telegrama explicándote la conveniencia de que se alquilara el pequeño apartamento de que te hablé en la visita. Lo hice con el sentimiento de ver lo ilusionada que estabas con el que habías encontrado por \$75.00 y me remordía pensar que mi telegrama fuese a preocuparte más de la cuenta. Acepto no obstante con gusto lo que tú hayas podido resolver definitivamente. Era partidario de lo primero por una serie de razones. Tenía en mente que uno de los dos apartamentos se convirtiese en una especie de bufete donde yo atender todos mis asuntos y dejar el otro exclusivamente como residencia de nosotros cuatro. Del otro modo le invaden a uno la casa constantemente y es imposible toda vida privada. En lo que a mí se refiere no tiene eso ninguna importancia, pero sí la tiene en cuanto a Emmita y tú que necesitan un lugar donde refugiarse, hacer y deshacer, ordenar y desordenar, quitar y poner, como todas las mujeres, sin que nosotros los hombres lo echemos todo a perder. De lo contrario terminarías un día hastiada de la gente y del mundo. Llevo varios años en esta vida y esta lucha y sé cuántos pequeños tropiezos acarrea convertir la casa en despacho de trabajo. Podría ilustrarte con mil ejemplos. ¡Cuánto lamentaba yo que mi bufete estuviese allá en La Habana Vieja donde era una verdadera proeza llegar! Cuando me encerraba en él para atender o estudiar cualquier asunto me sentía completamente feliz.



Era el lugar apropiado para recibir con buen ánimo a todo el mundo aunque viniesen a darme lata o traerme causas de infelices que no tenían abogado o los querían botar de su casa, a quienes por supuesto nunca cobré nada. No me sentía de igual ánimo cuando listo para salir de la casa –no a pasear por supuesto– alguien llegaba y me entretenía con las cosas más triviales. Casos hubo de personas en extremo susceptibles que se molestaron cuando no pude prestarles toda la atención que esperaban, aunque por fortuna fue muy pocas veces porque soy un verdadero estoico para soportar impertinencias. Comprendo que estas pequeñas cosas no podrán evitarse nunca totalmente pero es forzoso reducirlas al mínimo, y solo es posible creando hábitos y reglamentándose uno las actividades aunque en este caso se trate de un temperamento bohemio y poco ordenado por naturaleza. Esto aparte de que no hay nada más agradable que tener un lugar donde uno pueda tirar al suelo cuantas colillas de cigarro estime conveniente sin el temor subconsciente de un ama de casa que lo esté vigilando como un centinela para poner el cenicero donde va a caer la ceniza. A su vez uno aterroriza a los demás con la idea de que va a quemar un sofá o una cortina. Son en fin dos cosas incompatibles la paz doméstica y la agitación que en torno de sí lleva un luchador. Separarlas hasta donde sea posible es pues una cosa sensata.

En cuanto a comodidades de orden material si no fuera por el imperativo de vivir con un mínimo de decencia material –créeme que yo sería feliz viviendo en un solar y durmiendo en un catre con un cajón para guardar la ropa. Me alimento con un plato de malangas o de papas y lo encuentro tan exquisito siempre como el maná de los israelitas. Puedo vivir opíparamente con cuarenta centavos bien invertidos. No exagero nada, hablo con la mayor franqueza del mundo. Valdré menos cada vez que me vaya acostumbrando a necesitar más cosas para vivir, cuando olvide que es posible estar privado de todo sin sentirse infeliz. Así he aprendido a vivir y eso me hace tanto más temible como apasionado defensor de un ideal que se ha reafirmado y fortalecido en el sacrificio. Podré predicar con el ejemplo que es la mejor elocuencia. Más independiente seré, más útil, cuando menos me aten las exigencias de la vida material.

¿Por qué hacer sacrificio para comprarme guayabera, pantalón y demás cosas? De aquí voy a salir con mi traje gris de lana, desgastado por el uso, aunque estemos en pleno verano. ¿No devolví acaso el otro traje que yo no pedí ni necesité nunca? No vayas a pensar que soy un excén-



trico o que me haya vuelto tal, es que el hábito hace al monje, y yo soy pobre, no tengo nada, no he robado un centavo, no le he mendigado a nadie, mi carrera la he entregado a una causa. ¿Por qué tengo que estar obligado a usar guayaberas de hilo como si fuera rico, o fuera un funcionario o fuera un malversador? Si nada gano en estos instantes, lo que yo tenga me lo tendrán que dar, y yo no puedo, ni debo, ni aceptaré ser el menor gravamen de nadie. Mi mayor lucha ha sido desde que estoy aquí insistir y no cansarme nunca de insistir que no necesito absolutamente nada; libros solo he necesitado y los tengo considerados como bienes espirituales. No puedo pues dejar de preocuparme con todos los gastos que se están haciendo en ocasión de nuestra salida, y aun aquellos que son estrictamente necesarios me tienen muy preocupado porque todavía no se me ha ocurrido preguntarte cómo te las estás arreglando. No estoy disgustado, pero sí apesadumbrado por todo esto. Ustedes no pueden estar tranquilas si no demuestran de algún modo la preocupación y el cariño hacia nosotros, pero nosotros estamos fuertes como robles, insensibles ante las privaciones, menos necesitados de que ustedes se sacrifiquen, que ustedes de que hagamos un sincero reproche. ¿Qué necesidad tenemos de que a cada instante se patentice el cariño del que no nos hacen falta pruebas? No son palabras más o menos. Son realidades de las que hay que percatarse. Mucho me conmueve el afán de brindarnos el mayor número de pequeñas alegrías. ¡Pero si eso se logra tan cumplidamente sin sacrificios materiales! ¿Quieres un ejemplo? El deseo de que mis libros estén arreglados y en orden para cuando yo llegue, me conforta, me alegra y me hace más feliz que todas las demás cosas, y no me entristece ni me apena, ni me apesadumbra. Yo no puedo tener debilidades, si las tuviera hoy, por pequeñas que fuesen, mañana no podría esperarse nada de mí.<sup>246</sup>

### ***Pienso permanecer en Cuba***

*A pocas horas de salir de la cárcel, Fidel es interrogado por un periodista:*

—¿Piensa quedarse en Cuba?

—Sí, pienso permanecer en Cuba, luchando a visera descubierta. Combatiendo al gobierno, señalando sus errores, denunciando sus lacras, desenmascarando gánsteres, porristas y ladrones.

Es el lunes 16 de mayo de 1955. Y amanece en ese minúsculo puerto pesquero al sur de la provincia de La Habana donde el nombre de

<sup>246</sup> Luis Conte Agüero: Ob. cit., pp. 90-92.



Batabanó, desde nuestras lecturas infantiles de entonces, sugiere imágenes de salitrosas barcas [...]

Allí, aún oscuro. Y, junto al muelle, esta pequeña motonave *El Pinero*; por años y años, día a día desde 1926, cotidiano transporte entre Nueva Gerona y Batabanó; y, desde anoche hasta hoy, quebrada su rutina de apacible tránsito por este desusual grupo de pasajeros que ahora lo desaloja.

Acá, ya amanece. Y, sobre el muelle, este crecido contingente de personas en ajeteo singular, más aún cuando por ese cable desde *El Pinero* la electricidad aviva ese micrófono en el muelle y hasta ese altoparlante que alguien ha traído. ¡Favor, silencio!, y es que un periodista pregunta y se le responde, y graba; que ese mismo día ha de ser la transmisión por Radio Cadena Habana. Y otra pregunta y otra, y responde y responde este hombre que desde la tarde anterior ha salido del Presidio de Isla de Pinos tras 22 meses de encarcelamiento. Responde con palabras similares a las de ese *Manifiesto al pueblo de Cuba* (en las fotos de entonces solo la visión de unas cuartillas enrolladas) cuyo contenido dio a conocer durante la tarde anterior en el hotel Isla de Pinos:

“Cuando el régimen quiso convertir la amnistía en instrumento de humillación para sus adversarios, con exigencias deshonorosas, dijimos terminantemente que los presos políticos no aceptábamos la libertad a base de condiciones previas. Planteada en esos términos la cuestión, la disyuntiva era negar tajantemente la amnistía, o concederla sin condiciones de ninguna clase. La asombrosa presión de la opinión pública y de la prensa cubana, nos abrió al fin las puertas de las prisiones sin condiciones vergonzosas. Ha sido esta la gran victoria del pueblo en los últimos tres años y el único aporte de paz en el horizonte nacional”.<sup>247</sup>

Y como que de la paz pública se trataba (no por gusto en torno a ella y a la inclusión de los moncadistas en la cobertura de la amnistía habían martillado durante meses y meses los principales columnistas de la prensa y voceros del régimen y de la poligamada oposición) este tópico también resultó una obligada referencia para Fidel el primer día de su excarcelación. Solo que lo haría de acuerdo con el método que ya comenzaba a hacersele habitual desde la época anterior al golpe del 10 de marzo, cuando llegó a erigirse en máximo fiscal contra el priato: desorientar al enemigo con propuestas

<sup>247</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 200-201.

sorpresivamente originales, hacerle perder la iniciativa, reducirlo a posiciones defensivas. Es así como se refería a la anhelada paz:

“No debe olvidarse nunca que los cubanos amamos la paz; pero amamos más aún la libertad. Que la paz no se convierta en una tregua para que el régimen consolide la opresión y el privilegio con apaciguamiento que permita gozar en calma de los jugos del poder usurpado”.

Lo que dice de esa manera en el manifiesto, haciendo trizas con solo 48 palabras la cuidadosa maquinación elaborada por la tiranía durante más de un año de pugilato verbal con las instituciones cívicas y determinadas voces de la oposición, ha de reiterarlo por Radio Cadena Habana, el periódico *La Calle* y la revista *Bohemia*.

Y, descubierta la esencia de la intención del contrario, asume simultáneamente la ofensiva:

“Para que haya una paz verdadera en la que triunfe la república es indispensable que cesen los atropellos brutales contra el estudiantado heroico y contra la ciudadanía en general, que se respeten como cosa sagrada la persona y los derechos del cubano, que se abran al pueblo de par en par las vías democráticas para el rescate de su soberanía y la realización plena de sus grandes anhelos de justicia y libertad. Los que se opongan a tan legítimas y humanas demandas, a tan irrenunciables derechos del pueblo cubano, pretendiendo convertir la isla en feudo privado de camarilla opresora y rapaz, que no quita sus ojos ni sus manos del tesoro público, principal afán y meta de su odioso trotar político, estarán perturbando criminalmente la paz de la república”.<sup>248</sup>

### ***Recibimientos a Fidel***

La prensa de entonces no lo dice, pero ahí están las fotos. Algo más que centenares de personas habían invadido los andenes y salones de espera de la Estación Central de los Ferrocarriles en La Habana, desde el amanecer del lunes 16 de mayo de 1955.

A las 7:45, por una de las vías de la sección izquierda, entró el tren de Batabanó. Todavía estaba en marcha cuando fue prácticamente asaltado. A Fidel Castro lo sacaron por una ventanilla y lo pasearon en hombros. Un grupo de madres que también perdieron a sus hijos en la sangrienta peripecia desplegaron una bandera cubana

<sup>248</sup> *Ibidem*, pp. 202-203.



y rompieron a cantar el himno nacional. Cientos de voces las acompañaron.

En las fotos de entonces no aparecen, pero lo dice la prensa: en medio de la muchedumbre bulliciosa estaba el pleno de la FEU. Y si allí estaba el pleno de la FEU, allí estaba José Antonio Echeverría, luciendo el yeso protector en su brazo izquierdo, credencial de su último enfrentamiento contra la policía, esta vez en el parque de Matanzas, cuando la noche del 8 de mayo regresaba de El Morrillo donde había rendido tributo a la memoria de Guiteras, justamente al cumplirse el veinte aniversario de su caída. Cuatro días antes de salir Fidel de presidio, José Antonio fue puesto en libertad, e inmediatamente anunciaba:

“El estudiantado está en pie de lucha y el próximo 20 de mayo realizará una concentración con la consigna POR LA REPÚBLICA DE MARTÍ, que tendrá lugar en la escalinata universitaria y será el marco digno para que el pueblo cubano reciba a los presos y exiliados políticos. Hacemos un llamamiento a todo el pueblo para que se movilice y asista a este acto en el que hablarán presos políticos, exiliados y dirigentes estudiantiles. Será invitado el doctor Fidel Castro para que haga el resumen de este evento patriótico que no tendrá paralelo con otros que se han celebrado”.<sup>249</sup>

### ***Nos persiguen con indisimulada saña***

Ahora que estamos libres (había propuesto Fidel el mismo día de salir de presidio) ratificamos sin reticencias de ninguna clase, porque no somos perturbadores de oficio, que si un cambio de circunstancias y un régimen de positivas garantías exigiesen un cambio de táctica en la lucha, lo haríamos en acatamiento de los supremos intereses de la nación, aunque nunca en virtud de un compromiso que no aceptaríamos jamás con quienes detentan el poder por encima de la voluntad soberana del pueblo. Corresponde ahora a los hombres del régimen demostrar que esas garantías son ciertas y no, como hasta ahora, promesas mentirosas.

¿La respuesta del régimen? Veámosla en la óptica del propio Fidel:

“El jueves último por la noche, concluido un radiomitin organizado con todos los requisitos de la ley, donde fui invitado para hacer

<sup>249</sup> *Ibidem*, pp. 207-208.

uso de la palabra, la policía penetró violentamente en el local recorriendo al administrador de la planta y llevándose todos los documentos.

”Ayer 20 de mayo, agentes de la autoridad penetraron sin mandamiento judicial en la residencia del compañero Pedro Miret, que acaba de salir con nosotros de la prisión, practicando un minucioso registro ante la consternación y asombro de sus familiares.

”Más sintomático es el hecho de que al acudir a la Universidad de La Habana en la noche de ese mismo día, invitado por la FEU para hacer el resumen del acto, un grueso cordón policiaco me impidió la entrada en el recinto. Numerosos ciudadanos fueron golpeados brutalmente y el acto suspendido sin justificación alguna, pese a su carácter ordenado, pacífico y cívico.

”Quienes así actúan y así provocan no pueden desear la convivencia pacífica en instantes en que el país está urgido de sosiego.

”En tales circunstancias, ¿cómo puede pensarse que los exiliados regresen a Cuba, si a los que acaban de salir de las prisiones hace apenas cinco días ya se les está persiguiendo con indisimulada saña?”.

Le conoce bien la naturaleza a la tiranía y por tanto sus reacciones. Puede calcular sus movimientos. Sabe de antemano el resultado de la partida, pero no lo precipita: le interesa más que la suma de una rápida victoria política sobre el régimen, otra suma, la de los elementos más decididos del pueblo. Por eso insiste:

“Con profunda pena estamos constatando que el régimen no está dispuesto a dar garantías a sus adversarios; pero a pesar de ello y corriendo todos los riesgos permaneceremos en el territorio nacional, porque comprendemos que nuestra salida forzosa de Cuba daría al propósito de unir todas las fuerzas morales del país para exigir con el respaldo unánime del pueblo una salida decorosa y sin sangre a la trágica situación cubana aun cuando el gobierno se empeña resueltamente en cerrar todos los caminos de paz”.<sup>250</sup>

### ***La Calle: su principal trinchera periodística***

*En el Vedado, la tarde del 7 de junio de 1955, se produce el asesinato de Jorge Agostini Villafaña. Cuatro días después, en el periódico*

<sup>250</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 209-210.



La Calle, *Fidel publica un artículo titulado “Frente el terror y el crimen”, donde no solo denuncia el horrendo hecho, sino que demuestra la culpabilidad del régimen:*

“Jorge Agostini fue asesinado, no cabe la menor duda. Aun admitiendo como cierta la versión policiaca, las orejas del crimen asoman por todas partes.

”Textualmente expresa el informe: ‘Le fue ocupada una maleta de médico en cuyo interior se encontraba una pistola y dos peines’. Luego Agostini no disparó, no usó el arma, no intentó siquiera usarla. Y, salvo que sean adivinos, los matadores no podían saber que en aquel maletín de médico había una pistola y dos peines.

”Agostini no presenta además un balazo, sino un sinnúmero de balazos diseminados por todo el cuerpo que lo convirtieron en un cernidor humano. No se le dan tantos balazos a un hombre para que no escape; tales rasgos en el cuerpo de la víctima solo se presentan cuando hay ensañamiento, cuando se le dispara incluso en el suelo”.

Y tras el fundamentado análisis criminológico, el aplastante desmascaramiento de lo esencial, de lo político.

“¿Por qué esa cacería humana contra un hombre que no estaba reclamado por ningún tribunal de justicia? Agostini estaba comprendido entre los beneficiarios por la última ley de amnistía (...)

”Por encima de todas las militancias y de tácticas nos duele a todos los cubanos la muerte de Jorge Agostini. No tiene justificación, ni la tendrá jamás. Son estos los primeros frutos del discurso del señor Batista en el ‘Boulevard Batista’, cuando dijo que ‘sus hombres tenían manos’.”<sup>251</sup>

*Fidel fustiga a quienes, desde posiciones aparentemente pacifistas, les hacen el juego a los intereses de la tiranía insistiendo en buscar soluciones por canales jurídicos y lanza un reto para demostrar que la independencia del poder judicial era una falacia.*

[...] ¿No parece clara hoy –en la perspectiva del tiempo– esta multilateralidad de objetivos en el párrafo con que Fidel finaliza la denuncia del asesinato de Agostini?:

“¿Quedará sin castigo la salvajada? ¿Tiene acaso un grupo de hombres el derecho de arrancarles la vida a sus semejantes, con más impunidad que la que tuvieron nunca los peores gánsteres? (...)

<sup>251</sup> *Ibíd.*, pp. 219-220.

Pongamos a prueba el pudor de nuestros jueces y tribunales. No más crimen sin castigo. ¡Justicia, Justicia, Justicia!”.<sup>252</sup>

*Aunque varios órganos de prensa le brindan la posibilidad de columnas fijas, desde su salida del presidio Fidel ha escogido desinteresadamente a La Calle como su principal trinchera político-periodística de combate contra el régimen.*

[...] Al hacerlo, Fidel renunciaba a beneficios económicos como los 200 pesos mensuales que le había ofrecido Raúl Rivero, director de *Diario Nacional*, para que escribiera en su periódico. La decisión de Fidel se magnifica si recordamos las penurias materiales que constantemente lo atenazaban.

A excepción de los domingos, día en que no salía el vespertino de Luis Orlando Rodríguez, al local de *La Calle* se veía llegar a Fidel por las tardes; entrar a una pequeña oficina que se le había asignado, donde estaba aquella máquina de escribir de la que salían más que cuartillas, golpes y golpes contra la tiranía y revisar personalmente las pruebas de plana hasta que, ya de noche, aún fresca la tinta, salía con algunos de los primeros ejemplares en sus manos.

Debido a eso, Fidel apelaba: “el periódico *La Calle* no puede fracasar, no debe fracasar por falta de recursos. ¡Sería una vergüenza! ¡Que lo cierre la dictadura, sí; pero que no perezca por falta de ayuda! ¡El pueblo está en el deber de ayudarlo, y el pueblo lo ayudará!”.

Por eso allí, en *La Calle* dirá lo que no le dejaron decir por radio después en torno a “la valiente batalla que están librando los obreros de los Ferrocarriles Consolidados en Oriente, Camagüey y Las Villas, [que] merece, pues, el respaldo de toda la ciudadanía porque ellos están defendiendo allí los intereses de todos los sectores de la economía nacional al combatir una medida torpe que sustrae de la circulación millones de pesos en beneficio inclusive de una compañía extranjera que, después de gastar sumas fabulosas en equipos y acumular dividendos jugosos años tras años, quiere presentarse ahora poco menos que en estado de indigencia. La indigencia no está en los Consolidados, sino en la moral y en la vergüenza de tales gobernantes”.

Y como una clara reafirmación clasista:

“Cuando las plumas servidoras de los intereses creados escriben editoriales a favor de la compañía extranjera, nuestra palabra ha de

<sup>252</sup> *Ibidem*, p. 221.



estar de corazón junto a los trabajadores. Hay hambre de pan y hambre de libertad. Para ellos, nuestras simpatías de combatientes revolucionarios que estamos y estaremos siempre junto a toda causa justa, con los pobres de este mundo”.

...

[...] La historia de este período de *La Calle* era la historia en Fidel de la posibilidad de utilización al máximo de los medios masivos de difusión, bajo una tiranía, en una determinada coyuntura política, superando numerosos escollos cuyas manifestaciones más notorias se expresan en las siguientes incidencias:

–Jueves 19 de mayo: allanamiento, requisa de documentos y apresamiento del administrador de la planta de radio donde él iba a hablar.

–Viernes 20 de mayo: acordonamiento policiaco para impedir la asistencia del público, corte del fluido eléctrico y balacera reiterada contra la tribuna en que él haría el resumen de un acto convocado por la FEU para la Universidad de La Habana.

–Lunes 6 de junio: clausura por resolución del ministro de Comunicaciones de la Hora Ortodoxa, programa radial en que se anunció que él hablaría.

–Jueves 9 de junio: cuando iba a comparecer ante las cámaras de televisión, lo insólito, por todo lo anteriormente ocurrido lo dirá el propio Fidel:

“No me extrañó por eso que al llegar el jueves pasado al Canal 11 para ocupar nuestro espacio semanal por televisión, a las 8 de la noche, me encontrara con otra resolución, clausurándose por siete semanas”.

–Y, el lunes 13 de junio, lo ultrainsólito: en telegrama 142, R-OV-OF Urgente, el ministro de Comunicaciones prohibía a Unión Radio y al Canal 11 de la televisión, la participación de Fidel Castro en cualquier tipo de programación.

No se trataba ya de censurar o clausurar temporalmente la edición de un diario o revista, o un programa de radio o de televisión: ¡Se clausuraba a una persona!<sup>253</sup>

### ***Movimiento Revolucionario 26 de Julio***

En cuanto a los cambios que se operan en el movimiento para que se adapte a la situación derivada de todo lo ocurrido desde el 26 de

<sup>253</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 223-225.



julio del 1953 a mayo de 1955, se destaca en primer lugar el nombre mismo de la organización, el movimiento.

Retenido el concepto de movimiento, los acontecimientos del 26 de julio de 1953 condicionaron la ampliación del nombre de la organización hasta su designación como Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Ya esta idea la había ido gestando Fidel en los tiempos del presidio. Varias cartas de ese período así lo atestiguan.

No es casual así que entre los primeros asuntos que Fidel habla con algunos de sus compañeros en Nueva Gerona, al salir del presidio el mismo día 15 de mayo, esté el completamiento del nombre de su organización. Durante la travesía de *El Pintero* a Batabanó, la noche del 15 al 16, de nuevo plantea esta cuestión. Pidió el criterio a varios de sus compañeros. Oyó sugerencias. Y expuso y fue aceptada su idea: Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Cuando varias semanas después quedara reestructurada la Dirección Nacional del Movimiento y se le incorporaran otros compañeros revolucionarios que hasta ese momento no habían pertenecido a la organización, Fidel pondría nuevamente a discusión este tema, y ya entonces quedaría definitivamente registrado para la historia.<sup>254</sup>

### ***La línea histórica de Fidel***

*Los mejores cuadros del Movimiento Nacional Revolucionario se unieron a Fidel después de su entrevista con Rafael García Bárcena. Así lo recuerda uno de esos hombres, Faustino Pérez:*

“Sí, fue en la casa de Bárcena. Pero enseguida se vio una cosa en la conversación: los dos distintos enfoques estratégicos, no en las cuestiones ideológicas que no se llegaron a tratar, sino en las formas, los métodos, en cómo enfocar los problemas de la lucha. Enseguida se vio la diferencia: Bárcena tenía más tendencias a confiar en la conspiración militar, apoyada por los civiles, por grupos de civiles más que por una organización. Y Fidel tenía más fe en la organización de la lucha a partir de las masas populares, en un movimiento popular que tomara las armas contra la tiranía. Entonces no hubo acuerdo.

”Mas, Fidel no llevó la cosa a una ruptura. Le dijo: ‘Nosotros creemos que no hay contradicción. Usted, por ejemplo, puede trabajar

<sup>254</sup> *Ibidem*, pp. 234-235.



en ese sentido y organizar a los militares que quieran luchar contra el régimen. Y, entonces, yo voy a organizar a las fuerzas populares, al pueblo. Y en un momento dado podemos unir ambos factores”.

”Pero inmediatamente, desde ese momento, ya decidimos una parte de los compañeros que estábamos en el Movimiento de Bárcena incorporarnos con Fidel”.

Cuando Hart, Faustino y varios miembros del MNR salieron junto a Fidel de aquella reunión, salían también junto a la línea histórica de Fidel.<sup>255</sup>

### ***Era asfixiante la vigilancia***

Mientras tanto, el destierro de los medios de comunicación con las masas a que la tiranía condenó a Fidel se combinaba con un repentino silenciamiento de su nombre en las declaraciones de los voceros del régimen. Cada vez, sin embargo, era más asfixiante la vigilancia nada discreta que sobre él ejercían los cuerpos represivos.

No eran necesarias facultades adivinatorias para deducir la trama oculta debajo de esa coincidencia. Solo una gran dosis de paciencia acompañada de una veloz movilidad había restado posibilidad al seguro propósito de una provocación con resultados imprevisibles.

El tiempo, más que nunca, apremiaba cuando transcurrían unos tras otros los primeros días del mes de julio. Fidel ya había adelantado entonces gestiones para la acción con que haría culminar la batalla política de los 53 días.

Silenciosa, discretamente, se le había ido gestionando su pasaporte. Silenciosa, discretamente, se le gestionó visado de turista con el embajador mexicano. Y comenzó a redactar lo que pudo haber sido la parte final de su testamento político y resultaría, en cambio, el decreto de muerte contra el 10 de marzo (...) y contra el 9 de marzo.

Muy pronto el pequeño apartamento en que únicamente había un librero, un buró, una silla, dos sillones y una cama plegable sería desmontado para siempre. Se habían podido pagar solamente una vez los 60 pesos de su renta mensual. Atrás quedaría, en el recuerdo de muchos, el socorrido arroz con pescado que lo mismo servía para seis personas que podía estirarse hasta doce raciones si llegaban más compañeros, y que Lidia cocinaba los días que Cheíto, el

<sup>255</sup> *Ibidem*, p. 244.

vendedor ambulante, había tenido suerte la noche anterior al lanzar su anzuelo hacia el mar desde el cercano muro del malecón habanero.

Por su parte, Lidia ya había tenido que vender por segunda vez en su vida el refrigerador ante una insoluble urgencia de dinero. Las dos ocasiones habían estado relacionadas con salidas de Fidel hacia el extranjero. La primera había sido siete años antes, en 1948, cuando el entonces dirigente universitario partió de Cuba hacia Centroamérica con destino a Bogotá, Colombia.

Las últimas 48 horas que pasaría Fidel en Cuba hasta la tarde del 7 de julio serían idénticas a todas las horas de todos sus días transcurridos desde el 15 de mayo. Decenas de personas. Numerosos lugares. Aparece donde quiera. Pasa por la revista *Bohemia*. El periodista Agustín Alles trabaja en una encuesta acerca del regreso de Prío. Fidel le deja unas declaraciones. Las que acaba de escribir. Su despedida. Alles las publicará. Pero como si fuesen respuestas a una entrevista. Miguel Ángel Quevedo las mutilará. Suprimirá la parte que era como una declaración de guerra. Donde Fidel habla de regreso. Y de tiranía. De tiranía descabezada. Evocación bolivariana de Martí. Esa parte nunca saldría impresa. Pero será escuchada por radio. Montané habrá de distribuirla en muchos lugares, aunque solo será transmitida completa, por radio, después de partir Fidel. Dos veces por la Onda Hispano Cubana. Y una, por la COCO.

Agitadísima la víspera. El 6 de julio. Lidia prepara la maleta. Más libros que ropas. Otra vez decenas de personas. Que llegan al apartamento. O que él sale a ver. De nuevo aparece donde quiera. Desde donde quiera pide usar el teléfono. Una llamada. Otras. ¿A cuántas personas?

—¿I-62-68?

—Sí.

—Pepín, te habla Alejandro (...)

Así pudo empezar cualquier llamada telefónica que en los meses siguientes al golpe del 10 de marzo recibiera Pepín Sánchez en su casa de Patrocinio 6, a pocos metros del antiguo paradero de los tranvías de La Víbora.

Pepín Sánchez, el “mejor y más fiel colaborador” de Chibás, no sabía que Alejandro es el segundo nombre de Fidel, Fidel Alejandro, ni supo entonces que ese fue el pseudónimo que Fidel utilizó para firmar sus escritos en *El Acusador*, antes del Moncada, como



lo emplearía más tarde en algunas de sus cartas del exilio mexicano y, después, en muchas notas durante la guerra en la Sierra Maestra.

Pero sabía que ese era el nombre que Fidel empleaba al llamarlo por teléfono, como ahora, que deseaba conocer si estaría en la casa por la noche para ir a verlo. Sí, estaría. Lo esperaba entonces.

Antes de que llegara la noche, sin embargo, Fidel sería visto en otros lugares. Una vez más estuvo en el apartamento de Carmen Castro Porta, en Paseo y 25, donde otras veces había hablado con las mujeres martianas. Llega allí y “nos lee unas declaraciones que habrían de salir en la prensa –escribe Neneína–. Se está despidiendo y al mismo tiempo inquiriendo opiniones sobre la huelga general futura que tiene en sus planes. Es asombroso. Dos compañeras martianas lo acompañarán en el momento de partir”. Y de allí sale a hacer una gestión en la Cadena Oriental de Radio para que les cedan a ellas un espacio que le habían destinado a él y no pudo utilizar por la censura de que fue objeto.

En la cafetería Las Delicias de Medina, en L y 21, se le verá al rato conversando animadamente con José Antonio Echeverría y Fructuoso Rodríguez. También están Nico López y los estudiantes Osmel Francis y Pedro Azze. Más de dos horas. Hasta que Pastorita Núñez viene a recogerlo en un desvencijado automóvil. Solo 14 meses después Fidel y José Antonio volverían a encontrarse. Fuera de Cuba. Cuando vayan a firmar el pacto de unidad revolucionaria que será conocido como la Carta de México.

Se le verá ver y ver a otras personas ese día. Y hacer y hacer otras llamadas. Y comer esa noche con el abogado Jorge Azpiazo, su antiguo discípulo de la universidad y compañero de bufete, que también ha estado con él varias veces durante esos días. Y llegar ya tarde a la casa de Pepín Sánchez, que se alegró mucho de verlo, pues sabía la situación peligrosa que estaba viviendo Fidel en aquel combate contra la tiranía.

Con esa memoria que todos le conocen al antiguo miembro del Consejo Director Nacional del Partido Ortodoxo, muchos años después relataría cómo Fidel le habló aquella noche en términos generales de sus planes, mientras daba largos pasos incesantemente por la amplia sala. Y cómo le pidió un limón y una plancha eléctrica para mostrarle cómo el zumo podía escribirse en un papel sin que se notase, y después se revelaba lo escrito con el calor de la plancha. De esa manera iba a insertarle mensajes secretos en cartas de inocentes textos que le escribiría desde el extranjero.

Lo recuerda sentado “ahí mismo. Y ahí mismo, sobre esa mesita, escribió la dedicatoria”, y se refiere Pepín a las palabras con las que le autografió un ejemplar de la primera edición clandestina de *La historia me absolverá* que le dejó de recuerdo aquella noche. Esa dedicatoria finaliza con algunas de las palabras que les serían suprimidas a sus declaraciones de despedida en la revista *Bohemia*.

Fue también su despedida de Pepín. Se iba para México en pocas horas.

Aquella batalla política de los 53 días estaba terminada. O casi terminada.

Pocas horas después varios autos partían simultáneamente de distintos puntos de La Habana rumbo a la calzada de Rancho Boyeros. Dos lo hacían desde 23 y 18 en el Vedado. En el primero Fidel, su hijo Fidelito, sus hermanas Lidia y Emma, y la joven jurista martiana Concepción Cheda. En el segundo, Gustavo Ameijeiras, Ángel Pla y María Laborde. A mitad de camino se detienen, y Fidel se traslada para el automóvil que conduce Gustavo.

En el aeropuerto, mientras se cumplimentan los trámites para la partida en el vuelo 566 de la Compañía Mexicana de Aviación, Fidel conversa con quienes lo acompañan en tan crucial momento. Además de los que salieron de su casa, están allí el comentarista radial Guido García Inclán, los dirigentes estudiantiles René Anillo y Juan Nuiry y, significativamente, cuatro notables juristas ortodoxos, los doctores José Manuel Gutiérrez, Francisco Carone, Rubén Acosta y Gerardo Marín.

¿Acaso otra precaución más (...)?: ninguno de sus compañeros de la Dirección Nacional del Movimiento se encuentra en el aeropuerto.

Un breve aparte con Nuiry y Anillo para insistirles en la importancia política que puede tener, 19 días después, la conmemoración en la Universidad de La Habana del segundo aniversario del asalto al Moncada. Y, finalmente, los estrechones de manos y los abrazos (...) el último, y más extenso, como queriendo que no finalice, a su pequeño hijo, al que aprieta cargado entre sus brazos.

Por la misma puerta que había salido Raúl Castro catorce días antes, lo hace ahora Fidel. Era el viernes 7 de julio de 1955, y ya en vuelo el avión hacia México estaba comenzando la última acción de aquella batalla política ganada al régimen en singular maestría: la rotativa de *Bohemia* reproduce 265 000 veces las declaraciones



que deja antes de partir y que han de llegar por esa vía a todo el pueblo:

“Carlos Prío no puede regresar a Cuba sin que lo envíen al Castillo del Príncipe donde guardan prisión varios cubanos falsamente acusados de terrorismo, en una causa donde se le incluye a él como principal responsable del tremebundo plan. No se concibe, por tanto, que Batista, y su ministro Santiago Rey declaren públicamente que Prío no será molestado, cuando existen ya tres órdenes de detención contra él, dictadas por el Tribunal de Urgencia. Para que Prío pueda regresar a Cuba sin dificultad, tendría que aprobarse una nueva amnistía política, o de lo contrario sería necesario admitir que los tribunales hacen exactamente lo que les ordena el ministro de Gobernación y el Dictador Batista.

”Si Carlos Prío puede regresar a Cuba e instalarse tranquilamente en su residencia de ‘La Chata’, ¿por qué están entonces, en el instante que hago estos pronunciamientos, Juan Pedro Carbó, Manuel Carbonell Duque, José Machado y otros, acusados en la misma causa que Prío? ¿Por qué han estado presos durante más de dos semanas Pascasio Lineras, Manuel Alfonso y Evelio Duque?

”Mi propio hermano tuvo que tomar el camino del exilio, acusado en dicha causa, por haber puesto una bomba en un cine de La Habana, cuando se encontraba a mil kilómetros de distancia, junto a mi padre enfermo, en la provincia de Oriente. No sé si son sinceras, por consiguiente, las palabras de Prío anunciando su regreso a Cuba en son de paz.

”¿Lo dejarán hablar a él; lo dejarán comparecer ante algún programa de televisión; le permitirán escribir; le darán oportunidad de realizar actos públicos? Entonces tendríamos que reconocer que Prío es un afortunado en esta situación, porque a mí que soy un ciudadano igual que los demás y con los mismos derechos, de acuerdo con una Constitución supuestamente en vigor, no se me permite en absoluto ninguna de esas actividades lícitas, y he sido clausurado mediante un insólito expediente personal, abierto por tiempo indefinido en el ministerio de Comunicaciones, según consta en telegrama 142, R-OV-OF Urgente, de fecha junio 13 de 1955, enviado a Unión Radio y al Canal 11. Todo esto antes de clausurar drásticamente el periódico *La Calle*.

”Prío podrá venir en tales condiciones y tal vez Batista se lo agradezca; pero yo no estoy dispuesto a hacerle ningún favor a este régimen afrentoso. Ya estoy haciendo la maleta para marcharme

de Cuba, aunque hasta el dinero del pasaporte he tenido que pedirlo prestado, porque no se va ningún millonario, sino un cubano que todo lo ha dado y lo dará por Cuba. Volveremos cuando podamos traerle a nuestro pueblo la libertad y el derecho a vivir decorosamente, sin despotismo y sin hambre.

”Después de seis semanas en la calle y ver las intenciones de la camarilla gobernante, dispuesta a permanecer en el poder veinte años, como piden los adulones y aprovechados sin conciencia, ya no creo ni en elecciones generales. Cerradas al pueblo todas las puertas para la lucha cívica, no queda más solución que la del 68 y el 95. Hay que reparar el ultraje que significa este régimen para todos los que han caído por la dignidad de Cuba, desde Joaquín de Agüero hasta Jorge Agostini.

”Como dije ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, cuando fui juzgado por los hechos del 26 de julio, somos cubanos y ser cubano implica un deber: no cumplirlo es crimen y traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar, desde temprano, el ejemplo glorioso de nuestros héroes y mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la patria libre, escribió el Apóstol en su Libro de Oro: ‘cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres, y esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad’. Se nos enseñó que el 10 de Octubre y el 24 de Febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio, porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo infame de la tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que ‘vivir en cadenas es vivir en afrenta y oprobio sumidos’ y ‘que morir por la patria es vivir’.”<sup>256</sup>

<sup>256</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 246-253.





## EXILIADO EN MÉXICO



### *Casi lloré al tomar el avión*

La tarde del viernes 7 de julio de 1955 tocaba tierra en el aeropuerto de Mérida el avión que cubría el vuelo 566 de Mexicana de Aviación procedente de La Habana. Para aquel hombre alto, de muy usado traje gris de invierno, que un mes después cumpliría los 28 años de edad, que ahora bajaba la escalerilla con paso firme y la mirada escrutadora, y solo tendría que esperar por equipaje una maleta de aspecto corriente con menos ropas que libros, comenzaban los días del exilio.

“Difícil explicarles cuán amargo ha sido para mi persona el paso necesario y útil de salir de Cuba. Casi lloré al tomar el avión”, escribiría Fidel siete días después a los compañeros de la dirección del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, en carta a Faustino Pérez fechada en Ciudad México, el 14 de julio de 1955.

La escala en Mérida fue breve. Únicamente el tiempo necesario para tomar el siguiente avión que lo llevó a Veracruz, en vuelo suroeste sobre el golfo de Campeche.

El estado de ánimo –nunca lo individual predominando sobre la obligación social– no impediría en Veracruz el abrazo al escultor cubano José Fidalgo y las orientaciones a este para establecer contacto por correspondencia con los emigrados de Tampa y Nueva York “para ir ganando esos núcleos de cubanos a nuestra causa”.

El 8 de julio ya Fidel arribaba en ómnibus a Ciudad México. “Me reuní la primera noche con Raúl y dos o tres cubanos de confianza en casa de una cubana residente en esta desde hace años y que ha sido una verdadera madre para los del Moncada en los días de frío y hambre”, detallaba en esa misma carta, en la que resalta el significado de la ayuda que María Antonia González prestaba a los revolucionarios cubanos.

“Trazamos un pequeño plan de trabajo que comprende desde el modo rápido de obtener noticias generales de Cuba, hasta el modo



de llegar a personalidades influyentes en este país, cuya amistad y simpatías pueden ser útiles”, sigue diciendo y agrega:

“Con los demás cubanos de distintas militancias, que son escasos, vamos haciendo contacto poco a poco, recibiendo de todos magnífica acogida. Hay otros cubanos residentes en esta hace largo tiempo de cuyas simpatías estamos informados, que tienen relaciones y recursos y con los cuales nos iremos relacionando más adelante.

...  
”¿Cómo se imaginarán los demás que es esta vida?”, escribía Fidel dos semanas después en carta donde apremiaba informaciones de los compañeros de la dirección del Movimiento, cuando todavía no ha recibido noticias de ellos. “Es triste, solitaria y dura. Parece que lo destruyen a uno en mil pedazos cuando lo alejan de la patria a la que solo se puede volver honrosamente, o no volver nunca. Sería necesario comprender toda la firmeza de esta decisión para juzgar de nuestro ánimo. Yo ando recogiendo todavía los pedazos de mis sentimientos personales que son los de un hombre que por dignidad, ideal y deber todo lo ha renunciado en esta vida”.

En la carta del 14 de julio daba más detalles sobre sus primeros días en la capital mexicana.

“Vivo en un pequeño cuartico y el tiempo que dispongo libre lo dedico a leer y a estudiar. Ahora estoy documentándome sobre el proceso revolucionario de México bajo la dirección de Lázaro Cárdenas. Más adelante pienso redactar el programa revolucionario completo que vamos a presentar al país en forma de folleto que puede ser impreso en esta e introducido clandestinamente en Cuba. Lo enviaré con anterioridad a ustedes para que lo discutan aunque espero que para esa oportunidad algunos de ustedes estén en esta.

”La norma básica de mis pasos aquí es y será siempre suma cautela y absoluta discreción; tal como si estuviéramos en Cuba. He procurado hacerme notar lo menos posible. A medida que avancen ustedes allá avanzaremos nosotros aquí. Considero que todo es perfectamente realizable tal como fue concebido en líneas generales”.

...

El 16 de julio, Fidel escribe a Pedro Pérez Font:

“Los primeros días se pasan buscando dónde acomodarse y adaptándose al nuevo ambiente. Voy ordenándome y pisando firme.

”En cuanto a recursos, ya voy sosteniéndome con los últimos fondos. Mis gastos personales son muy módicos pero también (carga) con la comida de dos o tres buenos cubanos en esta. Se cocina en casa de una señora cubana. Nos alcanza con cualquier cosa. Llevo

una administración rígida de los centavitos que traje y espero que con este sistema nadie pase hambre ni ahora ni después. El alojamiento cada cual lo tiene más o menos resuelto a su manera”.<sup>257</sup>

### ***Si nos quedáramos solos...***

*Con tenacidad y fe incommovibles, Fidel trabaja incesantemente en medio de las más grandes penurias. Muestra de ello es el fragmento de esta carta suya:*

“Aquí realmente necesito colaboradores; tanto en un lado como en otro se necesita un grupo de los mejores compañeros. Se encontrarán un terreno que ya voy conociendo cuidadosamente, y los días serán para cada uno de ustedes menos amargos que los que yo he tenido que vivir, abriéndome paso en un escenario completamente nuevo, lleno de inquietud sobre lo que allá quedó haciéndose. Sin embargo, nada me desanima, como nada debe desanimarlos a ustedes. Por el contrario, cada día que pasa descubro un detalle nuevo, un modo de obviar barreras que parecen insalvables, de cumplir a todo trance nuestra palabra empeñada con Cuba, y voy comprobando cómo la realidad se puede ajustar a nuestros sueños, me lleno de fe en que por largo y ancho que sea el camino, el éxito más rotundo culminará nuestra lucha. Esta ciudad y esta tierra serán pronto para mí como lo fueron aquellas en los meses que precedieron al 26 de julio.

”Debe tenerse en cuenta no obstante que trabajo con grandes obstáculos por la falta de medios. No sé si hasta hambre tendremos que pasar estos primeros meses. Para sacar el primer manifiesto ya tengo resuelto llevar a una casa de empeño mi sobretodo; aquí esas cosas son del Estado y cobran un interés insignificante. Si el resto de mi ropa tuviera que seguir al sobretodo, no vacilaría un instante. Frente a los miserables que claudican, que se venden, que se entregan, que traicionan a Cuba aspirando pordiosera y vilmente a las migajas electorales que les ofrece a punta pies la Dictadura, ¡esta es la hora nuestra!, la de los cubanos que tenemos vergüenza y tenemos fe, que sabremos perseverar hasta el final, triunfar o morir por nuestra causa.

”Tal vez si el camino fuera fácil, no me sentiría tan feliz y animado. ¿En qué podríamos parecernos entonces a los que en otros tiempos hicieron la independencia de Cuba frente a obstáculos cien veces mayores?”.

El segundo aniversario del Grito del Moncada fue conmemorado con dos actividades en la capital mexicana aquel martes 26 de julio

<sup>257</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 257-259.



de 1955. En la primera, por la mañana, Fidel depositó una ofrenda floral en el Monumento a los Niños Héroes de Chapultepec; y en la segunda, por la noche, habla en el acto patrocinado por los exiliados latinoamericanos en el Ateneo Español. Esta velada “fue una verdadera comunión de espíritus y una promesa de futuro americano; en su sencillez, el más grande homenaje, porque no era solo un homenaje cubano, que podía rendírseles a nuestros caídos. Tiene mucho de alentador el hecho de que el acto fue organizado por iniciativa espontánea de jóvenes americanos de distintos países que hoy se encuentran sufriendo los rigores del despotismo. Tienen todos el 26 de Julio como una fecha suya. Sentada junto a nosotros en la presidencia del acto estaba doña Laura Meneses, la esposa de Albizu Campos el líder nacionalista puertorriqueño, ese modelo incomparable de abnegación y sacrificio a quien alguien llamó apóstol de América y yo lo comparé a un Cristo que lleva 38 años clavado en la cruz”.

El día 1ro de agosto de 1955 recibe Fidel la primera carta que le envía desde Cuba la dirección del Movimiento. En su contestación del día 2 hacia La Habana aparece este párrafo que permite ampliar la imagen de su situación:

“Aunque son ya en este instante las 4 y 5 de la mañana, todavía continúo escribiendo. ¡No se sabe cuántas páginas llevo ya en total! Tengo que entregarlas a la portadora a las ocho a.m. No tengo despertador, si me duermo perdería el correo; no me acostaré pues. Inmediatamente [voy a] ponerme a escribir los demás documentos que salen a fines de semana. Tengo catarro con tos y me duele todo el cuerpo. Carezco de tabacos cubanos y buena falta me hacen. Este es el cuadro en breves líneas”.

Y este otro, con el que finaliza esa carta, en que el optimismo y la visión del porvenir, como siempre en él, hacen olvidar las muchas contrariedades que enfrenta y en su lugar emerge un deslumbrante canto a la esperanza:

“Miren: yo tengo una gran fe; pero no es una fe religiosa, sino racional y lógica, porque en esta hora de tremenda confusión somos los únicos que tenemos una línea, un programa y una meta. ¡Y decisión para alcanzarla o morir en el desempeño! Pienso pronto dedicarme a la redacción de nuestro programa completo y someterlo a la consideración de ustedes. Será un mensaje de esperanza en un mundo mejor al pueblo de Cuba y una promesa de buscarlo con nuestra vida y nuestra sangre”.<sup>258</sup>

<sup>258</sup> *Ibidem*, pp. 261-263.

Pero, ni las duras condiciones personales ni la amarga lejanía de la patria sojuzgada sería en Fidel la pesadumbre de un desterrado que rompe en impotente llanto. Él mismo lo proclamaría –palabras sobre hechos– tres meses después de partir, en su discurso antimperialista del 9 de octubre de 1955 en el parque de Chapultepec, como lo había dicho tan solo una semana después de marchar de Cuba:

“Me abstuve por eso en absoluto de hacer declaraciones públicas a mi llegada. Además me lo impide el pudor. No hay derecho a llorar en ningún lugar del mundo las penas de Cuba mientras haya un cubano que pueda tomar un rifle para remediarlas: ‘¿Y qué hacen los cubanos?’, nos podrían preguntar los mexicanos si les hablásemos de nuestra bochornosa situación política. ¡Cómo si fueran pocos los problemas de ellos! En el más infortunado de los casos, de nosotros podrá decirse el día de mañana que supimos morir ante un imposible, pero nunca que se nos vio llorar de impotencia”.

...  
[...] mucho antes de regresar, lo anticiparía otra vez en carta a sus compañeros de la dirección del Movimiento que estaban en Cuba. He aquí un hermoso fragmento de esa carta, el que encierra el sencillo secreto que condujo hacia la Revolución a nuestro pueblo:

“Mi tarea en esta pienso llevarla a cabo cabalmente. No me refiero en este caso a la de escribir cartas y manifiestos desde este solitario cuartico, sino a la otra no menos importante. Estoy optimista de lo que llevo hecho, sencilla y discretamente. Considero tan importante y delicado lo de afuera, que soporto con resignación la amargura de esta ausencia y convierto toda mi pena en impulso, en deseo ardiente de verme peleando cuanto antes en la tierra cubana. Vuelvo a reiterar mi promesa de que si lo que anhelamos no fuera posible, si nos quedáramos solos, me verían llegar en bote, a una playa cualquiera, con un fusil en la mano”.<sup>259</sup>

### ***Rompamos la cortina de silencio***

*Fidel redacta una serie de documentos que va enviando hacia Cuba durante los primeros meses de exilio, según él explica en una de sus cartas:*

Ahora entraremos nosotros en escena con miles y miles de manifiestos clandestinos cada quince días por lo menos.

El domingo a más tardar, por persona de toda confianza, llegará a ustedes el primer manifiesto al pueblo. Hay que sacar por lo menos

<sup>259</sup> *Ibidem*, pp. 264-265.



cincuenta mil. Debe tenerse todo listo para que inmediatamente se haga el plomo y se comience a tirar. Debe estar en la calle el 16 de agosto, cuarto aniversario de la muerte de Chibás, para que puedan ser repartidos en el cementerio varios millares.

Irá también un “mensaje a los ortodoxos” con motivo de dicha fecha, que debe imprimirse en mimeógrafo y de lo cual encargo a uno de ustedes en carta aparte.

Si el tiempo me alcanza, pienso redactar otro mensaje para que sea distribuido el día 15 en la convención de militantes ortodoxos que se reunirá en el teatro “Martí” al cual asistirán personas de toda la Isla. Este trabajo en el seno de la ortodoxia es importantísimo para frenar la tendencia electoralista e ir preparando los ánimos a la contribución económica. Sobre todo, en esos días se reúnen masas de hombres y mujeres procedentes de todas partes de Cuba, que serán mensajeros de nuestras consignas revolucionarias. No desaprovechen ustedes ese congreso de militantes, introdúzcanse allí, envíen nuestros hombres más entusiastas para que den vivas a la línea revolucionaria, que pidan un minuto de silencio por los caídos en la lucha y realicen entre la masa de asistentes una amplia labor de proselitismo. Hagámosnos sentir allí y también al día siguiente en el cementerio. Hay que dar fe de vida y de incesante actividad. Verán cómo rompemos la cortina de silencio y vamos abriendo el camino a la nueva estrategia.

El segundo manifiesto será una crítica a las tácticas anteriores y lanzaremos ya las primeras consignas de insurrección y huelga general.

El tercer manifiesto, que saldrá los primeros días de septiembre, será el llamamiento a la contribución económica, aunque en todos los anteriores haré referencia a ese punto. Para esa fecha deben estar todos los cuadros cerrados a fin de que pueda hacerse efectiva la contribución, de ahí que no pueda lanzarse antes la apelación. De ese manifiesto que es vital hay que imprimir por lo menos cien mil.

El cuarto será dirigido a las Fuerzas Armadas, y así sucesivamente”<sup>260</sup>

### ***Yo no te abandono***

*En casa de María Antonia se encuentran por vez primera Ernesto Guevara de la Serna y Fidel Castro Ruz. Pocas horas fueron suficientes para que la afinidad entre ambos hombres se hiciera patente.*

<sup>260</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 268-269.

*Ernesto Guevara, ya convertido en el legendario Che, escribe sobre aquel momento:*

Lo conocí en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A las pocas horas de la misma noche –en la madrugada– era yo uno de los futuros expedicionarios [...]<sup>261</sup>

Fidel Castro, auxiliado por un pequeño equipo de íntimos, se dio con toda su vocación y su extraordinario espíritu de trabajo a la tarea de organizar las huestes armadas que saldrían hacia Cuba. Casi nunca dio clases de táctica militar porque el tiempo le resultaba corto para ello [...]<sup>262</sup>

*La vida es muy difícil para los futuros expedicionarios del Granma. Muchos son detenidos. El Che recuerda:*

Hubo quienes estuvieron en prisión cincuenta y siete días, contados uno a uno, con la amenaza perenne de la extradición sobre nuestras cabezas (somos testigos el comandante Calixto García y yo). Pero, en ningún momento perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro. Y es que Fidel tuvo algunos gestos que, casi podríamos decir, comprometían su actividad revolucionaria en pro de la amistad. Recuerdo que le expuse específicamente mi caso: un extranjero, ilegal en México, con toda una serie de cargos encima. Le dije que no debía de manera alguna, pararse por mí la revolución, y que podía dejarme; que yo comprendía la situación y que trataría de ir a pelear desde donde me lo mandaran y que el único esfuerzo debía hacerse para que me enviaran a un país cercano y no a la Argentina. También recuerdo la respuesta tajante de Fidel: “Yo no te abandono”. Y así fue, porque hubo que distraer tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esas actitudes personales de Fidel con la gente que aprecia son la clave del fanatismo que crea a su alrededor, donde se suma a una adhesión de principios, una adhesión personal [...]<sup>263</sup>

### ***En el bosque de Chapultepec***

El 10 de octubre transcurría silenciosamente en Cuba mientras un tercer miembro de la dirigencia nacional del MR-26-7 [Movimiento

<sup>261</sup> Ernesto Che Guevara: “Una revolución que comienza”, *Obras 1957-1967*, t. 1, p. 267.

<sup>262</sup> *Ibidem*, pp. 192-193.

<sup>263</sup> *Ibidem*, pp. 193-194.



Revolucionario 26 de Julio], Melba Hernández, arribaba a México para permanecer junto a Fidel. Fuera de los actos escolares donde la fecha era recordada con fervor patriótico por niños y adolescentes, la situación política del país negaba la esencia de la gloriosa efemérides.

La grabación de un discurso que se pronunció un día antes, en la mañana del domingo 9 de octubre en el bosque de Chapultepec, en Ciudad México, salvaría para la posteridad el testimonio de que al menos fuera de nuestro territorio pudo no solo nuestro pueblo, sino toda América honrar con decoro la fecha al expresar nuestra rebeldía y la de todo el continente.

“Al venir para dirigirles la palabra, viene a mi mente una frase de Martí en ocasión de conmemorarse también el 10 de Octubre, víspera de la independencia de Cuba. Dijo Martí que había algo de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y falta de hechos”, fue lo primero que se le oyó decir a aquel hombre de elevada estatura en aquella mañana de intenso frío.

Momentos antes, después que la banda de música de la Secretaría de Defensa había ejecutado los himnos nacionales de México y de Cuba, un grupo de cubanos encabezados por Fidel Castro había depositado una corona de flores ante el busto de José Martí; la leyenda martiana, en la cinta, era síntesis y advertencia: “De América soy hijo y a ella me debo”.<sup>264</sup>

### ***Seremos libres o seremos mártires***

Al igual que Martí en el siglo pasado, Fidel proyectó un recorrido por Estados Unidos con el propósito de vincular al Movimiento 26 de Julio a todos los cubanos que desearan colaborar y, a la vez, reunir a la dispersa emigración cubana en ese país, para estructurar una base de recaudación de fondos. Lo que se recolectara en Estados Unidos, más las contribuciones que enviara el Movimiento desde Cuba, tendrían que cubrir los gastos indispensables para iniciar el equipamiento y la preparación del grupo de hombres que debía penetrar en territorio cubano y continuar la lucha.<sup>265</sup>

En la primera quincena de septiembre Juan Manuel Márquez había viajado a México para informarle a Fidel las magníficas perspectivas

<sup>264</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 274-275.

<sup>265</sup> Sección de Historia de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, p. 15.



que existían entre las masas de emigrados cubanos en Estados Unidos para transformarse en una gran fuerza de apoyo en la lucha contra la tiranía. De regreso al norte, Juan Manuel se dedicó con ahínco a preparar el recorrido de Fidel por los lugares de mayor concentración de cubanos en ese país.

El 20 de octubre llega Fidel a Filadelfia. El domingo 23 arriba por tren a Nueva York y, cuando una semana después se efectúa el gran acto del Palm Garden, ya se habían creado las bases para la organización de los clubes patrióticos 26 de Julio en Union City, estado de New Jersey; Bridgeport, estado de Connecticut; Elizabeth, Long Island y otras localidades.<sup>266</sup>

*En el Palm Garden de Nueva York, el 30 de octubre, ante una numerosa concurrencia de emigrados, Fidel expresa por primera vez:*

“[...] Puedo informarles con toda responsabilidad que en el año 1956 seremos libres o seremos mártires. Esta lucha comenzó para nosotros el 10 de marzo, dura ya casi cuatro años, y terminará con el último día de la dictadura o el último día nuestro”.

Nueva reafirmación de los objetivos realmente revolucionarios de su proyecto, pronunciaría también Fidel las siguientes palabras:

“El pueblo cubano desea más que un simple cambio de mandos. Cuba ansía un cambio radical en todos los campos de la vida pública y social. Hay que darle al pueblo algo más que libertad y democracia en términos abstractos, hay que proporcionarle una existencia decorosa a cada cubano; el Estado no se puede desentender de la suerte de ninguno de los ciudadanos que han nacido en el país y crecido en él”.<sup>267</sup>

### ***En Martí basamos nuestra postura***

A la semana siguiente él y Juan Manuel [Márquez] parten rumbo a la Florida. A su llegada a Miami se producen iguales escenas de entusiasmo a las vividas en Nueva York. Fue necesario hacer un alto en la intensa campaña, sin embargo, para responder a un ataque que por la revista *Bohemia* se le hizo con el paternal título de “Fidel, no le hagas un servicio a Batista”.

En su respuesta, Fidel reafirmaba sus conocidos puntos de vista acerca de la solución a la situación política cubana, y rechaza la

<sup>266</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, p. 280.

<sup>267</sup> *Ibidem*, 279.



similitud que se pretendía establecer entre esa coyuntura y la de 1933. Era, al mismo tiempo, otra manifestación de su coherencia ideológica con lo mejor de nuestro acervo revolucionario.

“En la filosofía democrática y revolucionaria de Martí basamos nosotros firmemente nuestra postura; contra él tendrán que polemizar los guerrilleros<sup>268</sup> de hoy, porque nos hemos propuesto continuar su obra, porque somos fieles a su pensamiento con hechos y no con palabras, porque estamos dispuestos a convertir en realidad la Cuba que él soñó, frustrada por los mercaderes de la política, los ambiciosos y los malos gobiernos, que solo han servido en cincuenta años de república para enriquecer a centenares de pícaros, ninguno de los cuales ha dormido una noche tras las rejas de la cárcel”.

Simultáneamente, mostraba de nuevo su aguda comprensión del desarrollo dialéctico de nuestra realidad concreta, mientras se identificaba, una vez más, con las clases humildes del pueblo:

“El 10 de marzo al trastornar el ritmo constitucional de la nación y agudizar todos los males de nuestra vida pública, abrió muy a su pesar y para su desgracia un nuevo ciclo revolucionario. Ese ha sido tal vez su único saldo positivo. Interpreto el sentimiento de la mayoría de mis conciudadanos al afirmar que el pueblo, hastiado de la tiranía y de los políticos incapaces de redimirlo, vuelve sus ojos hacia la revolución.

”Y no faltan los eternos detractores, que apelando a los más egoístas sentimientos de la especie humana, acusan a la revolución de traer el luto a los hogares; pretenden ocultar el hecho real e irrefutable de que el hambre, el parasitismo, la epidemia y el abandono gubernamental causan todos los años en nuestra población diez veces más víctimas de lo que pueda ocasionar la más sangrienta de las revoluciones. Y si la politiquería no ha podido acabar con esos males, la politiquería es más sangrienta que la revolución.

”A los que dicen que perturba la economía del país les respondo: para los guajiros que no tienen tierra no existe economía, para el millón de cubanos que están sin trabajo no existe economía, para los obreros ferroviarios, portuarios, azucareros, textiles, autobuseros y

<sup>268</sup> Antes del triunfo de la Revolución, el término guerrillero definía a los traidores a la patria. Con ese nombre eran calificados en el siglo XIX a los nacidos en Cuba que formaban en las filas del ejército colonialista español y peleaban contra las fuerzas patrióticas cubanas que luchaban por nuestra independencia.

otros tantos sectores a quienes Batista ha rebajado despiadadamente sus salarios, no existe economía, y solo la revolución les brinda la esperanza cierta de una economía que hoy no existe para ellos”.

Y, con una invocación martiana más, finalizaba Fidel de manera lapidaria:

“A un hombre joven no le queda hoy en Cuba más camino honorable que unirse a la revolución. Sirvo a Cuba, y ‘los que no tienen el valor de sacrificarse, deben tener, al menos, el pudor de callar ante los que se sacrifican’.”<sup>269</sup>

### ***Nunca estuve más contento***

*En la carta que envía Juan Manuel Márquez a los compañeros que habían quedado en México, les describe la gira por Estados Unidos y, en especial, los resultados de la labor que habían concluido en Nueva York.*

Miami, 14 de noviembre de 1955

Hermanos:

(...) En New York el recibimiento que le hicieron a Fidel fue emocionante por lo multitudinario y lo sincero. Y el acto del Palm Garden colmó más allá de lo que nosotros pensábamos nuestras esperanzas. Por lo pronto se logró en torno al 26 de Julio la unidad de grupos que habían sido irreconciliables. Se imprimieron 5 500 folletos con un prólogo que firman todas las organizaciones.<sup>270</sup> Se logró que todas las organizaciones se declarasen filiales del “26 de Julio”, se obtuvo un salón por seis meses para dar bailes todos los sábados y recaudar fondos además del salón dieron también la cantina, todo absolutamente gratis.

En el Palm Garden hombres y mujeres lloraban como niños quizás más que por la elocuencia de los oradores, por el recuerdo triste de la patria esclava. En distintos pueblos cercanos a New York donde existen grupos de cubanos dimos reuniones y pequeños actos, pero toda esta actividad fue previa al grandioso acto efectuado en el Garden.

<sup>269</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 280-282.

<sup>270</sup> El folleto al que se refiere Juan Manuel fue la primera edición de *La historia me absolverá* que se imprimió en Estados Unidos y distribuida a los emigrados cubanos al precio de un dólar cada ejemplar.



En Union City, en New Jersey, a los compañeros que nos invitaron a una reunión se les olvidó pedir el permiso, y al poco rato las perseguidoras de la policía rodeaban el lugar. Fidel y yo nos fuimos por una puerta lateral mientras los compañeros entretenían a la policía, a dos cuadras nos recogió una máquina, por un momento fuimos felices, la causa de Cuba nos proporcionaba una nueva emoción.

Cuando la candela estaba en su apogeo y el cónsul cubano hacía gestiones para complicarnos nos deslizamos hacia Miami, pero ya habíamos dejado en New York, muy bien sembradas, las semillas de la insurrección.

Como sabrán a través del acto del Garden penetramos en *Bohemia* y creo que esa puerta quedará abierta para siempre. Hoy mismo Fidel envió con un propio su respuesta al artículo aparecido en el último número y firmado por un señor cuyo origen, nacionalidad y ocupación desconocemos.

El domingo día 20 a las 11 de la mañana comenzará el acto en el Teatro Flager de esa ciudad, sin exagerar ni caer en tontas ilusiones esperamos que sea superior al celebrado en New York. Este será un nuevo motivo para perforar la dura actitud de la prensa en Cuba con respecto a nuestro Movimiento.

Hoy, día 14, llegué a las cinco de la mañana de un recorrido por Tampa que Fidel consideró oportuno para el acto que pensamos celebrar allí el 27 de Noviembre, que es además del aniversario de los estudiantes, aniversario de un bello discurso pronunciado ese mismo día con ese mismo motivo por José Martí.

En Tampa se nos incorporó el director del periódico *La Gaceta*, que es un admirador de Fidel y hombre de grandes relaciones y prestigio, y los doctores Blanco y Trelles. Además de un líder obrero de mucho empuje en Tampa.

El plan allí es celebrar un acto para lo cual hemos tenido la suerte de encontrar enseguida un local, el local tiene capacidad para dos mil personas. Previamente Fidel visitará las fábricas de tabaco y los despalillos para hablarles antes del acto.

El día 7, en la fecha de la caída del Titán será la concentración de cubanos en Cayo Hueso y así terminará por el momento este peregrinaje y podremos abrazarnos y vernos de nuevo.

Extrañamos mucho a mamá María Antonia. Extrañamos su guiso, sus atenciones y sus preocupaciones por nosotros, su cariño, cariño desinteresado y sincero y también sus palabras de “grueso calibre” que hacen siempre reír y nunca hieren.

Extrañamos también a la buena Alicia, a Carlos, a Aldama, a Quelo que lo recordamos diariamente sobre todo en los días en que el pelo audaz se trepa en las orejas.

Mucho hemos trabajado y algo hemos padecido, en la lucha con los hombres hay siempre un saldo de dificultades; pero es gran dicha poder afirmar que la torpeza o el egoísmo de la gente nula se ha diluido en la ola envolvente de la gente buena.

Fidel está contento, aquí ha encontrado muchos viejos amigos, y muchas cosas buenas pudiera decirles, pero será él quien les informará cuando lleguemos allá. Personalmente he trabajado con él en todo y puedo decirles que el estirón que se ha dado ha sido largo.

Mi esposa dio un salto por aquí y pasamos una semana juntos, por cierto que no pudo ver ni el parque de las palomas, porque estuvimos de reunión en reunión, y así y todo estábamos contentos, pero como la alegría en casa del pobre dura poco, se nos ocurrió llamar por teléfono para saber de la niña y nos informaron que estaba con un ataque apendicular y con la perspectiva de una operación inmediata. En esas condiciones ella se fue enseguida.

Todas estas contrariedades se absorben sin embargo, pues la lucha, el afán de ser útil, y la esperanza de ver a Cuba libre compensan al combatiente de los dolores del padre. Sé que en el 56 como dijo Fidel seremos libres o seremos mártires y espero con tanta ansiedad como el que más, la hora de rendir a mi patria la proporción de sacrificio que me corresponda.

La nota sobre mi residencia es falsa, en nada desde luego me afectaría si fuese cierta. Yo vine con permiso de quince días que me dieron en San Antonio y Fidel con un mes. En New York Fidel y yo fuimos al consulado o al departamento de inmigración y nos concedieron unos días más. A Fidel hasta el día 20 a mí hasta el 5, si pasamos de esa fecha tendremos que pedir otro permiso. De los regalos y encargos no nos olvidaremos. Las cartas e informaciones las hemos recibido todas.

Sin más por el presente y con la esperanza de vernos muy pronto reciban todos el abrazo de este hermano que los recuerda y quiere,

Juan Manuel Márquez<sup>271</sup>

<sup>271</sup> Sección de Historia de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, pp. 16-18.



*Fidel solo tuvo tiempo para añadir una breve posdata a la misiva, cuyo texto dice:*

Vale

Todo lo que pueda añadirles acerca de lo extraordinario que ha sido este viaje sería poco. Todos nuestros cálculos acerca del entusiasmo y el fervor de la gente se quedan cortos. En el orden de la propaganda tendrá extraordinaria trascendencia. En todos los escritos he ido lanzando las consignas de recaudación de fondos: El escrito que saldrá en *Bohemia* tendrá más repercusión que la carta sobre la amnistía o “Mientes Chaviano”.

Sobre el dinero aún no tenemos un saldo positivo. La impresión de 5 500 folletos costó \$500.00 más otros gastos como envío de información para *Bohemia*, etc. que ascendieron a \$700.00. Se están imprimiendo 5 000 folletos más.

Esa segunda edición se pagará en New York. Todos los folletos se venderán a \$1.00. La gente los compra como pan caliente. Dejarán un saldo de \$9 000.00 a principios de diciembre espero tener varios miles de pesos. Estas han sido las causas de que no les haya girado. Nunca estuve más contento.

Fidel.<sup>272</sup>

### ***Frente al 10 de Marzo, el 26 de Julio***

*El primero de abril la revista Bohemia publica el artículo de Fidel “El Movimiento 26 de Julio”, en él se expresan los principios e ideales que inspiran a la organización en contraposición a los oportunistas partidos opositores esperanzados en una solución mediante el diálogo con los representantes del régimen tiránico. Fidel dice:*

Ahora la lucha es del pueblo. Y para ayudar al pueblo en su lucha heroica por recuperar las libertades y derechos que le arrebataron, se organizó y fortaleció el Movimiento 26 de Julio.

Frente al 10 de Marzo, el 26 de Julio.

Para las masas chibasistas el Movimiento 26 de Julio es algo distinto a la ortodoxia: es la ortodoxia sin una dirección de terratenientes al estilo de Fico Fernández Casas, sin latifundistas azucareros, al estilo de Gerardo Vázquez; sin especuladores de bolsa, sin magnates

<sup>272</sup> *Ibidem*, pp. 18-19.

de la industria y el comercio, sin abogados de grandes intereses, sin caciques provinciales, sin politiqueros de ninguna índole; lo mejor de la ortodoxia está librando junto a nosotros esta hermosa lucha, y a Eduardo Chibás le brindaremos el único homenaje digno de su vida y su holocausto: la libertad de su pueblo, que no podrán ofrecerle jamás los que no han hecho otra cosa que derramar lágrimas de cocodrilo sobre su tumba.

El Movimiento 26 de Julio es la organización revolucionaria de los humildes, por los humildes y para los humildes.

El Movimiento 26 de Julio es la esperanza de redención para la clase obrera cubana, a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven como parias en la patria que liberaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de pan para los hambrientos y de justicia para los olvidados.

El Movimiento 26 de Julio hace suya la causa de todos los que han caído en esta dura lucha desde el 10 de marzo de 1952 y proclama serenamente ante la nación, ante sus esposas, sus hijos, y sus hermanos que la Revolución no transigirá jamás con sus victimarios.

El Movimiento 26 de Julio es la invitación calurosa a estrechar filas, extendida con los brazos abiertos, a todos los revolucionarios de Cuba sin mezquinas diferencias partidarias y cualesquiera que hayan sido las diferencias anteriores.

El Movimiento 26 de Julio es el porvenir sano y justiciero de la patria, es el honor empeñado ante al pueblo, la promesa que será cumplida.<sup>273</sup>

### ***Un llamado a la unidad revolucionaria***

El 16 de julio de 1956, cuando José Antonio<sup>274</sup> cumplía en La Habana los 24 años de edad y se disponía a salir de Cuba rumbo a Chile, Fidel estaba encarcelado junto a 26 compañeros en la Estación Migratoria de Miguel Shultz 26, en Ciudad México. Una conjura

<sup>273</sup> Fidel Castro Ruz: "El Movimiento 26 de Julio", revista *Bohemia*, No. 14, 1ro de abril de 1956.

<sup>274</sup> En esa fecha José Antonio Echeverría acababa de ser reelegido presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y era secretario general del Directorio Revolucionario, organización que propugnaba la lucha mediante las armas como forma solucionadora de la situación cubana.



largamente urdida por la tiranía, que incluyó el intento de asesinarlo, parecía a punto de concretarse. Su reflejo, distorsionado, levantó una ola de especulaciones en la opinión pública nacional, que el propio Fidel se encargaría de esclarecer en un minucioso escrito que le publicaba *Bohemia* el 15 de julio.

Nunca vencido, Fidel finalizaba “¡Basta ya de mentiras!” con su acostumbrada confianza y permanente optimismo, al tiempo que reiteraba su llamado a la unidad de las fuerzas revolucionarias como condición indispensable para la aceleración del triunfo:

“El Movimiento 26 de Julio, que conserva intactas todas sus fuerzas, su espíritu de lucha, proclama la necesidad de unir todos los hombres, todas las armas y todos los recursos, frente a la tiranía, que nos divide, nos persigue y nos asesina por separado. La dispersión de las fuerzas es la muerte de la Revolución; la unión de todos los revolucionarios es la muerte de la Dictadura”.

José Antonio, que había saltado rápido en su defensa desde que el 21 de junio se conoció la noticia en Cuba, no solo del apresamiento, sino de la pérdida de un alijo de armas que habían sido adquiridas centavo a centavo con increíble sacrificio retomaba en una segunda carga su tono característico de defensa y ataque enérgico en una polémica contra Jorge Quintana, en un trabajo que le publicaba *Bohemia* el 22 de julio.

La confianza que en ese artículo José Antonio depositaba en el respeto del México revolucionario de Lázaro Cárdenas al derecho de asilo, quedaba confirmado al salir en libertad y cancelarse el expediente de extradición contra Fidel y sus compañeros, tras una intensa campaña solidaria de trabajadores, estudiantes e intelectuales.

El 13 de agosto de 1956, cuando ya liberado Fidel cumplía en Ciudad México los 29 años de edad, José Antonio se encontraba en Santiago de Chile para asistir a un congreso continental estudiantil. Al suspenderse el evento, viajó rumbo al norte. Una escala en Costa Rica y, en la última semana de agosto, trasponía la frontera mexicana.<sup>275</sup>

### ***Los principios valen más que los cañones***

En edición del 19 de agosto [de 1957], la revista *Bohemia* publicó un extracto de la denuncia de Rafael Salas Cañizares, jefe de la policía batistiana, contra Fidel, en la que lo acusaba de aceptar ayuda en

<sup>275</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 303-304.



dinero y armas del tirano Trujillo. Los voceros de Batista, aprovechando la enemistad entre este y Trujillo, propagaban toda clase de informaciones acerca de una supuesta invasión militar dominicana contra Cuba, con lo que pretendían crear una atmósfera de temor y confusión en el pueblo, acusar de trujillista el estallido revolucionario que se avecinaba y frenar, así, el apoyo de la población a los rebeldes.

En su siguiente número, *Bohemia* publica una carta respuesta de Fidel que pone de manifiesto la falsedad de la acusación hecha por el notorio asesino batistiano y esclarece los verdaderos propósitos que la habían motivado. En una de las partes de la carta, Fidel apunta:

“Soy de los que creen que en una revolución los principios valen más que los cañones, al Moncada fuimos a combatir con fusiles calibre 22. Nunca hemos contado el número de armas que tiene el enemigo; lo que vale, como dijo Martí, es el número de estrellas en la frente.

”No cambiamos uno solo de nuestros principios por las armas que puedan tener todos los dictadores juntos. Esta actitud de los hombres que estamos dispuestos a combatir y a morir contra fuerzas incomparablemente superiores en recursos, sin aceptar ayuda extraña, es la respuesta más digna que podemos darles a los voceros de la tiranía.

”Batista no renunciará, en cambio, a los tanques, los cañones y los aviones que le mandan los Estados Unidos y que no servirán para defender la democracia, sino para masacrar a nuestro pueblo inerme. En Cuba se está perdiendo ya el hábito de decir la verdad.

”La campaña de infamias y calumnias tendrá, un día no muy lejano, su cabal respuesta en el cumplimiento de la promesa que hemos hecho de que en 1956 seremos libres o mártires. La ratifico aquí serenamente y con plena conciencia de lo que implica esta afirmación a los cuatro meses y seis días del 31 de diciembre.

”Ningún revés impedirá el cumplimiento de la palabra empeñada. A un pueblo escéptico por el engaño y la traición no se le puede hablar en otros términos.

”Cuando esa hora llegue, Cuba sabrá que los que estamos dando nuestra sangre y nuestras vidas somos sus hijos más leales y que las armas con que vamos a conquistar su libertad no las pagó Trujillo, sino el pueblo, centavo a centavo y peso a peso. Y si caemos, como dijo Martí al ilustre dominicano Federico Henríquez y Carvajal, caeremos también por la libertad del pueblo dominicano (...).<sup>276</sup>

<sup>276</sup> Sección de Historia de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, p. 64.



### *La insurrección será invencible*

El jueves 29 de agosto Fidel y José Antonio se encontraron en el apartamento de la calle Pachuca esquina a Márquez, en Ciudad México. Estuvieron conversando toda la tarde y la noche hasta las 5:00 de la madrugada del viernes 30, ante una sola persona más, René Anillo, que había llegado a México dos días antes.

Allí, en aquel apartamento vivían también Melba Hernández, Jesús Montané y Cándido González, repartiéndose entre los cuatro las tareas domésticas. Se alternaban semanalmente las labores de cocina, fregado y limpieza en una vida igualitaria cuyo presupuesto era de ocho centavos de dólar per cápita por día para alimentos. Mientras Juan Manuel Márquez atendía las emigraciones en Estados Unidos, radicando indistintamente en ese país o en México, irían llegando en los siguientes meses para trabajar junto a Fidel otros dirigentes del MR-26-7: Níco López, Pedro Miret y, finalmente, Faustino Pérez.

...

Un objetivo cardinal fusionaba en la práctica a los dos dirigentes revolucionarios que se reunieron en el apartamento de la calle Pachuca los días 29 y 30 de agosto de 1956. De ahí que las diferencias tácticas entre ambas organizaciones no tuviesen cabida en aquel encuentro, quedando aplazada su definición para una futura reunión ampliada.

En esa primera oportunidad, además del análisis de la situación y de los diversos factores que pudieran coadyuvar a la unidad, se centró la conversación en los pormenores del documento a elaborar y en la perentoriedad del compromiso establecido por el MR-26-7 ante el pueblo para el reinicio de la insurrección armada.

En la tarde del viernes 30 de agosto, Fidel y José Antonio firmaron finalmente un documento que llegaría a ser conocido históricamente como la *Carta de México*, mediante el cual ambas organizaciones decidieron “unir sólidamente su esfuerzo en el propósito de derrocar la tiranía y llevar a cabo la revolución cubana”.

La explicación más general para el logro de ese objetivo quedaba registrada en el punto cuarto de los acuerdos, como una reiteración del proyecto estratégico de Fidel: “Consideramos propicias las condiciones sociales y políticas del país, y los preparativos suficientemente adelantados para ofrecer al pueblo su liberación en 1956. La insurrección secundada por la huelga general en todo el país, será invencible”.

Cuarenta días después, en la segunda semana de octubre, José Antonio retornaría a México para la instrumentación del acuerdo en medidas concretas [...]<sup>277</sup>

### ***Pesó más la promesa hecha al pueblo***

El 16 de octubre, Fidel despedía en Ciudad México a José Antonio Echeverría quien partía hacia Estados Unidos para una escala en su rumbo hacia Cuba. Nunca más volverían a verse.

Una semana después, el 24 de octubre, precisamente el mismo día que José Antonio llegaba al aeropuerto “José Martí” de La Habana después de una ausencia de tres meses, Frank País arribaba por segunda vez a la capital mexicana para entrevistarse con Fidel durante cinco días.

En agosto de ese año había efectuado Frank su primer viaje a ese país, oportunidad en la que conoció personalmente a Fidel y logró su autorización para que todo lo que recaudara el Movimiento en su provincia se entregara al Frente de Acción, en vez de una parte, como hasta entonces solamente recibía, lo que había llevado a establecer un método de recaudación dentro del propio aparato de acción. La nueva orientación permitía a sus grupos más autonomía y velocidad de movimiento, así como mayor posibilidad de adquirir armamento y dentro de un mayor secreto.<sup>278</sup>

En su segundo viaje a México, además del ajuste final de todos los detalles de su plan de apoyo al desembarco que se concentraría en el alzamiento insurreccional del 30 de noviembre [...] solicitaba Frank de Fidel el aplazamiento del arribo de la expedición a Cuba, a fin de contar con más tiempo para adquirir mayor número de armas y un mejor grado de preparación. Pesó más, sin embargo, la determinación de Fidel para cumplir la promesa hecha al pueblo para el reinicio de la guerra dentro de ese mismo año 1956.<sup>279</sup>

### ***El Granma entra en la historia de la Revolución***

*Desde mediados del año 1956, Fidel busca un barco para realizar la expedición a las costas cubanas. Antonio Conde, el Cuate, lo ayuda en esas gestiones.*

<sup>277</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 304-306.

<sup>278</sup> *Ibidem*, p. 308.

<sup>279</sup> *Ibidem*, pp. 309-310.



Cierto tiempo después, en septiembre, Fidel y El Cuate se encontraban recorriendo la zona del río Tuxpan, muy cerca del pueblito del mismo nombre con el propósito de hallar un lugar adecuado para probar unas armas. Fidel se detuvo a observar un yate blanco de recreo que se encontraba fondeado en el río y se interesó por conocer más acerca de la embarcación. Cuando supo que estaba en venta, decidió que esa sería la nave que los llevaría a Cuba. Eufórico por el hallazgo regresó a Ciudad México para disponer la compra con toda urgencia. El *Granma* había entrado en la historia de la Revolución.<sup>280</sup>

Sin pérdida de tiempo, empezaron las reparaciones del yate. Este se encontraba bastante deteriorado, ya que, en 1953, había naufragado durante un ciclón y permanecido algún tiempo bajo el agua. Chuchú Reyes quien solo poseía conocimientos básicos de mecánica, recibió la misión de poner al *Granma* en condiciones de realizar la travesía. Para ello contrató a varios obreros que, de inmediato, comenzaron a trabajar en la nave. Con extraordinario tesón, Reyes cumplió la tarea asignada al máximo de sus posibilidades.

A la nave se le cambiaron los motores, se le quitó todo el lastre inútil, recibió una nueva planta eléctrica y nuevo sistema de alumbrado. La cubierta fue remozada, y se le acondicionaron los tanques de agua y de combustible. Una nueva sobrequilla y otros arreglos menores permitieron sacar el yate a navegar y realizar algunas pruebas con él.

A pesar del amor y dedicación con que se trabajaba, la presión del tiempo no permitió que se realizaran todos los arreglos que la embarcación requería, aún cuando muchos de estos eran de primera magnitud. Reparada con urgencia, deficiente e insegura la pequeña nave saldría a cumplir su histórica misión.<sup>281</sup>

### ***La lucha revolucionaria: única fórmula salvadora***

El 19 de noviembre los órganos de prensa publicaban sendas declaraciones del “presidente de la república” y del jefe de las fuerzas armadas, en una evidente emulación peyorativa. Batista dijo: “Ni el orden público se alterará con motivo de esos intentos perturbadores, ni habrá lo que ellos mismos han dado en llamar invasión. Ni la

<sup>280</sup> Sección de Historia de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, p. 66.

<sup>281</sup> *Ibidem*, p. 67.

organización que ellos tienen, y que conocemos, ni los planes ofensivos de carácter pseudomilitar que se proponen utilizar podrán ofrecer ni las más ligeras escaramuzas”. En tanto Tabernilla ensayaba un criterio dentro de un lenguaje de mayor marcialidad: “Es imposible toda posibilidad de desembarco como ha anunciado Fidel Castro. Desde el punto de vista técnico, toda perspectiva de desembarco por parte de grupos exaltados, sin disciplina, sin conocimientos militares y sin elementos de combate para ese fin, será un fracaso”.

Sin embargo, el verdadero estado de ánimo de los prisioneros del régimen se expresaba con toda claridad en una serie de órdenes secretas que habían sido impartidas a todos los mandos militares a partir del 5 de noviembre, entre las cuales se encontraban la vigilancia de algunas embarcaciones (en la relación aparecía el *Granma*) y el patrullaje intensivo de ambas costas de la provincia de Oriente por aparatos de la fuerza aérea y naves de superficie de la Marina de Guerra.

Asombrosamente, ese mismo día el periódico *Alerta*, cuyo propietario y director era el ministro de Comunicaciones del régimen, Ramón Vasconcelos, publicaba a página entera ilustrada con varias fotos la entrevista que un enviado suyo a México le había hecho al máximo jefe del MR-26-7, Fidel Castro. Lo esencial de la entrevista se centraba en cuatro aspectos principales:

1°. El Movimiento estaría en disposición de deponer su actitud sobre las siguientes bases: entrega de la presidencia de la república a una figura imparcial de confianza para todos los cubanos, celebración de elecciones generales en un plazo de 90 días, amnistía para todos los presos políticos y sociales y reposición de todos los militares encarcelados y destituidos por los sucesos del 4 de abril.

2°. Ante las supuestas amenazas de agresión al país que el régimen endilgaba al déspota dominicano Rafael Leónidas Trujillo: ruptura de relaciones diplomáticas con ese régimen, denuncia documentada ante la OEA y movilización del país para la defensa nacional.

3°. En lo que constituía de hecho una formal declaración de guerra, anunciaba y reafirmaba: “Si en el plazo de dos semanas a partir de la publicación de esta entrevista no hay solución nacional el Movimiento 26 de Julio quedará en libertad de iniciar en cualquier instante la lucha revolucionaria como única fórmula salvadora. Ratificamos plenamente la promesa de 1956”.

4°. Y como rotundo mentís a la infamia del gobierno que vinculaba al MR-26-7 con los supuestos planes trujillistas, adoptaba una posición similar a aquella asumida por Antonio Maceo en el siglo XIX



(cuando ante la posibilidad de que Estados Unidos interviniera en Cuba contra España, declaró que sería la única forma en que él pelearía al lado de España). Y proclamaba con hidalguía Fidel: “Pero aún en estas circunstancias declaramos que si en medio de la lucha elementos trujillistas invaden a Cuba, estamos dispuestos a hacer una tregua y volver nuestras armas contra los enemigos de la patria”.<sup>282</sup>

### ***No hay alternativa iré a Cuba en la fecha anunciada***

*La traición de un desertor de uno de los campamentos donde se entrenan los revolucionarios cubanos trae, como consecuencias, la pérdida de armamentos y proyectiles y el apresamiento de dos combatientes.*

En esta situación, el dirigente comunista Flavio Bravo arribaba a México, en cumplimiento de un acuerdo de la Mesa Ejecutiva del Partido Socialista Popular [PSP]. Su finalidad era entrevistarse con Fidel para tratar de coordinar acciones contra la dictadura de Batista. Unas semanas antes, Osvaldo Sánchez Cabrera había hablado con Fidel con similares propósitos.

El PSP consideraba necesario ese encuentro pues, en su opinión, la situación interna del país era desfavorable a una acción militar antes del 31 de diciembre. Entendía que una acción de ese tipo no correspondía a la situación y que podría estar condenada al fracaso. El PSP opinaba en aquellos momentos que era necesario posponer la expedición.

...

Para el PSP la situación económica había tenido un alza transitoria motivada por la última zafra, pero las perspectivas eran de franca declinación. La oposición estaba muy desunida; la línea del partido de frente único, de unidad y lucha de masas no avanzaba lo suficiente.

El PSP había propuesto a los jóvenes revolucionarios de otros partidos la táctica de las acciones unidas de masas hasta llegar a la insurrección; y que deberían trabajar juntos, ya que separados no podrían arrastrar a las masas.

Con la entrevista, se pretendía expresar a Fidel la idea de trabajar unidos en esas concepciones, de posponer su regreso a Cuba y, concretamente, que Fidel hiciera un documento corto, de denuncia de la situación, haciendo un llamado a la unidad de la oposición,

<sup>282</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 312-313.

exigiendo una convocatoria a elecciones generales con garantías para todos los partidos y grupos de oposición así como con facilidades para su organización.

En criterio del PSP, era necesario derrotar el proyecto batistiano de componenda y de elecciones parciales y de la llamada reorganización de los partidos, porque no resolvían los problemas planteados al país.

El documento que se propondría a Fidel sería una carta abierta a todos los partidos, y llamaría a los trabajadores, estudiantes, campesinos, jóvenes e instituciones cívicas, a la lucha unida. Fidel encabezaría así el llamamiento que debería salir urgentemente como último llamado a una solución pacífica. La segura negativa de Batista a esta propuesta justificaría ante toda la opinión pública y el pueblo la acción armada contra la tiranía.

El Partido Socialista Popular consideraba que si se hacía coincidir el desembarco de los expedicionarios con una poderosa huelga azucarera, se garantizaba plenamente el éxito de la operación. La huelga, sin embargo, solo podría tener lugar después de comenzada la zafra, en enero, y por ello recomendaba retrasar la fecha de la expedición, en lugar de diciembre de 1956 debía ser enero de 1957, o sea, un mes.

Fidel expuso a Flavio que él comprendía los argumentos expuestos por el PSP, que los razonamientos eran sólidos, pero que no tenía otra alternativa, que debía venir a Cuba en la fecha anunciada, tal y como había prometido al pueblo. Que le estaban deteniendo a los compañeros. Ya Pedro Miret estaba preso; el resto había pasado a la clandestinidad; le había sido ocupada una casa con armas.

También explicó Fidel que en esos momentos estaban sometidos a una intensa persecución y que, en caso de posponer su partida, iba a perderlo todo, los hombres y las armas.<sup>283</sup>

<sup>283</sup> *Ibidem*, pp. 314-316.





## REGRESO A LA PATRIA



### ***“Obra pedida, agotada”***

*Poco antes de zarpar en el yate Granma rumbo a Cuba, Fidel le informa de su salida a Frank País por medio de una contraseña que envía en un cable a nombre de Duque de Estrada. Sobre este hecho Fidel expresa:*

La idea nuestra era desembarcar allí rápido, tomar unos camiones y tomar Niquero en horas del amanecer, y la carretera, más bien camino, que conducía de Niquero a Pilón; pero la forma en que tuvimos que desembarcar a esa hora, hizo imposible cumplir ese plan. Hubiéramos, sin problema ninguno, tomado el cuartel de Niquero, a pesar de que las fuerzas estaban ya sobre aviso, en el sentido de que se había producido el levantamiento de Santiago de Cuba el día 30 y ellos movilizaron fuerzas hacia la provincia de Oriente.

Había cuestiones tácticas de cómo hacer aquello, dos criterios: los de Santiago eran partidarios de simultanear, nosotros, como nos considerábamos más fuertes, por tener un grupo de gente mejor armada y mejor entrenada, pensábamos que era mejor llegar y que cuando las fuerzas enemigas se movieran en dirección al lugar del desembarco, la gente de Santiago se sublevara. Ellos defendían mucho la idea de hacerlo simultáneo.

Yo les mandé el cable del día en que íbamos a desembarcar. He dicho a veces en broma que es la primera vez en mi vida que avisé de algo, porque siempre, en todas estas cosas, el factor sorpresa es decisivo; pero los compañeros de Santiago de Cuba, con una actitud solidaria, heroica y deseosos de ayudarnos en la operación, calcularon cinco días a partir del cable con la contraseña de que habíamos salido, porque yo dije: “Cuando salgamos, les enviaremos



un cable: *Obra pedida agotada*". Esa era la contraseña de que íbamos para allá.<sup>284</sup>

### ***Canto a Fidel***

*El Granma, su razón de ser y la pronta salida inspiraron a Ernesto Guevara de la Serna, quien escribió para el jefe de la expedición un hermoso poema. Su título: Canto a Fidel.*

Vámonos,  
ardiente profeta de la aurora,  
por recónditos senderos inalámbricos  
a liberar el verde caimán que tanto amas.

Vámonos,  
derrotando afrentas con la frente  
plena de martianas estrellas insurrectas,  
juremos lograr el triunfo o encontrar la muerte.

Cuando suene el primer disparo y se despierte  
en virginal asombro la manigua entera,  
allí, a tu lado, serenos combatientes,  
nos tendrás.

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos  
reforma agraria, justicia, pan, libertad,  
allí, a tu lado, con idénticos acentos,  
nos tendrás.

Y cuando llegue al final de la jornada  
la sanitaria operación contra el tirano,  
allí, a tu lado, aguardando la postrer batalla,  
nos tendrás.

El día que la fiera se lama el flanco herido  
donde el dardo nacionalizador le dé,  
allí, a tu lado, con el corazón altivo,  
nos tendrás.

<sup>284</sup> Fidel Castro: "Entrevista", periódico *Granma*, 5 de diciembre de 1996.

No pienses que puedan menguar nuestra entereza  
las decoradas pulgas armadas de regalos;  
pedimos un fusil, sus balas y una peña.  
Nada más.

Y si en nuestro camino se interpone el hierro,  
pedimos un sudario de cubanas lágrimas  
para que se cubran los guerrilleros huesos  
en el tránsito a la historia americana.

Nada más.

Che

México, año 1956<sup>285</sup>

### ***En el Granma***

Llueve todavía en la noche del 24 de noviembre. Copiosamente llueve en Santiago de Las Peñas y en Tuxpan, a ambas márgenes del río. Mal tiempo. Prohibidas las salidas para navegar. Habrá que salir de todas maneras. La oportunidad es única. Y desesperada.

Un hombre fornido, más de seis pies, cubierto con negra capa sobre la que golpea la lluvia, supervisa el paso de hombres y de bultos hacia el espigón de madera. Es el mismo que 17 meses antes había partido de Cuba hacia “un viaje del que no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies”. ¡Regresaba!

Una a una, ve descender las figuras por el fangoso sendero hacia la blanca silueta de una pequeña nave, que nadie supo cómo fue tragándose a cada uno hasta que la cifra se detuvo en 82 hombres.

Ronronean los motores. Se sueltan las amarras. Se separa el yate del muelle. Las luces apagadas.

Media hora después, burlada la vigilancia del puesto marítimo, rompió la proa las primeras olas del golfo de México y, con ellas, en el pecho de los hombres, el himno de la patria. Lejana patria, tan cercana, sin embargo, que la llevan dentro del pecho.

En el espigón, media hora antes, cuatro personas observaban alejarse la forma del yate. Junto al Cuate Conde y a Piedad Solís,

<sup>285</sup> Ernesto Che Guevara: “Canto a Fidel”, *Revista Tricontinental*, No. 83, p 75.



viendo achicarse la blanca silueta como si se fuera diluyendo apresada entre la oscuridad y la lluvia, Melba Hernández preguntó: “¿Qué hora es?” La respuesta fue de Alfonso Gutiérrez: “Las doce y veinte”.

Medianoche. Comienzo de un nuevo día. Por veinte minutos quedaba fijada una nueva fecha para la historia: 25 de noviembre. 25 de noviembre de 1956, día de la partida del *Granma* [...] <sup>286</sup>

[...] Cuando el *Granma* estuvo suficientemente alejado de tierra firme, se encendieron las luces. Intensamente emocionados todos los expedicionarios cantaron el Himno Nacional y la Marcha del 26 de Julio. Al concluir, los gritos de “¡Viva la Revolución!” y “¡Abajo la dictadura de Batista!” se fundieron con el rugido del viento. <sup>287</sup>

En el transcurso de la travesía, Fidel utilizó la banda de babor del yate a modo de campo de tiro, para ajustar las miras de los fusiles. Se colocó una diana en la proa y, desde la popa, se disparaba. Como en todo momento, el jefe del Movimiento 26 de Julio se preocupaba de los detalles que podían influir en el éxito de la empresa revolucionaria. <sup>288</sup>

Durante el día 30 de noviembre, el *Granma* mantuvo el rumbo hacia la isla Caimán Grande. Temprano en la mañana, soleada y con buena visibilidad, el yate se cruzó con un buque mercante. A fin de no despertar sospechas, todos los combatientes se ocultaron y sólo quedó visible la tripulación. Al mediodía la radio del *Granma* comenzó a captar informaciones acerca del levantamiento que se había producido en Santiago de Cuba. Ante aquellas noticias y visiblemente contrariado por la demora de la travesía, Fidel le manifestó a Faustino Pérez: “Quisiera tener la facultad de volar [...]”. <sup>289</sup>

Mientras las fuerzas de la tiranía se cursaban instrucciones para la localización y captura del yate, el *Granma* navegaba por el sur de Caimán Chico y Caimán Brac, a unas 5 o 6 millas de las costas. En la tarde del 1ro de diciembre, el máximo dirigente del Movimiento 26 de Julio se dirigió a todos los expedicionarios para informarles que el desembarco se produciría en un punto cercano al pueblo de Niquero, en el sur de Oriente. Asimismo, expuso la organización militar y la estructura del contingente expedicionario. <sup>290</sup>

<sup>286</sup> Mario Mencía: *Tiempos precursores*, pp. 316-317.

<sup>287</sup> Sección de Historia de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, p. 77.

<sup>288</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>289</sup> *Ibíd.*, p. 80.

<sup>290</sup> *Ibíd.*, pp. 80-81.

Informada la estructura de la tropa, el propio Fidel procedió a entregar las armas a los combatientes. Las mejores, casi todas automáticas, se le entregaron al pelotón de la vanguardia [...] El equipo de radio comunicación consistía en una planta receptora y un receptor transmisor portátil de los conocidos como *walkie-talkie*. La ropa de campaña, distribuida días atrás, consistía en una mochila, un par de botas, dos uniformes verde olivo y una gorra para cada combatiente. Todos se vistieron de uniforme y lanzaron al mar las ropas que hasta ese momento habían usado.

Después de dejar atrás Caimán Brac, el *Granma* puso rumbo a Cabo Cruz. Esa noche el mar se encontraba encrespado, y grandes olas cubrían la proa del yate que avanzaba a poca velocidad. A bordo, como el desembarco era inminente, nadie dormía. El piloto Roque y el timonel Mejías subían y bajaban constantemente al techo de la cabina para tratar de localizar la luz del faro Cabo Cruz en el horizonte. Sabían que la costa estaba cerca, y navegaban a oscuras para evitar cualquier encuentro con unidades de patrullaje naval.

Alrededor de la 01:00 h del día 2 de diciembre, el piloto Roberto Roque, subido sobre la cabina del mando, oteaba el horizonte cuando el yate fue sacudido por una fuerte ola y cayó al mar. Al grito de: “¡Hombre al agua!”, Fidel dio órdenes de detener la marcha y maniobrar hasta rescatar al compañero. Durante casi una hora el yate giró una y otra vez sobre su ruta, pero el mal tiempo y la total oscuridad no permitían dar con el naufrago. Ya se le daba por ahogado cuando Fidel ordenó realizar un último esfuerzo; el yate giró nuevamente y, con la ayuda de una linterna, todos escudriñaron las olas en busca del compañero perdido. Al poco rato escucharon una voz lejana que respondía a los gritos de los expedicionarios. Los débiles llamados del piloto Roque guiaron a la embarcación. Al llegar junto a él sus compañeros le lanzaron un cabo y, con grandes esfuerzos, lograron subirlo a bordo, lo que provocó el júbilo de todos los combatientes. Mientras Che Guevara y Faustino Pérez atendían al casi ahogado Roque, algunos, en su alegría por el rescate gritaron: “¡Viva Cuba libre!”.<sup>291</sup>

### ***En esa dirección, hasta que encallemos***

*Años después, respondiendo a las preguntas de una periodista, Fidel confiesa:*

<sup>291</sup> *Ibidem*, pp. 82-83.



Tú no puedes imaginarte la alegría que había en aquel barco en ese momento en que había rescatado al hombre: pero nos debe haber llevado unos tres cuartos de hora, aparte del combustible que estaba ya como en dos pulgadas. Esa pérdida de tiempo nos impidió hacer un esfuerzo todavía más exacto por encontrar el muellecito de Las Coloradas, que es un muellecito que estaba un kilómetro más adelante.

Periodista: Pero eso fue en Los Cayuelos, ¿no?

Fidel Castro: Sí, hacen bien en llamarlo cayuelo.

Cuando por tercera vez él dice que hay que dar otra vuelta, yo digo: “No”. Le hago una pregunta formal, fue formal porque yo sabía más o menos dónde estábamos: “¿Esa es la isla de Cuba? ¿Tú estás seguro de que esa es la isla de Cuba?” –claro que yo lo sabía, pasamos por Gran Caimán, por todo eso–, casi también como queriéndole decir que si no era un cayo, ¿comprendes?, porque hubiera sido terrible desembarcar en un cayo; pero con un poco de irritación y hasta de cierta ironía es que le hago la pregunta de que si era la isla de Cuba, porque se veían montañas ya, alturas y todas esas cosas. Entonces digo: “Bueno, a toda velocidad pon el barco en esa dirección, hasta que encallemos”, y así salió, en esa dirección.

Llegamos allí en esas condiciones. No sabíamos qué terreno era, pero tuvimos mala suerte en eso, porque nos encontramos un terreno que no era firme y nuestras costas suelen ser firmes, aunque tengan cayos.

Con todo aquel peso que me tiro, le pido a René, que no tiene todavía mochila: “René, explora”, a René Rodríguez, y él rápido, delgado, de poco peso, muy dispuesto siempre, dice: “No, está bien, está firme.” Entonces voy yo detrás, pero con todo aquel peso enorme me empiezo a enterrar, no podía apenas mover los pies, sino con mucho trabajo. Los demás iban, más o menos, lanzándose; un bote se lanza, un tiro se escapa; pero el botecito nuestro era un botecito de aluminio que había en el *Granma*, no era gran cosa, así, con un gran esfuerzo, tremendo, terrible esfuerzo, logramos desembarcar el grupo. Se fueron quedando hasta el final unos cuantos compañeros y Raúl hasta el final sacando cosas: armas, municiones, todo lo que podía sacarse del barco.

Fuimos avanzando primero a un pedacito de orilla que era firme, pero inmediatamente agua; pero había tanta que de repente se tuvo la impresión –yo al menos la tuve– de si realmente no habríamos caído en un cayo. Ya era de día, los aviones de Batista buscándonos,

los barcos, y hasta un barco que pasa por allí ve la maniobra aquella; ese fue el que avisó allá a Niquero, por eso los aviones llegaron tan pronto.

Nosotros estuvimos aproximadamente casi dos horas atravesando aquellas lagunas, hasta que llegamos a terreno firme, ¡no sabe qué alegría era esa, saber que ya estábamos en terreno firme!, pero no con el total de los compañeros, nos faltaban algunos. Hay un grupo de ocho que se extravían en aquella caminata.<sup>292</sup>

[...] A medida que los hombres iban saliendo del manglar, se notó la falta de Juan Manuel Márquez y siete compañeros más. Durante la marcha este grupo se había desviado del rumbo que seguía el grueso de la columna y logró salir por un punto más al norte.

Mientras se esperaba la llegada de todos los combatientes, Fidel ordenó a Crespo que fuera a explorar la casa que había visto. Al llegar allí, encontró al campesino Ángel Pérez Rosabal, a quien condujo ante el jefe de la expedición. En cuanto Fidel le explicó quiénes eran y lo que se proponían, Pérez Rosabal se brindó para acompañarlos hasta su casa y prepararles algo de comer.

Cuando se encontraban en casa del campesino, comenzó a escucharse el fuego del guardacosta 106 y de los aviones de la FAE,<sup>293</sup> contra los manglares de Las Coloradas. Como no sabían con precisión qué tipo de fuerzas eran las que disparaban, Fidel ordenó dirigirse hasta un pequeño monte cercano para refugiarse y esperar a que Juan Manuel Márquez y los restantes compañeros llegasen. Al rato de estar allí, se dio la orden de reiniciar la marcha. Con el campesino Pérez Rosabal de guía, la columna echó a andar hacia la Sierra Maestra.<sup>294</sup>

### *Alegría de Pío*

[...] En las primeras horas de la mañana del 5 de diciembre, los hombres del *Granma* llegaron hasta un pequeño cayo de monte, muy cercano a un cañaveral de la colonia llamada Alegría de Pío.

Los rebeldes venían extenuados y aún quedaban largas jornadas de marcha. Por este motivo se tomó la decisión de acampar y rápidamente todos buscaron comodidad. Muchos se quitaron las

<sup>292</sup> Fidel Castro: "Entrevista", periódico *Granma*, 5 de diciembre de 1996.

<sup>293</sup> Fuerza Aérea del Ejército.

<sup>294</sup> Sección de Historia de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, p. 88.



botas y soltaron las pesadas mochilas para acostarse sobre la hierba; otros se dirigieron al cañaveral para comer caña de azúcar. No lejos de allí, comenzaba el bosque cerrado, a cuya entrada se colocó un centinela para avisar de cualquier peligro. En realidad, el lugar resultaba muy poco seguro para dislocar la columna a discreción, pero el cansancio y la necesidad de reponer fuerzas, se impusieron a la seguridad.<sup>295</sup>

En las primeras horas de la tarde, los expedicionarios acampados percibieron que la aviación había intensificado su actividad alrededor de aquella zona. Sin embargo, acostumbrados ya a la presencia de las avionetas, no dieron mucha importancia al hecho y continuaron descansando y preparándose para comer.

A las 16:45, mientras los rebeldes almorzaban galletas con chori-zo, se escuchó un disparo aislado, y muchos pensaron que se le había escapado a algún compañero limpiando su arma. La realidad era otra; el centinela no había visto acercarse a los soldados de la tiranía y aquel disparo era la señal para que se abriera fuego cerrado contra los rebeldes.<sup>296</sup>

*La sorpresa desconcierta a los expedicionarios. Muchos de ellos responden con sus armas, pero las condiciones del terreno y el estado de confusión general conspiran contra todo intento de resistencia organizada.*

[...] Media hora después de iniciado el encuentro, las fuerzas de la tiranía prendieron fuego al cañaveral para forzar a los rebeldes a salir al descubierto. Aviones de la FAE se unieron al ataque y comenzaron a ametrallar el monte y sus alrededores.

Mientras esto ocurría, Fidel intentó reagrupar a los hombres en otro cañaveral cercano, pero era tal la confusión que sus esfuerzos resultaron inútiles. En esos momentos Universo Sánchez se le acercó y juntos se retiraron hacia un pequeño monte a poca distancia del lote inicial. En el trayecto, Juan Manuel Márquez pasó cerca de ellos, pero no se les pudo unir. El jefe y su compañero lograron situarse lo más cerca posible del montecito y allí esperaron la noche para cruzar. Al oscurecer vieron una silueta acercarse, y ya iban a

<sup>295</sup> *Ibídem*, p. 93.

<sup>296</sup> *Ibídem*, p. 94.



disparar, cuando reconocieron a Faustino Pérez, que venía desarmado. Poco después los tres juntos salvaron la distancia que los separaba del monte y se internaron en la maleza.<sup>297</sup>

El resultado del encuentro en Alegría de Pío fue terrible; la fuerza expedicionaria quedó dispersa y con sus posibilidades ofensivas y defensivas anuladas [...]<sup>298</sup>

Finalizada la trágica jornada del 5 de diciembre, los integrantes de la columna rebelde trataron de orientarse para alcanzar la Sierra Maestra, a pesar de su desconocimiento de la zona y la difícil situación por la que atravesaban. Sin tener idea de la suerte corrida por el líder del Movimiento 26 de Julio, la decisión de continuar la lucha prevaleció.

En Alegría de Pío, el azar reunió a muchos combatientes en grupos irregulares, mientras que otros permanecieron solos. Todos tomaron rumbos diferentes que habrían de depararles distinta suerte.<sup>299</sup>

Fidel, Faustino y Universo pasaron la noche del día 5 ocultos en el pequeño montecito cercano al lugar de la dispersión y, desde allí escucharon con claridad todos los movimientos de los soldados. Al amanecer, decidieron internarse nuevamente en los cañaverales y esconderse entre las hojas y la paja de la caña nueva. Alrededor del mediodía, un avión de las FAE que inspeccionaba la zona los descubrió y abrió fuego contra ellos. Moviéndose rápidamente tras cada pase del avión, llegaron a enterrarse los tres expedicionarios; cambiaron varias veces de escondite, literalmente bajo la paja, y se llamaban a gritos para comprobar si todos seguían vivos. Terminado el hostigamiento permanecieron entre las cañas hasta la caída de la tarde.

Ya de noche, comenzaron a andar en fila india por entre las cañas en dirección este, cruzando las guardarrayas con extrema precaución, ya que a menudo oían disparos y ráfagas que indicaban la presencia de soldados por la zona. Lentamente, avanzando de noche y ocultándose por el día, fueron ganando terreno hasta que, en la noche del 10 de diciembre, lograron rebasar los campos de caña y salir al lugar conocido por Río Frío, donde cruzaron por entre dos puntos ocupados por soldados.<sup>300</sup>

*Doce días después del desembarco del Granma, el 14 de diciembre de 1956, la jefatura del ejército de la tiranía estima que había*

<sup>297</sup> *Ibidem.*

<sup>298</sup> *Ibidem*, p. 95.

<sup>299</sup> *Ibidem.*

<sup>300</sup> *Ibidem*, p. 109.



*aplastado a los expedicionarios y ordena la retirada gradual de sus tropas de operaciones.*

[...] A las 20:00 horas del día 15, Fidel, Faustino, Universo y sus tres acompañantes aprovechando el levantamiento del cerco y de las patrullas militares, partieron nuevamente. Cruzaron sin contratiempos la carretera de Pílon y, en una sola jornada de 11 horas, recorrieron 40 kilómetros de lomas, riachuelos y potreros. A las 07:00 h del 16 de diciembre de 1956, llegaron a la finca de Ramón, *Mongo*, Pérez, en Purial de Vicana. El líder de la Revolución había salvado la vida.<sup>301</sup>

*El grupo de Raúl Castro no se detiene, sigue avanzando hacia las lejanas montañas azules de la Sierra Maestra.*

Al amanecer del día 15 Raúl, Efigenio [Ameijeiras], René Rodríguez, Ciro [Redondo] y Armando Rodríguez llegaron a casa del campesino Julián Morales, quien se mostró dispuesto a ayudarlos. Por indicaciones de este, continuaron hasta la bodega de Luis Cedeño, adquirieron algunos víveres y regresaron de nuevo a casa de Morales. Pasado un rato, y luego de entregarles a ambos campesinos sendas cartas de agradecimiento, los combatientes se pusieron de nuevo en marcha.<sup>302</sup>

[...] El día 17 por la noche, llegaron a casa de Joel Hidalgo, yerno de Mongo Pérez, quien les orientó la forma de alcanzar Purial de Vicana. Más adelante, en La Aguadita, descansaron brevemente en casa de Santiago Guerra a quien Raúl también dejó constancia escrita de su agradecimiento.

Finalmente, en la madrugada del 18, encontraron la casa de Hermes Cardero y, nuevamente, se presentaron como soldados de la tiranía. Al rato de conversar, se estableció una confianza recíproca entre el campesino y los revolucionarios que les permitió a estos declarar su verdadera identidad. Cardero se mostró muy dispuesto a cooperar; preparó comida para todos y luego los condujo a un cafetal cercano a la casa. Raúl decidió entregarle su cartera dactilar como forma de identificación, tras lo cual Cardero partió a avisarle

<sup>301</sup> Sección de Historia de las FAR: *De tuxpan a La Plata*. p. 112.

<sup>302</sup> *Ibíd.*

a Mongo Pérez, en cuya finca se encontraba Fidel. Al comprobar con facilidad que se trataba realmente del hermano del jefe del Movimiento 26 de Julio, partieron a comunicar la noticia con la promesa de que esa noche regresarían a buscar a todo el grupo.

Alrededor de las 21:00 horas Raúl Castro y sus cuatro compañeros emprendieron el corto camino que los separaba de la finca de Mongo Pérez. [En el lugar conocido por Cinco Palmas, en Purial de Vicana]<sup>303</sup>

### ***¡Ahora sí ganamos la guerra!***

Al fin, a la media noche, sienten acercarse a unos hombres. Bajo las palmas nuevas del cañaveral de Mongo Pérez los dos hermanos se estrechan en un emocionado abrazo, y se produce el diálogo histórico.

–¿Cuántos fusiles traes? –pregunta Fidel a Raúl.

–Cinco.

–¡Y dos que tengo yo, siete! ¡Ahora sí ganamos la guerra!<sup>304</sup>

El día 21 en horas de la madrugada llegan a Purial de Vicana, Juan Almeida, Ernesto Guevara, Camilo Cienfuegos, Ramiro Valdés, Reinaldo Benítez, Rafael Chao y Francisco González. El 23 Faustino Pérez recibe la misión de dirigirse a Manzanillo para establecer contacto con el MR-26-7 en esa ciudad. Llega Calixto Morales a Purial de Vicana. Dos días después, encabezados por Fidel, el grupo de quince combatientes inicia la marcha hacia la Sierra Maestra.<sup>305</sup>

*Ernesto Guevara, reflexionando sobre aquellos momentos, relata:*

Unos quince hombres destruidos físicamente y hasta moralmente, nos juntamos y solo pudimos seguir adelante por la enorme confianza que tuvo en esos momentos decisivos Fidel Castro, por su recia figura de caudillo revolucionario y su fe inquebrantable en el pueblo.<sup>306</sup>

<sup>303</sup> *Ibíd.*, p. 113.

<sup>304</sup> Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado: *Diario de la Guerra*, p. 89.

<sup>305</sup> Centro de Estudios Militares de las FAR: *De Tuxpan a La Plata*, p. 238.

<sup>306</sup> Ernesto Che Guevara: “Proyecciones sociales del Ejército Rebelde”, *Obras 1957-1967*, t. 2, p. 12.



## ***Bibliografía***

- BETTO, FREI: *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985.
- BORGES, TOMÁS: *Un grano de maíz*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1992.
- CASTRO RUZ, FIDEL: “Discurso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, 4 de septiembre de 1995”, *En esta universidad me hice revolucionario*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1995.
- \_\_\_\_\_ : “Discurso en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, 3 de febrero de 1999”, *Una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas*, Editora Política, La Habana, 1999.
- CENTRO DE ESTUDIOS DE HISTORIA MILITAR: *Moncada: antecedentes y preparativos*, Editora Política, La Habana, 1985.
- \_\_\_\_\_ : *Moncada: la acción*, Editora Política, La Habana, 1981.
- ISIDRÓN DEL VALLE, ALDO: *Antes de Moncada*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1989.
- MENCÍA, MARIO: *El grito del Moncada*, Volúmenes I y II, Editora Política, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : *La prisión fecunda*, Editora Política, La Habana, 1980.
- \_\_\_\_\_ : *Tiempos precursores*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- SECCIÓN DE HISTORIA DE LAS FAR: *De Tuxpan a La Plata*, Editorial Orbe, La Habana, 1979.



## *Índice*

Presentación / 7
Los primeros años / 11
Inicios en la vida política / 35
Un abogado llamado Fidel / 91
Ante el golpe de Estado / 125
Hacia el Moncada / 163
Batalla en presidio / 205
La batalla de los 53 días / 239
Exiliado en México / 257
Regreso a la patria / 281
Bibliografía / 293

